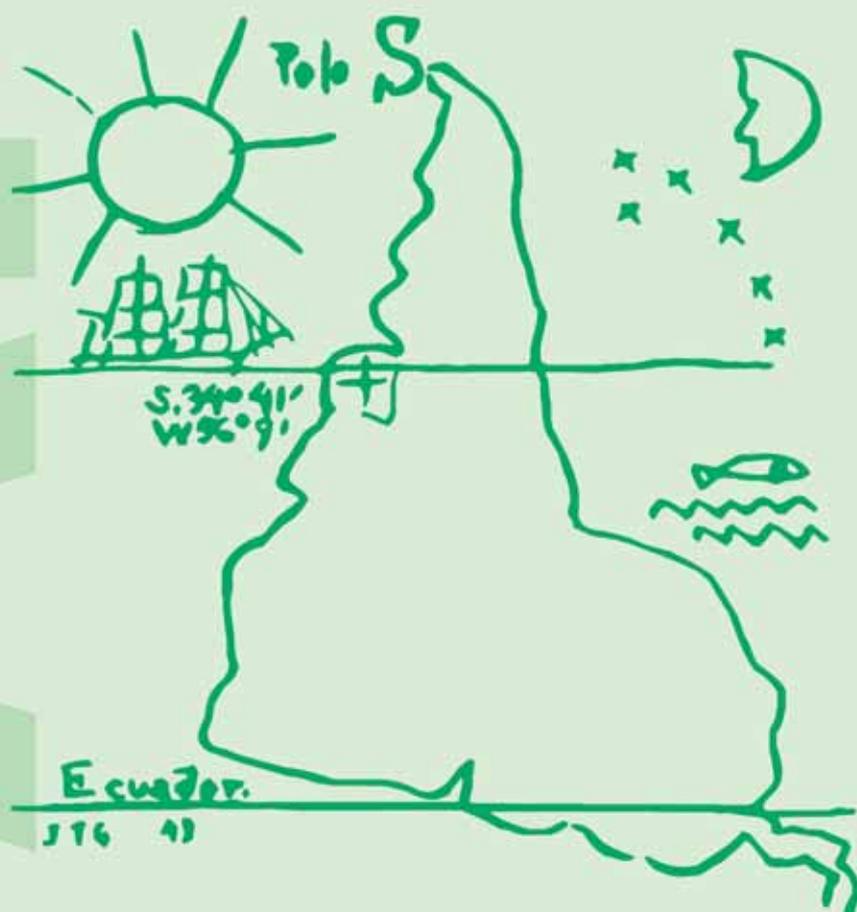


# A

# 19

*Laboratorio de Arqueoloxía e Formas Culturais  
Universidade de Santiago de Compostela*



## **Paisajes Culturales Sudamericanos. De las Prácticas Sociales a las Representaciones**

Camila Gianotti García (Coord.)

# P

# A

# T



# TAPA 19

Traballos en Arqueoloxía da Paisaxe

---

**Paisajes Culturales Sudamericanos:  
De las Prácticas Sociales a las Representaciones**  
Camila Gianotti García (coord.)

# TAPA

Traballos en Arqueoloxía da Paisaxe

## comité editorial

Felipe Criado Boado, LAFC, IIT, USC (director)  
Xesús Amado Reino, LAFC, IIT, USC (secretario de TAPA)  
César Parcero Oubiña, LAFC, IIT, USC (secretario de CAPA)  
César A. González Pérez, LAFC, IIT, USC  
Sergio Martínez Bogo, LAFC, IIT, USC  
María Pilar Prieto Martínez, LAFC, IIT, USC  
Sofía Quiroga Limia, LAFC, IIT, USC  
Anxo Rodríguez Paz, LAFC, IIT, USC

## comité asesor

Alejandro Haber, Universidad Nacional de Catamarca (Argentina)  
José M<sup>a</sup> López Mazz, Universidad de Montevideo (Uruguay)  
Manuel Díaz Vázquez, Profesional libre  
Ramón Fábregas Valcarce, Dpto. de Historia I, Fac. de Xeografía e Historia, USC  
Almudena Hernando Gonzalo, Universidad Complutense  
Fidel Méndez Fernández, Fundación Federico Maciñeira  
M<sup>a</sup> del Mar López Cordeiro, LAFC, IIT, USC  
Eugenio Rodríguez Puentes, D. X. do Patrimonio Cultural, Xunta de Galicia  
Manuel Santos Estévez, LAFC, IIT, USC  
Juan Vicent García, Centro de Estudios Históricos, CSIC

## dirección de contacto

Secretaría de TAPA  
Laboratorio de Arqueoloxía e Formas Culturais  
Grupo de Investigación en Arqueoloxía da Paisaxe  
Instituto de Investigacións Tecnolóxicas  
Universidade de Santiago de Compostela  
Apdo. de Correos 994  
15700 Santiago de Compostela  
Galicia, España  
Tel. 981 590555  
Fax 981 598201  
E-mail [phpubs@usc.es](mailto:phpubs@usc.es)  
Web <http://www-gtarpa.usc.es/TAPA>

## ejemplares

Cualquier persona interesada en recibir ejemplares de esta serie puede ponerse en contacto con la Secretaría de TAPA mediante el teléfono o e-mail que figuran arriba.

**Edita:** Laboratorio de Arqueoloxía e Formas Culturais, IIT, USC  
**Depósito Legal:** C-2353-2000  
**ISBN:** 84-699-3878-9

# TABLA DE CONTENIDO

Presentación.....	5
<b>La mula y la imaginación en la arqueología de la puna de Atacama: Una mirada indiscreta al paisaje.</b>	
<i>Alejandro F. Haber</i> .....	7
La imaginación detrás de la mula: la Puna de Atacama como dato .....	9
Domesticación.....	9
Caravana.....	12
Identidad .....	14
La mula detrás de la imaginación: la Puna de Atacama como objeto.....	18
Discusión .....	28
<b>En busca de las tradiciones ignoradas por la “tiranía de las tres culturas”: hacia el estudio de las concepciones y prácticas territoriales de los indígenas prehistóricos.</b> <i>Gustavo Verdesio</i> .....	35
<b>A Espacialidade como Instrumento da Interpretação da Arte Rupestre</b> <i>Carlos Xavier de Azevedo Netto</i> .....	47
O espaço.....	48
O espaço itinerante e o espaço irradiante .....	49
O espaço liso e o espaço estriado .....	50
A natureza do registro rupestre.....	51
Os espaços da arte rupestre.....	53
O porque da Teoria Semiótica.....	55
Os espaços semióticos de representação da arte rupestre .....	56
Os espaços sógnicos da arte rupeste no Brasil.....	58
<b>Investigación arqueológica y usos del pasado: Las tierras bajas del Este de Uruguay.</b> <i>José M. López Mazz</i> .....	63
Los pioneros del siglo XIX.....	63
El siglo XX: La Primera Mitad.....	64
El siglo XX: Segunda Mitad.....	65
Contextos históricos y usos del pasado .....	66
La Comisión de Rescate Arqueológico de la Cuenca de la Laguna Merín.....	67
Luces y Sombras de la Arqueología Pública .....	69
<b>Cazadores recolectores Complejos: Monumentalidad en tierra en la Cuenca de la Laguna de Castillos. (Uruguay).</b> <i>Sebastian Pintos Blanco</i> .....	75
Algo de historia.....	76
Certezas (I): Los cerritos como monumentos.....	77
Los cerritos como lugar de enterramiento .....	78
La técnica constructiva.....	79
Certezas (II): Emplazamiento y visibilidad de los monumentos.....	80
Certezas (III): Estructura interna y áreas de actividad en yacimientos con cerritos .....	81
Complejas certezaas .....	82
<b>Monumentalidad, ceremonialismo y continuidad ritual.</b> <i>Camila Gianotti García</i> .....	87
Monumentos, Muerte y Ritos entre Cazadores Recolectores Complejos.....	87
Construcción de los espacios ceremoniales .....	90
Génesis y continuidad de una tradición.....	99
<b>Asentamientos, petroglifos y paisajes prehispanicos en el valle de Illapel (Chile).</b> <i>Andrés Troncoso Meléndez</i> .....	103
El escenario natural .....	103
La Arqueología del Valle de Illapel.....	104
Período Paleoindio .....	105
(11.000 a. C.? - 8.000 a. C.).....	105
Período Arcaico (8.000 a. C.- 0).....	105
Período Alfarero Temprano (0 - 900 d. C.).....	105
Período Intermedio Tardío (900 d. C. - 1500 d. C.).....	106
Arte Rupestre del Valle de Illapel .....	108
El sitio de Los Mellizos: Hacia una interpretación de un monumento espacial.....	109
<b>La percepción del paisaje y la reproducción de la identidad social en la región pampeana occidental (Argentina).</b> <i>Rafael Pedro Curtoni</i> .....	115
Percepción, Identidad y Paisaje .....	116
El espacio indígena.....	117
Identidad: entre ancestros y lugares .....	118
‘Espacialización’ y mapas mentales .....	119
Dinámica territorial y ‘territorios temporales’ .....	120
Modelo de espacialidad.....	120
Identidad y paisaje cultural: Consideraciones finales .....	122

# FICHA TÉCNICA

## Autores de los capítulos

**Alejandro Haber:** Escuela de Arqueología. Universidad Nacional de Catamarca y Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas. Salas Martínez 464 (4700) Catamarca, Argentina.

[Afhaber@arnet.com.ar](mailto:Afhaber@arnet.com.ar)

**Gustavo Verdesio:** Romance Languages and Lits. University of Michigan Ann Arbor, MI 48109 USA.

[verdesio@umich.edu](mailto:verdesio@umich.edu)

**Carlos Xavier de Azevedo Netto:** Instituto Brasileiro de Informação em Ciência e Tecnologia -IBICT, Departamento de Ensino e Pesquisa, Rua Lauro Muller, 455 5° andar, Pavilhão Alvaro Alberto, Rio de Janeiro - RJ CEP:22290-160, Brasil.

[xaviernetto@ig.com.br](mailto:xaviernetto@ig.com.br)

**José M. López Mazz:** Departamento de Arqueología, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad de la República Oriental de Uruguay. [jlopez@adinet.com.uy](mailto:jlopez@adinet.com.uy)

**Sebastian Pintos Blanco:** Becario Mutis (AECI). Departamento de Prehistoria, Universidad Complutense de Madrid. Comisión Nacional de Arqueología (CNA-MEC), Uruguay. [salitres@teleline.es](mailto:salitres@teleline.es)

**Camila Gianotti García:** Becaria del Laboratorio de Arqueología e Formas Culturais de la Universidade de Santiago de Compostela IIT-USC, España.

[phcamila@usc.es](mailto:phcamila@usc.es); [gianotti@adinet.com.uy](mailto:gianotti@adinet.com.uy)

**Andres Troncoso Meléndez:** Arqueólogo. Proyecto Fondecyt n°1980248. Departamento de Antropología, Universidad de Chile. Santiago, Chile.

[copain@entelchile.net](mailto:copain@entelchile.net)

**Rafael Curtoni:** INCUAPA (Investigaciones Arqueológicas y Paleontológicas del Cuaternario Pampeano), Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional del Centro de la provincia de Buenos Aires, y Dpto. de Investigaciones Culturales, Argentina.

[rcurtoni@soc.unicen.edu.ar](mailto:rcurtoni@soc.unicen.edu.ar)

## coordinación del Volumen

Camila Gianotti García

## responsable de edición

Sergio Martínez Bogo

## ilustración de portada

Joaquín Torres García

## financiación

Financiación de la edición: Laboratorio de Arqueología e Formas Culturais.

TAPA 19

**Paisajes Culturales Sudamericanos:****De las prácticas Sociales a las Representaciones.**

Camila Gianotti García (coordinadora)

Laboratorio de Arqueología e Formas Culturais

Universidade de Santiago de Compostela

Primera Edición

*...porque en realidad nuestro Norte es el Sur*

J. Torres García

**PRESENTACIÓN**

Notorio es el desconocimiento de la arqueología sudamericana y en particular la arqueología del Cono Sur en ámbitos académicos europeos. Los trabajos y datos que consiguen traspasar fronteras son de orden muy general y se corresponden invariablemente con aquellos que aparecen en los manuales de Prehistoria Americana. Este desconocimiento arqueológico, hoy favorecido por la ausencia de publicaciones, podemos retrotraerlo varios siglos y entenderlo desde el punto de vista histórico a partir de la consideración de la región del Plata como territorio marginal, sin grandes civilizaciones y de escaso valor económico para el colono europeo. La Historia de las jóvenes naciones del Cono Sur ha contemplado escasamente, cuando no negado, un pasado con una dilatada profundidad temporal enraizada en los momentos más tardíos del Pleistoceno y cuyos desarrollos culturales son casi tan ricos y variados como parcialmente conocidos en los propios países sudamericanos.

La propia Historia oficial de la región, al día de hoy, no da cuenta de las sociedades prehistóricas más atrás de los siglos XVI - XVII. Es común notar en los documentos históricos y cartográficos de esta época ausencia de información haciendo referencia a importantes accidentes geográficos así como a sus habitantes. Fue a partir de 1492 que América entró en la Historia Universal y *Americo Vespucci* el primer moderno que formalmente desde 1503 desplegó en forma horizontal y tajante el *sistema-mundo*, inventando no sólo un nuevo concepto sino un nuevo espacio: el Nuevo Mundo. Como argumenta Dussel, hoy día nos enfrentamos a la propia definición de Modernidad pensada desde un paradigma eurocéntrico, pero no contemplada ni por los propios filósofos de la modernidad como un fenómeno que puede tener su razón de ser en Europa como centro de poder hegemónico a expensas de América (África bantú, Asia y posteriormente Europa occidental) como su periferia (Dussel, 1998). Esta centralidad ha sido producida y reproducida sistemáticamente a partir de márgenes y periferias; Centralidad y modernidad conformada por

la expansión del occidente cristiano, la aparente homogeneización cultural del continente americano, la consecuente constitución de un sujeto moderno único y el surgimiento occidentalizante de naciones jóvenes modernas a expensas de la *deconstrucción* de otras culturas. Es por eso, que actualmente son las disciplinas humanistas las que más pueden aportar al entendimiento del proceso de constitución de las naciones latinoamericanas, otorgando el lugar en el espacio que les corresponde a las diferentes culturas.

Es, desde el desconocimiento y para el conocimiento, que hoy presentamos esta publicación con trabajos de arqueología sudamericana, bajo el auspicio del *Laboratorio de Arqueología e Formas Culturais* y en el marco de la cooperación científica que este centro mantiene desde hace casi cinco años con otros centros de investigación e investigadores de la región sudamericana. Esta edición de Paisajes Culturales Sudamericanos pretende ser una primer entrega de varios números bajo una misma filosofía y con un mismo objetivo: impulsar la difusión transfronteriza de investigaciones arqueológicas del Cono Sur, dando a conocer recientes aportes de investigación vinculados a proyectos de cooperación, así como trabajos de orden teórico que enriquezcan la perspectiva espacial y la Arqueología del Paisaje.

El conjunto de artículos reunidos en este volumen comparte temas comunes en alguna medida, en todos se tratan desde diferentes puntos de vista las *representaciones y prácticas sociales* pasadas y presentes. La lectura permitirá acercarse a realidades arqueológicas heterogéneas, desde Brasil hasta los valles andinos, pasando por la puna y la pampa argentina a las tierras húmedas de Uruguay. El volumen se ordena en dos grandes partes, los cuatro primeros artículos presentan un perfil fundamentalmente teórico; en ellos se reflexiona en torno a temas como: la utilidad de herramientas y conceptos para la interpretación, la construcción del conocimiento arqueológico y el uso del mismo por parte de la sociedad. En los cuatro trabajos siguientes se presentan estudios basados en casos prácticos, son todos trabajos que parten del registro arqueológico (chileno, uruguayo y argentino) para tratar temas como la concepción de la muerte, las representaciones rupestres, la construcción social del paisaje y la identidad.

El primero de los trabajos, de Alejandro Haber, se acerca de una forma interesante y creativa a la narrativa puneña, histórica y arqueológica, en el intento de mostrar cómo la imagen y naturaleza marginal a la que recurrentemente se hace referencia en los estudios puneños, no es más que una representación establecida y perpetuada por los propios investigadores. El autor, tras analizar el origen histórico de esa imagen de La Puna, nos muestra como ha sido construida y asociada a otro hecho histórico: la expansión y delimitación

de los estados nacionales. Este trabajo supone un sugestivo ejemplo de cómo se debe incluir también en la investigación la propia historia de las representaciones del paisaje.

El siguiente trabajo supone un interesante aporte procedente del campo de la literatura y los estudios culturales; Gustavo Verdesio, reflexiona acerca del poder explicativo y de veracidad que ha tenido la mirada geográfica colonial sobre las representaciones y concepciones territoriales americanas. El autor retoma argumentos, ya expuestos y defendidos en anteriores trabajos, para discutir la construcción de América a expensas de una mirada occidental que retrató particularmente el territorio sudamericano como una página en blanco. Estableciendo una Imagen con inevitables consecuencias que derivaron en el no-reconocimiento de concepciones y prácticas territoriales del pasado prehistórico.

En el siguiente trabajo, Carlos Xavier de Azevedo Netto, reflexiona desde un punto de vista teórico en torno al concepto de espacio, poniendo especial atención a la utilidad que muestra para la interpretación del arte rupestre, la aplicación de modelos procedentes de la Arqueología Cognitiva y la Teoría Semiótica. Basándose en ejemplos concretos del arte rupestre brasileña, el autor infiere que a partir de las configuraciones espaciales de las representaciones artísticas, se puede lograr una aproximación que ponga en relación la categoría espacio con la identidad étnica.

A continuación, José M. López presenta una revisión crítica de más de cien años de trabajos arqueológicos en Uruguay. Analiza desde los momentos iniciales de la actividad arqueológica hasta la constitución de la Arqueología como disciplina académica; En este artículo se discuten las visiones y usos del pasado de diferentes sectores de la sociedad uruguaya, integrando también los intereses puestos en juego de cada una, se muestra cómo estas versiones y la propia actividad arqueológica adquieren relevancia en el proceso de conformación de la identidad de naciones tan jóvenes como la uruguaya.

Los dos siguientes artículos tratan casos concretos de un mismo fenómeno: la construcción de monumentos en tierra entre cazadores recolectores de las tierras bajas uruguayas. Por un lado Sebastián Pintos, reflexiona en torno al fenómeno monumental como argumento principal que permite interpretar el surgimiento de la complejidad social en estas sociedades prehistóricas. El autor retoma en la discusión datos recogidos durante casi cuatro años de investigación en la cuenca de la Laguna Castillos en el Este de Uruguay, para mostrar cómo en los últimos cuatro mil años los cazadores recolectores de la región iniciaron un complejo proceso de transformaciones sociales, representado espacialmente en la construcción activa del paisaje monumental. Por otra parte, Camila Gianotti trata con el mismo

fenómeno cultural enfocando en forma particular uno de los ámbitos más representativo del mismo: la muerte. En este artículo Gianotti examina las vías para reconocer arqueológicamente el ritual en la prehistoria y, partiendo del registro arqueológico de la sociedad constructora de “cerritos” (túmulos), reflexiona en torno al ritual de construcción de monumentos y los mecanismos que posibilitaron la permanencia de ésta tradición cultural en un período de larga duración.

Dando paso al área andina, Andrés Troncoso nos presenta un modelo general sobre las ocupaciones humanas prehistóricas en el valle e Illapel, para luego centrarse específicamente en las representaciones rupestres del mismo valle. Aplicando de forma inteligente conceptos foucaultianos, el autor nos muestra cómo una estación concreta de arte rupestre ocupó un lugar de privilegio en la organización y semantización de esta región chilena.

Rafael Curtoni nos traslada a la pampa argentina en época histórica para mostrarnos el proceso de conformación del paisaje indígena y la posterior desestructuración del mismo, reflejado espacialmente por la presencia y contraposición de dos racionalidades diferentes. Curtoni interpreta a partir del registro arqueológico y etnohistórico el modelo de espacialidad de grupos genéricamente conocidos como “rankes”, mostrando cómo en la construcción del Paisaje pampeano se ponen en relación aspectos como la percepción y la identificación con un territorio concreto.

Los trabajos aquí reunidos suponen un aporte sustantivo para conocer la conformación como productos históricos de distintos paisajes culturales de América del Sur, cruzando la Prehistoria hasta nuestros días, se ponen aquí de manifiesto diferentes formas de representación y prácticas sociales; el retrato de culturas pasadas y la propia actividad del arqueólogo quedan expuestas bajo miradas diversas. Constituye, sin lugar a dudas, un aporte sustancial a la construcción cultural de las representaciones imaginarias del territorio sudamericano, al tiempo que contribuye a desvelar un pasado que se muestra complejo y muy heterogéneo.

Para finalizar, quisiera agradecer profundamente a Felipe Criado por las sugerencias y apoyo para la edición de este volumen, al *Laboratorio de Arqueología e Formas Culturais* por integrar dentro de la serie una publicación dedicada al Cono Sur. Un sincero agradecimiento también a todos los investigadores que participaron con sus trabajos y que integran el conjunto de arqueólogos que, con grandes esfuerzos, construyen día a día el pasado de los pueblos latinoamericanos. A Sergio por su apoyo en la parte gráfica y a Suso por la invaluable colaboración en las tareas de edición. A todos, gracias.

# LA MULA Y LA IMAGINACIÓN EN LA ARQUEOLOGÍA DE LA PUNA DE ATACAMA: UNA MIRADA INDISCRETA AL PAISAJE

Alejandro F. Haber

## RESUMEN

La narrativa arqueológica sobre la Puna de Atacama se ha concentrado en tres tópicos: la domesticación de los recursos naturales, el comercio entre pueblos a uno y otro lado de la Puna por medio de caravanas de llamas y la identidad cultural de los habitantes de la Puna que dejaron 'tan pocos' vestigios arqueológicos. Estas diversas temáticas reposan sobre un mismo supuesto, que puede decirse que se encuentra implícito en la propia idea de la Puna de Atacama: la naturaleza marginal. Es dicha precomprensión del paisaje lo que lleva a postular que la cultura ha sido igualmente marginal, que el único beneficio de la Puna ha sido atravesarla de un lado al otro, y/o que la historia regional puede resumirse en una gesta de domesticación de la naturaleza que, lejos de implicar su dominación, ha sido una adaptación de la gente al medio. Se procede entonces a investigar el origen histórico de esta imagen de la Puna de Atacama, hallándolo en el género literario de los relatos de viajeros del siglo XIX y principios del XX. Se describe la manera en la cual la Puna de Atacama es creada como marca de un género literario, en un contexto en el cual esos relatos eran instrumento de la expansión y autodelimitación de los estados nacionales. Se exploran asimismo los antecedentes coloniales de esta narrativa. Se comenta, aunque no se desarrolla en este trabajo, la implantación de una modalidad de expansión y apropiación de la región puneña, que dio lugar a la conformación de paisajes de enclave. La práctica de los paisajes de enclave, aunque escasamente mencionada en la literatura de viajeros, es altamente concordante con la visión resultante de la Puna de Atacama. El paisaje no es una línea de base sobre la cual se puedan construir representaciones más objetivas del pasado, pues es en sí una representación histórica. Pero ello no invita a renunciar al conocimiento, sino a incluir en la investigación a la historia de constitución de las representaciones del paisaje. A su vez, las representaciones del paisaje no han surgido por el libre juego de la imaginación literaria, pues la creación literaria del paisaje ha sido ella misma una práctica social emanada y activa en contextos históricos concretos. La 'mula' y la 'imaginación' son dos imágenes que hacen referencia a estas dos versiones del conocimiento del paisaje. El paisaje no es ni la línea de base ni una pura representación. Pues, las prácticas de representación y las representaciones de las prácticas forman parte de una misma historia.

## PALABRAS CLAVES

Domesticación. Caravana. Narrativa Arqueológica. Puna de Atacama. Marginalidad. Adaptación. Relatos de viajeros. Enclave. Paisaje. Representación.

## ABSTRACT

The archaeological narratives on the Puna de Atacama region have been focalized in three topics: the domestication of natural resources, the commerce through caravans of llamas between peoples from both sides of the Puna and the cultural identity of Puna inhabitants that left frugal archaeological remains. The different topics lean themselves over the same assumption, and this one can be said to be included inside the very idea of the Puna de Atacama: the marginality of nature. It is this pre-understanding of landscape which leads to say that (a) culture has been marginal as well, (b) the sole benefit to be obtained from the Puna is to cross it from one side to the other, and (c) the regional history can be put short as an epic of domestication of nature, that, not implying the domination of nature, was an adaptation of the people to the environment. The next section of the paper investigates the historical origins of this image of the Puna de Atacama, and it is found in the literary genre of tales of travelers from the nineteenth and beginnings of twentieth centuries. How the Puna de Atacama is created as a mark of a literary genre is described, as well as the context in which these tales were instruments for the expansion and self-delimitation of the national states. The colonial backgrounds of this narrative are explored. The setting up of a kind of expansion over and appropriation of the Puna region, and the consequent enclave landscape, is commented, though not developed in this paper. The practice of enclave landscapes, though hardly mentioned in the travelers' narrative, is highly concordant with the resulting sight of the Puna de Atacama. Landscape is not a base line over which objective representations of the past can be constructed, for it is an historical representation in itself. This does not mean a resignation to knowledge, but instead an inclusion in the research program of the history of the constitution of the representations of landscape. Representations of landscape are not borne from the free literary imagination, since this one is in itself a social practice produced and active in particular historical context. Both the 'mule' and the 'imagination' are images that make reference to those two versions of knowledge of landscape. Landscape is neither a base line nor a pure representation, since both the practices of representation and the representations of practice belong to one and the same history.

## KEY WORDS

Domestication. Caravan. Archaeological Narrative. Puna of Atacama. Marginality. Adaptation. Stories of Travellers. Landscape. Representation.

Como introducción a su informe al Congreso de la Nación Argentina, el General Daniel Cerri, primer Gobernador del Territorio de Los Andes, invitó: “*Acompañadme, no sobre la mula, sino con vuestra imaginación...*” (Cerri 1906).



Ilustración 1. La Mula: “Nocturno en la vega *El Colorado*, situada a este del salar”. Fotografía de la expedición Muniz Barreto de 1923. *Colección Museo de la Plata*.

La mula (Ilustración 1) había sido su infatigable medio de transporte en sus viajes de reconocimiento de ese tan particular paisaje, la Puna de Atacama. Día tras día transcurrió sobre el lomo de su animal, sin otro marco para la observación del paisaje que sus alargadas orejas. Viajar *sobre la mula* implicaba un cúmulo de sensaciones, vivencias y percepciones, por medio de las cuales se iba formando una idea del paisaje. La *imaginación* (Ilustración 2) era otro medio de viaje, al cual invitaba a sus lectores. *Viajar con la imaginación* también implicaba un cúmulo de sensaciones que formaban una idea del paisaje, aunque esta modalidad de viaje no requería trasladarse: el paisaje se trasladaba literariamente al lector. El General Cerri creyó ser capaz de invitar a viajar *con la imaginación* porque él había *viajado con la mula*. Pero ni uno ni otro medio de transporte significaban un conocimiento más fiel ni objetivo del paisaje; aunque ambas modalidades de conocimiento del paisaje estaban históricamente vinculadas. Es más, ambas formas de viajar por la Puna de Atacama estaban históricamente relacionadas a los modos de representar el mundo, la sociedad, la nación, el pasado y el futuro.

Podría decirse que la mula y la imaginación no son imágenes extrañas para la arqueología que invita a los lectores a conocer el pasado que el arqueólogo ha experimentado y documentado materialmente. Pero al igual que el General, el arqueólogo no puede ser considerado con verosimilitud como el que inaugura una experiencia del pasado. Así como antes de la mula en la que Cerri viajó, él mismo había experimentado e imaginado el mundo (la naturaleza, la cultura, la so-

ciudad, la nación, el pasado, el futuro, etc.), de tal manera que esa imaginación constituyó gran parte de su experiencia sobre la mula, el mundo imaginario del arqueólogo constituye gran parte de la experiencia del descubrimiento y documentación arqueológica<sup>1</sup>.

Otonello y Krapovickas inauguraron la mirada crítica hacia las descripciones de la Puna como paisaje marginal. Ellos no sólo advirtieron la subjetividad de las imágenes geográficas sino que las asignaron a la perspectiva de la percepción:

*“Nos llama la atención que esas expresiones [de la Puna como una región uniformemente desolada, inhóspita y nada apropiada para la vida humana] sean las de autores que subieron a la Puna procedentes de regiones más bajas y más acogedoras. No debe olvidarse que para llegar a la Puna desde las llanuras chaco-pampeanas es imprescindible cruzar el exhuberante cordón de la selva tucumano-oranense. En consecuencia pensamos, sin temor a equivocarnos, que todas esas descripciones están fuertemente cargadas de subjetividad”* (Otonello de García Reynoso y Krapovickas 1973: 4).

Parece, no obstante, que dicha perspectiva se fundamenta en “*la concepción que respalda la delimitación del espacio, cómo se definen las sociedades*

<sup>1</sup> En el marco de los debates contemporáneos acerca de la utilidad de la perspectiva de la ‘arqueología del paisaje’, se ha sugerido que la misma es útil porque es ambigua (Gosden y Head 1994). Es decir, la categoría del ‘paisaje’ permitiría sortear las dicotomías entre las visiones externas e internas de la naturaleza (y de la cultura material) dado que ambas visiones se encontrarían incluidas en la propia categoría de ‘paisaje’. Aquí se sostiene que la perspectiva del paisaje introduce más firmemente el riesgo de naturalización de visiones ideológicamente sesgadas del mundo y, en combinación con la arqueología, una naturalización tal puede ser sacralizada como metahistórica. O sea, que la perspectiva de la ‘arqueología del paisaje’ además de poder ser ‘de ambigüedad útil’, podría ser ‘de utilidad ambigua’. El origen teórico de este problema se encuentra en el falso dilema entre categorías textuales y no textuales, literarias y materiales, que condicionan gran parte de la discusión teórica posterior al procesualismo y al estructuralismo. Y no es que sencillamente exista una dialéctica entre lo textual y lo material, sino que bajo esos dos rótulos se incluyen una multiplicidad de prácticas sociales históricamente ejecutadas y vividas. Es posible comprender el valor de dichas prácticas, sus vinculaciones e interdependencias, sin apelar al supuesto beneficio de la ‘ambigüedad’, mediante un análisis histórico que incluya en el mismo marco a la constitución literaria de la cultura material y a la constitución material de la cultura literaria. Desvelar la cultura implícita en la naturaleza, o la naturaleza implícita en la cultura, no necesariamente son antidotos efectivos frente al esencialismo, pero éste probablemente pueda ser esquivado insertando en la historia a la naturaleza y a la cultura, y a sus mutuas relaciones y dependencias.

que ocuparon y ocupan el territorio, cuál es su profundidad histórica y cuál el carácter de las relaciones que entablaron con la naturaleza” (Pérez Gollán 1994: 33).

Esta perspectiva tiene importantes consecuencias teóricometodológicas, pues implica una crítica cultural más profunda para deconstruir los supuestos que, como el de la marginalidad de la Puna, constituyen hábitos reproductores de las prácticas. Tal perspectiva crítica ha producido recientemente importantes reflexiones cuyo contenido cuasiprogramático vale la pena tener presente:

*“Era necesario romper con el ‘sentido común’, pero también romper con las teorías existentes sobre la ‘puna’. También es necesario considerar esas construcciones o preconstrucciones como constitutivas de las relaciones sociales y culturales del sujeto mismo. No son una pura externalidad, que como hojarasca quitada de encima permite alcanzar el objeto puro”* (Isla 1992: 29).

En este trabajo se examinan las maneras en las que ha operado el supuesto de la naturaleza en la arqueología de la Puna de Atacama. El análisis muestra cómo este supuesto, derivado de la construcción literaria de la Puna de Atacama como representación del paisaje, ha operado en la interpretación del pasado prehispánico, interpretación realizada desde diversas perspectivas teóricas. Ello permite constatar que no se trata necesariamente de un contenido teórico sino preteórico que, como tal, es naturalizado al interior del objeto. La discusión se estructura en torno a los ejes temáticos alrededor de los cuales la Puna de Atacama ha sido construida como objeto de la arqueología: la identidad, la interacción y la domesticación. Lo que sigue no es una revisión exhaustiva de la literatura arqueológica regional. No pretende serlo, sino más bien un análisis teórico de los supuestos acerca de la naturaleza y de la cultura que subyacen a las narrativas arqueológicas de la Puna de Atacama. El resultado de un análisis tal no es una exégesis de los textos pertinentes sino, en cambio, una delineación de los hilos conductores que permite relacionar y sacar a la luz los supuestos no siempre explícitos en los textos, dando lugar a la comprensión de las interpretaciones y la reconstrucción crítica de las mismas. En definitiva, se trata de escudriñar aquello de imaginación que hay en la experiencia de la mula, y aquello de mula que hay en la práctica de la imaginación.

## La imaginación detrás de la mula: la Puna de Atacama como dato

### Domesticación

La afirmación de Moreno según la cual *“... estas tierras yermas y quebradas aparentemente no son ap-*

*tas para el asentamiento humano permanente”* (Moreno 1901: 584; traducción del autor) contiene la que de hecho puede ser considerada **una constante** en la investigación arqueológica de la Puna de Atacama: **la idea de que la larga historia de ocupación humana de la Puna puede comprenderse en términos de una progresiva adaptación a un ambiente extremadamente hostil**. En esta perspectiva, cuanto más marginal es considerado el medio menos se cuestiona la orientación adaptativa. Así, la domesticación, entendida como las múltiples, progresivas y continuas experiencias de dominación de la naturaleza externa, se justifica en la imagen geográfica de la Puna de Atacama, y constituye el discurso privilegiado de la narrativa arqueológica. La *“inaptitud aparente”* del paisaje de la Puna de Atacama se encuentra implícitamente reproducido en la literatura arqueológica contemporánea. Pero no tiene su origen allí, sino en una larga historia de apropiación de la región puneña, en donde política, geografía y arqueología han tejido una compleja trama que presta a la imagen de la Puna como paisaje marginal su apariencia de naturalidad.



Ilustración 2. La imaginación: “Vista de la Playa Negra”. Fotografía de la expedición Muniz Barreto de 1923. Colección del Museo de la Plata.

En un contexto tal, resulta comprensible la importancia de la domesticación como temática de investigación<sup>2</sup>. En las décadas de 1980 y 1990 la domesticación y pastoreo de las llamas como proceso local se convirtió en uno de los temas más frecuentes de investigación arqueológica de

<sup>2</sup> Las representaciones de la domesticación serán referidas con el término de domesticidad. Este concepto se aplica tanto al pasado como al presente, con la idea de que las representaciones y prácticas de dominación de la naturaleza externa (domesticación) reproducen a, y son reproducidas por, las representaciones y prácticas de dominación de la naturaleza interna (dominación).

la Puna de Atacama<sup>3</sup>. La domesticación de los camélidos ha sido, en general, comprendida como una estrategia de adaptación a las limitaciones ambientales<sup>4</sup>. Así, por ejemplo, en un texto reciente se dice:

*“Si partimos de la idea de que, dadas las características del ambiente, los grupos de cazadores estaban cerca del límite de la capacidad de sustentación del mismo, la opción de producción de alimentos aparece viable y parece haberse producido a partir de unos 6000/5000 años atrás”* (Yacobaccio et al. 1994: 30).

Un argumento similar había sido presentado unos años atrás a escala geográfica más ampliada, caracterizando lo que se ha dado en llamar *“la opción productiva”* (Olivera 1988). La adopción de economías productivas (en el caso de la Puna el pastoreo de llamas) es entendida como una opción entre varias (Yacobaccio et al. [1994] enumeran cinco de ellas), frente a una tensión producida por un desequilibrio entre población y recursos económicos. Aunque no invalida las hipótesis propuestas, los propios autores aceptan que no se cuenta aún con evidencia suficiente que permita evaluar la concordancia de un desequilibrio tal entre ambos términos de la relación, aumento demográfico y deterioro climático, con las fechas asignadas a la decisión productiva. Por otro lado, y en base a diversos tipos de evidencia de las cuencas chilenas de Atacama y Punta Negra, se ha propuesto un fuerte deterioro climático entre el 8500 y el 5000 a.P. (Grosjean y Núñez 1994; Núñez y Grosjean 1994). Núñez vincula este período con un *“silencio arqueológico”* de las áreas *“inestables”* de Atacama y Punta Negra, al cabo del cual aparecerían ocupaciones con evidencias de domesticación de camélidos (Núñez 1989).

Lo que resulta particularmente importante no es por el momento el contenido de verdad de las hipótesis adaptativistas, que como ha sido dicho esperan aún el respaldo de la evidencia acerca de las variables relevantes. Es justamente el hecho de que se trata de una interpretación cuyo supuesto es el desequilibrio entre las necesidades

alimenticias de la población, y las potencialidades de sustentación del ambiente lo que es relevante en esta discusión. Al margen de suponer que las poblaciones de cazadores habrían estado en condiciones de evaluar las opciones a disposición y, aún más, considerar cuál de ellas resultaba la más conveniente **evolutivamente hablando**, es decir, a largo plazo<sup>5</sup>, es el carácter preteórico de la interpretación hipotética lo que es necesario remarcar.

La marginalidad ecológica, paradigmáticamente asumida, de la Puna de Atacama determinó que la región se constituyera en un laboratorio experimental para la domesticación de camélidos, sin tener en cuenta otras variables necesariamente implicadas en el proceso, como por ejemplo las sociales (Aschero 1994). La ecuación demografía-tecnología-recursos<sup>6</sup> determinó en mayor o menor grado las estrategias de asentamiento y subsistencia (Haber 1988; Olivera 1988). En estas explicaciones se descuidan aspectos claramente relevantes para la comprensión de los cambios económicos, como por ejemplo, la importancia de la apropiación social de los recursos naturales en la definición de las economías pastoriles, y los factores simbólicos en los procesos de origen de sociedades campesinas del Neolítico inicial. En esta perspectiva puede leerse el interrogante de Aschero, cuyas implicancias lo alejan de la mera retórica:

*“¿definimos las estrategias poniendo el énfasis en el juego de ofertas, demandas y optimizaciones en el aprovechamiento de recursos en vías de encontrar regularidades adaptativas en los procesos estudiados ... o tratamos de definir las poniendo énfasis en recuperar datos sobre las formas de organización social [...], y sobre los aspectos ideológicos particulares que regulan las elecciones del hacer y del ser de las comunidades en sus espacios respectivos?”* (Aschero 1988: 222).

Sin negar la importancia del riesgo como característica fundamental del ambiente y del aumento demográfico como variables que pudieron ocasionar una situación de inestabilidad, en una posterior formulación más explícita el mismo autor subraya la necesidad de *“tener en cuenta, comparar o contraponer la evidencia en torno a la experiencia acumulada en la memoria generacional de estas poblaciones”*, [es decir], *“sobre las formas de interacción social que fueron optimizadas para dar respuestas a estas situaciones”* (Aschero 1994: 15).

<sup>3</sup> Aschero 1994; Aschero, Elkin y Pintar 1991; Escola 1996; García 1991; Haber 1988, 1991a, 1991b, 1992a, 1993, 1995-1996, 1999b; Olivera 1988, 1991a, 1991b, Olivera y Nasti 1993; Olivera y Podestá 1993, 1995; Pintar 1995, 1996; Yacobaccio 1994; Yacobaccio et al. 1994; Yacobaccio y Madero 1991.

<sup>4</sup> Sería inexacto, sin embargo, pretender que la superación del adaptacionismo implique menospreciar los esfuerzos y resultados del denominado *“proyecto arqueológico de Antofagasta de la Sierra”*. Éste, dirigido por C. A. Aschero, D. E. Olivera y M. M. Podestá, ha significado, desde sus comienzos a principios de la década de 1980 hasta las diversas derivaciones más recientes, el más sustancial aporte al conocimiento de la arqueología de la Puna Sur.

<sup>5</sup> Ambas críticas que ya han sido planteadas respecto del adaptacionismo en arqueología.

<sup>6</sup> Que reconoce su formulación teórica más descarnada en la ultraliberal escuela de paleoeconomía de Cambridge (Higgs y Jarman 1975), para la cual el aspecto determinante de la cultura humana es justamente lo menos específicamente humano, es decir los instintos.

Si bien Aschero es claramente crítico de los funcionalismos economicistas, sus interpretaciones reproducen la sobredeterminación ambiental a la hora de dar explicaciones de proceso. Aunque reclama una incorporación de variables sociales e ideológicas al igual que económicas, la independencia funcional de las distintas esferas económica, social e ideológica (uno de los principales supuestos del funcionalismo) termina por reproducir un determinismo ambiental que es independiente de la teoría. **El determinismo ambiental según el cual la arqueología de la Puna de Atacama termina por darle excesivo peso al *dictum* domesticador, no depende del marco teórico de la investigación. En cambio, se le incorpora subrepticamente a este, en la propia construcción cultural y científica de la Puna de Atacama como categoría geográfica.**

Krapovickas, que quiso reemplazar la imagen de la Puna como ecológicamente marginal, desconfiaba de los estudios sobre el pastoreo:

*“Con frecuencia se ha considerado que durante el período cerámico dominó en la Puna, una economía eminentemente pastoril frente a la cual la agricultura habría tenido un papel totalmente secundario y hasta casi inexistente. Esta imagen se asentaba en una apreciación muy generalizadora de las condiciones naturales de la región, en la proyección hacia el pasado de algunas situaciones observadas en la población actual y en una interpretación parcial de la información arqueológica”* (Krapovickas 1984: 111).

Krapovickas enfatizó la importancia de la agricultura en la arqueología de la Puna, incluso de Tebenquiche, en varios trabajos (Krapovickas 1955, 1968, 1984; Krapovickas et al. 1980). Véase, como ejemplo, el siguiente párrafo:

*“Uno de los sitios seguramente más antiguos con claras evidencias de cultivos se encuentra en el sur del sector occidental. Es Tebenquiche, en las costas del salar de Antofalla. Si bien aquí no se han logrado fechados absolutos, por la comparación de los restos allí encontrados con otros que han sido datados, ese sitio puede ser considerado como perteneciente al período Agroalfarero temprano de la cronología del noroeste argentino. Ese período se inicia en los últimos siglos anteriores a Cristo. Tebenquiche muestra así un notable auge agrícola muy temprano. Hay allí terrazas y cuadros de cultivo como así también indicios de la práctica de regadío”* (Krapovickas 1984: 114-5).

Si bien Krapovickas estuvo lejos de ser un determinista ambiental, la importancia de la agricultura en momentos tan tempranos como los que suponía para Tebenquiche eran un elemento de particular importancia en la caracterización de este sitio. De esa manera se reproducía, en este caso con una orientación agrícola antes que pastoril, la fuerza de la domesticación como domina-

ción de la naturaleza en la definición de los desarrollos más antiguos de asentamiento permanente del área.

Esta discusión no descalifica las interpretaciones comentadas, y mucho menos sugiere que el desarrollo de estrategias de apropiación de recursos de subsistencia no deban necesariamente incluir una cierta adaptación a las condiciones del medio, ni que aquellas sean, en su conjunto, irrelevantes para comprender la historia de las poblaciones que habitaron el área. Pero es necesario señalar que, como indicaron Otonello de García Reynoso y Krapovickas (1973), y como se desarrolla en este trabajo, es preciso realizar una crítica a las perspectivas desde las cuales se describe el paisaje para no reproducir esquemas de interpretación en los cuales el ambiente puneño es tan pobre que sólo deja pocas opciones a sus habitantes, otorgando en definitiva a la historia de los mismos el único sentido de una epopeya domesticadora de aquella naturaleza extrema. Por supuesto que la subsistencia ha debido ser una preocupación permanente de los habitantes de la Puna en toda época, y que deben haber dedicado a ella ingentes esfuerzos. Pero ello no implica que la búsqueda de la subsistencia haya sido la única ni la más visible de las preocupaciones humanas, ni que ella baste para alcanzar una comprensión de la cultura e historia de las sociedades puneñas. Tampoco es posible aducir una primacía tal de la subsistencia en ningún caso histórico ni etnográfico en ningún lugar del mundo, por más desértico y marginal que aquel sea, o por lo menos respecto de la cual pueda decirse que haya acuerdo. En este sentido, **es preciso adoptar un marco que, en vez de asumir la independencia nunca demostrada de las esferas económica, social y simbólica, entienda que todo fenómeno es, a la vez, económico, social y simbólico.**

En el marco de un enfoque dialéctico se adopta la perspectiva según la cual la domesticación de la naturaleza externa no es un proceso independiente de la domesticación de la naturaleza interna (dominación entre humanos). En este marco, domesticación y dominación son inseparables en las prácticas, y sus representaciones se reproducen mutuamente. Específicamente, se muestra en este trabajo cómo la Puna de Atacama puede ser considerada una construcción histórica-literaria que define a la región como un paisaje ecológicamente (y culturalmente) marginal. Dicha construcción de la Puna de Atacama como categoría geográfica está implícita en todas las descripciones del área realizadas por geógrafos e investigadores que a ellos acuden (incluyendo a los arqueólogos), y se origina como género literario en los relatos de viaje de fines del siglo diecinueve y principios del siglo veinte. La afirmación de Moreno con la que se dio inicio a esta sección puede ser considerada como el punto en el cual el género de los relatos de viaje se introduce en la

arqueología. Resulta interesante que el remate de la frase sea: “... pero ello no ha sido siempre así” (Moreno 1901: 584; traducción del autor).

## Caravana

Otra temática en la que se ha involucrado a la Puna de Atacama a lo largo de la historia de la investigación arqueológica regional es la de los contactos intersociales. En estos casos, a la Puna de Atacama le tocaron los papeles jerárquicamente inferiores de lugar de paso del comercio, receptora de influencias, o territorio de explotación de enclaves extractivos. En el caso bajo análisis, el papel de mediadores entre los desarrollos culturales chilenos y argentinos ya le había sido dado a los antiguos habitantes puneños<sup>7</sup>. Igualmente, la importancia del comercio en la subsistencia de los habitantes de la puna había sido ya considerada, desde Nordenskiöld (1903) y Ambrosetti (1905) hasta Krapovickas (1968) y González (1979). Pero es en 1978 que se publica el más influyente texto sobre la interacción interregional (Núñez y Dillehay 1978). El gran aporte de los autores es haber enfatizado por primera vez la perspectiva regional desde un oasis, es decir un punto habitado rodeado de extensas tierras desérticas. Visto así el mundo, resulta comprensible que el énfasis haya sido puesto en la circulación, antes que en la producción. La circulación sigue una compleja red de vinculaciones entre puntos (oasis) y áreas (valles) localizados en distintas ambientaciones ecológicas, oferentes y demandantes, entonces, de un diverso abanico de bienes (económicos, sociales y simbólicos). Los puntos de aprovisionamiento, abastecimiento y acopio de productos son asentamientos-ejes semisedentarios a sedentarios, que proveen a la red de caravanas el necesario equilibrio para su funcionamiento. Conviene transcribir las siguientes ideas para advertir el enorme potencial del argumento:

*“Para que el movimiento giratorio pueda mantener su medio rodante en equilibrio, éste debe ser balanceado por los ejes fijos o asentamientos relativamente homogéneos en términos de ‘captura de tráfico’. En otras palabras, los asentamientos semisedentarios a sedentarios dentro de las funciones del movimiento de ganadero-caravanero: 1) Definen su movimiento en un vasto territorio elongado. 2) Sirven como sitios de abastecimiento o de paraderos que reciben productos de caravanas y lo redistribuyen tanto a nivel local, regional o interregional, pasando los bienes desde las caravanas hacia otras direcciones. 3) Abastecen a las caravanas para que puedan proseguir su trayecto espiral.*

*Dadas estas condiciones, los asentamientos-ejes semi-sedentarios a sedentarios son mera-*

*mente polos de estabilidad, los cuales definen sus puntos terminales y la dirección del movimiento giratorio de las caravanas. Esto implica escasa presencia o ausencia de altas jerarquías socio-políticas entre estos asentamientos-ejes, pues de lo contrario el movimiento giratorio queda desbalanceado. Sin embargo, este puede diferir en tamaño y complejidad de acuerdo a la capacidad de transporte de las caravanas y de las diferentes densidades de población en cada eje”* (Núñez y Dillehay 1978: 12-3).

En el marco del espacio económico regional, a la Puna de Atacama le corresponde una importante función:

*“Los ejes de mayor flujo se establecieron entre los oasis del pie occidental de la Puna (V. gr. San Pedro de Atacama), Quebrada de Humahuaca, oasis puneños (V. gr. Tebenquiche) y los valles desde el N. de San Juan al S. E. de Salta, Jujuy y la cuenca baja del río San Francisco. En todo este espacio el movimiento giratorio estableció el traslado de caravanas con aportes altiplánicos, de oasis (patrón Cultural San Pedro de Atacama), y aportes de la foresta tropical del pasadizo oriental, siendo la Alta Puna, el nudo por donde se desplazaron estos traslados hasta constituir fisonomías culturales propias, diferente al desarrollo altiplánico central y opuestos al desarrollo de los valles del Sur Peruano y extremo Norte Chileno”* (Núñez y Dillehay 1978: 40).

El mismo esquema fue actualizado en sendas oportunidades (Dillehay y Núñez 1988, Núñez y Dillehay 1995). Sin duda, el planteo de la movilidad giratoria, o como se desee llamar a la articulación de un espacio económico y cultural a escala macroregional y a lo largo de la historia, representa un enorme estímulo a la investigación regional, por cuanto presta relevancia a los casos por lo que puedan aportar a la comprensión de la historia a mayor escala. Además, **la perspectiva del oasis queda definitivamente demostrada como una fértil avenida para la arqueología regional, por cuanto permite abandonar las narrativas histórico-culturales en favor del estudio de un proceso histórico arraigado en movimientos reales, con potencialidades y limitaciones reales** (tales como, por ejemplo, la densidad de población de un eje de demanda de bienes de subsistencia o el largo de un tramo de travesía a través del desierto). Las distintas fases que definen los autores, además, permiten vislumbrar la manera en que **las modificaciones en apartadas áreas, aún cuando éstas no estuvieran directamente vinculadas, terminan por afectar al conjunto de las relaciones entre asentamientos-eje de la red**. Este aspecto le otorga al planteo, las características sistémicas tan hábilmente expuestas por Wallerstein (1991a). Pero no se trata de un sistema abstracto, sino de elementos concretos que juegan en él sus aportes particulares, como el tamaño de

<sup>7</sup> Ver apartado siguiente.

la demanda, o tecnologías que en definitiva hacen posible la circulación ampliada, como la caravana llamera.

Es necesario señalar, a propósito del modelo de movilidad giratoria, dos aspectos críticos. En primer lugar, los autores parecen propiciar **una tendencia inherente hacia la estabilidad sistémica, que implicaría la tendencia 'igualitaria' entre asentamientos-eje dentro de la red.** Las redes comerciales del tipo de la propuesta bajo el nombre de 'movilidad giratoria' para los Andes centromeridionales existieron en otras partes del mundo, como Escandinavia, Mesoamérica, los Andes en general, Roma, Europa en su conjunto, China, el Viejo Mundo en su conjunto. En el Cercano Oriente se desarrollaron redes con una forma de vinculación entre oasis muy similar a la propuesta bajo análisis (Kohl 1987). Pero, lejos de tener una tendencia hacia el equilibrio entre las partes integrantes, es justamente el desequilibrio, incluso el desequilibrio político, el que lleva a las poblaciones de ciertas áreas a vincularse y establecer tráficos comerciales. Una discusión semejante se produjo en la arqueología del Viejo Mundo entre los defensores de los modelos de '*centro-periferia*' [Champion 1995 (1989); Rowlands 1987] y los de la '*interacción entre entidades políticas semejantes*' (Renfrew 1986). Se ha criticado que las sociedades analizadas en el planteamiento de la utilidad del concepto de **entidades políticas semejantes**, abarcan de hecho, entidades políticas que en su conjunto son periféricas respecto de regiones más desarrolladas (Champion, 1989). En definitiva, lo que a cierta escala puede ser considerado como una red de interacción entre unidades semejantes (como parecen propiciar Nuñez y Dillehay), a una escala mayor puede ser visto como periférico respecto de áreas de mayor desarrollo, aún cuando no haya existido una vinculación directa con esta área. **El equilibrio entre las sociedades integrantes de la red no es un requisito para la reproducción de esta sino, tal vez, todo lo contrario. Es justamente la diversidad de condiciones y recursos desde los cuales cada sociedad se articula al sistema lo que le presta, a este, su dinámica.**

En segundo lugar, otro elemento crítico se refiere a la caracterización de los oasis de la Puna Salada (Puna de Atacama), que para los autores, siguiendo a Troll, no reúnen las condiciones para el asentamiento humano permanente y, por lo tanto, su habitabilidad habría dependido casi exclusivamente de su papel de postas en el intercambio transandino. Al igual que en obras anteriormente consideradas, se comprende a la Puna de Atacama (oasis de la puna salada en el texto de Nuñez y Dillehay 1978) como **homogéneamente desventajosa desde el punto de vista ecológico y climático. De esa manera, la participación en las caravanas comerciales habría sido la única razón para el asentamiento, que era temporario.** Se desprende de este argumento que la

empresa caravanera habría debido subsidiar a las poblaciones temporarias de los oasis de la puna salada, haciendo a estas enteramente dependientes no sólo de las caravanas desde el punto de vista de la subsistencia, sino que habrían formado parte de las sociedades circumpuneñas durante la parte del año en que las caravanas no transitaran, y se habrían dirigido a los oasis durante los períodos de flujo comercial.

Las evidencias de inversión de fuerza de trabajo en la agricultura en los oasis de puna salada, así como la larga continuidad en los patrones de vivienda, contrarían este argumento. Además, el costo de financiamiento de las caravanas habría sido mucho más alto si se debe incluir el subsidio a una serie de poblaciones intermedias; esta inversión en el financiamiento de postas comerciales no es característica de redes comerciales no estatales, pero sí en cambio de estados económicamente expansivos. Se trataría entonces de un argumento contradictorio con la ausencia de sociedades estatales en la región (entiéndase antes del Tawantinsuyu) dispuestos a financiar la red de postas y, de todas maneras, contradictorio con el argumento de equilibrio entre sociedades no jerarquizadas entre sí.

En ese sentido se orienta la versión de Tarragó (1984) de la interacción regional. Adoptando una perspectiva puneña (más cercana a la de Krapovickas que a la de los autores recién comentados), Tarragó enfatiza la importancia de los asentamientos agrícolopastoriles permanentes en los oasis de la alta puna en el funcionamiento de ejes de interacción articuladores del espacio circumpuneño. Así, el desarrollo caravanero es visto como una estrategia típicamente puneña y relacionada al paisaje del oasis. De esta manera, la autora explora la historia de las interacciones a través de la presencia de indicadores arqueológicos, como una forma de comprender el proceso de articulación y cambio del espacio circumpuneño. El marco ofrecido por Tarragó brinda relevancia a la investigación de los oasis puneños al insertarlos en los procesos de interacción de manera activa. Resulta claro que, en tal caso, es el oasis y no la Puna de Atacama la categoría relevante para la investigación.

La visión según la cual los oasis de la alta Puna fueron poblados temporariamente como postas de aprovisionamiento del flujo de intercambio transpuneño está estrechamente ligada a la imagen del espacio circumpuneño como constituido por entidades políticas equilibradas y vinculadas por flujos recíprocos de bienes transportados por caravanas de llamas. Y, en su conjunto, este cuadro se sustenta en un cúmulo heterogéneo de evidencias de interacción (mas no de la modalidad específica de interacción implicada en el modelo caravanero) y en un laxo imaginario 'etnográfico' cuya fuente es el conjunto de textos del género literario de los relatos de viajeros a la Pu-

na<sup>8</sup>. Sanhueza ha realizado un profundo análisis de las características de la arriería atacameña colonial (Sanhueza 1992).

Un ejemplo algo tardío, mas no por ello menos influyente, es el texto de Bowman en el que se hace especial énfasis en la arriería y caravaneo de mulas y ganado vacuno, que desde los valles del noroeste argentino se dirigía a las oficinas salitreras del desierto costero chileno, como la principal actividad económica regional. Como expresión sintética de su contenido, la descripción geográfica regional se titula, naturalmente, "Senderos del desierto en Atacama" (1924). Más allá de la mayor o menor evidencia fáctica respaldatoria del modelo de interacción caravanera giratoria (en sentido estricto), nuevamente surge el supuesto de la marginalidad ecológica puneña como determinante de la modalidad de ocupación y actividad económica. El rol secundario de los 'oasis de alta Puna' frente al 'equilibrio' entre las entidades políticas circumpuneñas, parece ser un elemento concomitante, una vez que la marginalidad puneña ya ha sido asumida.

## Identidad

Ya a principios de siglo Ambrosetti asignaba los hallazgos de Antofagasta de la Sierra a la expansión hacia la Puna de la civilización calchaquí (Ambrosetti 1905). Boman, por su parte, atribuía a los 'diaguitas' el sector sur de la Puna [Boman 1991 (1908)]. Si bien ambas interpretaciones se realizaron sobre la base del mismo conjunto de hallazgos realizados en Antofagasta de la Sierra y registrados principalmente por Gerling, y además parecen ser coincidentes entre sí, la aparente similitud esconde profundas diferencias. Ambrosetti consideraba que los habitantes de los valles Calchaquíes no se habían rendido nunca al imperio de los Incas, mientras que Boman incluía el conjunto de la arqueología del noroeste argentino dentro de la 'civilización peruana', tal como entonces se designaba al incario. En consecuencia las culturas etnográficas (o etnohistóricas) del noroeste eran, para Boman, resultado de influencias de las altas culturas andinas de poca antigüedad (Boman 1991; Lejeal y Boman 1907). Para Ambrosetti, más nacionalista que amigo de rápidas difusiones, la civilización calchaquí era el resultado de una larga trayectoria histórica original que nada le debía a los incas (Ambrosetti 1902, 1903). Por debajo de la polémica corrían distintas visiones de la historia prehispánica cuyos supuestos preteóricos<sup>9</sup> eran suficientemente estructurantes como para obligar a sus protagonistas a ejercitar

la imaginación para acomodar las nuevas evidencias.

Así, Ambrosetti llegó a interpretar los materiales incaicos de La Paya como de procedencia chilena (el comercio con un Chile dominado por los incas parecía más neutro que la influencia directa de un poderoso imperio; Ambrosetti 1908), mientras que Boman, atrincherado en el Museo Nacional de Buenos Aires, nunca pudo aceptar que las diferencias culturales representaran algo más que meras variaciones de un mismo tema (Boman y Greslebin 1923). De hecho, la intencionalidad explícita de la publicación de los trabajos de Ambrosetti en La Paya, considerados por la historiografía como un monumental punto de inflexión de la arqueología en el noroeste argentino, se vinculaba directamente con esta polémica, pues habían sido escritos "para responder con la masa de los hechos expresados al trabajo presentado al Congreso de Quebec (1906) por mis colegas, los señores León Lejeal y Eric Boman, "La Question Calchaquie", en el que á mi juicio la han tratado con bastante precipitación y ligereza" (Ambrosetti 1908: 530). Uno de los cuatro resultados enumerados por Ambrosetti, que él desprendía de la "masa de los hechos", era el "descubrimiento de la ruta, desde el Pacífico, á través de la Puna de Atacama, de los objetos de tipo peruano, que se hallan en la región Calchaquí, lo que nos habla ya de una corriente comercial, entre el Norte de Chile y los valles Calchaquies, en una época que aún no nos es dado precisar" (Ambrosetti 1908: 530). Con ello establecía uno de los roles que más frecuentemente le han sido asignados a la Puna de Atacama.

El panorama permaneció en los mismos términos durante varias décadas, durante las cuales la investigación arqueológica en la Puna de Atacama fue nula. Los pocos arqueólogos que se interesaron en la puna se concentraron en la Puna de Jujuy. Entre ellos, Debenedetti (1930), Casanova (1937-1938, 1939, 1944) y Vignati (1931, 1938) se encargaron de reproducir una de las imágenes más extremas que la arqueología obtuvo de la puna. Por ejemplo, casi en las mismas palabras que Moreno casi cuatro décadas antes que él, Casanova escribía:

*"En resumen, el clima con sus grandes variaciones y sus terribles vientos blancos, la escasez de agua, la aridez del suelo y los inconvenientes de la altura, hacen a la Puna poco apta para la vida del hombre, que difícilmente encuentra aliciente para instalarse en estas inhospitalarias regiones donde la lucha por la vida se torna a menudo trágica" (Casanova 1939: 256).*

Pobreza técnica y expresiva, falta de personalidad estilística, área de paso de corrientes migratorias, estancamiento cultural, son las cualidades comunes con las cuales la arqueología de la Puna era cualificada. Así, cuando en 1948, sus alumnos ensayaron una influyente síntesis de la

<sup>8</sup> Ver apartados siguientes.

<sup>9</sup> Es decir, anteriores a la teoría (en este caso, étnicoculturales).

arqueología del noroeste argentino, nada tenían para agregar en la Puna de Atacama a lo que ya había sido dicho (Bennett et al. 1948). El único sitio conocido en el área, en Antofagasta de la Sierra, fue agrupado en una “cultura de transición” con otros conjuntos, igualmente resistentes a la clasificación, procedentes de Kipón y La Paya. Uno de los elementos característicos de esta cultura transicional era el desarrollo de la representación en madera (Sommer 1948). Este aspecto se vinculaba con la definición del ‘complejo Puna’ en el área norte, en el que eran agrupados una serie de conjuntos de la Puna jujeña de difícil clasificación según las categorías histórico-culturales (Bennett 1948).

La pobreza de la información disponible a mediados del siglo sobre la arqueología de la Puna de Atacama, junto con la parquedad de los escasos conjuntos arqueológicos en lo que a diagnósticos estilísticos se refiere, acabó por obligar a los sintetizadores norteamericanos a una solución de compromiso: complejo Puna y cultura de transición fueron categorías que permitieron encasillar el despersonalizado material arqueológico puneño bajo etiquetas aparentemente neutras, aunque vacías de contenido histórico<sup>10</sup>.

No fue sino hasta 1952 que se produjo una nueva investigación original en la Puna de Atacama, a cargo de Krapovickas, en ese entonces un estudiante avanzado (Krapovickas 1955). Los hallazgos de Krapovickas fueron realizados en seis tumbas diferentes y estratigráficamente independientes, aunque él llegó a la conclusión de que todos ellos fueron fabricados “por un mismo grupo indígena y durante un mismo período de tiempo”, basado en las siguientes similitudes: (a) “la forma de los sepulcros no varía en ningún caso”, (b) “en todos los hallazgos se han encontrado cuentas de collar, materiales de metal y restos de pintura, siempre con las mismas características”, (c) “hay formas que se repiten como las jarras [...] que aparecieron en los sepulcros I y V” y, finalmente, (d) “el denominador común [...] lo constituye la decoración que se repite con técnica y motivos idénticos en todos los ejemplares, cualesquiera sean sus formas” (Krapovickas 1955: 39).

Así, sentó las bases para la creación de Tebenquiche como una totalidad cultural e histórica, tarea que perfeccionaría en sucesivos trabajos. Finalmente, Tebenquiche quedó cerrado como un conjunto de rasgos culturales: tumbas subterráneas con paredes de piedra, cerámica tosca con aplicación de pintura posterior a la cocción, predominando las formas de vasos subcilíndricos y escudillas. A esto se le añadiría la descripción de las estructuras agrícolas y el aislamiento geográ-

fico, y todo el paquete sería remitido al período Temprano en virtud de las asociaciones estilísticas con material publicado procedente de San Pedro de Atacama (los vasos cilíndricos San Pedro Negro Pulido y la seriación de Tarragó<sup>11</sup> [1968]) y Candelaria (el vaso prosopomorfo). Lamentablemente, la información disponible del material excavado por Weisser en 1923 en Tebenquiche no le permitió matizar el aspecto de homogeneidad que presentaban los materiales de las tumbas excavadas en 1952.

En la tumba 2 de Weisser, ubicada en la banda del río opuesta a la que Krapovickas realizó sus excavaciones, se había recuperado un conjunto que incluía cuentas de vidrio veneciano (además de una olla con pie tipo Caspinchango, entre otros elementos) que la ubicaban indiscutiblemente en el período hispano-indígena (Weisser 1923). Si bien hay material hispano-indígena, y en mucho menor cantidad tardío e Inka en la superficie de la totalidad de la quebrada, el corto lapso transcurrido en Tebenquiche le impidió a Krapovickas una observación más detallada.

En 1958-1959 Krapovickas redefinió el *Complejo de la Puna*, con predominancia de cerámica tosca, pocas formas peculiares, entre ellas vasitos chatos, cántaros con asas asimétricas y ollas con asas cónicas, influencias Humahuaca e Inka, abundancia de objetos de madera (palas, cucharas, etc.). Estas características lo llevaron a asignarlo al período tardío del sector boreal de la Puna. En el sector austral, caracterizó al conjunto de Antofagasta de la Sierra como Tardío e Inka, y al de Tebenquiche como anterior a éste y más vinculado a los valles del Noroeste Argentino:

*“Los materiales de Tebenquiche, yacimiento que consideramos cronológicamente anterior al de Antofagasta de la Sierra, no tienen ninguna conexión con los del resto de la Puna. Hay aquí una primacía de objetos de cerámica, que es lo más característico de este yacimiento. Las formas de cerámica y los entierros nos indican que existen relaciones con elementos arqueológicos de la zona central de nuestro noroeste”* (Krapovickas 1958-1959: 110-1).

Finalmente advirtió que “[c]on un único yacimiento conocido no podemos determinar los límites geográficos de la facies cultural por él representada” (Krapovickas 1958-1959: 111). Pero lo que resultaba a esa altura indudable es que Tebenquiche representaba una misma “facies cultural”.

En su siguiente síntesis de la arqueología de Puna, Krapovickas dedicó a Tebenquiche algo

<sup>10</sup> Una crítica similar fue ofrecida por González y Pérez (1985: 97)

<sup>11</sup> La seriación de Tarragó para Atacama fue confirmada posteriormente mediante dataciones por TL (Berenguer et al. 1988).

más de atención, aunque no sin una previa aclaración:

*“Las excavaciones que efectuamos en Tebenquiche en 1952, fueron nuestra iniciación en la investigación tanto de campo como de gabinete. La limitada instrucción en cuanto a técnicas arqueológicas que podíamos obtener en el país en esos años, hizo que los trabajos de Ambrosetti en La Paya, nos sirvieran como principal y casi único modelo a seguir. Por estas causas, dado que no se ha vuelto a investigar el sitio, salvo por un grupo de andinistas salteños, la información segura que poseemos proviene en su mayoría de las tumbas excavadas exhaustivamente, las notas tomadas durante los trabajos y los materiales que estudiáramos en 1953”* (Krapovickas 1968: 243).

Fue en el Congreso Internacional de Americanistas de Mar del Plata que Krapovickas expuso la imagen de Tebenquiche que predominaría hasta la actualidad. Véase en primer lugar la ponderación del potencial del sitio:

*“Es difícil establecer una media de población para Tebenquiche. No tenemos datos precisos sobre la cantidad de las viviendas ni de la extensión total de las ruinas. Por tratarse de viviendas dispersas entre los cultivos, la cantidad debió ser baja en relación a otras ruinas, por ejemplo Quilmes o Tilcara. Pero, haciendo una comparación con Antofalla actual, y observando el aspecto del yacimiento con sus terrenos de cultivo **tan amplios**, las viviendas, las tumbas y el material arqueológico recogido **tan importante**, podemos arriesgarnos a fijar, al azar, una población mínima de alrededor de 100 habitantes en el momento de florecimiento del sitio”*. (Krapovickas 1968: 244; énfasis del autor).

Tras una descripción de los hallazgos con el añadido de algunos detalles arquitectónicos extraídos de una nota periodística derivada de la expedición de andinismo, Krapovickas definió a la **cultura Tebenquiche**, demarcando primero sus límites cronológicos, pasando por alto la segunda tumba excavada por Weisser en 1923, de evidente época colonial, cuya libreta de campo (Weisser 1923) y materiales se encontraban ya en el Museo de La Plata:

*“Aunque el número de tumbas hallado fue limitado y no se efectuó ninguna excavación estratigráfica, **no quedan dudas** sobre la posición cronológica de Tebenquiche. No hay materiales incaicos **ni hispánicos**. Tampoco hay materiales que puedan considerarse tardíos. Los restos que estamos describiendo son de una época temprana.”* (Krapovickas 1968: 248).

Habiendo ya caracterizado la economía, la cerámica, la metalurgia, la arquitectura, la funebria y la cronología, no restaba sino declarar la cultura Tebenquiche, cuyo rasgo definitorio, a falta de

otro mejor, pasaría a ser la pintura postcocción sobre la cerámica negra lisa:

*“Dado que nuestro trabajo publicado en 1955 ofrece por primera vez un conjunto uniforme de materiales, **caracterizado fundamentalmente por la cerámica negra lisa con pintura ritual postcocción**, nos creemos suficientemente autorizados, dadas las reglas de prioridad, para aplicar el nombre del yacimiento a la entidad cultural que representa e indicamos así la existencia de la cultura de Tebenquiche”* (Krapovickas 1968: 249).

No deja de guardar interés el hecho de que a pesar de los esfuerzos por reducir a Tebenquiche a un “paquete cultural” de rasgos, y cuando todo parece indicar que finalmente se ha conseguido construir una imagen esencialista de dicha cultura, su elemento característico haya sido definido como la cerámica negra lisa, es decir una cerámica que tal vez no tenga nada en sí de particular y que en definitiva queda particularizada mediante la aplicación de pintura en un contexto ritual. Es decir, aún cuando los materiales de Tebenquiche probaron ser poco abundantes en elementos idiosincrásicos con los cuales enunciar una cultura arqueológica particular, la arqueología histórico-cultural construyó la esencia de la cultura local en el resultado de una práctica más contextual que esencialmente determinada. Ya Serrano había manifestado:

*“Si bien es insuficiente aún la información sobre Tebenquiche hay motivos ya para pensar en su individualidad como cultura”* (Serrano 1967: 22).

Como principal fuente de evidencia en la conceptualización histórico-cultural de la Puna de Atacama, ha de suponerse que Tebenquiche proveyó un rico y firme conjunto de información. Pero no fue así. La arqueología de Tebenquiche se basó en pocos pero fundamentales aspectos señalados ya en la tesis de Krapovickas (1955) y reafirmados en sus sucesivos trabajos de síntesis (1959, 1968, 1984). Estos son (a) el extremado aislamiento geográfico de Tebenquiche, (b) el gran desarrollo agrícola visible en las acequias, canchones y terrazas del sitio, (c) la asignación del sitio a los inicios del período Temprano, en virtud de la identificación de caracteres atacameños (en un sentido geográfico, aunque diferentes a lo ‘atacameño’ en un sentido étnico), (d) la riqueza de los ajuares funerarios y, (e) la presencia de pintura postcocción. Es decir, apareció como un conjunto de evidencia contradictoria, en el sentido de que a pesar de su marginalidad y aislamiento y su asignación temporal tan antigua, exhibía una clara demostración del desarrollo cultural (económico y tecnológico) alcanzado tempranamente.

A pesar de ello, Krapovickas no logró contagiar su entusiasmo por el desarrollo observado en Tebenquiche. González, el principal sistemati-

zador de la arqueología del noroeste argentino, no dedicó más que ocasionales menciones a Tebenquiche que, aunque con distinto grado de ponderación, lo describían como un aislado y marginal oasis cuya ocupación era tan antigua como monótona su cultura. Tebenquiche no fue mencionado en sus primeras síntesis regionales (por ejemplo, González 1955, 1963) y fue sólo nombrado junto con Laguna Blanca en su libro en colaboración con Pérez (González y Pérez 1985). En su obra sobre el arte precolombino, González le dedicó una escueta mención a Tebenquiche, acaso debido a la parquedad artística de su cerámica. Allí consideró la posibilidad de que el “tipo Tebenquiche”, que entendemos se refiere a la decoración de la cerámica gris lisa con pintura postcocción, correspondiera a un estilo autóctono de presunta antigüedad anterior a la era cristiana (González 1977: 168).

Poco después, sin embargo, emitió una opinión diferente:

*“Un hecho de gran interés es que la misma tradición en la economía y en las técnicas de producción agrícola de altura, se mantiene inalterada por centurias; en cambio, la cerámica en todas las épocas es, o intrusiva o una mala adaptación de los tipos cerámicos de los valles aledaños. Es decir, que en ningún momento se establece una tradición local de cerámica con rasgos propios”* (González 1979: 11).

Explícitamente, la pobreza cultural puneña **en comparación con la de los valles circundantes**, fue considerada un rasgo concomitante de **la marginalidad ecológica, de manera tal que la cultura fue naturalizada a través de la incorporación de la propia imagen de naturaleza** (es decir, la Puna de Atacama):

*“La cultura estuvo muy adaptada al difícil medio puneño, que no varió en mucho tiempo, mostrándose reacia a la incorporación de nuevas técnicas”* (González 1979: 11).

Aún más, **González vinculó en un mismo argumento la marginalidad ecológica y cultural con la circulación comercial**:

*“En esta zona [la Puna] se reflejaron las secuencias de los valles circundantes, desde Orilla Norte (Condorhuasi II), pasando por Ciénaga, Aguada, etc., que no parecen haberse integrado en ningún momento al patrimonio local. La mayor parte de la cerámica decorada se obtenía por comercio, sin pasar a formar parte de las técnicas locales”* (González 1979: 11).

Así, la Puna de Atacama era una naturaleza marginal que explicaba el carácter necesario de la adaptación al mismo, cuyo resultado era una cultura igualmente marginal. Pero, como si la cultura no bastara para arreglárselas con la Puna, los puneños debían depender del comercio con pueblos más afortunados.

En 1983 González caracterizó a las culturas del período Temprano como culturalmente diversificadas y particulares, y entre ellas mencionó a Tebenquiche (González 1983). En una obra posterior, González habló de la “cultura Kipón-Tebenquiche” que “[...] posee una cerámica negra o gris muy característica. Algunas de sus formas parecen relacionarse con cerámica del río Loa y San Pedro de Atacama en Chile. La presencia de grandes pipas acodadas vinculan esta cultura con complejos de las selvas occidentales como San Francisco. Sin embargo, por su hábitat en el valle Calchaquí y en la Puna, Kipón-Tebenquiche parece corresponder a una adaptación andina de altura” (González 1992: 143). Mencionó (aunque no los citó) “unos pocos fechados” obtenidos por Díaz y Arena, que le permitieron situarla “alrededor del 300 antes de la e. C.” Finalmente, respecto a la economía de Kipón-Tebenquiche dijo que “debió ser la de cultivos de altura asociada a una intensa explotación de la llama” (González 1992: 143).

En síntesis, González ha considerado a Tebenquiche, y por extensión al conjunto de la Puna durante el período Temprano, como un oasis aislado, habitado por agricultores y pastores de poca inventiva, vinculados a través del comercio con los valles circundantes, de donde obtenían todos aquellos objetos que evidencian el comparativamente mayor desarrollo cultural de las áreas ecológicamente más aptas. La cultura de la Puna fue, para González, tan desértica como su paisaje y, seguramente, igualmente estéril. Aparentemente, la poco vistosa decoración con pintura postcocción, aunque pudiera alcanzar para definir una entidad cultural autónoma (Tebenquiche o Kipón - Tebenquiche), ha sido poco merecedora de ser incluida en el linaje ancestral de las más dinámicas y desarrolladas culturas de la región valliserrana: “(Kipón-Tebenquiche) no parecen mostrar mayor continuidad en el Período Medio” (González 1992: 143)<sup>12</sup>.

Krapovickas ponderó el temprano desarrollo agrícola, pero no alcanzó a integrar a la cultura tebenquicheña en el más general panorama histórico-cultural de la región. Así, gradualmente Tebenquiche fue perdiendo relevancia, incluso en sus propias sucesivas síntesis de la arqueología puneña, en donde cada vez obtenían mayor peso las evidencias de la Puna de Jujuy en detrimento del sur. Pero, en cambio, con los pies más en la puna que en los valles, Krapovickas ofreció una mirada crítica para con la descalificadora perspectiva abajeña.

<sup>12</sup> En su más reciente obra Kipón-Tebenquiche es mencionada entre “las culturas Tempranas más características”, “tuvo un patrón de asentamiento y una funebria [sic] de rasgos propios; de rasgos andinos como una metalurgia temprana del oro, la utilización de la llama y cultígenos específicos” (González 1998: 283).

González no tuvo mayor suerte con Tebenquiche. Si bien contaba con un esquema más abarcador de la arqueología regional, la arqueología tebenquicheña permaneció refractaria a las clasificaciones orientadas a describir la historia de las culturas arqueológicas regionales. Curiosamente González reprodujo para Tebenquiche lo que Ambrosetti había enunciado para la Puna de Atacama (Ambrosetti 1905): **inferioridad cultural con relación a las áreas circunvecinas, dependencia comercial de los valles más ricos y, finalmente, el papel mediador entre los más importantes polos de desarrollo cultural a uno y otro lado de la Puna**. González parece haber considerado que la difícil adaptación al medio puneño acarreó el costo de un atavismo cultural extremo. Pero no es que González simplemente reprodujera a fines de siglo los dichos de Ambrosetti en sus principios, sino que uno y otro  **fueron influidos por un mismo esquema supuesto: la Puna de Atacama como paisaje marginal**.

La cultura, esa segunda naturaleza, no alcanzaba para dominar a la naturaleza natural, dejando indómitas a una y a otra; la Puna de Atacama y su cultura eran subsidiadas por los valles mejor provistos en naturaleza y cultura. Una identidad cultural poco desarrollada y un lugar secundario en la historia cultural eran las consecuencias lógicas en la interpretación arqueológica de la Puna de Atacama.

En síntesis, aún cuando los diversos autores han privilegiado una u otra temática en sus estudios de la arqueología puneña, definidas según distintos intereses teóricos, a lo largo de la historia de la investigación, esta muestra que una misma representación de la Puna de Atacama ha operado como un importante supuesto de la interpretación del pasado prehispánico en la región. La Puna de Atacama, entendida como una región extremadamente marginal, ha brindado a los investigadores un marco en el cual la historia ha estado condenada a repetir siempre el mismo esquema: la lucha por la subsistencia. Esta, entendida como dominación de la naturaleza, ha constituido en una vertiente de la investigación el sino de las poblaciones humanas.

La articulación comercial con regiones más favorecidas ha sido enfatizada por otras vertientes, mientras que también se ha considerado que, como resultado del esfuerzo por dominar la indómita Puna, la cultura habría desarrollado escasa inventiva y creatividad, llevando a identidades culturales poco apreciables. Todo ello no invalida la labor ni las interpretaciones de los autores que han trabajado en la arqueología regional. Ello ha de ser considerado en relación con la interpretación de evidencias arqueológicas específicas. Lo que de todas maneras no puede ser explicado en referencia a los conjuntos de datos ni a las posiciones teóricas específicas puestas en juego (o por lo menos no exclusivamente), es la persistencia

de la imagen de marginalidad de la Puna de Atacama. Ella no surge de los datos, sino que influye en la interpretación de los mismos. Tampoco emana de marcos teóricos específicos, aún cuando pueda existir mayor o menor concordancia con ella, sino que los invade reproduciéndose en los distintos enfoques.

En la discusión precedente se ha preferido una organización temática sistemática con fines puramente heurísticos. Pero a través de las diversas temáticas se advierte hasta qué punto las distintas entradas a la arqueología de la Puna de Atacama dan por supuesto el mismo sustrato: la naturaleza marginal. Ello no ha pasado desapercibido por los diversos autores quienes han señalado, implícita o explícitamente, los límites de la imagen de naturaleza implícita en la Puna de Atacama como categoría geográfica<sup>13</sup>.

Desde principios de siglo, la arqueología adoptó la designación y el significado de la Puna de Atacama como objeto dado, de tal manera que el carácter geográficamente marginal de la Puna de Atacama fue asumido como un dato geográfico, es decir natural, y no como un constructo histórico. El carácter ahistórico de la marginalidad quedó impuesto así a toda la historia por virtud de la naturalización del objeto geográfico. En los apartados siguientes de este trabajo se demostrará<sup>14</sup> que la Puna de Atacama es una categoría históricamente construida, anterior a la arqueología, e incorporada a ella por medio de las descripciones geográficas. La Puna de Atacama ha operado como naturaleza supuesta objetiva de las interpretaciones arqueológicas del pasado y, por lo tanto, ha sido por esa vía naturalizada. Resulta claro ahora que la domesticidad de la Puna de Atacama integra dicha categoría de manera supuesta.

### **La mula detrás de la imaginación: la Puna de Atacama como objeto**

Los Andes centromeridionales presentan entre las principales cordilleras oriental y occidental un ensanchamiento que delimita una extensa meseta, desde el nudo de Vilcanota o La Raya (Perú) hasta el paso de San Francisco (en el límite entre la provincia argentina de Catamarca y la III Región chilena). Este altiplano es dividido en tres sectores por los geógrafos (Feruglio 1946; Troll 1980): (a) la *puna normal o húmeda* o altiplano boliviano o aymara, incluyendo el sudeste del Perú,

<sup>13</sup> Aschero 1988, 1994; Isla 1992; Krapovickas 1968, 1984; Krapovickas et al. 1980; Otonello de García Reynoso y Krapovickas 1973; Pérez Gollán 1994; Tarragó 1984.

<sup>14</sup> Con el objeto de que deje de aparecer como el supuesto del argumento para convertirse en su sustento empírico.

el oeste de Bolivia y el nordeste de Chile; (b) la *puna seca* incluyendo la Puna de Jujuy, el sudoeste de Bolivia y (c) la *puna salada* o Puna de Atacama.

Designada también como Puna Argentina, el término Puna de Atacama es sin embargo el más utilizado (por lo menos en la literatura arqueológica más reciente), refiriendo también a vinculaciones territoriales ya pasadas. Tomar a la Puna de Atacama como un hecho dado puede inducir a creer que existe algo en sí misma que la define como objeto, con los riesgos que un esencialismo tal conllevaría. Una descripción objetivista de la Puna de Atacama crearía la ilusión de que se trata de un objeto más allá de sus determinaciones históricas. Y dado que la percepción subjetiva del paisaje es una de las dimensiones a profundizar, es imprescindible no hipostasiar una 'naturalidad' objetiva, sino ver cómo ella ha sido históricamente construida. Aún cuando el interés se focalice en el pasado prehispánico las precomprensiones subjetivas del sujeto cognoscente deben ser objetivadas.

Conviene comenzar, en cambio, por la denominación del objeto. La designación de una extensa región como *Puna de Atacama* puede producir la sensación de una unidad que a su vez la diferencia de las áreas colindantes. Sin embargo, se trata este de un término relativamente reciente. El término Puna de Atacama designa un objeto que como tal comenzó a ser construido durante el siglo pasado.

Con la disolución del imperio español en América y del Virreinato del Río de la Plata, el altiplano sur en su conjunto quedó bajo dominio de la República de Bolivia, a pesar de las pretensiones de Salta. A partir de la independencia boliviana en 1825 el Corregimiento de Atacama pasó a depender de Bolivia, y dentro de aquel la Puna de Atacama, el Desierto de Atacama y la costa del Pacífico, con capital en San Pedro de Atacama hasta 1829. En ese año pasó a depender de El Litoral con capital en Lamar (Cobija), el pujante puerto boliviano (Conti 1995; Delgado y Göbel 1995), que otrora había sido llamado 'el puerto de Atacama'. La orientación económica parece entonces haberse redirigido hacia el puerto exportador de Cobija, configurando la Puna de Atacama un espacio de paso de mercancías entre este puerto y las provincias del norte de la Confederación, distanciadas políticamente de Chile durante la hegemonía rosista. Así, los oasis puneños fueron postas obligadas del intenso tráfico muletero y de vacunos en pie desde el valle Calchaquí, Belén y Fiambalá hacia San Pedro de Atacama, desde donde se dirigía a Cobija (Ambrosetti 1902, 1904; Bowman 1924; Conti 1995). Los oasis del Salar de Antofalla sirvieron en la ruta de Fiambalá, muy probablemente a través de Chaschuil y los pasos de la Cordillera de San Buenaventura, y del valle Calchaquí, por la que-

brada de Luracatao e Incahuasi (Holmberg 1988 [1900]). Miles de cabezas de ganado atravesaban la puna en busca del Pacífico, canalizando un intenso comercio exterior de la Confederación.

En la segunda mitad del siglo diecinueve la exportación de reses desde Salta y de mulares desde Catamarca atravesó un período de fuerte incremento (Conti 1989, 1995; Madrazo 1995-1996), que se prolongó hasta ya entrado el siglo veinte debido al auge de la industria salitrera. La provincia de Atacama participaba activamente en lo que ha sido caracterizada como 'articulación estacional' al mercado a través de un importante recurso puneño: la llama. La arriería se vinculaba estrechamente al comercio de sal, de fletes y de las bajas de mineral desde las minas a los ingenios impulsado por el auge minero boliviano del siglo diecinueve (Platt 1987). La articulación mercantil sólo en parte respondía a la presión tributaria pues, hasta fines de siglo, aquella misma era una de las estrategias económicas puestas en práctica por los grupos de las tierras altas. La articulación mercantil y la producción campesina eran hábilmente combinadas por los puneños, conformando ambas la misma esfera económica. Las políticas 'liberales' hacia fines del siglo, tendrían consecuencias en este ámbito, puesto que apuntaban a reformar esa articulación (Delgado y Göbel 1995; Platt 1987). Tal vez pueda verse en el marco de dicha coyuntura la avanzada del mercado de tierras sobre la puna. Hacia fines de la soberanía boliviana se suscitó un episodio que tendría algunas consecuencias para el deslinde de las pretensiones territoriales.

*"El año 1868, el coronel Severo Melgarejo sacó en remate público las dehesas y ciénagas de Antofagasta de la Sierra en la suma de 11.226 pesos moneda boliviana, que ingresaron al tesoro público de Bolivia, en la ciudad de La Paz, previo inventario y tasación practicados por los peritos comisionados del gobierno de aquella república. En la misma fecha, púsose en posesión al representante del comprador de las tierras vendidas, habiéndose recorrido todas y cada una de las veinte veces enumeradas en la escritura de venta, la que contiene una declaración general, por la cual la propiedad transmitida por el gobierno de Bolivia, abarca la extensión de cincuenta leguas á la redonda"* (Cerri 1906: 86; en bastardilla en el original).

Por vía diplomática la República Argentina reclamó para sí el territorio de la Puna de Atacama, que le fue reconocido por Bolivia en el contexto de la situación bélica que a fines del siglo la enfrentaba a Chile. Como consecuencia de la Guerra del Pacífico el sur del Perú y el oeste de Bolivia fueron anexados al territorio chileno. Dentro de este botín se encontraba la Puna de Atacama. Con el precedente del reconocimiento boliviano de la soberanía argentina sobre dicho

territorio, Chile aceptó someterse al laudo arbitral del presidente estadounidense, cuya Acta de demarcación fue firmada el 24 de marzo de 1899, en la que aceptaba la propuesta limítrofe argentina (Cerri 1906: 13-4).

El territorio de la Puna de Atacama, con el añadido de un sector del departamento La Poma de la provincia de Salta, en cuya localidad de San Antonio de los Cobres se estableció la cabecera, fue convertido en Territorio Nacional con el nombre de Los Andes. Se dividió administrativamente en cuatro departamentos: (a) **Antofagasta de la Sierra** al sur conformado por las vegas de Antofagasta y “los caseríos de Mojones, Chorrillos, Carachipampa y Peñón” (Cerri 1906: 90), (b) **Santa Rosa de los Pastos Grandes**, “que abraza todas las borateras del territorio conocidas y los caseríos de Pastos Chicos, Catua y Sey” (Cerri 1906: 90), (c) **Susques** “que comprende los caseríos de Coranzuli, Toro, Olaroz Grande, Olaroz Chico, y gran parte del gran salar de Cauchari” (Cerri 1906: 90), y (d) **San Antonio de los Cobres**, del que el primer gobernador de Los Andes dice que es una “fracción de tierras peores que las de la Puna, cedidas por la provincia de Salta con el propósito de establecer en ese punto la Capital del Territorio”, añadiendo a renglón seguido: “El error fue consumado” (Cerri 1906: 91).

Fue a lo largo del siglo diecinueve que se elaboró el término y la idea de una Puna de Atacama como unidad geográfica. Ya en 1858 aparece en la cartografía de du Graty la denominación ‘Andes de Atacama’ en lo que podría corresponder a las tierras altas de la puna y, más al norte, en lo que sería la Puna de Jujuy, el área más densamente poblada de esa provincia, la leyenda ‘Despoblado (région inhabité)’ (Paz 1992; Podgorny 1997). El autor, lejos de ser un extranjero desinteresado, se convirtió en uno de los principales agentes propagandísticos de las riquezas de la Confederación ante potenciales inversores europeos a través de una lógica que llevaba a hablar “de un desierto cultural y de la riqueza material” (Podgorny 1997: 51)<sup>15</sup>.

A través de los relatos de viajeros y exploradores se conformó la idea de la Puna de Atacama como objeto geográfico. Dicha idea fue construida con relación a la exploración de los límites entre las nuevas naciones sudamericanas. El espacio de la Puna de Atacama había permanecido en los márgenes meridionales del territorio boli-

viano, por corto lapso en el extremo nordeste del territorio chileno, y lo estaba, a partir de 1899 en el margen noroccidental del argentino. Durante la segunda mitad del siglo diecinueve los nuevos estados sudamericanos, en franco proceso de consolidación, buscaron expandir sus territorios hacia las zonas marginales y poco ocupadas, territorios indígenas en su mayoría.

El territorio al oeste de los valles Calchaquíes, comenzó a ser llamado Puna de Atacama por cuanto se trataba de una descripción de un paisaje y una atribución jurisdiccional. La *puna* era una categoría de paisaje de origen quechua y de amplia utilización durante el Virreinato, describiendo tierras muy altas (sobre los 3.500 m snm) con extensas planicies, generalmente de cuencas poco desarrolladas y sin salida al mar. Desde los centros poblados de los valles, la puna era un territorio marginal, poco poblado, vinculado en general sólo a través de la obtención de recursos específicos, tales como camélidos, sal, o algún otro mineral o como obstáculo a atravesar para alcanzar los mercados transandinos.

La puna no era en sí un territorio sino una categoría descriptiva del paisaje que, al igual que *llano*, *valle*, u otras, no designaban un lugar en particular sino que lo describían y asignaban (como son los casos de *los llanos de La Rioja* o *el valle de Catamarca*). Así como se denominaba al sector oriental de la puna como *Puna de Jujuy* (es decir el tipo de paisaje que se denomina puna y que es de la jurisdicción de la ciudad de Jujuy), el sector occidental, más seco y extenso, de la puna fue denominado *Puna de Atacama* (el tipo de paisaje que se denomina puna y que es de la jurisdicción del pueblo de Atacama). En otras ocasiones se ha hablado igualmente de las punas de Salta y de Catamarca (muy probablemente aludiendo a los sectores de puna más cercanos a las cabeceras de los valles Calchaquíes). Desde el pueblo de San Pedro de Atacama, por entonces en jurisdicción boliviana, guardaba sentido denominar a un amplio territorio, que incluía tanto a las jurisdicciones antiguamente atacameñas de Susques e Incahuasi como a las antes catamarqueñas de Antofagasta y El Peñón, bajo el abarcador término *Puna de Atacama*, por cuanto a través de la designación aparentemente objetiva del territorio se lo asignaba a su propia jurisdicción.

Por lo tanto, la denominación *Puna de Atacama* es una creación decimonónica, al igual que la idea de unidad geográfica del territorio así designado. Según se deja ver a través de la literatura producida por viajeros y exploradores, en su mayor parte vinculados directa o indirectamente a la delimitación de las líneas fronterizas internacionales en el área, el concepto de *la Puna de Atacama* ganó aceptación en el marco de la disputa limítrofe, no susceptible de ser demarcada por el principio de divisoria de aguas, y caracterizada

<sup>15</sup> Ya en la cartografía de Latzina desaparece toda mención al despoblado, aunque el autor hace referencia en el texto (Latzina 1890). Adviértase, no obstante, que se trata de una edición en francés de un texto de geografía argentina ya publicado en castellano, en el que abundan informaciones acerca de la organización político-administrativa de la República, de sus riquezas naturales, de las vías de comunicación (ferrocarriles) y del comercio exterior.

entonces por su carácter altiplánico y su hidrografía endorreica (las cuencas de Guayatayoc en Jujuy y de Laguna Blanca en Catamarca no integraron la Puna de Atacama por cuanto ya estaban incorporadas a los respectivos territorios provinciales y, además, su mayor humedad y vegetación relativas las diferenciaban de las cuencas situadas hacia el poniente).

**Si el concepto actual de la Puna de Atacama fue creado por los viajeros y exploradores de la segunda mitad del siglo diecinueve y principios del siglo veinte, es a través de los textos que ellos escribieron como testimonio de sus viajes, que la Puna de Atacama fue descrita y caracterizada, en suma, construida como objeto de interés por parte de los estados nacionales y sus sociedades urbanas.**

La literatura de los viajeros construyó a la Puna de Atacama con los temas narrativos con los que delinearon sus relatos. El motivo más poderoso e influyente de la literatura de viajeros es justamente la *experiencia del viaje*. La Puna de Atacama es conocida viajando a través de ella en largas travesías a lomo de mula:

*“Es experiencia de todo viajero que la mula se guía por instinto o por olfato con mas seguridad que el hombre para acertar con el lugar del alojadero, para reunirse a la recua i para acertar con ella con los caminos, siempre que se le deje en completa libertad. Apelando a este último recurso i entregándome en absoluto al instinto del animal crucé abismos i salvé precipicios que me habria abstenido de arriesgar en pleno día a la vista de tantos peligros i con la conciencia de lo temerario de semejante arrojé”* (San Román 1896: 278).

La percepción del paisaje y las penurias del viaje se confunden en este género, que fatalmente apela a expresiones literarias como modo de transferir al lector la experiencia subjetiva.

*“En esta meseta desolada, todo se presentaba de colores claros y pálidos desde el blanco lejano de los nevados que se divisaban y el blanco mate de los bancos de borato, hasta los tonos cenicientos del caliche y los grises cerros pelados cercanos ó la nota verde-pálido de los manchones de tola y de más plantas leñosas cordilleranas que allí arraigaban. Este conjunto envuelto en una atmósfera diáfana, producía una sensación de tristeza y opresión inexplicables.”*

*“Felizmente transcurrieron rápidos los días que empleamos en nuestro trabajo hasta que por fin las primeras lluvias del mes de Febrero que siguieron a unos fuertes ventarrones en nubes de polvo blanco y salado, nos hicieron apresurar la vuelta”* (Ambrosetti 1902: 32; traducción del autor).

Incluso Moreno, en un rápido repaso ‘antropogeográfico’ del territorio nacional, se excede en adjetivaciones y tropos al llegar a la Puna de Atacama:

*“En las tierras altas predominan las rocas volcánicas, y la escena parece ahora la de un mundo muerto. Con sus lavas, cenizas y filosas piedras quebradas negras y grises, que el correr del agua nunca ha suavizado, y fuertes vientos soplando casi continuamente, estas tierras estériles y arruinadas aparentemente no son aptas para el asentamiento humano permanente; ...”* (Moreno 1901: 584; traducción del autor).

La experiencia del viaje, con sus sacrificios y peligros, se constituye en el objeto de la narración, al punto de que Zeballos, habiendo ‘viajado’ por la Puna a través de la lectura del texto de Cerri, le escribe:

*“Tengo los huesos molidos, los ojos irritados por las arenas flotantes en el aire dorado, la tez grietada por el cierzo implacable y mi sistema nervioso perturbado por esos saltos mortales del termómetro, de 70° grados en seis horas. Tengo la “puna” o el “soroche”, mi general. Y ¿qué comeremos mañana, y después, y en todo el año, allí donde no engordan y á veces no viven las reses, ni es posible cultivo alguno, y solamente “salares” (supongo que quiere decir salinas) y sal nos brinda el terreno, con sus pedriscales, arenas y áridas montañas, á porfía?”* (Zeballos 1906: 5-6).

La imagen de la Puna que los textos de los viajeros crean en sus lectores es la del viaje a través del desierto. Guido y Spano le escribe a Cerri acusándole recibo de su descripción, de la siguiente manera:

*“Cuando menos lo pensaba me ha hecho Ud. viajar, imaginándome seguirle en la región bravía que nos pinta con tan vivos colores, comparable sólo á la que el Dante atravesara en su descenso á los infiernos; con la diferencia, no obstante, de que Ud. en vez de bajar hacia el abismo, ha subido á escarpadas alturas, atravesando páramos desiertos, donde según lo describe, “por todas partes reina la soledad y el silencio...”* (Guido y Spano 1906: 8).

Por ello, con el objeto de describir a la Puna de Atacama al mismo tiempo que comprender la influencia que el motivo del viaje como forma narrativa ha tenido en la conformación de dicha descripción, es oportuno releer el inicio del texto de Cerri, con el que el general presentaba el territorio recientemente incorporado a la nación a sus autoridades y pueblo.

*“Acompañadme, no sobre la mula, sino con vuestra imaginación, que no experimentará ninguna sensación de frío, calor o viento, fatiga ni hambre, y vamos subiendo por una abrupta y escabrosa quebrada, no importa cuál, todas se parecen, que serpentea entre el espacio que dejan dos cordones de cerros escalonados y sucesivamente más elevados, que confunden entre sí sus repliegues, depresiones, precipicios y estribaciones; ensortijados unos á otros con*

vínculos de granito, destacándose las cumbres escarpadas y tortuosas de cada uno, penetran en el cielo y se envuelven en los blancos cúmulos que vagan y ruedan en sus cimas á impulso de las brisas.

Continuemos la marcha; hay que trepar por una senda llamada de faldeo. Poco á poco os vais elevando; estáis ya á una altura de mil metros sobre el fondo de la quebrada; formáis un ángulo de 70 grados cuyo vértice es vuestra mula; ¡Cuidado con el vértigo! Dejad que la cabalgadura siga á su albedrío la marcha; fiad en ella; os llevará con increíble seguridad á la altura, por empinada y escabrosa que ella sea.

Estáis en la cumbre, es decir, á dos mil metros sobre el punto de partida. La vegetación ha desaparecido, la piedra se os presenta en toda su triste desnudez; una abrumadora aridez empuja. El viento helado y fuerte os azota cruelmente el rostro. El torrente de la quebrada queda reducido á pequeños chorrillos de agua que se desprenden de las hendiduras ó ciénagas al pie de enormes rocas sobresalientes. ¡Adelante! hay que olvidar la fatiga; la curiosidad os embarga; un solo pensamiento se fija en vuestra mente: ¿qué habrá al otro lado de la montaña?

No podréis abandonar la angosta senda so pena de rodar con vuestra mula sobre los titulados pantanos secos de las pendientes. De trecho en trecho encontraréis un pobre arbustillo que pide al cielo una gota de agua por compasión.

Profundos é imprevistos barrancos os cortan el mísero camino, en cuyo fondo se escurre sin rumores, para no perturbar con una nota discordante el silencio general, un caudal de aguas termales ó frías, que pasan rápidamente para hundirse luego entre los bordes más ó menos anchos, festoneados de verdes pastos, que constituyen las mentadas vegas. Y cuando el sol del medio día arroja sobre vosotros sin piedad, diluvios de luz vívida y candente, no, no encontraréis una triste sombra que os ampare!

No importa el cansancio del penoso viaje; hay que continuar la marcha para llegar al término de la jornada, que no se puede abreviar, porque vuestras cabalgaduras arriesgan perecer de hambre ó bien enfermar á consecuencia de los pastos dañinos que abundan en las distintas zonas de aquel territorio singular.

Al fin llegáis al lugar del obligado descanso: un oasis. ¿Créis por ventura que sea un pedazo de tierra pintoresca como las que tan vivamente ha descripto Holmberg en sus notables conferencias? ¡Qué desencanto! Una ó dos hectáreas de pastos duros, denominado puna, que rodean á un manantial de aguas puras y cristalinas y el resto.....médanos de arena movediza, cerros de pedregullo, montañas de rocas desnudas y barrancas profundas, formadas

por grandes peñas rodadas ó que amenazan derrumbarse!

Agregad como corolario á este abrupto cuadro, que os espera en la noche un frío de 5 á 20 grados bajo cero, según la altura en que os halláis, que tenéis que soportarlo debajo de una sencilla tienda de campaña y algunas veces á la intemperie porque la viva piedra no os permite plantarla, y finalmente, el paso rápido de las cuatro estaciones anuales, más ó menos acentuadas y que se experimentan durante las 24 horas del día y tendréis bosquejado á grandes pinceladas el territorio de los Andes" (Cerri 1906: 17-20).

El desierto, su dureza, su soledad, su inmensidad y monotonía, es incorporado a través de la exploración de sus sendas, viajando a mula o con la imaginación. Y con una u otra, se incorporan también los peligros, reales o imaginarios, de este paisaje límite de la nación.

"El viajero no puede prescindir del guía, de lo contrario se extraviaría indudablemente y correría el peligro de tomar por otras sendas de la montaña ó penetrar en los curureras, pantanos secos, ó pedregales que hacen muy penosa la marcha" (Cerri 1906: 34).

Y si en algo coinciden los viajeros de distintas nacionalidades, es que para todos ellos la Puna de Atacama era un paisaje extremo, la muestra más cabal de la naturaleza indómita, que provoca extrañeza, confusión y horror:

"La impresión que produce la PUNA en el viajero es tan extraña que no se la creería real. Uno se siente alejado de la tierra; casi parece que se atraviesa, al paso lento de la mula extenuada, un país lunar. La desnudez de esta naturaleza es horrorosa: se transforma todo en sombrío, taciturno; no se ríe ya; se tiene el pecho atenazado por este aire respirable apenas. Donde quiera que se dirija la mirada, se ven los mismos tonos sombríos, grises, indefinidos: la estepa inmensa, triste, color amarillo sucio con manchas verdinegruzcas, en donde las montañas grises, de contornos brutales, parecen ser un caos de rocas partidas, si se las mira de cerca, y nubes precursoras de tempestad en el horizonte, si se las ve de lejos. La armonía falta por completo. Y todo centellea en este aire rarificado; los objetos no tienen contornos fijos: están rodeados de un halo que tiene los colores del espectro solar, como si se los percibiera a través de anteojos muy fuertes. El cielo, de un azul pálido, no se nubla casi nunca. Los rayos del sol no encuentran resistencia al penetrar este aire de una densidad mínima. La luz es cruda; choca al ojo como la del magnesio. No hay penumbra: sólo la sombra nítida, definida, negra y la luz blanca, incandescente, despiadada. las fotografías del altiplano lo demuestran: la sombra está representada por una mancha negra como la tinta; en los lugares soleados, la tierra es tan blanca que parece cu-

bierta de nieve. No existe ninguna transición entre el negro y el blanco; al mirar estas fotografías, se cree en un error de exposición o de viraje. Un silencio absoluto reina en la PUNA: ni un canto de pájaro; los escasos seres vivientes no hacen ruido y, si uno se adelanta algunos pasos a la caravana, no se oye ni el cencerro del caballo que guía a las mulas, ni los gritos y las palabrotas de los muleteros: el aire es tan liviano, que las vibraciones del sonido se apagan casi inmediatamente. A 50 m. hay que gritar muy fuerte para ser oído. Un disparo de fusil no se oye casi más allá de los 100 m." (Boman 1991: 414-5).

Frente a semejante paisaje, la civilización, sea la civilización occidental en su conjunto o la encarnación de su proyecto por las naciones chilena o argentina, no podía dominar sin más. El viaje de exploración era un primer paso obligatorio en el que las posibilidades de incluir a la Puna de Atacama en el proyecto del progreso era una de las temáticas más importantes. Así, Maldones propuso la colonización agrícola del departamento de Antofagasta de la Sierra, mediante la construcción de un canal entre Antofagasta de la Sierra y Carachipampa y la concesión de tierras a la vera del canal. Otros lugares, como Antofalla, servirían como campos de veranada, y se instalarían fábricas de quesos de oveja y tejidos. El primer gobernador era más realista respecto a las posibilidades de inversión, y en todo caso las creía vinculadas al escrutinio científico aunque, finalmente, revela su sentido en la ocupación del territorio por parte del estado nacional:

"(...) más adelante los hombres de ciencia, amantes de la patria como yo, se internarán en aquel remoto y árido territorio y arrancarán los secretos que se ocultan entre los derrumbes de sus montañas, para entregarlos a la investigación de la juventud estudiosa del porvenir y a la especulación de los que deseen emplear bien su dinero" (Cerri 1906: 96).

"En aquel inmenso bosque de montañas desnudas, la naturaleza ha sido bien mezquina en el reparto de sus dones, pero en cambio relumbran los metales que no necesitan ni lluvias ni rocíos. En las entrañas de esas montañas existen materias desconocidas, que sólo esperan al hombre de ciencias para que pregone su utilidad. Y sobre todo; es un pedazo de tierra argentina que andaba por ahí extraviado, desde el reparto de la herencia y que hoy ha vuelto al dominio soberano de la Nación, flameando allí ya la bandera de la patria" (Cerri 1906: 97).

Holmberg, desde una posición más académica que política, y conocido ya por haber descripto demasiado vivamente lo que para otros era un páramo desierto (Cerri 1906), considera que "es necesario que los gobiernos al mirar hacia aquel Territorio, levanten un fantasma: la aridez, y que se convengan al verlo, que no es con el desembolso continuo de sumas que van a lograr su progreso, sino con el es-

tudio y explotación ordenada de su suelo" [Holmberg 1988 (1900): 75-6]. Y más abajo sugiere:

"... no busquemos en las zonas privilegiadas los elementos que han de concurrir al desarrollo de esta nueva Gobernación; pero sí traigamos de las áridas mesetas del Tibet, el Jack ó Buey Gruñón que puede competir en cuanto a sobriedad con los mismos guanacos y vicuñas; mejoremos las cabras con las de esos lugares, y otras más finas, y repitamos el ensayo la primera vez mal hecho, de aclimatar el camello de Asia, con el que tendríamos mejorados los transportes, por la disminución del tiempo y el aumento de las cargas" [Holmberg 1988 (1900): 76]).

Zeballos, más cercano al proyecto político de la elite gobernante, no dudaba en opinar acerca de la Puna de Atacama en la misma línea que lo hubiera hecho respecto del resto del país:

"(...) no hay desierto, ni tierra estéril, donde abundan hombres. (...) Es cuestión de inmigrantes y de gobierno" (Zeballos 1906: 6).

Pero puesto a explicitar su interés como miembro de esa elite, nada podía ser más claro que su declaración:

"He de ir algún día a Antofagasta, invocando mi título de conquistador de la comarca para S. M. la Soberanía Argentina" (op. cit.: 7).

Es decir, **la Puna de Atacama fue definida como objeto en el contexto de la construcción de los proyectos nacionales, de las demarcaciones respecto a los otros, ya sea en términos geográficos como conceptuales**. O, dicho de otra manera, el paisaje puneño formó parte del paisaje nacional como su otro más absoluto, y sin embargo incorporado a la nación. Es por ello que Zeballos pudo imaginar un futuro de inmigración para la Puna igual que la que promovía para las pampas. Pero la Puna de Atacama le revelaba su sentido al ser incorporada al territorio bajo el cual flameaba la insignia nacional, no porque realmente creyera en una colonización agrícola como la preconizada por Maldones (cuyo proyecto de incorporación a los estados provinciales fue, en su momento, rechazado), sino porque aún siendo un territorio radicalmente inútil para el proyecto económico (algo que Cerri se ocupó de aclarar), no lo era en tanto manifestación extrema de la antítesis de la civilización. Para Boman la puna parece irreal, fuera de la Tierra, es decir, tiene toda la apariencia de no ser habitable.

La definición de la nación como proyecto civilizatorio implicaba la absorción de la naturaleza dentro de la idea de la nación. Como el resto de las naciones americanas, la Argentina implicó un desplazamiento semiótico desde la nación como pueblo hacia la nación como territorio. En ese sentido la naturaleza es la condición de posibilidad de la nación, y toda redefinición de la naturaleza lo es también de la nación (Olwig 1993). La

incorporación de una naturaleza radicalmente indómita (*no domesticada, pero también no habitada, no vivida*) en el territorio nacional no sólo define sus límites físicos sino también sus alcances conceptuales. Lo cual se reafirma mediante la aparente ironía de Zeballos, al invocar, en su imaginación, el principal recurso de la nación-naturaleza, la inmigración, en el más lejano extremo de la naturaleza-nación, la Puna de Atacama.

Pero así como la Puna de Atacama fue definida en términos de naturaleza por excelencia indómita y peligrosa, sus habitantes fueron entendidos como parte necesariamente integrante de la misma pintura del paisaje. **Los habitantes de la Puna de Atacama fueron entendidos al igual que la naturaleza del desierto. Su sola existencia parece ser un error, o simplemente no representar modificación alguna al carácter indómito de la Puna:**

*“Un odio concentrado, reprimido i como en estado latente para estallar en ocasion propicia, parece ser el sentimiento dominante en el alma del indijena boliviano; bajo las apariencias de una humildad resignada que se desquita hostilizando i se consuela con la ilusoria posesion de un suelo que defiende con su única fuerza, la inercia, solo trata de aprovecharlo para sí solo con el no ménos ilusorio recurso de negarse a todo”.*

*“¿Cuánta útil i bienhechora tarea está reservada al progreso de la civilización entre aquellas jentes de dulces instintos e indestructible amor a sus tradiciones i a su mísero suelo!” (San Román 1896: 245-6).*

*“Son incansables para andar en las montañas; sobrios y humildes, su mirada es inteligente y vivaz; pero son disimulados y falsos.*

*Sus costumbres, su carácter y sus tendencias son netamente bolivianas, pero no les importa pertenecer á cualquiera de las naciones limítrofes, siempre que los dejen tranquilos y no les cobren diezmos” (Cerri 1906: 49).*

El retrato de los puneños los reduce a elementos naturales, indistinguibles del paisaje como los reptiles, tan mezquinos en sus dotes como la naturaleza de la que forman parte, tan inútiles al progreso como no sea que se les instruya en la idea patriótica de la nacionalidad.

*“El primer ejemplar i modelo vivo salido a nuestro encuentro correspondía al jénero sucio en la mas horrible i estraña forma de animal conocido, pasando por el transformismo de la inmundicia a una casta o variedad de la especie humana no clasificada todavía por los naturalistas.*

*Era animal hembra; su cabeza soportaba el peso de una espesa i enorme masa de materia cabelluda amasada con la grasa, el polvo i la basura de ochenta años; el hueco de las orejas re-*

*lleno tambien de sedimentos allí depositados quizá durante igual trascurso de tiempo; la boca orlada de un anillo verde de coca masticada; los ojos cubiertos con un tejido amarillento de materia indefinible; las tetas colgantes en forma de bolsas alargadas hasta el ombligo; i la piel toda, de piés a cabeza, cubierta de hojuelas duras i relucientes como escamas de pescado.*

*Cerca de la morada donde habitaba aquel sér humano, un hueco entre dos piedras, desnudo de todo objeto de comodidad, como si lo habitara un reptil, los peones levantaban nuestra carpa de limpia lona coronada con un gallardete tricolor que ondeaba alegre i vistosamente en aquellos aires donde jamás habia flotado emblema alguno de idea patriótica, profana o sagrada” (San Román 1896: 253-4).*

*“Esta singular familia ha nacido allí en el desierto, entre los intersticios de las rocas, contemplando estúpidamente y sin comprender el más hermoso cielo que yo haya visto en mi vida y la más árida y abrupta tierra que haya pisado” (Cerri 1906: 51).*

La población de la puna fue caracterizada en términos acordes con la descripción del paisaje, y ambos configuraban un cuadro de extrema marginalidad respecto de los ambientes templados y fértiles considerados más propicios para el cultivo de la civilización. Los estados de Bolivia, Chile y Argentina, por medio del envío de exploradores viajeros, intentaban una prospección de los límites de sus territorios nacionales, en momentos en que estado, territorio y nación eran aspectos de una misma construcción. En ese contexto, **conocer la Puna de Atacama era conocer los límites de la nación: aquel territorio y gente más radicalmente diferente posible de ser pensado dentro del proyecto transformador y modernizador del estado nacional, es decir, era conocer el mayor de los desafíos, el alcance del proyecto nacional.** Holmberg terminó su trabajo sobre la Puna de Atacama, luego de expresar una serie de recomendaciones orientadas a la modernización de esa región, exclamando:

*“Todos estos son los gérmenes con que el espíritu de la nacionalidad argentina fecunda y regenera” [Holmberg 1988 (1900): 77].*

La lectura de los textos de viajeros y gobernantes ofrece una muy clara visión de la particular percepción de los viajeros a través de la cual la Puna de Atacama fue transferida a la sociedad nacional como experiencia de viaje hacia la frontera de la nación. Así, **la descripción geográfica de la Puna de Atacama constituyó ante todo un estatuto de alteridad en los márgenes de la nación.**

En 1943 el Territorio Nacional de Los Andes fue dividido en sus departamentos integrantes, correspondiéndole el departamento Susques a Jujuy, Pastos Grandes y San Antonio de los Cobres a Salta, y Antofagasta de la Sierra a Cata-

marca. El estado nacional transfería así a las provincias el costo (y el eventual pero poco auspicioso beneficio) de la incorporación económica y administrativa del territorio al espacio nacional. La provincia de Catamarca demoró mucho más en hacerse cargo de la tarea. El primer camino a Antofagasta de la Sierra es de fines de la década de 1970; hasta principios de la década de 1990 Antofagasta de la Sierra no gozaba de autonomía ni de autoridades electas por el pueblo, y el primer intento serio de instrumentación de políticas estatales específicas para el área de puna dio comienzo en 1997 (Ministerio de Producción y Desarrollo del Gobierno de la Provincia de Catamarca 1997).

La Puna de Atacama fue construida en el contexto de demarcación de los estados nacionales, lo que dejó su impronta de *geografía marginal*. Luego, el fracaso del Territorio de Los Andes para incorporar la Puna de Atacama a la economía nacional, en su articulación tributaria y mercantil, no hizo sino refrendar el imaginario marginal con el que la Puna de Atacama como objeto geográfico había sido creada.

El rol de la antropología en la transferencia y reproducción de las disposiciones culturales respecto al imaginario de la Puna ha sido subrayado recientemente:

*"... la "puna" (...) es una construcción simbólica y posee un rol central en el imaginario "antropológico" argentino, más allá de que pueda tener una delimitación geográfica y climática precisa. Una variedad de diferentes tipos de antropólogos han pasado, disertado y escrito sobre la región para construir la "cultura puneña". Se encuentra en los confines de la "civilización"; en una frontera que es sentida como divisoria entre "naturaleza" y "cultura". Donde ser del "otro lado" (boliviano) se niega, y se esconde con vergüenza, por los propios coyas, habitantes de la puna. ..."*

*"Región donde no hay 'historia', donde los procesos se asemejan a los movimientos geológicos, donde el paisaje y la apelación ontológica a algún concepto, permiten exotizar las diferencias. Donde se inventa el paradigma de la homogeneidad" (Isla 1992: 26).*

Tampoco deben olvidarse las clásicas imágenes bucólicas de niños de caras lastimadas por el frío y el viento, de llamas o vicuñas, de música triste de quenás y sicus, llenando los espacios intermedios en las programaciones mediáticas y las notas paisajísticas en suplementos dominicales. El *'imaginario antropológico argentino'* sólo en parte es provisto de imágenes por la literatura o accionar de los antropólogos.

Pero la confirmación de este imaginario en la (pre)historia sería tarea de la arqueología que, como era imaginable, no pudo sustraerse a la precomprensión de su *determinante* geografía. Tal

como lo ha expresado Pérez Gollán en explícita referencia a la puna, *"las visiones antropológicas de estos temas [la delimitación del espacio, las sociedades que lo ocuparon y ocupan y su profundidad histórica] están, por lo general, fuertemente teñidas por las representaciones sociales que se han formado de ciertas regiones geográficas"* (Pérez Gollán 1994).

La Puna de Atacama como categoría geográfica no sólo estuvo teñida por las representaciones sociales, sino que fue el medio a través del cual las mismas se reprodujeron y naturalizaron. Es decir, el carácter geográfico de la descripción otorgó apariencia de neutralidad a lo que en realidad, tal como se ha podido ver, fue una construcción histórica vinculada al contexto de consolidación de los estados nacionales. La narración del paisaje por medio del género literario de los relatos de viajero dio lugar a la transferencia de la experiencia del viaje al imaginario social. La arqueología, como participante de las representaciones sociales propias del contexto cultural que forma parte, incorporó dichas representaciones literarias y las reprodujo en su seno como supuestos preteóricos. Como resultado, las representaciones del paisaje que históricamente tuvieron un origen literario en el siglo diecinueve fueron incorporadas a las precomprensiones del paisaje puneño prehistórico, tal como se ha mostrado en la primera sección de este trabajo.

Pero sería impreciso decir que la Puna de Atacama fue una invención literaria de los viajeros decimonónicos y de principios del presente siglo. Si bien fueron ellos quienes le dieron forma literaria y la transfirieron al imaginario social, reconocen por lo menos dos importantes antecedentes. La Puna de Atacama como paisaje narrado tiene un precedente en la construcción de las categorías geográficas durante el período Colonial Temprano, época en la que la dominación del territorio y de sus habitantes fue llevada por primera vez a la letra escrita.

La información disponible para el período colonial es muy escasa en lo que hace a las tierras altas. Se interpretan las referencias a la puna por extensión de los centros poblados vecinos. A comienzos de la colonia, a fines del siglo dieciséis, por lo menos el norte de la Puna de Atacama integraba el corregimiento de Atacama y Lipes, aunque es de presumir que la ocupación no fue muy efectiva, dado que las instalaciones españolas eran difíciles de establecer y los indígenas no pagaban tributo (Julien 1993; Tellez 1984). La proximidad con la región más resistente del Tucumán, los valles Calchaquíes, permite presumir que en las áreas aledañas de la Puna la presencia española fue más formal que efectiva (Nuñez 1992).

En la cartografía de 1609 de Diego de Torres *Atalama, Valle Calchaqui, Salta, Cubica* y *Copiapo* aparecen con la misma fuente y simbología, aun-

que los dos últimos con el añadido del símbolo portuario (Raffino 1983: 839). Con un tamaño mayor y sin la asociación al símbolo de fundación de capilla, tal vez designando no poblados o aldeas sino áreas o pueblos mayores, figuran *Malfin*, *Abaucan*, *Andalgatas* y *Anholac* (este último al oeste de *Valle Calchaqui*, suponemos predecesor de Antofagasta o Antofalla, o de ambos). *Chichas* al norte y *Tucumania* al este son las designaciones de regiones mayores. Según Raffino (1983), las designaciones de *Malfin*, *Abaucan* y *Andalgatas* corresponden a “grandes grupos (Señoríos)”, a los que se debería agregar *Anholac* si la grafía concordara con la intención de describir niveles semejantes de organización sociopolítica. Con tamaños inferiores de fuente y en itálicas aparecen lo que para Raffino son “parcialidades”, aunque ninguna se asocia a la designación *Anholac*. También es probable que las designaciones pequeñas en itálicas fueran empleadas en los casos en los que se conocía el área y sus habitantes de manera más detallada, como por ejemplo el valle Calchaquí, mientras que las otras áreas, menos conocidas, quedarán designadas por etnónimos más generales. Lo cierto es que no existe en esta cartografía cosa alguna que se parezca a la Puna de Atacama: por un lado *Atalama* y por otro *Anholac* no parecen vincularse y ni siquiera existe la menor indicación de la pertenencia de la última a la primera. Además son *Anholac* y, más al sur, *Malfin*, los únicos nombres que atraviesan transversalmente la designación de la cordillera: *Cordillera siye Montes in longum decurentia*.

De veintitrés años más tarde data el mapa de Luis Enot (Raffino 1983: 845), en el que se reprodujo prácticamente el mismo esquema, con algunas diferencias menores, entre ellas que *Anholac* se ha convertido en *Antiofac*. Ya Holmberg se había quejado del silencio de la cartografía con respecto a nuestra región, que describía como “incompletas en la parte correspondiente a la Puna de Atacama” [Holmberg 1988 (1900): 5].

En el siglo diecisiete el norte de la Puna de Atacama era parte de la jurisdicción de Potosí, integrando el partido, provincia o corregimiento de Atacama. El *partido de Atacama* era dividido en dos jurisdicciones, *Atacama la Baja* o la *prouincia vaxa de Atacama* (incluyendo al Río Loa, Chiu Chiu, Calama) y *Atacama la Alta* o la *prouincia alta de Atacama* (correspondiente al Río Salado y los oasis del salar de Atacama, incluyendo la cabecera en San Pedro de Atacama) (Martínez et al. 1990). Dos Anexos a Atacama la Alta eran *Susquis*, hacia el este, y *Nuestra Señora del Loreto de Ingaguasi*, hacia el sudeste, registrados desde principios del siglo diecisiete (Casassas Cantó 1974). A fines del siglo diecinueve el catamarqueño coronel Maldones, puntualizó que:

“(1)ª sección de la Puna de Atacama del paralelo 25° al sud (24° 55' según Bavio) que ya un libro de Geografía por Morales, año presen-

te, denomina Antofagasta de la Sierra, distinguiéndola con el número 16° de los departamentos de esta provincia, es catamarqueña. Data su título de la Real Cédula de 16 de Agosto de 1679, confirmatoria del auto de jurisdicción de la ciudad de San Juan de la Rivera de Londres dado por don Gerónimo Luis de Cabrera el 17 de Septiembre de 1633 en Pomán” (Maldones 1899: 7)<sup>16</sup>.

La merced del Peñón de Carachapampa y Antofagasta de la Sierra otorgada en Salta el 24 de Mayo de 1766 por D. Juan Manuel Fernández Campero, Gobernador y Capitán General de la Provincia de Tucumán, comprendía la extensión de La Puna limitada “al Poniente por los mojones que deslindan esta provincia (la de Tucumán) de las provincias de Copiapó y de Atacama; al Sud y Sudeste tierras de la merced de Anillaco; al Norte y Noroeste las tierras del nuevo mineral de Incahuasi y al Oriente tierras de la Laguna Blanca. Se menciona en dicha merced que las tierras son de la jurisdicción de San Fernando de Catamarca” (Maldones: 8; énfasis del autor).

Lafone Quevedo, aparentemente también contagiado por el espíritu expansionista catamarqueño, interpretó en cambio que “los límites antiguos y modernos se han establecido con arreglo al auto de jurisdicción de don Jerónimo Luis de Cabrera, en 1633, cuando se refundó Londres en el sitio de Pomán, la Cédula Real de la jurisdicción de San Fernando, en el valle de Catamarca, y la Merced de Antofagasta, por la que consta de una manera evidente que la vasta región de Antofagasta, Carachapampa é Ingaguasi ó Ingahuasi pertenece á la jurisdicción de Catamarca y desde luego con más razón á la República Argentina” [Lafone Quevedo 1888, citado en Holmberg 1988 (1900): 7].

Hacia fines de la jurisdicción colonial hispana, la Puna de Atacama no existía como jurisdicción unificada, sino que, Susques e Incahuasi pertenecían a la jurisdicción de Atacama y Antofagasta y El Peñón a la de Catamarca<sup>17</sup>. En ningún caso se

<sup>16</sup> Nótese que el límite mencionado por Maldones, según el cual la totalidad de la cuenca de Hombre Muerto incluyendo el mineral de Incahuasi quedarían en jurisdicción de San Fernando del Valle, está aún más al norte que el límite interprovincial actual. Es comprensible sólo en el marco de las aspiraciones de incorporación del territorio provincial que mueven al militar catamarqueño a escribir su folleto.

<sup>17</sup> Bertrand (1885) e Hidalgo (1978) siguiendo a éste, ubican a todo el actual departamento Antofagasta de la Sierra, de la provincia de Catamarca, dentro de la provincia colonial de Atacama. Es también probable que la intención de Bertrand, quien viajaba por encargo del estado chileno, haya sido inclinar los antecedentes coloniales a favor de la vertiente del Pacífico, en momentos de discusión de límites con la Argentina. Posteriormente Hidalgo presenta una cartografía donde establece el límite sur del corregimiento de Atacama un poco más al sur del paralelo de 24° (Hidalgo 1982, 1984), de

menciona a qué jurisdicción pertenecía Antofalla, aunque dada su mayor cercanía al centro minero de Incahuasi en las costas del salar del Hombre Muerto, es probable que estuviera vinculado con el mismo, tal como también se desprende de las reconstrucciones cartográficas de Hidalgo (1982, 1984). En 1766 Incahuasi había sido considerado 'nuevo' en el texto de la merced más arriba citada. Dos décadas más tarde, en 1787, Juan del Pino Manrique escribía que:

*"Este (Incahuasi) es un mineral de oro hoy arruinado, aunque de nombre en lo antiguo. De temperamento frío y escaso de todos comestibles, de que le proveen los inmediatos valles del Tucumán"* (De Angelis 1863).

Incahuasi fue considerado despoblado a fines del siglo dieciocho por las revisitas sucesivas (Hidalgo 1978, 1984). Sin embargo, es probable que el 'despoblamiento' fuera más el efecto combinado del patrón de poblamiento (Hidalgo 1978) y de la lejanía del asiento de Incahuasi para efectuar la revisita de un anexo de difícil poblamiento escaso y disperso. Al respecto, basta recordar que en 1775 se produjo una importante rebelión indígena en Incahuasi (Hidalgo 1982). Por lo tanto, parecería que, por lo menos durante las décadas de 1760 y 1770 Incahuasi fue un centro de importancia (Hidalgo 1987).

No sólo los indígenas de Incahuasi parecen haber sido de difícil control para las autoridades coloniales, puesto que las quejas respecto a que los habitantes en general de la provincia de Atacama practicaban una movilidad de base muy amplia quedaron en documentos administrativos de los siglos XVII y XVIII<sup>18</sup>. Además la modalidad de asentamiento en su conjunto habría afectado una movilidad extensa, interetnicidad de los asentamientos y adscripción contextual de categorías identitarias (Martínez et al. 1990), contribuyendo a la confusión documental.

Las categorías textuales desarrolladas por la burocracia colonial para designar a los puneños y atacamas en general se vinculan a la idea de 'la tierra alzada' (Martínez 1992). Dentro de esta textualidad, se describe a la gente en términos de 'la tierra', y se la cualifica como 'de guerra', 'rebelada' y 'alçada', 'áspera y fragosa' (Martínez 1992.). Martínez considera que en lugar de referir a una realidad que se pretende bajo descripción, esos enunciados caracterizan:

*"[...] un cierto sistema clasificatorio, una determinada mirada que por una parte organiza los distintos grupos puneños entre "indios de*

*guerra", indios "medio de paz medio de guerra" y grupos "pacificados", otorgándoles características culturales y sociales predeterminadas a cada uno de ellos de acuerdo a su respectiva posición en el eje "naturaleza-sociedad" y que, por otra, expresa, aun al interior de una discursividad burocrática, una determinada concepción de los espacios sociales y del papel del pacificador, como figura principal de tránsito entre esos dos espacios"* (Martínez 1992: 144).

El resultado textual responde así a las categorías antepuestas que, derivadas del "sistema de representaciones de una sociedad", no tienen relación "con la realidad de lo narrado" (Martínez 1992: 144). Pero, si bien es necesario abandonar definitivamente la idea de que la narración textual obedece punto a punto a un referente real, ello no implica la creencia en un divorcio absoluto entre narración y práctica. De hecho, la narración del paisaje, en el período Colonial Temprano como en el siglo diecinueve, es tanto una práctica de representación cuanto una representación de las prácticas. Es decir, aun cuando, como manifiesta Martínez, no debe confiarse en el valor de verdad de las descripciones narrativas, ellas mismas son prácticas de representación realizadas en contextos históricos de los cuales los objetos y sujetos de la descripción formaron parte. **Y las categorías coloniales así como las decimonónicas, responden a una misma trayectoria histórica de apropiación de las punas por sociedades que, siendo extrañas a ese territorio, no solo imponían a este una mirada 'desde afuera', sino que lo conceptualizaron (y junto al territorio a su gente) dentro de la construcción de la alteridad.** La conceptualización de la Puna de Atacama como un territorio radicalmente distinto (lunar), el extremo de la esterilidad, y concomitantemente la percepción de sus habitantes al borde del hambre y la sed, faltos de cultura y patria, reconoce en el contexto de fines del diecinueve la perspectiva desde la nación, el estado, la sociedad moderna. Esta, se veía a sí misma como un proyecto de civilidad, fértil por definición, unificado tras la idea de la pertenencia al territorio, el amor a la patria. Un sentido semejante de construcción de la alteridad, aunque no exactamente igual, se encuentra en la enunciación de las categorías de la burocracia colonial.

Pero la narración del paisaje puneño no integró solamente un proyecto de construcción simbólica de la alteridad, sino que se vincula con las sucesivas prácticas de apropiación de los recursos puneños por parte de sociedades no-puneñas. Dicho de otro modo, la construcción simbólica de la puna (literaria desde la colonia), se ha producido concomitantemente a la práctica (económica aunque no por ello menos simbólica) de la apropiación de sus recursos desde fuera de la puna. Aunque ello excede el marco de este trabajo, existe evidencia arqueológica que respalda la

acuerdo con el límite que inferimos con Carachipampa y Antofagasta.

<sup>18</sup> Casassas Cantó 1974; Castro 1993; Gentile Lafaille 1986; Hidalgo 1978, 1982, 1984; Martínez et al. 1991; Martínez et al. 1988; Martínez et al. 1990; Noticias 1974.

existencia de un **paisaje de enclave**, originado en dichos intentos de apropiación de recursos (Haaber 1999a). Se podría decir que el proceso de apropiación y dominación de la puna desde fuera de su territorio tuvo su origen a principios de la ocupación colonial hispánica, aunque es probable que el mismo haya tenido un comienzo anterior, datable en el período agroalfarero tardío (Raffino y Cigliano 1973).

## Discusión

Las aproximaciones arqueológicas al pasado de la Puna de Atacama han compartido el supuesto de que dicho territorio consiste en un área homogéneamente marginal desde el punto de vista ecológico, lo que determina el carácter de la ocupación humana en el mismo. La búsqueda de la subsistencia como objetivo determinante de la existencia, mediante un proceso adaptativo que desembocó en la domesticación de la llama, la racionalidad de la ocupación vinculada a la presencia de postas del tráfico caravanero, y la caracterización de la cultura puneña como homogénea, poco desarrollada y/o secundaria en el marco de la historia cultural regional, han sido las orientaciones temáticas dominantes de la historiografía arqueológica de la Puna de Atacama. Las mismas, aún originadas en distintas épocas y desde diversos enfoques teóricos, comparan la caracterización del territorio de la Puna como una geografía marginal, caracterización que ha llevado a la propia formulación de las diversas temáticas interpretativas.

El supuesto de la marginalidad de la puna, sin embargo, no fue un invento de los arqueólogos, sino que el mismo ha sido incorporado como representación social y cultural. En la literatura arqueológica actúa como una comprensión preteórica, tal como queda demostrado tanto por el carácter compartido de su asunción desde distintos marcos teóricos, como por el hecho de su perduración aún sin demostración, cuanto por la constatación de su origen histórico antes y fuera de la arqueología: la imaginación detrás de la mula. Esto último ha quedado expuesto en la segunda parte del trabajo, mediante la caracterización del género literario de las narraciones de viajeros a la puna de fines del siglo diecinueve y comienzos del siglo veinte. La Puna de Atacama como creación literaria debe ser considerada dentro del marco de la construcción de los cuerpos políticoterritoriales estatales-nacionales: la mula detrás de la imaginación. A través de la transferencia de la experiencia del viaje, la Puna de Atacama ha quedado consagrada como representación social paradigmática de la marginalidad ecológica, política, territorial, cultural y económica: la mula imaginada en la mula experimentada.

A su vez, la Puna de Atacama como categoría geográfica no ha sido una pura invención literaria decimonónica, sino que, con el precedente de las categorías de descripción colonial de la '*tierra rebelada*' y la '*tierra áspera y fragosa*', corresponde a la modalidad de apropiación de los recursos (en sentido amplio) por parte de sociedades extrapuneñas. La perspectiva externa sobre la puna, de la cual se lamentaban Otonello de García Reynoso y Krapovickas (1973), se vincula con procesos históricos más abarcativos y duraderos, en los cuales, la puna es construida progresivamente como un objeto de la apropiación. La narración del paisaje no es sino una de las estrategias de dicho proceso de objetivación, aunque es innegable que dentro del contexto de la cultura literaria moderna (dentro de la cual hay que ubicar a la práctica académica en general y arqueológica en particular) son dichas categorías narrativas, como la Puna de Atacama, las que influyen en mayor grado. Otras estrategias, como el desarrollo de los paisajes de enclave, han tenido mucho menos influencia general, aunque permiten una comprensión del proceso histórico dentro del cual se generan las representaciones sociales.

En este trabajo se ha mostrado que la arqueología de la Puna de Atacama comparte en su conjunto el supuesto de la marginalidad, y que dicho supuesto es anterior tanto a la teoría cuanto a los datos. Es más, la Puna de Atacama, construida como objeto geográfico, es tomada como dato por la arqueología regional. Ello no implica su nulidad. Por el contrario, es posible ahora reconstruir la interpretación del pasado arqueológico sin las ataduras que imponía la asunción inadvertida del supuesto. Es en la misma literatura arqueológica en donde se hallan los elementos que permiten plantear el paisaje del oasis como alternativo a, y superador de, la categoría de la Puna de Atacama (por ejemplo, Nuñez y Dillehay 1978; Olivera 1989; Tarragó 1984).

La arqueología de la Puna de Atacama adoptó a esta como objeto ya establecido, y a su vez lo reconstruyó. Pero lejos de reflejar un espacio geográfico unitario en sí, la Puna de Atacama, como cualquier otro objeto geográfico, es producto de una construcción histórica en parte previa a la arqueología y en parte construida por ella. Por ello, una arqueología crítica de la Puna de Atacama debía comenzar por una exploración del origen (*arjé*<sup>19</sup>) del objeto, es decir, de la historia de la constitución de sus determinaciones extracientíficas, con el objeto de demostrar el ca-

<sup>19</sup> Si bien se suele asociar el concepto de *arjé* al esencialismo metafísico, bien puede ser comprendido en el sentido de la búsqueda del origen (histórico) de los objetos de la realidad, una interpretación más apropiada para ser tenida en cuenta, después de todo, por la **arqueología**.

rácter preteórico de los supuestos que la arqueología de la Puna de Atacama ha inadvertidamente incorporado al adoptar a su objeto como dado. Mediante la comprensión del proceso histórico de la constitución de la Puna de Atacama como objeto se entiende a la Puna de Atacama como una de las categorías mediante la cual la geografía ha sido construida. En particular, se ha mostrado de qué manera la Puna de Atacama ha sido construida como objeto de descripción de la geografía a lo largo del siglo diecinueve y comienzos del siglo veinte, en el contexto de la conformación de los estados nacionales, sus elites, sus proyectos y su imaginario.

En definitiva, ni la mula ni la imaginación parecen ser transportes seguros hacia el paisaje arqueológico. El paisaje no está enteramente allí para ser conocido sin más, y lo que se ha querido mostrar es cómo el supuesto de la naturaleza natural naturalmente naturaliza las prácticas de apropiación. Pero el paisaje tampoco está enteramente aquí surgiendo de la pura imaginación pues, como se ha visto, la imaginación también es una práctica social y, como tal, se vincula a realidades concretas de apropiación. Mas sería falaz invertir la sugerencia de Cerri para decir: "No me acompañes, ni con la mula ni con la imaginación", pues no podemos prescindir ni de una ni de otra. Pero parece ser, tal como se ha querido mostrar en este trabajo, que una es buen antídoto para el esencialismo que esconde la otra, y viceversa. Una versión alternativa de la invitación del General, más acorde con el planteamiento de este texto, podría ser "Al acompañarme, no olvides fijarte en qué mula ha montado mi imaginación, y en qué imaginación ha viajado mi mula".

### Agradecimientos

Rodolfo Raffino y el personal de archivo y fotografía del Museo de La Plata facilitaron el acceso a las fotografías que acompañan este texto. Pedro Krapovickas y Alejandro Isla, quienes fueron mis profesores hace ya más de una década, muy probablemente hayan transmitido eficazmente su sospecha sobre las perspectivas académicas de la Puna. Este trabajo, no obstante, puede ser considerado el desarrollo personal de las ideas de Pepe Pérez Gollán acerca de la construcción histórica de las categorías geográficas, y en particular su visión crítica de la arqueología puneña. Guillermo Piro, al comentarme sus "versiones del Niágara", inadvertidamente provocó mi perspectiva literaria de los relatos de viajeros a la Puna. Silvana Ahumada, Pancho Gallardo, Carolina Odone y Pepe Pérez Gollán han comentado versiones anteriores de este texto, aportando críticas y sugerencias. Debo creer que todos ellos, y muchos más, son responsables de mi imaginación; con mi imaginación a cuestas, los senderos recorridos han sido caminados por mi mula.

### Bibliografía

- Ambrosetti, J. B. 1902. La civilisation Calchaqui. Région préandine des provinces de Rioja, Catamarca, Tucuman, Salta y Jujuy (République Argentine). En *Congrès International des Américanistes*. XIIe session. (Paris, 1900), 293-7. Paris.
- Ambrosetti, J. B. 1903. I Calchaqui. *Bollettino della Società Geografica Italiana* I: 3-18.
- Ambrosetti, J. B. 1904. *Viaje a la Puna de Atacama de Salta á Caurchari*. Buenos Aires: La Buenos Aires.
- Ambrosetti, J. B. 1905. Apuntes sobre la arqueología de la Puna de Atacama. *Revista del Museo de La Plata* XII (1): 3-30.
- Ambrosetti, J. B. 1908. Exploraciones arqueológicas en la ciudad prehistórica de "La Paya" (Valle Calchaquí -Provincia de Salta). Campañas de 1906 y 1907. Segunda Parte (Descripción del material arqueológico). Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Aschero, C. A. 1988. De punta a punta: producción, mantenimiento y diseño en puntas de proyectil precerámicas de la Puna argentina. Precirculados de las ponencias científicas presentada [sic] a los simposios del IX Congreso Nacional de Arqueología Argentina: 219-229. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Aschero, C. A. 1994. Reflexiones desde el arcaico tardío (6000-3000 AP). Rumitacana. *Revista de antropología* 1: 13-7.
- Aschero, C. A.; Elkin, D.; Pintar, E. 1991. Aprovechamiento de recursos faunísticos y producción lítica en el precerámico tardío. Un caso de estudio: Quebrada Seca 3 (Puna meridional argentina). *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena* II: 101-14. Santiago.
- Bennett, W. C. 1948. The North. En Bennett, W. C.; Bleiler, E. F.; Sommer, F. H. (Ed.) *Northwest Argentine Archeology*: 19-44. Yale University Publications in Anthropology, vol. 38. Yale University Press, New Haven.
- Bennett, W. C.; Bleiler, E. F.; Sommer, F. H. (ed.) 1948. Northwest Argentine Archeology. Yale University Publications in Anthropology 38. Yale University Press, New Haven.
- Berenguer, J., A. Román, A. Deza y A. Llagostera 1988. Testing a Cultural Sequence for the Atacama Desert. *Current Anthropology* 29 (2): 341-6.
- Bertrand, A. 1885. *Memoria sobre las cordilleras del Desierto de Atacama i rejiones límites*. Con Varios mapas y vistas. Santiago.
- Boman, E. 1991. [1908] *Antigüedades de la región andina de la República Argentina y del desierto*

- de Atacama. (Tomo I. Traducido por D. Gómez Rubio). San Salvador de Jujuy: Universidad Nacional de Jujuy.
- Boman, E. y H. Greslebin 1923. *Alfarería de estilo draconiano de la región diaguita* (República Argentina). Buenos Aires: Ferrari.
- Bowman, I. 1924. *Desert trails of Atacama*. Nueva York: American Geographical Society.
- Casanova, E. 1937-1938 Investigaciones arqueológicas en Sorcuayo, puna de Jujuy. *Anales del Museo Argentino de Ciencias Naturales "Bernardino Rivadavia"* XXXIX: 423-56.
- Casanova, E. 1939. El altiplano andino. En Levene, R. (Dir) *Tiempos prehistóricos y protohistóricos*. pp. 255-72. *Historia de la Nación Argentina* (desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1862), vol. I, 2ª. Edición. Buenos Aires: El Ateneo.
- Casanova, E. 1944. Una estólida de la puna jujeña. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* IV: 115-132.
- Casassas Cantó, J. M. 1974. *La región atacameña en el siglo XVII. Datos históricos socioeconómicos sobre una comarca de América meridional*. Antofagasta: Universidad del Norte.
- Castro, V. 1993. Un proceso de extirpación de idolatrías en Atacama, siglo XVII. En Ramos, G.; Urbano, H. (Comp.) *Catolicismo y extirpación de idolatrías. Siglos XVI-XVIII. Charcas. Chile. México. Perú*. pp. 347-66. Cusco: Centro de estudios regionales andinos "Bartolomé de Las Casas".
- Cerri, D. 1906. *El territorio de Los Andes (República Argentina). Reseña geográfica descriptiva por su primer Gobernador, el General Daniel Cerri*. 2ª ed. Buenos Aires: Penitenciaría Nacional.
- Champion, T. 1995 [1989]. Introduction. En Champion, T. C. (Ed.) *Centre and Periphery. Comparative Studies in Archaeology*. pp. 1-21. Londres: Routledge.
- Conti, V. E. 1989. Una periferia del espacio mercantil andino, el norte argentino en el siglo XIX. En Madrazo, G (Ed.) *Avances en Investigación. Antropología e historia*: 37-62. Salta: Universidad Nacional de Salta.
- Conti, V. E. 1995. Articulación mercantil en los albores del siglo XX. En Lagos, M (Ed.) *Jujuy en la historia. Avances de investigación II*: 97-115. San Salvador de Jujuy: Unidad de Investigación en Historia Regional, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Jujuy.
- De Angelis, P. 1863. *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata*. T. II. Buenos Aires: Imprenta del Estado.
- Debenedetti, S. 1930 *Chulpas en las cavernas del río San Juan Mayo*. Notas del Museo Etnográfico
1. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- Delgado, F.; Göbel, B. 1995. Departamento de Susques: la historia olvidada de la Puna de Atacama. En Lagos, M. (Ed.) *Jujuy en la historia. Avances de investigación II*: 117-42. San Salvador de Jujuy: Unidad de Investigación en Historia Regional, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Jujuy.
- Dillehay, T.; Núñez, L. 1988. Camelids, Caravans, and Complex Societies in the South-Central Andes. En *Recent studies in Pre-Columbian archaeology*, editado por Saunders, N. J.; de Montmollin, O. pp. 603-34. BAR International Series 421, Oxford.
- Escola, P. S. 1996. Riesgo e incertidumbre en economías agro-pastoriles: consideraciones teórico-metodológicas. *Arqueología* 6: 9-24.
- Feruglio, E. 1946. *Los sistemas orográficos de la Argentina*. Geografía de la República Argentina. Tomo IV. Buenos Aires: Sociedad Argentina de Estudios Geográficos Gaea.
- García, L. C. 1991. Etnoarqueología de pastores andinos: un aporte hacia la visualización e interpretación de sitios arqueológicos. *Shincal* 3(1): 205-218c.
- Gentile Lafaille, M. E. 1986. *El "control vertical" en el noroeste argentino. Notas sobre los Atacamas en el valle Calchaqui*. Buenos Aires: Casimiro Quiros.
- González, A. R. 1955. Contextos culturales y cronología relativa en el área del N. O. Argentino. Nota preliminar. *Anales de Etnología y Arqueología* 11: 7-31.
- González, A. R. 1963. Cultural development in northwestern Argentina. En *Aboriginal cultural development in Latin America: an interpretative review*, editado por B. J. Meggers y C. Evans, pp. 103-117. Smithsonian Miscellaneous Collections 146(1). Smithsonian Institution, Washington.
- González, A. R. 1977. *Arte precolombino de la Argentina. Introducción a su historia cultural*. Buenos Aires: Filmediciones Valero.
- González, A. R. 1979. Dinámica cultural del N. O. Argentino. Evolución e historia en las culturas del N. O. Argentino. *Antiquitas* 28/29: 1-15.
- González, A. R. 1983. Nota sobre religión y culto en el noroeste argentino prehispánico A propósito de unas figuras antropomorfas del Museo de Berlín. *Baessler-Archiv, Neue Folge*, Band XXXI.
- González, A. R. 1992. *Las placas metálicas de los Andes del Sur. Contribución al estudio de las religiones precolombinas*. Materialien zur Allgemeinen und Vergleichenden Archäologie,

- Band 46. Verlag Philipp von Zabern, Mainz am Rhein.
- González, A. R. 1998. *Cultura La Aguada. Arqueología y diseños*. Buenos Aires: Filmediciones Valero.
- González, A. R.; Pérez, J. A. 1985. *Argentina indígena. Vísperas de la conquista*. 3° reimpression. Buenos Aires: Paidós.
- Gosden, C.; Head, L. 1994 Landscape a Usefully Ambiguous Concept. *Archaeology in Oceania* 29: 113-6.
- Grosjean, M.; Núñez A., L. 1994. Lateglacial, Early and Middle Holocene Environments, Human Occupation and Resource use in the Atacama (Northern Chile). *Geoarchaeology: an International Journal* 9 (4): 271-86.
- Guido y Spano, C. 1906. Carta al Señor General D. Daniel Cerri del 12 de abril de 1903. En *El territorio de Los Andes (República Argentina). Reseña geográfica descriptiva por su primer Gobernador, el General Daniel Cerri*. 2ª edición, de D. Cerri, pp. 8-9. Buenos Aires: Penitenciaría Nacional.
- Haber, A. F. 1988. El recurso del método. *Precirculados de las ponencias científicas presentada a los simposios del IX Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, 40-51. Buenos Aires.
- Haber, A. F. 1991a La estructuración del recurso forrajero y el pastoreo de camélidos. *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, Tomo II: 139-150. Santiago.
- Haber, A. F. 1991b. Investigación metodológica en arqueología: el caso del pastoreo de llamas. *Cuadernos de Humanidades* 5: 69-81.
- Haber, A. F. 1992a Pastores y pasturas. Recursos forrajeros en Antofagasta de la Sierra (Catamarca) en relación a la ocupación formativa. *Shincal* 2: 15-23. Catamarca.
- Haber, A. F. 1993. Camelidae Resource Potentiality in Formative Puna. *Arqueología Contemporánea* 4: 99-105.
- Haber, A. F. 1995-1996. Definición e investigación arqueológica del pastoreo de llamas, aportes etnoarqueológicos. *Shincal* 5: 57-65. Catamarca.
- Haber, A. F. 1999a. *Informe de impacto arqueológico de la fase de exploración (Plan de Perforación) del área de reserva minera Antofalla Este*. Universidad Nacional de Catamarca.
- Haber, A. F. 1999b. *Uywaña, the House and its Indoor Landscape: Oblique Approaches to, and Beyond, Domestication*. En *The Prehistory of Food. Appetites for Change*, editado por C. Gosden y J. Hather, pp. 57-82. Routledge, Londres.
- Hidalgo L., J. 1978 Incidencias de los patrones de poblamiento en el cálculo de la población del Partido de Atacama desde 1752 a 1804. Las revisitas inéditas de 1787-1792 y 1804. *Estudios atacameños* 6: 53-111.
- Hidalgo L., J. 1982. Fases de la rebelión indígena de 1781 en el corregimiento de Atacama y esquema de la inestabilidad política que la precede, 1749-1781. Anexo: dos documentos inéditos contemporáneos. *Chungará* 9: 192-246.
- Hidalgo L., J. 1984. Complementaridad ecológica y tributo en Atacama. 1683-1792. *Estudios atacameños* 7: 422-42.
- Hidalgo L., J. 1987. Tierras, exacciones fiscales y mercado en las sociedades andinas de Arica, Tarapacá y Atacama, 1750-1790. En *La participación indígena en los mercados surandinos. Estrategias y reproducción social. Siglos XVI a XX*, editado por O. Harris, B. Larson y E. Tandeter, pp. 193-231. CERES/SSRC, La Paz.
- Higgs, E. S.; M. R. Jarman 1975. Palaeoeconomy. En *Palaeoeconomy, Being the Second Volume of Papers in Economic Prehistory by Members and Associates of the British Academy Major Research Project in the Early History of Agriculture*, editado por E. S. Higgs, pp. 1-7. Cambridge University Press, Cambridge.
- Holmberg, E. A. 1988. [1900] *Viaje por la Gobernación de Los Andes (Puna de Atacama)*. Reimpression. Universidad Nacional de Jujuy, San Salvador de Jujuy.
- Isla, A. 1992. Jujuy en el siglo. Estrategias de investigación. Introducción. En *Sociedad y articulación en las tierras altas jujeñas. Crisis terminal de un modelo de desarrollo*, compilado por A. Isla, pp. 11-39. Movimiento Laici per l'America Latina, Buenos Aires.
- Julien, C. J. 1993. Finding a Fit: Archaeology and Ethnohistory of the Incas. En *Provincial Inca. Archaeological and Ethnohistorical Assessment of the Impact of the Inca State*, editado por M. A. Malpass, pp. 177-233. University of Iowa Press, Iowa City.
- Kohl, P. 1987. The Ancient Economy, Transferable Technologies and the Bronze Age World-System: a View from the Northeastern Frontier of the Ancient Near East. En *Centre and Periphery in the Ancient World*, editado por M. Rowlands, M. T. Larsen y K. Kristiansen, pp. 13-24. Cambridge University Press, Cambridge.
- Krapovickas, P. 1955. *El yacimiento de Tebenquiche (Puna de Atacama)*. Publicaciones del Instituto de Arqueología III. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Krapovickas, P. 1958-1959. Arqueología de la Puna argentina. *Anales de arqueología y etnología* XIV-XV: 53-113.

- Krapovickas, P. 1968. Subárea de la Puna argentina. *XXXVII Congreso Internacional de Americanistas. República Argentina - 1966. Actas y Memorias*. Vol. II, pp. 235-71. Buenos Aires.
- Krapovickas, P. 1984. La economía prehistórica en la Puna. *Runa. Archivo para las ciencias del Hombre* XIV: 107-21.
- Krapovickas, P.; Castro, A. S.; Pérez Meroni, M. M. 1980. La agricultura prehispánica en la Puna. *Actas del V Congreso Nacional de Arqueología Argentina (San Juan, 11 al 16 de abril de 1978)*, Tomo I, pp. 139-56. San Juan.
- Latzina, F. 1890 *Géographie de la République Argentine*. Buenos Aires: Félix Lajouane.
- Lejeal, L.; Boman, E. 1907. La question Calchaquie. *Congrès International des Américanistes. XVe session tenue a Québec en 1906*, Tome II, pp. 179-86. Québec.
- Madrazo, G. B. 1995-1996. El comercio regional en el siglo XIX. La situación de Salta y Jujuy. *Andes. Antropología e historia* 7: 221-49.
- Maldones, E. [E. M.] 1899. *Catamarca y la Puna de Atacama (recopilación ó extracto)*. J. Peuser, Buenos Aires.
- Martínez, J. L. 1992 Textos y palabras: 4 documentos del siglo XVI. *Estudios atacameños* 10: 133-47.
- Martínez C., J. L.; Farías, A. M.; V. Manríquez S. y C. Sanhueza T. 1991. Interetnicidad y complementariedad: dinámicas de las estrategias de supervivencia de los atacameños en el siglo XVII. *Histórica* XV(1): 27-42.
- Martínez, J. L.; Farías, A. M.; Odone, C.; Blazquez, P. 1988. Dispersión y movilidad en Atacama colonial. En *Encuentro de etnohistoriadores*, editado por O. Silva G., E. Medina C. y E. Tellez L., pp. 53-69. Universidad de Chile, Santiago.
- Martínez, J. L.; V. Manríquez S.; C. Sanhueza T. 1990. Asentamientos y acceso a recursos en Atacama (s. XVII). En *Economía y comercio en América hispana*, editado por G. Bravo A., pp. 13-61. Universidad de Chile, Santiago.
- Ministerio de Producción y Desarrollo del Gobierno de la Provincia de Catamarca. 1997. *Programa de desarrollo integral para comunidades de altura (provincia de Catamarca)*. Mecanografiado inédito, Ministerio de Producción y Desarrollo, San Fernando del Valle de Catamarca.
- Moreno, F. P. 1901. Notes on the Anthropogeography of Argentina. *The Geographical Journal* XVIII(6): 574-89.
- Nordenskiöld, E. 1903. Extracción precolombiana de sal en la Puna de Jujuy. *Historia* 1(1): 228-35.
- Noticias. 2 1974. Noticias. 2. ("El siguiente es ..."). *Estudios atacameños* 2: 108-10.
- Nuñez, L. 1989. Hacia la producción de alimentos y la vida sedentaria. En *Culturas de Chile. Prehistoria desde sus orígenes hasta los albores de la conquista*, editado por J. Hidalgo L., V. Schiappacasse F., H. Niemyer F., C. Aldunate del S. e I. Solimano R., pp. 81-105. Andrés Bello, Santiago.
- Nuñez, L. 1992. *Cultura y conflicto en los oasis de San Pedro de Atacama*. Editorial Universitaria, Santiago.
- Nuñez, L. & T. Dillehay 1978. *Movilidad giratoria, armonía social y desarrollo en los Andes meridionales: patrones de tráfico e interacción económica (ensayo)*. Universidad del Norte, Antofagasta.
- Nuñez, L.; Dillehay, T. 1995 *Movilidad giratoria, armonía social y desarrollo en los Andes meridionales: patrones de tráfico e interacción económica (ensayo)*. 2ª edición. Universidad Católica del Norte, Antofagasta.
- Núñez, L.; Grosjean, M. 1994. Cambios ambientales pleistoceno-holocénicos. Ocupación humana y uso de recursos en la Puna de Atacama (norte de Chile). *Estudios atacameños* 11: 11-24.
- Olivera, D. E. 1988. La opción productiva: apuntes para el análisis de sistemas adaptativos de tipo Formativo del Noroeste Argentino. *Precirculados de las ponencias científicas presentada a los simposios del IX Congreso Nacional de Arqueología Argentina*, pp. 83-101. Buenos Aires.
- Olivera, D. E. 1989. Prospecciones arqueológicas en Antofagasta de la Sierra (Puna argentina), provincia de Catamarca: informe preliminar. *Shincal* 1: 7-23. Catamarca.
- Olivera, D. E. 1991a. El formativo en Antofagasta de la Sierra (Puna meridional argentina). Análisis de sus posibles relaciones con contextos arqueológicos agro-alfareros tempranos del noroeste argentino y norte de Chile. *Actas del XI Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, vol. II, pp. 61-78. Santiago.
- Olivera, D. E. 1991b. *Tecnología y estrategias de adaptación en el formativo (agro-alfarero temprano) de la Puna meridional argentina. Un caso de estudio: Antofagasta de la Sierra (Pcia. de Catamarca, R.A.)*. Tesis doctoral inédita, Universidad Nacional de La Plata.
- Olivera, D. E.; Nasti, A. 1993. Los pastores de los Andes y su registro arqueológico: problemas y perspectivas metodológicas. *Arqueología. Revista de la Sección Prehistoria* 3: 251-8.
- Olivera, D. E.; Podestá, M. M. 1993. Los recursos del arte: arte rupestre y sistemas de asentamiento-subsistencia formativos en la Puna

- meridional argentina. *Arqueología. Revista de la Sección Prehistoria* 3: 93-141.
- Olivera, D. E.; Podestá, M. M. 1995. The Resources of Art: Rock Art and Formative Settlement-Subsistence Systems in the Argentine Southern Puna. En *Andean Art: Visual Expression and Its Relation to Andean Beliefs and Values*, editado por P. Dransart, pp. 265-310. Avebury, Aldershot.
- Olwig, K. 1993. Sexual Cosmology: Nation and Landscape at the Conceptual Interstices of Nature and Culture; or What Does Landscape Really Mean? En *Landscape. Politics and Perspectives*, editado por B. Bender, pp. 307-43. Berg Publishers, Providence.
- Otonello de García Reynoso, M.; P. Krapovickas 1973. Ecología y arqueología de cuencas en el sector oriental de la Puna, República Argentina. *Publicaciones* 1: 3-21.
- Paz, G. 1992. Campesinos, terratenientes y estado. Control de tierras y conflicto en la Puna de Jujuy a fines del siglo XIX. En *Sociedad y articulación en las tierras altas jujeñas. Crisis terminal de un modelo de desarrollo*, compilado por A. Isla, pp. 167-236. Buenos Aires: Movimiento Laici per l'America Latina.
- Paz, G. 1994b. El proceso de integración en el valle de Ambato: complejidad social y sistemas simbólicos. *Rumitacana* 1(1): 33-41.
- Pintar, E. L. 1995. Los conjuntos líticos de los cazadores holocénicos de la puna salada. *Arqueología. Revista de la Sección Prehistoria* 5: 9-23.
- Pintar, E. L. 1996. *Prehistoric Holocene Adaptations to the Salt Puna of Northwest Argentina*. Tesis doctoral, Southern Methodist University. University Microfilms, Ann Arbor.
- Platt, T. 1987. Calendarios triburarios [sic] e intervención mercantil. La articulación estacional de los ayllus de Lípez con el mercado minero potosino (siglo XIX). En *La participación indígena en los mercados surandinos. Estrategias y reproducción social. Siglos XVI a XX*, editado por O. Harris, B. Larson y E. Tandeter, pp. 471-557. CERES / SSRC, La Paz.
- Podgorny, I. 1997. Alfred Marbais du Graty en la Confederación Argentina. El museo soy yo. *Ciencia Hoy* 7(38): 48-53.
- Raffino, R. A. 1983. Arqueología y etnohistoria de la región calchaquí. En *Presencia hispánica en la arqueología argentina*, vol. 2, editado por E. S. Morresi y R. Gutiérrez, pp. 817-861. Museo Regional de Antropología "Juan A. Martinet", Instituto de Historia, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional del Nordeste, Resistencia.
- Raffino, R. A.; Cigliano, E. M. 1973. La Alumbra, Antofagasta de la Sierra. Un modelo de ecología cultural prehistórica. *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* VII(NS): 241-58.
- Renfrew, C. 1986. Introduction: Peer-Polity Interaction and Socio-Political Change. En *Peer-Polity Interaction and Socio-Political Change*, editado por C. Renfrew y J. Cherry, pp. 1-18. Cambridge University Press, Cambridge.
- Rowlands, M. 1987. Centre and Periphery: a Review of a Concept. *Centre and Periphery in the Ancient World*, editado por M. Rowlands, M. T. Larsen y K. Kristiansen, pp. 1-11. Cambridge University Press, Cambridge.
- Sanhueza, C. 1992. Tráfico caravanero y arriería colonial en el siglo XVI. *Estudios atacameños* 10: 169-82.
- San Román, F. J. 1896. *Desierto i cordilleras de Atacama*. Santiago: Imprenta Nacional.
- Serrano, A. 1967. *Historia cultural del Tucumán Prehispánico*. Monografías XXVII. Instituto de Prehistoria y Arqueología. Barcelona: Diputación Provincial de Barcelona.
- Sommer, F. H. 1948. The center. En *Northwest Argentine archaeology*, editado por W. C. Bennett, E. F. Bleiler y F. H. Sommer, pp. 44-98. Yale University Publications in Anthropology 38. Yale University Press, New Haven.
- Tarragó, M. N. 1968. Secuencias culturales de la etapa agroalfarera de San Pedro de Atacama (Chile). En *XXXVII Congreso Internacional de Americanistas. República Argentina - 1966. Actas y Memorias. Vol. II*, pp. 119-44. Buenos Aires.
- Tarragó, M. N. 1984. La historia de los pueblos circumpuneños en relación con el altiplano y los Andes meridionales. *Estudios atacameños* 7: 116-32.
- Tellez L., E. 1984. La guerra atacameña del siglo XVI: implicancias y trascendencia de un siglo de insurrecciones indígenas en el despoblado de Atacama. *Estudios atacameños* 7: 399-421.
- Troll, C. 1980. Las culturas superiores andinas y el medio geográfico. *Allpanchis phuturinga* XIV(15): 3-55.
- Vignati, M. A. 1931. Los elementos étnicos del noroeste argentino. *Notas preliminares del Museo de La Plata* I(1): 115-57.
- Vignati, M. A. 1938. Novissima veterum. Hallazgos en la puna jujeña. *Revista del Museo de La Plata (Nueva Serie)* I: 53-91.
- Weisser, V. 1923. Diario de viaje de la expedición Muniz Barreto de 1923. Manuscrito en el Archivo del Museo de La Plata.

- Yacobaccio, H. D. 1994. Hilos conductores y nudos gordianos. Problemas y perspectivas en la arqueología de cazadores-recolectores puneños. *Rumitacana. Revista de antropología* 1: 19-21.
- Yacobaccio, H. D.; Elkin, D.; Olivera, D. E. 1994. ¿El fin de las sociedades cazadoras? El proceso de domesticación animal en los Andes centro-sur. *Arqueología contemporánea* 5: 23-32.
- Yacobaccio, H. D.; Madero, C. 1991. ¿Qué hacían los pastores con los huesos?. *Comechingonia. Revista de antropología e historia* 7: 15-28.
- Zeballos, E. S. 1906. Carta al Señor General Daniel Cerri del 8 de abril de 1903. En *El territorio de Los Andes (República Argentina). Reseña geográfica descriptiva por su primer Gobernador, el General Daniel Cerri*, de D. Cerri, pp. 5-7. Buenos Aires: Penitenciaría Nacional.

## EN BUSCA DE LAS TRADICIONES IGNORADAS POR LA "TIRANÍA DE LAS TRES CULTURAS": HACIA EL ESTUDIO DE LAS CONCEPCIONES Y PRÁCTICAS TERRITORIALES DE LOS INDÍGENAS PREHISTÓRICOS\*

Gustavo Verdesio

### RESUMEN

En este trabajo me voy a ocupar de la mirada geográfica (entendida como un artefacto occidental usado para la dominación de otros pueblos) y sus consecuencias. Como antídoto contra esa mirada propongo el estudio de las concepciones y prácticas territoriales de los grupos indígenas que no se organizaban de manera análoga a los estados europeos del renacimiento. El estudio de esos grupos, como por ejemplo los cazadores colectores, pastores y tempranos agricultores de zonas no dominadas por los incas, mexicas o mayas (así como también de grupos que vivieron en la prehistoria de las zonas dominadas por esas culturas imperiales), nos ayudará a recuperar una memoria del paisaje que sirva como alternativa a las concepciones territoriales europeas dominantes. De este modo, estaríamos en mejores condiciones de revisar nuestras propias concepciones del paisaje latinoamericano.

### ABSTRACT

In this paper I will talk about the geographic gaze (understood as an Occidental artifact for the subjugation of other peoples) and its consequences. As an antidote against that gaze I propose the study of the territorial conceptions and practices of the indigenous groups who did not organize their societies in a way analogous to the European Renaissance state model. The study of those groups such as hunter-gatherers, shepherds and early agriculturalists from geographic areas not controlled by the Inca, the Mexica or the Maya (as well as a study of the groups who lived in the prehistory of the territories dominated by the aforementioned empires), will help us recover a memory of landscape that could serve as an alternative to the predominant European territorial conceptions. In this way, we could be in a better condition to revise our own conceptions about Latin American landscape.

### PALABRAS CLAVE

Mirada Geográfica. Memoria del Paisaje. Concepción Territorial. Estudios Coloniales Latinoamericanos.

### KEYWORDS

Geographic Gaze. Memory of Landscape. Territorial Conceptions. Latinamerican Colonial Studies.

En este trabajo me voy a ocupar, fundamentalmente, de dos temas: por un lado, los problemas que plantea una confianza excesiva en el poder explicativo, en la objetividad de la mirada geográfica y sus consecuencias (y su relación con el estudio de la memoria del paisaje); por el otro, una discusión de lo que se podría llamar el imperialismo o tiranía de las tres culturas en el marco académico de los estudios coloniales producidos por investigadores entrenados en el campo de la literatura o los estudios culturales.

Empecemos por el segundo de ellos. Es notorio que la mayoría de los trabajos que se publican en el área de estudios tienen como objeto, fundamentalmente, a textos (mayoritariamente escritos por europeos) que hablan de las culturas indígenas comúnmente consideradas como más "desarrolladas": la inca, la maya y la azteca. Esto tiene como consecuencia que las áreas andina y mesoamericana son las privilegiadas por un porcentaje altísimo de la producción académica en el campo de los estudios coloniales, lo cual va en detrimento de todas las otras restantes. Por esta razón, para la enorme mayoría de mis colegas la cultura guaraní, a pesar de haber sido la más extendida en el territorio americano, no existe como objeto de estudio, así como tampoco existen todas aquellas que no alcanzaron grados de desarrollo imperial o estatal.

Para agravar esta situación, las culturas prehistóricas extinguidas y las etnias que ocuparon el territorio dominado por las culturas maya, azteca e inca antes que ellas desarrollaran sus estados, reciben una atención todavía menor, que en muchos de los casos llega a ser nula. Las razones para esta actitud académica pueden ser múltiples y sobre ellas se podría especular *ad infinitum*. De lo que no cabe duda, sin embargo, es de la influencia de un factor: el prejuicio etnocéntrico del investigador al elegir su objeto de estudio. Quiero decir que una de las razones por las cuales los practicantes de la disciplina nos volcamos a estudiar los textos que describen a las "grandes civilizaciones" del continente, es el criterio teleológico y evolutivo con el que enfrentamos la historia. En otras palabras, lo que hace que esas culturas sean tan atractivas para los investigadores occidentales es su alto desarrollo, entendido en términos occidentales. Lo que hacemos, en general, es proyectar nuestra forma de entender la historia en tanto que progresión teleológica, en tanto que evolución hacia un cierto punto. Desde esta perspectiva, las culturas inca, azteca y maya se acercan mucho más que las otras al ideal evolutivo que predomina en nuestras sociedades: poseer un estado, buena organización administrativa, ejércitos, división del trabajo, etc. Es decir, se acercaban a lo que consideramos el grado máximo de evolución posible, el alcanzado casualmente, por nuestra propia cultura occidental. Las otras culturas, las ignoradas por nuestra disciplina, esta-

\* Algunos fragmentos de mis artículos "Las representaciones" (1997) y "Hacia la descolonización" (e.p.) aparecen en este trabajo.

ban muy lejos de ser interpretables en términos de evolución relacionables con el estadio alcanzado por la cultura y civilización occidentales. Su inconmensurabilidad en relación al formato cognitivo occidental puede ser una de las causas que expliquen el escaso interés que han despertado hasta ahora.

Se podrá argüir, llegados a este punto, que otra posible razón para elegir como objeto de estudio a textos que se refieren a las culturas andinas y mesoamericanas es que se trata de áreas pobladas por fuertes contingentes de indígenas en el presente. La preocupación por comprender las raíces de la opresión que sufren los amerindios de nuestros días sería, entonces, la justificación natural del estudio de textos que nos hablan del pasado de esas culturas. Creo necesario advertir, sin embargo, que ese interés en los indígenas de hoy no es perceptible en muchos de los que producen conocimiento en el área de los estudios coloniales latinoamericanos. Por el contrario, lo que parece predominar en buena parte de los estudiosos es un interés por rescatar un pasado glorioso a fin de poder incorporarlo al patrimonio cultural de las naciones modernas, en tanto que el destino de los indígenas sobrevivientes a los siglos de práctica genocida por parte de europeos y criollos, parece dejarlos indiferentes. Un ejemplo de esta actitud que privilegia el pasado casi mítico de una cultura aborígen y se olvida de los serios problemas que sus descendientes deben enfrentar hoy en el marco de las repúblicas modernas latinoamericanas, es el de Miguel León Portilla. Se trata, además, de un caso que ilustra ese prejuicio occidental que consiste en tratar de comprender las culturas aborígenes en términos profundamente europeos.

Su famosa y difundida compilación de textos producidos por informantes nahuas, "Visión de los vencidos" (León Portilla 1992), es un intento de entender la civilización azteca (o mexica) en términos comprensibles para un lector educado en la cultura occidental. Para lograr su objetivo, el compilador recurre a categorías de pensamiento que están fuertemente arraigadas en la tradición occidental. Por ejemplo, enmarca la historia de la cultura azteca en ese constructo occidental que llamamos, un tanto petulantemente, historia universal. Y digo petulantemente porque, si nos detenemos a pensar en lo que nuestros maestros y profesores nos han enseñado bajo el rótulo de historia universal, nos percataremos de que ese *continuum* histórico es, en realidad, la gran narrativa de la civilización occidental. De este modo, ubicando la historia azteca en ese marco, León Portilla intenta volver más comprensible esa cultura para un lector occidental. Esta operación intelectual es llevada a cabo sin tener en cuenta los rasgos más distintivos de la cultura azteca; esto es, sin prestar atención a las características más propias que hacen que esa

cultura indígena sea irreductible a los parámetros culturales de la cultura occidental. Cuando el compilador dice que durante la edad media ciertos hechos ocurrían en el territorio dominado por los aztecas, está tratando, de alguna manera, de condicionar o de dirigir nuestra comprensión de esa sociedad indígena (León Portilla, 171 y ss).

El otro punto que ilustra su compilación es el de la falta de consideración por la situación de miseria y opresión que sufren los descendientes de esa cultura que tanto deslumbra a los líderes políticos e intelectuales del México de hoy. Cuando León Portilla propone una interpretación estética - una interpretación literaria, para ser más preciso - de los testimonios indígenas sobre la conquista de México, está llevando a cabo una maniobra intelectual peligrosa. Primero, porque asignarle naturaleza literaria a los "textos" producidos por una sociedad que era totalmente ajena a la noción de literatura tal y como la entendemos los occidentales es, en el mejor de los casos, un serio error de perspectiva histórica y etnohistórica. Sobre todo si tenemos en cuenta que, incluso en la Europa de los siglos XVI y XVII, la noción misma de literatura era totalmente desconocida, ya que ésta aparecerá más tarde, en el siglo XVIII, gracias a los franceses que la inventaron. Segundo y más importante aún, porque ese criterio estetizante nos invita a olvidar el contexto en que esos textos escritos en nahuatl fueron producidos. Me estoy refiriendo a un contexto en el cual la violencia ejercida por el sujeto europeo sobre la tierra americana y sus aborígenes fue tremenda<sup>1</sup>. Esta no es una descripción exagerada del proyecto de León Portilla, sino que está basada en su declaración de objetivos, cuando sugiere estrategias interpretativas al lector:

*"[...] más que constatar diferencias y posibles contradicciones entre las fuentes indígenas y las españolas, nos interesan aquí los textos que van a aducirse en cuanto testimonio profundamente humano, de subido valor literario, dejado por quienes sufrieron la máxima tragedia" (León Portilla, 1992: 26).*

Esta actitud, que propone poner énfasis en el valor "literario" de los testimonios, tiene como consecuencia el olvido sistemático de las situaciones de violencia (que causaron la tragedia que León Portilla menciona) que están en el origen de todo texto colonial y, por lo tanto, tienden, también, a promover el olvido de las causas que condujeron a la situación de opresión en que se encuentran los descendientes de aquellos indígenas en nuestro presente.

<sup>1</sup> Para un estudio de esta actitud (olvidar la violencia que está en la génesis de los textos coloniales), véase: A. F. Bolaños, "On the issue of responsibility when writing about Colonial Latin American literature today".

Como decía más arriba, el estudio de esas culturas indígenas gloriosas no está animado, en general, por un genuino interés en la triste situación de los indígenas del tiempo presente, sino más bien en una labor de reapropiación de esas culturas para beneficio del patrimonio cultural de la nación moderna forjada por las élites criollas. Una de las consecuencias que esto tiene es que los que producimos conocimiento en el área sabemos muy poco, en realidad, de lo que pasaba en tierras americanas al tiempo de la llegada de los españoles y demás europeos. Incluso podría decirse que sabemos menos, todavía, sobre lo que pasaba antes de la instauración de los tres imperios más estudiados. Más aún, me atrevo a decir que sabemos menos de lo que deberíamos sobre esas culturas imperiales mismas, debido a las frecuentes generalizaciones que se hacen sobre ellas, ignorando (a veces adrede, a veces por mera pereza intelectual) las sensibles diferencias apreciables en las distintas regiones y subregiones del territorio que ocupaban<sup>2</sup>. Y hay aún otra serie de ignorancias que nos afectan y que conspiran contra el mejor conocimiento de, como decía, incluso aquellas culturas más estudiadas. Me refiero, entre otras, a la prescindencia casi absoluta de la evidencia arqueológica, que se conjuga con una a veces insólita fe ciega en la "verdad" que emana de los textos estudiados. Esto, como es previsible, nos lleva a otra crítica a la disciplina: el excesivo textualismo del análisis, vicio que redundaba en una negligencia bastante irresponsable en lo referente a las dimensiones culturales, en sentido amplio, de las sociedades indígenas.

Mi investigación actual tiene como objetivo, justamente, situarse fuera de esta forma de entender la práctica de la disciplina. El modo en que estoy tratando de hacerlo tiene dos aspectos: el objeto de estudio y la metodología de investigación. El objeto de estudio es profundamente diferente al de los trabajos más frecuentes: mi intención es recuperar las prácticas territoriales de aquellas culturas prehistóricas que no han sido objeto de estudio en el área (cazadores colectores, pastores, etc.), así como también en el pasado remoto de los territorios ocupados por las culturas más estudiadas. En lo metodológico, intento recurrir a todas las herramientas disponibles que nos ofrecen la etnohistoria y la arqueología, a fin de poder escapar a las limitaciones del textualismo imperante. Para mi actual investigación, el estudio de estas culturas ignoradas tiene un objetivo aún más concreto: el permitirme

abordar el etnocentrismo y las limitaciones de las representaciones cartográficas occidentales al confrontarlas con las prácticas territoriales e itinerarios de los indígenas prehistóricos.

Empecemos, entonces, por algunas reflexiones sobre la geografía y su instrumento privilegiado: **el mapa**. A pesar de que la cartografía occidental goza de un gran prestigio científico, en tanto que ciencia que se ocupa de representar el mundo con precisión, algunos críticos sostienen que los mapas no son un medio que representa objetivamente la realidad, sino que son, más bien, una serie de instrumentos políticos al servicio de intereses determinados (Wood, 1992; Harley, 1988: 66). Es decir que esos mapas, en vez de representar una realidad exterior a ellos, crean un mundo (ese mismo que, supuestamente, están describiendo) (Wood, 1992).

En el caso de América, es claro que el continente, aunque no se llamara así, existía antes de que la cartografía occidental inventara ese mundo que hoy conocemos bajo ese nombre. Es evidente que antes del "descubrimiento," a pesar de su existencia real en tanto que masa de tierra, no tuvo representación gráfica en Europa. Por eso es normal encontrar en los mapas previos al viaje de Colón un mundo tripartito, donde figuran Asia, Africa y Europa solamente. Así representan el mundo el mapa de Henricus Martellus y el que aparece en la Crónica de Nuremberg, 1493, entre tantos otros de la época. En el segundo nombrado, además, vemos aparecer tres figuras en las esquinas del mapa que representan a los hijos de Noé quienes, a su vez, son el origen de las tres diferentes razas que pueblan el mundo. A un mundo continentalmente tripartito se corresponde, naturalmente, una división racial de la misma naturaleza (Harley, 1990: 27).

A Europa le llevó muchos años registrar y asimilar los cambios que la exploración había operado en la imagen del mundo que se tenía hasta entonces (Mignolo, 1989: 34; Robinson, 31-36). Era difícil ubicar esa "*cuarta parte del mundo*" en una teología y genealogía cristiana (que debía urgentemente buscar un hijo de Noé como ancestro de los americanos<sup>3</sup> y en una geografía ptolemaica (en la cuál el mundo era bastante más pequeño que el que representamos actualmente). Como consecuencia, las estructuras cognitivas del sujeto europeo (fundadas en la visión cristiana y en la geometría euclidiana) se resistieron por largo tiempo a la incorporación de esas "primeras imágenes" de América traídas por los primeros navegantes que pisaron el Nuevo Mundo.

<sup>2</sup> Hay excepciones a esta regla, por supuesto, como por ejemplo los libros de Sabine MacCormack, Karen Spalding y Steve Stern que estudian a etnias andinas no pertenecientes a la tradición inca. Pero en realidad estos estudios no vienen del campo de los estudios coloniales de filiación literaria, sino de la etnohistoria.

<sup>3</sup> Una interesante discusión de este tema se encuentra en Léry (1992: 151), donde el religioso protestante da sus ideas sobre el origen de los amerindios.

Poco a poco el sujeto europeo fue produciendo imágenes de América, siguiendo el mandato de su formato cognitivo, de su estructura mental. Pero la imagen que esos mapas producen es bastante incompleta si el objetivo que se persigue es el de estudiar una situación colonial en la que las representaciones del territorio eran más complejas y variadas. Por eso es necesario el estudio del conocimiento territorial indígena, que se manifiesta de manera claramente diferente a las concepciones europeas. Ya Mignolo (1990) había estudiado el caso de las *Relaciones Geográficas*, que eran los informes pedidos por la corona a las autoridades locales americanas sobre el lugar de su asentamiento y que, además de una serie de preguntas que había que contestar (de 50 a 200), requerían una “pintura” de la zona, que era generalmente hecha por algún “indio viejo”<sup>4</sup>. No se trata entonces de una representación geográfica sino, más bien, corográfica del territorio. Para entender el sentido de esta expresión, veamos lo que dice un famoso cosmógrafo del siglo XVI:

*“Geografía es una demostración o figura de toda la Tierra conocida con las partes más principales que de ella depende; y difiere de la corografía porque ésta, describiendo todos los lugares particularmente, manifiesta cada uno por sí y lo que en ellos se contiene, describiendo hasta las más pequeñas partes que en ellos se hallan, como son puertos, aldeas, vueltas de ríos y cosas de esta cualidad; [...]el fin de la corografía consiste en representar sucesivamente una parte del todo, como queriendo pintar o remedar un ojo o una oreja, pero la geografía tiene atención al todo conforme a su proporción, como si quisiese pintar toda la cabeza.”* (Alonso de Santa Cruz, 1983: 203).

Esta tendencia a retratar lo particular, sin relación a la totalidad o con poco cuidado de la globalidad es, según Boelhower (1986), una distinción importante para comprender el encuentro colonial, ya que los indígenas, que tenían una concepción corográfica del espacio, eran invisibles para los europeos, que se manejaban con una concepción geográfica (*op cit*: 50-51). Este espacio uniforme europeo comentado más arriba, ese constructo artificial, volvió insignificantes los espacios locales de los indios (*op cit*: 51). Sin embargo, en las *Relaciones Geográficas*, los europeos dependían del conocimiento corográfico indígena para informarse adecuadamente sobre la situación de un lugar en particular. Quizá debido a que el indio (a diferencia del europeo) tenía el ojo como medida, lo cual es otra forma de decir que

no se encontraba perdido sin una brújula (*op cit*: 53).

Los estudios de Mignolo (1990) y de Vorsey (1992) sobre la presencia de trazas del conocimiento territorial indígena en mapas europeos, son un paso importante hacia un estudio más balanceado del universo signico colonial. En ese mismo trabajo, el crítico argentino propone un aparato interpretativo que no dependa solamente de una tradición cultural (la occidental) ni de un lugar de enunciación determinado, sino que reconozca la existencia de distintas tradiciones culturales con sus respectivos esquemas interpretativos (Mignolo, 1990: 97). Un tipo de comprensión hermenéutica monotópica (que es a la que estamos acostumbrados) tiende a suprimir las tradiciones a las que no pertenece el sujeto cognoscente (*op.cit*: 98). De modo que, la idea detrás de su propuesta es la de emprender un estudio comparativo de la interacción humana que tuvo lugar en esas situaciones coloniales (*op cit*: 93-94). Por eso Mignolo sostiene que lo que hoy necesitamos los practicantes de la disciplina es dedicarnos a la construcción de una hermenéutica que implique una comprensión comparativa de las interacciones semióticas a través de fronteras culturales; en suma, de lo que se trata es de repensar el acto de entender (*op cit*: 97). De ahí que Mignolo no se haya contentado, en sus trabajos, con el estudio de las “pinturas” de las *Relaciones Geográficas*, sino que se haya abocado también al análisis de representaciones geográficas indígenas previas al encuentro de culturas y a algunas posteriores, pero con poca influencia europea (Mignolo, 1989; 1993).

La importancia de estos esfuerzos es innegable y contribuyen, por cierto, a la construcción de esa hermenéutica pluritópica de que habla Mignolo. Sin embargo, creo que el estudio de representaciones indígenas dibujadas sobre diversos materiales, aunque ofrece la posibilidad de contraponer representaciones territoriales alternativas a las europeas, no tiene por qué ser el fin del camino hacia esa restitución de voces alternativas o hacia una nueva forma de entender la semiosis colonial. Quiero decir que el recurrir a “copias duras”, es decir, a representaciones territoriales sobre un soporte material, puede ser una empresa todavía influida por ciertos presupuestos ideológicos con base en una episteme europea y letrada. A un objeto físico duradero (mapa), que es la forma de representar el territorio a la que estamos acostumbrados, el investigador busca oponer un objeto equivalente (cualquier forma de representación territorial indígena perdurable, los amoxtli mexicanos, por ejemplo). Se trata de una comparación de las distintas formas de concebir el espacio durante el encuentro colonial que está fuertemente condicionada por el modelo de representación territorial europeo, el cual determina la elección de un objeto (que evoca los ma-

<sup>4</sup> Para un estudio más comprensivo de las Relaciones Geográficas, en tanto que artefactos semióticos complejos, pueden verse los siguientes trabajos de Mignolo: 1990; 1989 y “Father Ricci’s Move.”

pas occidentales) que representará al lado indígena en la antedicha comparación.

Aunque la práctica de producir representaciones territoriales sobre superficies durables no es una característica exclusivamente occidental, es una operación con mucho arraigo en la episteme europea, donde escritura y cartografía son empresas paralelas y complementarias, son parte del mismo proyecto (Wood, 1992: 151). Lo que quiero significar es que no parece necesario limitarse a la presencia indígena en los mapas europeos o a las representaciones nativas sobre superficies durables para recuperar las concepciones espaciales indígenas.

Según Denis Wood, todos los seres humanos tienen la capacidad de concebir su relación con el espacio que los rodea; es decir, todos tenemos la capacidad de elaborar mapas mentales (Wood 1992: 32)<sup>5</sup>. Lo que ocurre es que algunas culturas hacen mapas y otras no; algunas deciden (por razones cualesquiera) transmitirlo en "copia dura" y otras no. Como dice Wood, una cosa es poseer cierto conocimiento sobre el territorio y otra es transmitirlo a otros (Wood, 1992). No es infrecuente el caso de grupos indígenas que no acostumbran producir representaciones territoriales "duras" que, a pedido de los europeos, son capaces de hacerlas. De modo que habría que distinguir claramente entre hacer mapas (*mapmaking*) y representar el espacio (*mapping*); entre culturas que hacen mapas (en copia "dura") y aquellas que no tienen ni sienten la necesidad de producirlos de esa forma. Luego de hecha esa distinción resulta difícil (si lo que se intenta es comprender la situación colonial pluritópicamente) limitarse al estudio de las culturas nombradas en primer término, y negar la existencia de representaciones territoriales a las segundas que no han dejado muestras de ese tipo de documentos.

En otro trabajo sugerí algunas de las vías por las cuales es posible intentar recuperar, en parte, las prácticas espaciales de los indígenas sin mapas: o sea, la información provista por las crónicas y la evidencia arqueológica (Verdesio, 1997). De esta forma será posible apreciar hasta qué punto la América que la cartografía europea presenta como página en blanco estaba ya inscripta por los aborígenes. Es decir, qué trazas sobre el territorio, qué itinerarios existían antes de la llegada del sujeto occidental. De lo que se trata entonces, es de restituir algo de materialidad a esos pueblos que fueron, literalmente, borrados del

mapa y de la historia por la cultura occidental. El estudio de la espacialidad aborígen puede ser también una herramienta para recuperar su historicidad y para repensar el territorio que ahora ocupamos.

En este trabajo me voy a limitar a comentar, a vía de ejemplo, las prácticas de algunos grupos indígenas prehistóricos del Río de la Plata y de los Andes. En el caso de la ribera norte del Río de la Plata, los aborígenes que encuentra el europeo, se habrían instalado en esas tierras en un momento bastante reciente, alrededor del 2000 AP (Pi Hugarte, 1993). De modo que muchos de los accidentes del terreno, su fauna, su flora, ya habían sido usados con anterioridad. Estas etnias tampoco operaron sobre una página en blanco, sino que se encontraron con un espacio ya habitado, ya inscripto. Los habitantes anteriores a las etnias históricas no sólo usaron el territorio, sino que también alteraron el paisaje, dejaron (efectivamente) marcas visibles, construcciones arquitectónicas, petroglifos y pictografías. Creo que es difícil ofrecer una visión general, una comprensión de las prácticas espaciales que precedieron la llegada de los españoles, si no tenemos en cuenta las que tuvieron lugar antes de la ocupación del territorio por parte de las etnias históricas. Es de esas actividades prehistóricas de las que voy a hablar.

Desde perspectivas teóricas y disciplinarias muy diferentes, Rodolfo Kusch (1977) y Walter Mignolo (1995) han propuesto entender el pasado cultural indígena de una manera que no lo represente meramente como material etnográfico, sino como una encarnación de formas de pensamiento por derecho propio. Lo que postula esta investigación está en una línea similar a la de los estudios citados, sólo que el objeto a recuperar no es el pensamiento y la cultura en general, sino una de las formas en que se manifiesta: el conocimiento del espacio y la implementación de su práctica. Esta idea (la continuidad de las prácticas humanas) está relacionada con un concepto: la acumulación de conocimiento en relación con los usos del espacio que ha sido llamada, por algún investigador, "*capital paisajístico*" (Erickson, 1993) o "*memoria del paisaje*." Recuperar ese capital, esa memoria, es el propósito de este proyecto de investigación.

Los llamados *cerritos de indios* o *mounds*, por tratarse de una práctica arquitectónica fácilmente visible (elevaciones de hasta 7 metros), han llamado la atención de los estudiosos desde muy temprano<sup>6</sup>. Sin embargo, es recién a partir de las

<sup>5</sup> Es interesante que Wood llegue a estas conclusiones basándose en los hallazgos de algunos estudiosos de la vida animal y en las ideas de Varela y Maturana, dos biólogos chilenos, sobre la relación entre los seres vivos y su entorno. Se apoya Wood, fundamentalmente, en las páginas que hablan de "structural coupling" (1992: 75-80) en "The Tree of Knowledge".

<sup>6</sup> Para una sumaria revisión de la historia de los estudios sobre cerritos en el Uruguay, pueden verse, entre otros, los siguientes artículos: Bracco, 1992: 2; Bracco y López Mazz, 1994.

excavaciones comenzadas en 1986, que el área de concentración de cerritos está siendo estudiado sistemáticamente<sup>7</sup>. La zona excavada abarca la franja de tierra delimitada por la citada Laguna Merín, el Océano Atlántico, el Río Cebollatí y las serranías del Este (Bracco 1992). El clima de la región es subtropical húmedo y predominan las planicies medias, bajas y esteros y bañados (*op cit*).

Allí se encuentran elevaciones producidas por el ser humano en lugares específicos del territorio, lo cual indica, de parte de los constructores, una estrategia deliberada de ocupación (Ferrés 1927; López Mazz y Bracco, 1994; López, 2000). La ocupación generalizada del área debe de haber ocurrido en una fecha cercana a los 2500 AP, fecha en que se produjo un dramático cambio en el clima de la región. Los recursos que el paisaje ponía a disposición de aquellos pobladores, por esa época, eran más abundantes de lo que se creía antes de la serie de investigaciones que comenzó en el año 1986. El análisis de los restos de fauna encontrados revela la abundancia de mamíferos de gran porte, en especial un tipo de cérvido ya desaparecido, proveedor masivo de carne (López y Bracco, 1992: 274).

Pero lo que tal vez distinga a estos sitios de otros del territorio es la abundancia de palmares de butiá (*Butiá capitata*), los cuales cubren actualmente unas 200.000 hectáreas, pero se presume que por los tiempos en que ocurrió el cambio climático, su área pudo haber sido todavía mayor (*op cit*: 275). Debido a que se ha encontrado consistente evidencia del consumo de *butiá* (semillas quemadas y quebradas en varios de los sitios excavados), el panorama arqueológico de la región ha cambiado sustancialmente según los estudiosos. Por empezar, el modelo que se propone ahora es el de cazadores-colectores complejos que habitaban y explotaban un territorio de alta productividad, debido a los valores de retorno (diferencia entre inversión y beneficio) que se presume tenían los recursos disponibles (*op cit*: 276). Esta caracterización se basa en que, en la literatura especializada, las dos especies de mayor retorno son habitualmente los cérvidos y las nueces, ambas encontrables en abundancia en la región excavada (*op cit*: 276).

Esta pintura de la situación económica derivada de la explotación del territorio, junto con el alto número de estructuras monticulares halladas, permite aventurar hipótesis que contradicen las ideas que predominaban antes de las recientes

<sup>7</sup> Además de haber interesado, por primera vez, a vastos públicos no especializados. Así lo sugiere la importante cobertura periodística que las excavaciones comenzaron a tener en el año 1996, llegando incluso a dedicarles un programa especial en la televisión uruguaya.

investigaciones (*op cit*: 277). Estaríamos, entonces, ante "altas concentraciones de población, con estrategias económicas de eficiencia tal que tolerarían una inversión de energía tan alta [construcción de las estructuras monticulares] sin retorno utilitario" (*op cit*: 277).

Se le atribuye a estos cazadores-colectores una "explotación del ciclo anual de diferentes ambientes aprovechados estacional, continua o esporádicamente" (*op cit*: 277)<sup>8</sup>. Esta presunción de que existía un ciclo anual de explotación (y por lo tanto de ocupación), conduce, junto con otras evidencias, a la conclusión de que estos grupos exhibían un cierto grado de sedentarismo, lo cual agrega todavía una discrepancia más con la pintura tradicional de los grupos cazadores-colectores, que los presenta como grupos nómades poco numerosos debatiéndose contra los escasos recursos del medio ambiente (como explica López, 1989: 111). López y Bracco afirman que las evidencias que sugieren cierto grado de sedentarismo entre los grupos pobladores son el tiempo que insume la construcción de cerritos, sumado a las bondades en materia de posibilidades para la subsistencia ofrecidas por la región (*op cit*: 278).

En algunos cerritos se han encontrado restos humanos en variadas posiciones. Todos ellos se hallan, sin excepción, en la parte central de la estructura y a diferentes profundidades (Femenías et al.1990: 348), lo cual permite suponer una actividad funeraria. Durante el estudio de estos casos, surgió clara la co-presencia de testimonios de combustión, que sugiere una recurrencia entre ambos elementos (*op cit*: 351). Lo interesante es que las estructuras de combustión no presentan las características típicas de uso para habitación o uso culinario, sino que parecen pasibles de ser clasificadas como de tipo ceremonial (López, 1992: 90). Las sociedades que esos restos funerarios sugieren son de tipo complejo, con una organización del trabajo comunitario bastante sofisticada, a juzgar por el tratamiento diferencial dado a los muertos (López, 1989: 111), lo cual permite conjeturar el incipiente surgimiento de una sociedad no igualitaria (López Mazz, 1992: 71<sup>9</sup>).

<sup>8</sup> La explotación estacional presupone que se establecían en distintas regiones según las épocas del año; en el caso de los cerritos, la evidencia apunta a una ocupación del período primavera-verano (López 1995). La explotación de recursos en el marco de una misma estación no sólo se daba en el sitio arqueológico propiamente dicho, sino también en las zonas aledañas ubicadas más allá de la zona de 20 km propuesta como límite tentativo de aquél: colmillos de lobo marino hallados a 30 km de la costa sugieren una explotación vinculada de zona costera y zona baja inundable (López y Bracco, 1992: 275).

<sup>9</sup> En un trabajo anterior de la Comisión de Rescate Arqueológico de la Laguna Merín (CRALM), se había aventurado la hipótesis contraria (sociedad igualitaria),

Todo lo que sabemos sobre los cerritos apunta claramente a una conclusión: los habitantes prehistóricos del territorio al norte del Río de la Plata dejaron allí sus inscripciones. Las actividades que les dieron origen forman parte de la historia de las prácticas humanas posteriormente desarrolladas en esa misma parte del territorio, haciendo posible la pervivencia, allí, de esas señales que formarán el acervo o capital paisajístico heredado por los grupos que vendrían después. Los indígenas del tiempo histórico no dejaron de percibirlos, como sugiere la abundante documentación sobre los "bichaderos" (montículos de piedra edificadas sobre elevaciones o cerros), que servían de túmulo a los charrúas (Pi Hugarte, 117-8)<sup>10</sup>. De lo que no cabe duda es de la utilización de los cerritos por parte de los habitantes rurales del Uruguay moderno, quienes se amparan en las elevaciones artificiales para escapar a las inundaciones, prolongando de esta manera la vida útil de las construcciones prehistóricas, como surge de los trabajos de Ferrés (Vidart, 1996: 54-55).

Pasemos ahora a la puna andina, donde otros cazadores colectores nos darán una imagen de las prácticas aborígenes del territorio que, nuevamente, contradicen las ideas preconcebidas de occidente sobre la región y sus habitantes. La puna es un ambiente frío, ventoso y poco amigable, situado a unos 4000 metros de altura. La academia occidental le ha prestado atención a las culturas complejas del Lago Titicaca, pero poco tiempo y esfuerzo ha dedicado a los grupos de cazadores-colectores que la habitaron en el pasado remoto. Acaso la causa de este desinterés pueda encontrarse en la posición marginal actual de la región, que hace suponer (erróneamente, acaso) que ése fue siempre su status. Los estudios más recientes, sin embargo, indican que hace cientos de años era una zona densamente poblada (Rick, 1980: 4). Los recursos naturales de la zona, contrariamente a lo que se suponía (debido a la falta de investigación), eran capaces de pro-

veer de alimento y habitación a grupos numerosos de seres humanos (*op cit.* 1980: 9). La explicación de esta situación se encuentra en el siguiente dato: la relativa estabilidad de los recursos naturales debido a su falta de estacionalidad. Esto permitiría una explotación anual de los recursos, sin interrupciones debidas a la necesidad de emigrar a zonas más productivas, lo cual tiene como consecuencia la postulación del modelo actual para la puna: habitada por grupos cazadores-colectores con un alto grado de sedentarismo (*op cit.* 9).

Este modelo contradice todo lo que se pensaba sobre la región, al mismo tiempo que permite visualizar esa zona de una manera totalmente distinta a la representación que la cultura occidental ha dado de ella. El sustento de aquellos cazadores-colectores se limitaba, tal vez, al consumo de carne y subproductos obtenidos de la vicuña, un camélido que abunda en el área de Junín (zona donde se encuentra Pachamacha y, el sitio que ha proporcionado la mayor parte de los datos que uso en este trabajo) y cuya presencia en la región es anual. Este animal, vive en dos tipos de grupos básicos: la banda (integrada por un macho y 7 u 8 hembras) y la tropa (grupos de varios machos, hasta cuarenta). La banda vive en un territorio más o menos definido, fijo, en tanto que la tropa tiene mucha más movilidad (*op cit.* 21). Si se tiene en cuenta que este animal es tímido pero que se acostumbra con relativa facilidad a la presencia humana, y si se toma en consideración su disponibilidad anual en un territorio fijo, se puede concluir la facilidad con que los cazadores-colectores prehistóricos de la región podían aprovecharse de su carne y demás subproductos. Según Rick, el carácter relativamente constante de la población de vicuña en la zona de Junín fue posible debido a que la llegada del ser humano pudo haber desplazado a los otros depredadores de camélidos, por lo cual aquellos pueden haber operado como reguladores ecológicos de alto nivel (*op cit.* 23).

Para que la puna pudiera ser ocupada por seres humanos, además de la constante disponibilidad de vicuña deberían haber existido las siguientes condiciones: herramientas de piedra y/o de hueso para explotar los productos del camélido, refugios adecuados (cosa que abunda en la parte rocosa de la puna), ya sea en forma de alero o de cuevas (también abundantes) (*op cit.* 24). En los sitios arqueológicos estudiados, que cubren una superficie de unos 250 km<sup>2</sup>, se han encontrado abundantes pruebas de que todas estas condiciones existieron.

Lo que queda por probar es el sedentarismo relativo de los habitantes. En este sentido, la experiencia indica que los cazadores o bien agotan los recursos de un área y se mudan a otra, o bien intentan evitar agotar los recursos de la zona, en cuyo caso es posible un cierto grado de sedenta-

---

cuyo fundamento fue el ajuar asociado (litos pulidos, huesos, colmillos, collares de conchas, etc.) a los muertos en los enterramientos estudiados (Femenías et al. 1990: 352). Según Tainter, el tratamiento a los muertos en forma diferencial es, precisamente, un marca que indica jerarquías en la estratificación social (1978: 107). El ritual, según este mismo autor, en tanto que sistema de comunicación, revela información sobre el status del muerto (*op cit.* 113).

<sup>10</sup> El uso de elevaciones para funciones fúnebres por parte de indígenas del tiempo histórico puede ser una mera coincidencia, pero también puede deberse a prácticas del espacio aculturadas o imitativas. Sobre los "bichaderos" poco se sabe con certeza, aparte del uso que la documentación atribuye a los charrúas (por ejemplo, no se sabe si las pirámides fueron construidas por ellos mismos o por otra etnia). Para tener una idea de los "bichaderos" localizados y una descripción somera de los mismos, puede verse el artículo de Femenías (1983).

rismo. En el caso de Pachamacha y, toda la evidencia arqueológica encontrada en los refugios que operaban como campamentos de base (y en los que operaban como campamentos intermedios entre el límite del territorio explotado y el campamento de base) indica que las actividades desarrolladas en los sitios arqueológicos sugieren una ocupación casi permanente de los mismos.

En suma, el modelo propuesto contradice varios de los preconceptos en que se basaba la representación tradicional de la región: indica que la zona estaba densamente poblada por vicuñas y seres humanos y que su forma de ocupación era básicamente sedentaria. A tal punto lo era, que en la secuencia cronológica propuesta, este periodo de ocupación sedentaria (que va, aproximadamente, de los años 5000 al 2000 AC) sería la base del desarrollo posterior de grupos de pastoreo en la región. Digamos entonces que, si superponemos un mapa de nuestra forma de ver la puna en tanto que hábitat humano a lo que realmente ocurría ahí, a las prácticas territoriales que emprendían los seres humanos de carne y hueso, veremos una especie de palimpsesto que nos permitiría abordar y visualizar ese territorio desde una hermenéutica pluritópica.

Otro caso significativo proviene, también, de la zona andina (más concretamente, de los alrededores del Lago Titicaca). Me refiero a la práctica de una forma de agricultura llamada "raised fields," cuya práctica se instauró, aproximadamente, entre 500 y 1000 años antes de la creación de los estados de la región (Erickson, 1993: 411). En la zona norte, en el territorio de la Bolivia actual, este tipo de práctica comenzó hace unos 3000 años, se abandonó durante varios siglos (cerca del año 300 DC) y se volvió a retomar entre los años 1000 y 1450 de nuestra era (Erickson, 1992: 291). Esta técnica de explotación de la tierra consiste en construir plataformas cultivables, elevándolas por encima de la superficie natural, por medio de la acumulación de tierra proveniente de canales adyacentes, a fin de permitir, en zonas anegadizas, que el agua corra por unos canales y no inunde la parcela cultivable. Al mismo tiempo, cumple la función de garantizar irrigación a esa parcela durante la estación seca, lo cual crea un ecosistema más rico para el desarrollo de lo sembrado (tres veces más rico que el de la pradera, para ser más exactos) (Erickson 1992). De modo que con un solo recurso se matan dos pájaros de un tiro: se asegura que no sobre ni falte agua para los sembrados (Erickson, 1992: 289).

Sin embargo, estos "raised fields" parecen haber sido abandonados un poco antes de la llegada de los españoles a la región. Hoy están, en su mayoría, sin cultivar. Una serie de estudiosos dedicados a la arqueología experimental (que utiliza los métodos de cultivo de la prehistoria a fin de ver qué resultados se obtenían) está cultivando, con la colaboración de familias indígenas, al-

gunos de los que fueron abandonados en el territorio de lo que es hoy Bolivia. Los hallazgos de estos experimentos son asombrosos: la complejidad de la organización social requerida por este tipo de explotación de la tierra es sorprendentemente baja, y está entre las posibilidades y medios de grupos familiares, de vecinos o comunidades andinas tradicionales, del tipo de los ayllus (Erickson, 1992: 291); por otro lado, se ha comprobado que la intensidad del trabajo requerido para esta forma de agricultura es solamente un poco mayor que la que necesitan otras formas practicadas en la región (*Ibidem*). Pero lo más importante de todo lo averiguado en los experimentos es que se trata de un modo de explotación altamente productivo, eficiente y barato (*Ibidem*). Estas conclusiones desmienten la opinión generalizada de los expertos en agronomía y economía: que los sistemas tradicionales de explotación del paisaje son atrasados y primitivos.

Tradicionalmente, se asocia la agricultura intensiva con la organización estatal, debido a que las sociedades numerosas, se supone, requieren la instauración de este tipo de explotación. Sin embargo, estos experimentos sugieren que la asociación entre agricultura intensiva y burocracia estatal no implica una relación de causalidad o de necesidad (Erickson, 1993: 374). Otra consecuencia de estos experimentos, entonces, es que nos permiten ver de otro modo a las culturas indígenas anteriores a los grandes estados y, al mismo tiempo, nos recuerdan algo que frecuentemente olvidamos: los pueblos mal llamados primitivos no sólo sabían muy bien lo que hacían, sino que también pueden enseñarnos muchas cosas.

El proyecto de investigación del que he estado hablando, que se vale del conocimiento arqueológico que lentamente va saliendo a luz, es un estudio de actividades humanas fosilizadas que tiene como objetivo cuestionarnos la forma en que hoy vemos el espacio en que vivimos. Nuestra mirada geográfica es un dispositivo occidental puesto al servicio de la colonización del territorio, que en América ha sido representado consuetudinariamente, según Turner (1994), como salvaje. Es decir, como algo a dominar o a domesticar<sup>11</sup>. Esta relación de hostilidad contra el paisaje americano (que es el fundamento que subyace a la ciudad letrada de que habla Rama) se manifiesta en una sobreestimación de la mirada globalizante del geógrafo, en tanto que opuesta al conocimiento corográfico del espacio que constituye el hábitat (y sus alrededores), característico de las sociedades aborígenes (Boel-

<sup>11</sup> Sobre el papel imperial de la cartografía en tanto que ciencia auxiliar de la mirada geográfica, pueden consultarse los trabajos de J. B. Harley (por ejemplo, 1988: 282; 1988: 24).

hower 1986: 50-1)<sup>12</sup>. Esta perspectiva colonial que todavía domina nuestra forma de imaginar el espacio que habitamos es posible, entre otras cosas, gracias a la metáfora de la **página en blanco**, que borra de nuestro imaginario toda traza de prácticas espaciales que no hayan tenido como agentes a sujetos occidentales. La deshistorización del territorio, su deshumanización, son consecuencias que dejan su impronta en nuestro formato cognitivo, en nuestra cultura, en nuestra episteme. Una forma de combatir esta situación es abrir un intersticio en nuestro imaginario que permita, de una vez por todas, no sólo reconocer las prácticas territoriales anteriores a las operadas por el sujeto occidental, sino también la presencia que aquellos tienen en nuestro paisaje presente. Porque aquel paisaje prehistórico, tan distinto al que hoy conocemos es, de alguna forma, parte de éste. Al menos lo es desde una perspectiva diacrónica que conciba al paisaje como una entidad que evoluciona, que se transforma por la intervención del ser humano. La materialidad de las marcas, cicatrices y mutaciones ostentadas por el paisaje, nos recuerda que algunas de ellas son de origen antrópica y que por allí hubo una serie de prójimos actuando, modificando el entorno; es decir, viviendo. El incorporar esas marcas a nuestro imaginario es una forma, me parece, de incorporar a ese aborigen que nos empeñamos en construir, discursivamente, como el **Otro**. Es volverlo parte de nuestro horizonte cognitivo y, de alguna manera, de nosotros mismos<sup>13</sup>.

Si lo que caracteriza a toda cultura es, como dice Turner (1994), una relación muy especial con la tierra en que se desarrolla, la forma en que vivimos y pensamos será profundamente afectada por la forma en que percibimos o concebimos el territorio. Si ignoramos las huellas dejadas (y a sus autores) en la tierra que practicamos, tendremos una visión distorsionada del suelo que pisamos y, lo que es más grave (por soberbio), ignoraremos que, en realidad, se trata de un palimpsesto al que, modesta y casi inadvertidamente, estamos contribuyendo a enriquecer.

Hasta mayo de 1999, fecha en que dejé de trabajar en *Louisiana State University*, solía pasar varias veces por semana por el estacionamiento que está a la salida de *Prescott Hall* (edificio donde estaba ubicada mi oficina) llamado *Indian*

*Mounds*. El nombre, previsiblemente, se debe a que allí se erigen dos montículos de origen antrópico. Sobre su superficie y alrededores, los estudiantes desarrollan todo tipo de actividades: toman un refresco o almuerzan, juegan o simplemente conversan. La multitud de acciones cotidianas (y a veces ruidosas) a través de las cuales estos estudiantes operan sobre esa elevación creada hace miles de años por una cultura desaparecida (cinco, para ser más exactos), contrastan con el silencio que guarda, para nuestro imaginario occidental, el lugar sobre el que se desarrollan. Sin embargo (y sin querer caer en mecanismos prosopopéyicos) es posible intentar hacer, de alguna manera, "hablar" a ese pedazo de tierra, a través del interrogatorio arqueológico y de una operación hermenéutica de carácter pluritópico. No lograremos, obviamente, una verdadera conversación con el sitio, pero será posible al menos obtener una certeza: en ese mismo espacio que nosotros practicamos, miles de años atrás, generaciones de individuos que nos empeñamos en olvidar, desarrollaron una serie de actividades, de las cuales sólo algunas (la construcción del cerrito, por ejemplo) nos son conocidas. No sabemos demasiado sobre algunas de las otras acciones que aquéllos llevaban a cabo en ese sitio, pero una cosa es segura: algo hacían. Los resultados y su materialidad, que forman parte de nuestro entorno, de nuestro hábitat, están a la vista. Sólo hay que querer verlos.

## Bibliografía

- Bracco, Roberto. 1992. Desarrollo cultural y evolución ambiental en la región Este del Uruguay. *Ediciones del Quinto Centenario*. Vol. I. Ed. Renzo Pi Hugarte et al. Montevideo: Universidad de la República, pp.1- 22.
- Boelhower, William. 198. *Through a Glass Darkly: Ethnic Semiosis in American Literature*. NY and Oxford: Oxford UP.
- Erickson, Clark. 1993. The Social Organization of Prehispanic Raised Field Agriculture in the Lake Titicaca Basin. *Economic Aspects of Water Management and the Prehispanic New World. Research in Economic Anthropology. Supplement 7*: 369-426. Eds. Vernon Scarborough and Barry Isaac. Greenwich, CT and London: Jai Press.
- Erickson, Clark. 1992. Prehistoric Landscape Management in the Andean Highlands: Raised Field Agriculture and its Environmental Impact. *Population and Environment* 13.4: 285-300.
- Fabian, Johannes. 1983: *Time and the Other. How Anthropology Makes Its Object*. New York: Columbia UP.
- Femenías, Jorge. 1983. Amontonamientos artificiales de piedras en cerros y elevaciones de

<sup>12</sup> Para una descripción de la diferencia entre geografía y corografía, es ilustrativo el pasaje de Alonso de Santa Cruz (1983: 203) anteriormente citado (p: 34).

<sup>13</sup> Esta operación de reconocimiento del Otro en nuestra cotidianeidad (es decir, su participación en nuestro presente) puede ser, acaso, un antídoto contra el "denial of coevalness" mediante el cual ponemos distancia entre el aborigen (entendido como objeto de estudio que vive en un estadio de evolución distinto al nuestro) y nosotros en tanto que observadores (Fabian, 1983).

- nuestro territorio *Revista Antropológica* 1.1: 13-6.
- Femenías, Jorge, José M. López, Roberto Bracco, Leonel Cabrera, Carmen Curbelo, Nelsys Fusco, Elianne Martínez. 1990. Tipos de enterramiento en estructuras monticulares ('cerritos') en la región de la cuenca de la Laguna Merín (R. O. U.). *Revista do CEPA* 17.20: 345- 56.
- Harley, J. B. 1988. Maps, Knowledge and Power. En *The Iconography of Landscape*. Eds. Denis Cosgrove and Stephen Daniels. Cambridge: Cambridge UP, pp. 277- 312.
- Harley, J. B. 1988. Silences and Secrecy: the Hidden Agenda of Cartography in Early Modern Europe. *Imago Mundi* 40: 57-76.
- Harley, J. B. 1990. *Maps and the Columbian Encounter*. Milwaukee: The Golda Meir Library.
- Kusch, Rodolfo. 1977. *El pensamiento indígena y popular en América*. Buenos Aires: Hachette.
- León Portilla, Miguel. 1992. Visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Lery, Jean de. 1992. *History of a Voyage to the Land of Brazil*. Berkeley: University of California.
- López Mazz, José M. 1992. La reconstrucción del pasado, la identidad nacional y la labor arqueológica: el caso uruguayo. *Arqueología en América Latina hoy*. Ed. E. Politis. Bogotá: Biblioteca Popular, pp. 167- 175.
- López Mazz, José M. 1992. Aproximación a la génesis y desarrollo de los cerritos de la zona de San Miguel (Departamento de Rocha). *Ediciones del Quinto Centenario*. Vol. I. Ed. Renzo Pi Hugarte et al. Montevideo: Universidad de la República, pp. 76- 96.
- López Mazz, José M. 1995. Aproximación al territorio de los 'constructores de cerritos'. *Arqueología en el Uruguay. VIII Congreso Nacional de Arqueología Uruguaya*. Eds. Mario Consens, José María López Mazz y María del Carmen Curbelo. Montevideo, pp. 65-78.
- López Mazz, José M. 1995. El fósil que no guía y la formación de los sitios costeros *Arqueología en el Uruguay. VIII Congreso Nacional de Arqueología Uruguaya*. Eds. Mario Consens, José María López Mazz y María del Carmen Curbelo. Montevideo, pp. 92- 105.
- López Mazz, José M. 2000. Trabajos en tierra y complejidad cultural en el Rincón de los Indios, En Durán A. y Bracco R. (eds), *Arqueología de las Tierras Bajas*. pp 271-84. Montevideo: MEC.
- López Mazz, José M. y Bracco, Roberto. 1989. Las sociedades prehistóricas: viejas y nuevas aproximaciones. *Anales del VI encuentro nacional de historia I*, 1: 107-14.
- López Mazz, José M. y Bracco, Roberto. 1992. Relación hombre-medio ambiente en las poblaciones prehistóricas de la zona Este del Uruguay. *Archaeology and Environment in Latin America*. Eds. Omar Ortiz-Troncoso y Thomas van der Hammen. Amsterdam: Universitat van Amsterdam, pp. 259-82.
- López Mazz, José M. y Bracco, Roberto. 1991. Cazadores colectores de la cuenca de la Laguna Merín: Aproximaciones teóricas y modelos arqueológicos. *47o Congreso Internacional de Americanistas*, New Orleans, manuscrito, pp. 1-15.
- MacCormack, Sabine, 1991. *Religion in the Andes. Vision and Imagination in Early Colonial Peru*. Princeton, NJ: Princeton UP.
- Maturana, Humberto y Francisco Varela, 1980. *Autopoiesis and Cognition: The Organization of the Living*. Dordrecht, Boston and London: D. Reidel Publishing Company.
- Mignolo, Walter D. 1989: Colonial Situations, Geographical Discourses and Territorial Representations: Toward a Diatopical Understanding of Colonial Semiosis. *Dispositivo* 14: 93-140.
- Mignolo, Walter D. 1990. La grafía, la voz y el silencio: las Relaciones Geográficas de Indias en el contexto de las letras virreinales. *Insula* 45.522: 11-2.
- Mignolo, Walter D. 1995. Occidentalización, imperialismo, globalización: herencias coloniales y teorías postcoloniales. *Revista Iberoamericana* 170-1: 27-40.
- Pi Hugarte, Renzo. 1993. *Los indios del Uruguay*. Madrid: Mapfre
- Rama, Angel. 1984. *La ciudad letrada*. Hanover: Ediciones del Norte.
- Rick, John W. 1980. *Prehistoric Hunters of the High Andes*. New York: Academic Press.
- Santa Cruz, Alonso de. 1983. *Alonso de Santa Cruz y su obra cosmográfica*. Ed. Mariano Cuesta Domingo. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Spalding, Karen. 1984. Huarochirí. An Andean Society Under Inca and Spanish Rule. Stanford: Stanford UP.
- Stern, Steve. 1982. *Peru's Indian peoples and the challenge of Spanish conquest: Huamanga to 1640*. Madison, Wisconsin.
- Tainter, Joseph. 1978. Mortuary Practices and the Study of Prehistoric Social Systems. *Advances in Archaeological Method and Theory*. Vol. 1. Academic Press.

- Turner, Frederick. 1994 [1983]. *Beyond Geography. The Western Spirit Against the Wilderness*. New Brunswick, NJ: Rutgers UP.
- Verdesio, Gustavo. 1997. Las representaciones territoriales del Uruguay colonial: Hacia una hermenéutica pluritópica. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 23.46: 135-61.
- Verdesio, Gustavo. e.p. Hacia la descolonización de la mirada geográfica: las prácticas territoriales indígenas en la 'prehistoria' de la ribera norte del Río de la Plata" *Revista Iberoamericana* [en prensa]
- Vidart, Daniel, 1996. *Los cerritos de los indios del Este uruguayo*. Montevideo: Ediciones de Banda Oriental.
- Vorse, Louis de, Jr., 1992. Silent Witnesses: Native American Maps. *The Georgia Review* 46.4: 709-26.
- Wood, Denis, 1992. *The Power of Maps*. NY & London: The Guilford Press.



# A ESPACIALIDADE COMO INSTRUMENTO DA INTERPRETAÇÃO DA ARTE RUPESTRE

Carlos Xavier de Azevedo Netto

## RESUMO

O presente trabalho tem como objetivo discutir as diferentes configurações espaciais ocorridas nos painéis como instrumento de interpretação da Arte rupestre, em especial nas ocorrências no território brasileiro. Aborda-se o espaço através dos modelos propostos por Leroi-Gourhan, itinerante/irradiante, e Deleuze e Guatari, liso/estriado, respectivamente. Utilizando-se dos fundamentos teóricos da Arqueologia cognitiva, apoia-se na teoria semiótica como piso fundante de discussão do espaço. Compara as formas de estruturação espacial da Arte rupestre européia, com seus exemplos clássicos de Lascaux e Altamira, com o que ocorre no Brasil, em especial na sua região nordeste. Concluindo que nas interpretações da Arte rupestre brasileira, de modo integrado com os demais elementos do registro arqueológico, o elemento espaço deve ser observado como identificação de grupos étnicos.

## ABSTRACT

The current paper mainly discuss the different space configurations occurred on the panels used as Rock Art interpretation tools, specially on the Brazilian Territory. The approach of space is based on the proposed models from Leroi-Gourhan, itinerant/irradiant, and Deleuze and Guatari, the smooth/striated. The theoretical basis of Cognitive Archeology is used, supporting the Semiotic Theory as basis from space discussion. Compares the spatial structure shape of European Rock Art to classical examples from Lascaux e Altamira with Brazilian occurrences specially on the Northern Region. Concludes that concerning the Brazilian Rock Art interpretation, integrated to all the elements of the archaeological registers, the space element must be observed what means ethnic identification.

## PALAVRAS-CHAVE

Arte rupestre. Arqueologia cognitiva. Semiótica. Espaço. Modelagem. Interpretação.

## KEYWORDS

Rock Art. Cognitive Archeology. Semiotic. Space. Modeling. Interpretation.

## Introdução

O presente trabalho pretende tratar da ocorrência, em termos qualificativos e de distribuição das representações, dentro dos painéis de Arte rupestre, no âmbito do espaço-suporte. Como a Arte rupestre é um dos temas dentro do universo dos estudos arqueológicos, faz-se necessário levar em conta toda a sua peculiaridade metodológica, os seus objetivos e, principalmente, as dificuldades com que se defronta enquanto ciência voltada à reconstituição da cultura do homem do passado através da consideração de seus Artefatos.

A categoria espaço, dentro das ciências sociais, é uma estrutura onde o homem se organiza e sobrevive, tanto à nível físico como ideológico. Sendo um dos vértices da própria essência do estudo da arqueologia (espaço, tempo, cultura). Essa categoria faz-se presente nos discursos de vários pesquisadores, no Brasil e no exterior, podendo-se citar como exemplo os trabalhos de Leroi-Gourhan<sup>1</sup>, Bradley<sup>2</sup>, citando-se ainda Mendonça de Souza<sup>3</sup> e Azevedo Netto<sup>4</sup>.



Figura 1. Toca dos Búzios, Projeto Central, Bahia, Brasil. Painel composto de signos geométricos, em preto e branco, formando círculos concêntricos, localizados na da parede calcária do abrigo, onde existem outros painéis com figuras geométricas e zoomorfas. Foto de Carlos Xavier de Azevedo Netto.

As dificuldades mencionadas anteriormente são das mais diversas ordens, colocando-se desde o próprio registro até a interpretação dos dados.

<sup>1</sup> 1983, onde o autor especifica a unidade de *espaço social*, como categoria analítica, dentro dos seus estudos sobre a pré-história humana.

<sup>2</sup> 1995, com seus estudos sobre os petroglifos das Ilhas Britânicas, abordando seus aspectos simbólicos.

<sup>3</sup> 1979, onde o pesquisador estabelece a intencionalidade da distribuição dos petroglifos da bacia do Paranã, Goiás, Brasil.

<sup>4</sup> 1994, com seu estudo sobre os petroglifos do cerrado brasileiro, buscando verificar sua distribuição e inter-relações através de análise locacional.

Quanto ao registro, o arqueólogo deve ter consciência de que os restos materiais de uma cultura do passado que chegaram aos nossos dias representam uma porção muito reduzida do que a cultura produziu e pensou, sendo que a sua quase totalidade de produção está perdida no tempo.

Um outro fator referente ao registro é o que diz respeito a integração entre aquilo que é observado nos painéis de Arte rupestre com aquilo que está depositado no solo, seja no mesmo sítio ou à volta dele. Isto sem mencionar as condições deposicionais e pós-deposicionais que o registro arqueológico sofre, tanto no tocante as perturbações naturais e humanos que ocorrem, quanto com as condições de preservação que cada tipo de material, componente dos Artefatos<sup>5</sup>, perante as condições ambientais dos sítios em que estão inseridos.



Figura 2. Lagoa da Velha, Projeto Central, Bahia, Brasil. Painel composto de signos zoomorfos, em vermelho, no centro do teto de um dos abrigos do afloramento calcário. Foto de Carlos Xavier de Azevedo Netto.

No tocante à interpretação, o caso da Arte rupestre assume proporções que a tornam evidente. Neste tipo de manifestação, além dos aspectos técnicos, que dizem respeito à manufatura, temática, etc., a sua conservação se apresenta como produtora de dúvidas que interferem na sua interpretação, já que esse tipo de fenômeno está intimamente ligado ao universo ideológico de seus produtores. Atualmente, as várias linhas de pesquisa que se dedicam ao estudo da Arte rupestre, vêm-na como uma forma de representação do universo sócio-mitológico de determinado grupo cultural.

<sup>5</sup> Compreendendo aí a Arte rupestre como também um Artefato humano, tanto como a lâmina-de-machado, o raspador de concha, ou vaso de cerâmica.

Mas, apesar de possuírem o caráter material, essas representações ainda guardam uma forte ligação com a esfera ideológica de seus criadores, e de sua cultura. Leroi-Gourhan (Leroi-Gourhan, 1983: 135.) chega a afirmar que pode-se considerar a Arte rupestre europeia, como:

*“... uma verdadeira construção mitológica em que intervêm pares de figuras masculinas e femininas, um par de dois animais, na maior parte dos casos o bisonte e o cavalo e um terceiro animal, regra geral um cabrito montês, cervo ou mamute. As figuras representam-se ao longo das salas moldando-se ao dispositivo topográfico, no âmbito de uma progressão que coloca no fundo os grandes felinos e os rinocerontes. A partir do momento em que as figuras passam a rodear aqueles que as executam, qualquer dispositivo que passa a conter algo da imagem que estes últimos fazem do universo humanizado.”*

## O espaço

A categoria espaço é uma das estruturas com que as ciências sociais tem se confrontado para o entendimento dos diferentes tipos de fenômeno que pretendem tratar e compreender. Mas esta mesma estrutura, por vezes, assume uma definição formal muito vaga e abrangente, assim optou-se por entender a noção de espaço como uma estrutura construída por grupos humanos para sua organização, tanto entre seus membros, como com o seu entorno, quer seja da esfera da natureza, quer seja da esfera da cultura. Com isto em mente, verifica-se que na arqueologia, o espaço, como foi definido, é visto através de sua representação espacial, tanto pelos Artefatos dispostos na estratigrafia, como pelo registro rupestre.

Para a discussão de como estes espaços podem se apresentar nos painéis de Arte rupestre, alguns parâmetros analíticos foram buscados, para tentar dar conta de seu entendimento. Por isto buscou-se dentro do universo das ciências sociais como esta estrutura está sendo tratada. Para as sociedades mais contemporâneas daquelas de referência europeia, Santos<sup>6</sup>, classifica o espaço em categorias de acordo com sua funcionalidade, nas seguintes categorias: o espaço da produção, doméstico, cidadania, estado e internacional, ou como Habermas (1973), em espaço público e privado.

Quando se tenta ver esta estrutura em uma noção de tempo mais abrangente, pode-se recorrer aos trabalhos de Leroi-Gourhan (1983) e Deleuze & Guatari (1980), que definem o espaço como itinerante e irradiante, e liso e estriado, res-

<sup>6</sup> Santos, 1996, trabalho que tenta ver como se dá a distribuição e especificidade do espaço dentro das sociedades globalizadas, na era da Pós-modernidade.

pectivamente. Como o marco cultural que produziu as representações rupestres estão muito distantes da Europa ocidental, verificou-se que as categorias que poderiam ser aplicadas à Arte rupestre, seriam justamente estas últimas, restando apenas verificar a sua aplicabilidade ao universo encontrado no território brasileiro.

## O espaço itinerante e o espaço irradiante

A percepção do mundo circundante se dá por meio da lente da cultura que o percebe. Essa percepção, de acordo com Leroi-Gourhan (1983), se daria por duas vias distintas, e mutuamente exclusivas, onde uma que consistiria em percorrer toda a extensão de um território dado, determinado culturalmente. Já a segunda via seria aquela em que o espaço é organizado a partir da extrapolação dessa percepção, com referência a um centro, em círculos concêntricos, até o limite de sua noção de posse. Segundo a classificação de percepção, desse autor, a primeira classe de espaço seria aquela denominada de *espaço itinerante*.

O nível itinerante de percepção do espaço estaria ligado às percepções físicas do ambiente. Já a outra classe, que receberia a denominação de *espaço irradiante*, implica em uma forma de construção do espaço mais mental do que física. Esta classe estaria voltada para um sentido de visão mais apurado, em contrapartida com o espaço itinerante, que estaria ligada aos sentidos olfativo e muscular. Em uma analogia com as outras espécies, o espaço itinerante estaria ligado aos animais terrestres, e o irradiante aos animais alados, já que os pássaros se organizam em áreas circulares, com limites bem definidos, que não são ultrapassados. A peculiaridade do homem é que ele possui os dois tipos de percepção do espaço. Portanto, cabe aqui diferenciar como convivem estes dois modos de perceber o espaço, e em que momento (ou contexto cultural) se diferenciam um do outro.

Para o autor, estas duas formas de perceber o espaço estariam intimamente ligadas às formas com que cada grupo se organiza, dentro de formas culturais básicas, sendo que o itinerante estaria ligado ao universo dos caçadores-recoletores, enquanto que o irradiante estaria com as populações já sedentarizadas. Nesta modelagem, elaborada por Leroi-Gourhan (1983), a construção de um mundo e de seu universo, entre os caçadores-recoletores, seria caótica, com seu universo simbólico todo pautado em uma ordenação linear de seus signos. Isto pode ser exemplificado na Arte rupestre européia, principalmente Lascaux e Altamira, onde as figuras estão ordenadas em uma seqüência que vai do fundo para a frente da caverna.

Embora, em uma primeira vista, a organização dessas figuras, umas em relação as outras, pareçam desconcertantes, e suas cenas mutuamente desconectadas, a sua composição geral contém algo de como este artista via seu grupo, dentro de sua cultura. Mesmo tendo consciência de que o marco conceitual que norteou a criação artística foge ao registro arqueológico, e o seu significado original está perdido, muitos aspectos do conceito de mito<sup>7</sup> podem ser considerados na criação dessas figuras.

Mas quaisquer que sejam as bases da criação mítica em questão, sua forma de surgimento gráfico, nessa categoria de espaço, é ordenada repetitiva e linearmente, o que pode contribuir para formulação parcial de seu significado. Com a própria distribuição e relações específicas entre os signos, esclareceriam sobre os seus relacionamentos mútuos e as hierarquias culturais, atribuídos pelo artista aos seres representados.



Figura 3. Toca do Gambá, Projeto Central, Bahia, Brasil. Painel composto por signos geométricos e antropomorfos, em vermelho, associado a outro painel de linhas pretas entrecruzadas, em um pequeno abrigo calcário, muito exposto. Foto de Carlos Xavier de Azevedo Netto.

Enquanto o caçador-recoletor percebe e constrói o seu espaço através de seus trajetos, uma nova percepção se dá quando este espaço passa a ser organizado a partir de um centro, de forma que o mundo físico fica partido, com uma territorialidade organizada, em uma forma similar a de círculos concêntricos. Este novo tipo de espaço se dá quando novas formas de vida social, próprias das culturas do Neolítico, sedentárias, quer agricultoras ou de criadoras de animais, surgem e consolidam-se.

<sup>7</sup> A noção de mito aqui utilizada é aquela definida por Cassirer (1977), onde o mito assume um papel de ordenador do caos sensorial. Para maiores esclarecimentos consultar Donzelli (1983).

Esta nova forma de vida obriga ao homem a criação de uma outra noção de territorialidade, mais fechada e marcada, que lhe garanta a posse e domínio de sua terra e de seus produtos. Este é o espaço tido como irradiante, característico da Arte das populações sedentárias do Neolítico, em especial na Europa e na África e, de acordo ainda com Leroi-Gourhan (1983), haveria relações dessa forma de espaço artístico com os afrescos Minóicos da ilha de Creta. Tal ordenação do espaço é vista, por Leroi-Gourhan, como réplica da ordem de habitação com paredes definidas, rodeadas pelos campos cultivados, e sendo estes circundados pelas florestas e montanhas.

Nesta nova configuração cultural, a Arte sai das cavernas e abrigos para instalar-se no interior das habitações, como ocorreu:

Em 1961, as escavações de J. Mellaart puseram à descoberto na Anatólia pArte de uma aldeia Neolítica Superior, datada aproximadamente de 6.000 antes da nossa era, onde a parede das diversas casas estavam decoradas com afrescos. Estas pinturas murais, as mais antigas que se conhece, representam extensas figurações cênicas, em uma série de personagens armados de arcos (caçadores ou dançarinos) rodeiam figuras de touros e veados. (Leroi-Gourhan, 1983: 138).



Figura 4. Lagoa da Velha, Projeto Central, Bahia, Brasil. Foto de Carlos Xavier de Azevedo Netto.

Neste estágio cultural observa-se a inversão na noção de espaço das populações pré-históricas européias, africanas e asiáticas de um modo geral, já que no Paleolítico a espacialidade era expressa pela não delimitação restrita do espaço, mas sim pela própria capacidade do homem em reconhecê-lo, um consciência de liberdade dentro do espaço. No estágio Neolítico, o homem reduz a sua noção de espaço a delimitações mais ou menos fixas e bem marcadas, levando-o a uma concepção restrita da própria liberdade, já que os limites de seus espaços não estão só presentes na geografia e meio ambiente que o cerca, mas também na sua concepção de mundo, em modos definidores de territorialidade entre populações di-

ferentes. Podendo citar como exemplo o trabalho de Williams (1985) acerca do uso das gravações rupestre como delimitadoras de territórios.

## O espaço liso e o espaço estriado

Na visão de Deleuze & Guatari (1980), o espaço divide-se em duas categorias gerais, o espaço liso e o espaço estriado. Estas duas categorias vão orientar toda a construção de modelos dentro de cada nível e especificidade em que o espaço é construído e observado, em concepções específicas, tais como o espaço marítimo, cartográfico e etc., correlacionando-as, na medida do possível, com as diferentes culturas do homem. E levando-se em conta o reflexo dessas construções no âmbito das manifestações de Arte rupestre, estes mesmos modelos são aplicáveis, quando as correlações com estas categorias mostrarem-se lógicas e plausíveis. Tendo em vista que estes mesmos modelos são construções hipotéticas, mais restritas, aplicáveis a espaços particulares, em um conjunto de submodelos.

A concepção de espaço liso é vista como um espaço aberto, exterior ao próprio homem e suas estruturas, com um direcionamento linear, não possuindo características de dimensionalidade ou metricidade. Apresenta-se como uma aura que identifica com a liberdade individual e social, como colocam os autores. Mas este espaço não pode ser definido de forma estanque, pois abrange uma multiplicidade de subtipos e tipos intermediários, de ocorrência compatível com determinada configuração. Este tipo de espaço está ligado a ação livre, em oposição ao trabalho organizado, como ocorre no âmbito do sistema capitalista, que sofre uma estriagem quando a ação livre é restringida, através da redução do ambiente de trabalho.

Dentro do espaço estético, pode-se visualizar as manifestações do espaço liso e do espaço estriado. Para a Arte nômade, o espaço estaria arranjado de modo virtualmente liso, onde os temas são tratados de forma aberta e linear; isto pode ser correlacionado com a Arte do Paleolítico, com as suas figuras dispostas e direcionadas de modo linear, do fundo para frente da caverna, podendo ser correlacionado com a noção de espaço itinerante. Entretanto, dentro desta universo estético estas duas noções, de liso e estriado, não são mutuamente exclusivas, mesmo existindo uma certa feição de oposição, as variações destes signos extrapolam a simples oposição entre estes dois conceitos.

Já a noção de espaço estriado, está ligada à metricidade, a delimitação de fronteiras, onde a linearidade desaparece dando lugar ao cruzamento deste espaço. Retornando-se ao exemplo do trabalho, nota-se que a estrutura do trabalho torna-se homogênea e interdependente, onde o espaço e tempo são operacionalizados, dimensio-

nalizados e delimitados, aproximando-se do espaço irradiante. Um outro exemplo deste tipo de espaço, e da interação entre o liso e o estriado, estaria no modelo marítimo, onde sua representação (carta náutica) estaria ligada à esfera do liso, enquanto o percurso físico, com suas imperfeições e instabilidades, estaria ligado à esfera do estriado.

Como as noções estéticas são o que interessa diretamente aos objetivos deste trabalho, cabe discutir, em especial, as suas conformações dentro do universo simbólico. Enquanto na Arte nômade o espaço é virtualmente liso, similar ao da Arte Paleolítica, e com o fenômeno da sedentarização, a Arte passa a refletir um espaço estriado, por ser executada de modo fechado, métrico, *enredado*, i.e., entrecruzado à maneira de um tecido ou trançado. Estas colocações, genericamente, enquadraram-se na pré-história do Velho Mundo, mas no caso da América do Sul, em especial no Brasil, essas modelagens do espaço não estão dicotomicamente colocados.

## A natureza do registro rupestre

O registro rupestre é uma das facetas com que o arqueólogo se depara no decorrer de suas atividades, sendo aquela que implica em uma maior subjetividade nas diferentes tentativas de análise e interpretação deste fenômeno. O que o debate sobre Arte rupestre parece deixar claro é a nova visão que se tem sobre essas manifestações, não mais como um fenômeno específico e isolado dos demais componentes do registro arqueológico, mas sim como um integrante, importante, desse mesmo registro. Além disso, parece começar a surgir um consenso de que estas manifestações estão imbuídas de uma intenção, e esta intenção é ligada à comunicação. Então a Arte rupestre é uma manifestação que possui uma natureza comunicativa.

Mas atualmente, embora mantida pela tradição, a própria expressão “Arte rupestre” vem sendo questionada, na medida em que muitos pesquisadores acham que as manifestações rupestres estariam fora da esfera artística, e mesmo se pertencer a esta esfera estaria fora de qualquer análise científica. Este posicionamento denota uma certa confusão quanto ao caráter de comunicabilidade que este fenômeno possui, já que há uma tendência de se ver a Arte rupestre, enquanto comunicação, como uma forma próxima da linguagem, passível de ser analisada e compreendida pelos parâmetros da lingüística, o que leva a um grande desvio quanto a natureza desse registro do passado, ainda apegado as postulações de *Leroi-Gourhan* (1983: 85).

Aceitando-se essas expressões como gráfico-icônicas, de cunho comunicativo, não se pode deixar de notar, que as mesmas não estão ordenadas, organizadas ou mesmo pensadas, como

uma linguagem estruturada, e até como uma pré-linguagem. Estas expressões não estão inscritas no mesmo universo das línguas, mas são compostas pôr arranjos completamente diferentes daqueles que encontra-se nas diversas formas lingüísticas, em qualquer tempo. Estas manifestações estão inseridas naquilo que *Levi-Strauss* (1989) descreve como o espaço entre a ciência e o *bricoleur*, lugar onde se dá a criação estética, e que identifica como o espaço da Arte, onde o autor, o objeto e a obra construiriam um sistema fechado, formando um entidade única, formando um *modelo reduzido* (*Levi-Strauss*, 1989), sofrendo a mediação e a interpretação dos vários marcos conceituais da cultura que abrigaria este sistema fechado, principalmente nas sociedades mais simples.

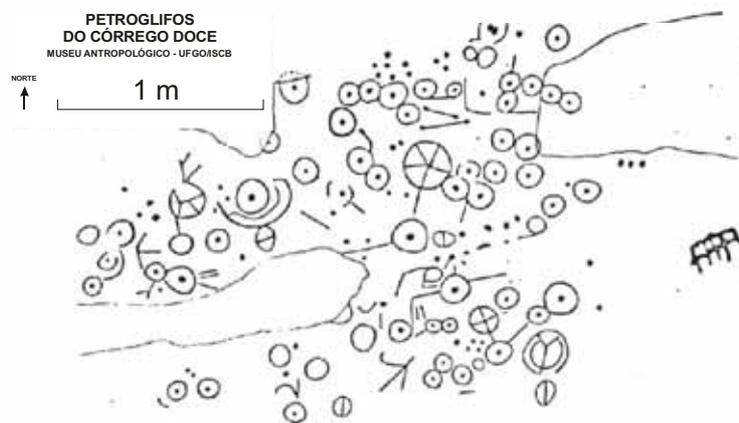


Figura 5. Ribeirão dos Bois, Bacia do Paranã, Goiás, Brasil. Petroglifos geométricos executados sobre um lajedo de arenito em embasamento gnaissico, às margens do Ribeirão do Bois, fazendo parte do estilo Bisnau definido por Azevedo Netto (1994). Foto e desenho de Alfredo A.C. Mendonça de Souza.

Então a Arte rupestre seria uma forma de criação artística, não relacionada com o conceito, ou conceitos, que se tem da Arte ocidental. Estas formas estéticas teriam como caráter fundamental exprimir alguma forma de comunicação, sendo que o *repertório*, definido por Coelho Netto (1989: 123), e de acordo com a teoria exposta por Bense (1975), dos grupos que produziram esta Arte seria mais limitado que aquele que as culturas mais modernas possuiriam, já que para haver

este potencial de comunicabilidade, a forma de expressão desse indivíduo, em particular, teria que ser entendida pelos demais membros de seu grupo, admitindo-se que a produção e o entendimento dos signos que compõe os painéis, pode, por vezes, apresentar algumas modificações, derivadas ora da interpretação de seu executor, ora da própria dinâmica cultural do grupo a que pertence. Mesmo assim, essas modificações não apresentariam um tom de ruptura, se não em momentos muito particulares e compartilhados por toda a sociedade, se não, esses signos não seriam capazes de mostrarem-se como comunicantes, para a mesma cultura que os produziu<sup>8</sup>.



Figura 6. Capoeira da Serra, Projeto Central, Bahia, Brasil. Abrigo de calcário, com três painéis, dois mais abrigados, em vermelho, de signos geométricos, e um na frisa à esquerda da entrada, exposto, composto por dois zoomorfos, em branco. Foto de Carlos Xavier de Azevedo Netto.

Assim a natureza do que se chama **Arte rupestre** está intimamente ligada à esfera artístico-estética de cada uma das sociedades que a produziu, não entendendo-se como “*expressão artística*” aquilo que ficou convencionalizado estritamente para a Arte de origem européia-ocidental, no final do século XX. Mas sim como a expressão do universo estético de determinada cultura, em determinado tempo, onde estariam regidas por um determinado repertório de signos, sendo que estes signos e repertórios, possuiriam a complexidade, variedade e mutabilidade, de acordo com o contexto de cada sociedade que os produziu e formulou, sendo que o significado desses signos estariam imbuídos de uma inteligibilidade, propiciando assim a sua assimilação e entendimento, de acordo com a inserção da *audiência* para a qual

<sup>8</sup> Taçon & Chinppindale (1999), estabelecem um paralelo entre a natureza e papel da Arte rupestre e os grafismos encontrados nos grandes centros, como uma forma de comunicação intra e extra-grupos de uma sociedade. Daí inferindo-se as regras para elaboração dos painéis.

foram produzidos, nos mais variados graus de abstração e intenção.

Conforme mencionado anteriormente, as manifestações rupestres na América do Sul estariam afeitas ao universo de percepção e representação de grupos de origem indígena. Esta percepção da origem indígena da Arte Rupestre, seria outra vertente que identificaria a abordagem estética do fenômeno como uma expressão de Arte étnica, e uma forma de materialização dos padrões culturais de seus produtores. Então, pode-se dizer que a Arte rupestre é:

“(...) *toda expressão gráfica - gravuras ou pinturas - que utilize como suporte uma superfície rochosa, independente de sua qualidade e de suas dimensões: mas também de rochas isoladas ou agrupadas em campo aberto.*

É o acervo de pinturas ou gravuras realizadas pelo homem pré-histórico, usando como fundo ou suporte a rocha.” Schmitz et al (1984: 7)

Aproximando-se do conceito de “Arte étnica” (Ribeiro, 1986), já que a origem indígena dessas representações é clara. Assim, pode-se dizer que a Arte rupestre constitui-se na:

“...*exteriorização material das idéias e conceitos que podem ser decodificados, ou melhor, interpretados segundo o contexto cultural que se inserem. Em outras palavras, trata-se de estudar os conjuntos de parafernália que identifica o indivíduo e o grupo como linguagem visual, um código, uma iconografia.*” Ribeiro (1986: 15).

Sendo uma expressão de Arte étnica, estas manifestações podem ser vistas como constituídas de um *modelo reduzido*, conforme definido por Levi-Strauss (1989), que situa a noção e ação da Arte no espaço entre a ciência e *bricolage*. A Arte rupestre, neste contexto, poderia ser considerada como uma expressão cultural particular de uma atividade maior dentro de uma sociedade, está relacionada diretamente com uma maneira de retratar o seu mundo<sup>9</sup> e suas relações, de modo a resumir um determinado aspecto, no tempo ou espaço, sendo por esse motivo abordada como modelo reduzido de uma realidade maior, que foi percebida e expressa de determinada maneira, já que as próprias limitações do homem, impedem a total apreensão da realidade. A materialização, como colocada acima, se dá na interação entre o artista e a obra, de modo que, muitas vezes é difícil de separar, o todo estaria inserido no interior das formas de expressão estética do grupo produtor.

<sup>9</sup>Entendendo o mundo de modo mais amplo, incluindo-se aí tanto a esfera física da sociedade e do seu ambiente, como também todo o aparato ideológico e mítico que compõem as culturas.

Observa-se que a natureza do fenômeno **Arte rupestre**, é em si mesma, a natureza de uma expressão artística, independente do conhecimento, ou não, do significado, ou intenção, deste ato criativo. Então a Arte rupestre seria uma expressão estética de grupos pré-históricos, os quais produziram e manipularam um conjunto de signos, formando um repertório, que seria entendido pelo restante do grupo. Isto não quer fazer crer no esquecimento da esfera individual na criação artística, mas esta mesma criação estaria contida dentro do repertório de signos disponíveis para tal veículo de expressão, fato, aliás, que ocorre em vários outros contextos artísticos. E como materialização, extrapola o caráter compartimentado de ser ou não Arte, admitindo-se, antes de mais nada, que a Arte Rupestre também é uma forma de expressão estética, além poder assumir outros aspectos, de ordem religiosa, comunicacional, mítica, educativa, etc.

Este conjunto de colocações vai fornecer uma compreensão do conceito de Arte a ser aplicado às manifestações rupestres, com as noções de modelo reduzido e repertório fundindo-se. E passando a entender a Arte rupestre como um modelo reduzido, com um repertório específico e comum à cultura produtora, afirmando assim o caráter comunicante deste sistema simbólico, que atenderia os parâmetros estéticos e simbólicos de determinada cultura. Então, a Arte rupestre seria aquele conjunto de expressões estético-simbólicas, inseridas em determinada cultura, que a reconhecia, produzia e modificava.

## Os espaços da arte rupestre

A observação de distribuição espacial dentro da Arte rupestre tem sido a preocupação de vários pesquisadores no decorrer do desenvolvimento da Arqueologia. Vários são os marcos teóricos tem sido utilizados, com maior ou menor viabilidade, tentando explicar o que seriam estas manifestações simbólicas. Estas linhas teóricas buscam caminhos para explicar a Arte pré-histórica, que vão desde a idéias de Arte pela Arte, passando pela magia propiciatória, até aquelas que sustentam que este fenômeno seria uma forma que os grupos pré-históricos encontraram para perpetuar e transferir toda a bagagem cultural pertencentes a estes grupos.

Embora alguns marcos teóricos não se sustentaram dentro do *corpus* teórico da Arqueologia, no decorrer do tempo, mas em seu conjunto, permanecem como uma contribuição significativa para a fundamentação teórica das análises dessas manifestações, onde vários aportes são elaborados para entender-se as relações dentro dos painéis.

Atualmente, a disposição das figuras dentro dos painéis não é mais vista como algo aleatório, mas sim como um arranjo muito bem estrutura-

do, onde os signos ocupam posições ditadas pelo conceito e o significado cultural construído pelos grupos que produziram estas representações, como é colocado por Prous<sup>10</sup> para a Arte rupestre de Minas Gerais. As diversas ações que os signos, presentes dentro dos painéis de Arte rupestre, assumem devem ser identificados e classificados para visualizar-se o nível e o tipo de semioses que os signos que compõem estes painéis estabelecem entre si.



Figura 7. Fonte Grande, Projeto Central, Bahia, Brasil. Foto de Joaquim Perfeito da Silva.

Os parâmetros analíticos<sup>11</sup> que são utilizados, nas diversas metodologias empregadas, irão propiciar uma visualização de campo, em que se identifica a distribuição espacial desses conjuntos de signos, dentro de cada painel. Se bem que para tal objetivo um estudo exaustivo e individual, de cada tipo de manifestação, é necessário, já que as configurações espaciais assumidas por cada grupo são exclusivas, mas podem também estar variando, não só de grupo para grupo, mas dentro do próprio grupo, no tempo.

Na classificação de Deleuze & Guatari (1980), o espaço divide-se em duas categorias, entre as quais estabelecem uma série de tipos intermediários, ou limítrofes. Nos diversos modelos que os autores tratam as duas modalidades de espaço, existe uma contínua troca de papéis entre o liso e o estriado, já que o espaço muda de configuração de acordo com o contexto que é observado. Como o espaço estriado é ligado a uma configuração dimensionada e métrica, em uma noção de extrema organização, enquanto o espaço liso é liga-

<sup>10</sup> 1988, embora analise a Arte rupestre de Minas Gerais, o autor extrapola algumas de suas conceituações de forma mais genérica, dentre elas, esta sobra a função da Arte rupestre.

<sup>11</sup> Tidos como morfologia, temática, dimensão, composição, dinâmica, tipologia e topografia, de forma geral.

do a uma forma não dimensional e linear, juntamente com a noção de liberdade.

De forma geral, por estar considerando que os grupos que produziram estariam em uma organização do tipo nômade, ou semi-nômade, em padrões de comunidades indígenas<sup>12</sup>, estando associadas, no modelo de Deleuze & Guatari (1980), a um espaço liso, e somente após o fenômeno da sedentarização é que se daria a ocorrência dos espaços do tipo estriado. Mas, essa correlação tipológica, entre espaço e estágio cultural, do Velho Mundo, quando aplicada para as Américas, e em especial ao Brasil, é tornar a própria conceituação de espaço dicotômica, e instaurar uma ótica muito simplista do problema.



Figura 8. Toca Queimada Nova, Projeto Central, Bahia, Brasil. Um dos painéis de abrigo de calcário onde são aproveitados os espeleotemas, a maioria em vermelho, com signos geométricos, havendo alguns registros de imagens de "sois". Foto de Carlos Xavier de Azevedo Netto.

<sup>12</sup> O que não quer dizer que os atuais índios do Brasil teriam produzido tais painéis, mas com certeza teriam uma origem comum, já que há registro do encontro destas manifestação pelos colonizadores europeus, de acordo com as teorias de ocupação das Américas

Enquanto a Arte rupestre no velho mundo, relacionada ao Paleolítico, é composta por figuras realistas, com o mínimo de abstração. Isso vale tanto para as figuras animais (bisonte, cavalo etc.) como de figuras antropomorfizadas (o caso da figura do "feiticeiro"). No caso das Américas, em especial no Brasil, as expressões rupestres, mesmo relacionadas aos grupos mais antigos<sup>13</sup>, não possuem a mesma fidedignidade formal que na Europa. Todos os sítios de Arte rupestre apresentam um certo graus de abstração, sendo mais populares as figuras totalmente abstratas e geométricas (fig. 1 e 2). No caso das expressões nativas, estas apresentam-se como abstrações da realidade sensível, onde determinados traços seriam suprimidos e outros salientados (fig. 3 e 4).

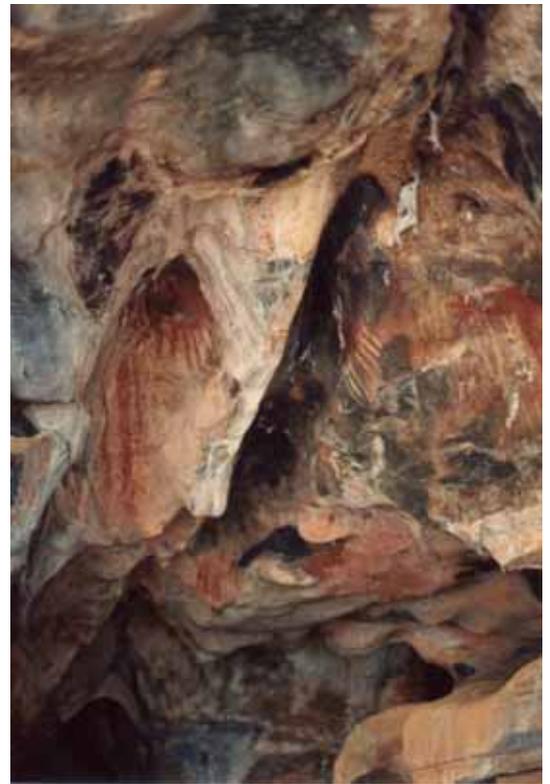


Figura 9. Toca do Cipó, Projeto Central, Bahia, Brasil. Um dos painéis de abrigo de calcário onde são aproveitados os espeleotemas, todos em vermelho, na sua maioria compostos por signos geométricos. Foto de Carlos Xavier de Azevedo Netto.

No território brasileiro, as manifestações de Arte rupestre, na sua quase totalidade, estão executadas em abrigos-sob-rocha, onde a presença da luz natural, aparentemente, é de grande importância. Essas representações encontram-se distribuídas por suportes de diferentes naturezas e exposições, podendo ser em arenito, calcário ou

<sup>13</sup> No caso em questão, o período é denominado de Paleoíndio.

mesmo de origem granítica, estando total ou parcialmente abrigados, e até mesmo expostos à céu aberto, como o caso dos petroglifos (fig. 5). A Arte rupestre nesse território, configura-se em nichos específicos isolados uns dos outros, normalmente em formas não-lineares, e quando apresenta certa linearidade, não dispões suas figuras do fundo para a frente do abrigo, mas sim em sua faixa frontal (fig. 6 e 7)

Essas colocações, a respeito da complexidade do estudo do espaço, tornam-se mais claras quando se observa o trabalho de Pessis<sup>14</sup> a respeito da Tradição Nordeste de pinturas rupestres. Neste trabalho a autora aborda a questão do espaço rupestre sob o prisma da sua ocupação e delimitação. Discute a forma e local em que os painéis desta tradição são elaborados e a sua *convivência* com painéis de outras tradições, com o repartimento do suporte entre painéis diferentes, a escolhas dos nichos de execução, os vários instantes cronológicos e a superposição de painéis de origens distintas. Com isto tece considerações a respeito da construção destes espaços, suas *fronteiras* com os espaços de outros grupos e o reconhecimento não só de uma temporalidade, mas também do aspecto social de construção e divisão do espaço.

Assim, este trabalho coloca que o problema do espaço não é uma mera questão de disposição de figuras, mas que para o seu entendimento, uma gama bem maior de parâmetros se faz necessária para o seu entendimento. Considerando ainda este tipo de manifestação estética como Arte étnica, observa-se que ela têm formas de apresentação distintas, de acordo com o marco cultural em que está inserida, e no qual é contextualizada, bem como os momentos cronológicos que marca.

Este fator é que vai promover a identificação dos diferentes modos de interlocução entre a obra e o seu espectador, já que ela está disposta de acordo com um estilo aceito e desenvolvido por determinado grupo. Com a identificação dos estilos, chega-se ao que Fischer (1987) chama de *cognitive maps*, onde se detecta que toda a formação do padrão estético está relacionada à construção de identidades culturais, o que remete ao trabalho de Duarte (1997), acerca das formas sociais de representação e a construção de identidades, relacionando as formas de classificação e ordenação dos grupos culturais às identidades expressas simbolicamente. Portanto, é na observação de como os signos rupestres estão dispostos, como o espaço dos painéis é construído, é

que se pode chegar a uma forma de entendimento dessas manifestações.

## O porque da Teoria Semiótica

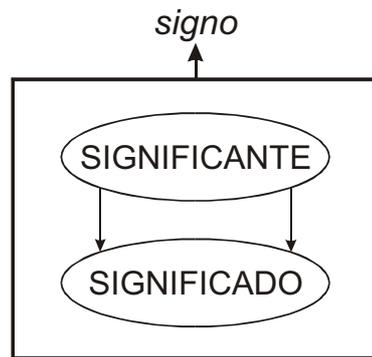
O tratamento das formas de expressão do homem há muito vêm despertando o interesse de vários pesquisadores, nas mais diferentes disciplinas. Com o advento da Semiologia de Saussure, e seus seguidores (em especial Barthes, 1988), uma nova disciplina se instala para tentar dar conta do fenômeno comunicativo humano, nas suas diferentes instâncias. Com o seu desenvolvimento, a semiologia passa a despertar o interesse de outras disciplinas que tratam do mesmo tema, em especial a Lingüística, que vai se aproximar tanto desta, que passa a absorvê-la a tal ponto que a semiologia passa a ser uma disciplina dentro da lingüística. Este fato acarreta a limitação da semiologia inserida dentro do universo lingüístico, passando a considerar como signo aquele elemento que estivesse dentro da relação de significante e significado, e tudo que estivesse fora desta relação não seria considerado como signo. Esta configuração assumida pela semiologia, sob o julgo da lingüística, vai restringir a sua atuação e aplicação em outras modalidades de comunicação humana, a não ser aquela ligada à língua, falada ou escrita.



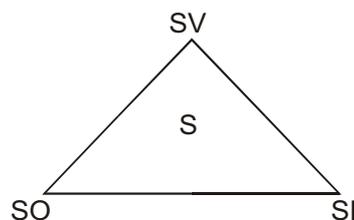
Figura 10. Fonte Grande, Projeto Central, Bahia, Brasil. Foto de Joaquim Perfeito da Silva.

Quando Peirce (1977) elabora a sua teoria, a *semiótica*, o seu principal objetivo era formular um corpo teórico que esteja instrumentado para abordar os fenômenos comunicativos, quer lingüísticos ou extra-lingüísticos, já que, como foi dito, a semiologia está inserida na lingüística. Assim o *corpus* da teoria semiótica vai interessar-se pelas mais diversas formas de comunicação humana, quebrando assim a dicotomia estabelecida pela lingüística para a abordagem dos signos humanos, que é a relação do significante e significado:

<sup>14</sup> Pessis (1989) realiza um estudo centrado na tradição Nordeste, mas as conceituações que realiza e as propostas que apresenta, podem ser aplicados a outras manifestações do fenômeno.



Com isto surge uma nova concepção de signo, a partir da semiótica, quando o signo passa a ser visto como uma entidade que possui *em si* uma tricotomia: o signo objeto, o signo veículo e o signo interpretante. E o que seriam estas facetas da entidade signo? O signo-objeto (SO), seria a idéia original que induz a formação do signo, já que o objeto em si não pode ser apreendido na sua totalidade, enquanto entidade do mundo real, Eco (1980) vai chama-lo de *representado*, quanto ao signo-veículo (SV), ou *representamen*, seria aquela entidade portadora da idéia que o emissor deseja passar, como uma representação, e o signo-interpretante (SI), é aquela esfera onde o signo se faz compreender, pôr um processo de *SEMIOSE ILIMITADA* (Eco, 1980), estabelecendo assim o significado da mensagem que foi formulada, o que não quer dizer que será integralmente entendida com a mesma intenção com que foi emitida.



Então, a teoria semiótica proporciona a abordagem mais ampla e completa que outras disciplinas, analisando as diferentes facetas dos signos, independente uma das outras, ou até mesmo em conjunto. Mas a maior contribuição que esta teoria forneceu para o estudo do universo simbólico humano, é o fato que admite que o significado original dos signos não é um objetivo em si, mas antes uma mera consequência, possibilitando, desta maneira, alcançar a lógica construtiva de cada marco norteador destas representações e os mecanismos que norteiam a sua dinâmica, no tempo e no espaço. Possibilitando, assim, determinar as “regras” que direcionam a construção dos panéis rupestres.

## Os espaços semióticos de representação da arte rupestre

Considerando a cultura como um fenômeno semiótico<sup>15</sup>, a Arte rupestre enquanto produto cultural, é o *locus* em que os significados culturais dos signos produzidos pelo grupos pré-históricos são construídos. A partir daí, considera-se que o espaço da Arte rupestre, em que pese sua natureza e função, é um espaço de representação, onde os signos (que serão definidos a seguir), que compõem os painéis, produzem ações entre e sobre si mesmos, para a produção e viabilidade de interlocução, de produtor com espectador. Este conceito de representação estaria assentado no que foi colocado por Foucault (1992), que entende por representação, composta por dois conjuntos, o conjunto crítico e o conjunto genealógico. O conjunto crítico seria entendido como aquele que:

*“põe em prática o princípio da inversão: procura cercar as formas de exclusão, da limitação, da apropriação de que falava há pouco; mostrar como se formaram, para responder as necessidades, como se modificam e se deslocaram, que força exerceram efetivamente, em que medidas foram contornadas.”* (Foucault, 1996: 60).

Quanto ao conjunto genealógico, este seria entendido como o:

*“que põe em prática os três outros princípios: como se formaram, através, apesar, ou com apoio desses sistemas de coerção, séries de discursos; qual foi a norma específica de cada uma e quais foram suas condições de aparição, de crescimento, de variação.”* (Foucault, 1996: 60).

E por que a Arte rupestre é composta de signos? Como se pode considerar que estas manifestações são signos? Em primeiro lugar, apresenta o que se entende por signo, dentro da esfera da teoria semiótica de Peirce (1977), por ser este o ramo dos estudos dos signos que permitem abordar fenômenos extra-lingüísticos. E para a definição de tal entidade:

*“Propomos, destarte definir como signo tudo quanto, à base de uma convenção social previamente aceita, possa ser entendido como ALGO QUE ESTÁ NO LUGAR DE OUTRA COISA. Em outras palavras, aceita-se a definição de Morris (1938), para quem ‘uma coisa é um signo somente por ser interpretada como signo de algo por um intérprete; assim a semiótica não tem nada a ver com o estudo particular de objetos, mas com objetos comuns na medida em que (e só na medida em que) participem da semiose. É presumivelmente neste sentido que se pode entender a afirmação peir-*

<sup>15</sup> No que é entendido e definido por Geertz (1978).

*ceana de que o signo está para algo 'sob certos aspectos ou capacidade'." Eco (1980: 11).*

Pelo que foi colocado, a definição da entidade signo está vinculada diretamente a sua ação, a significação. Neste sentido, a questão do signo remete a questão da significação, já que o seu reconhecimento se dá a partir das semioses que promove. Entendendo semiose como a ação de um signo sobre outro na construção do significado. O que remete ao conceito de Semiose Ilimitada, sendo entendida pelo:

*"(...) fato de que ela nos mostra como a significação (e a comunicação), por meio de deslocamentos contínuos que referem um signo a outros signos ou a outras cadeias de signos, circunscreve as unidades culturais de modo assintótico, sem conseguir jamais "tocá-las" diretamente, mas tornando-as acessíveis através de outras unidades culturais. Desse modo, uma unidade cultural nunca precisa ser substituída por algo que não seja uma entidade semiótica [...] A semiose explica-se por si só.*

*Esta contínua circularidade é a condição normal da significação e é isto que permite o uso comunicativo dos signos para referir-se às coisas." (Eco, 1980: 60).*

A efetivação deste conceito implica na existência da entidade do interpretante. Esta entidade não deve ser confundida com o interprete, que é aquele indivíduo que percebe o signo e usa o seu significado. Já o interpretante é entendido como a esfera onde se dá a construção dos significados, e é considerado como:

*"uma criatura do signo que não depende estritamente do modo como uma mente subjetiva, singular possa compreendê-lo. O Interpretante não é ainda o produto da pluralidade de atos interpretativos, ou melhor, não é uma generalização de ocorrências empíricas de interpretação, mas é um conteúdo objetivo do próprio signo. O dever do interpretante é, pois, um efeito do signo como tal e, portanto, depende do ser do signo e não apenas e exclusivamente de um ato de interpretação subjetivo." (Santaella, 1995: 85).*

Essa definição pode ser ampliada, porque já:

*"É fato que, na grande maioria das definições formuladas por Peirce, a relação do signos com o interpretante delinea-se porque o signo deve afetar uma mente (existente ou potencial) de modo a determinar (criar) algo nessa mente, algo esse que é chamado de interpretante. (...) É porque o signo representa o objeto que ele dispõe da capacidade de gerar um interpretante, de modo que esse interpretante, pela mediação do signo, é também mediatamente determinado pelo objeto." (Santaella, 1995: 86).*

Com esse arcabouço, a interpretação e entendimento da Arte rupestre passa a ser vista com uma outra ótica. Como o significado original das

representações rupestres está perdido, e considerando-se o significado um *constructo*, não estando dado *a priori*, sendo fruto de um processo de Semiose Ilimitada. Assim, o arqueólogo está desobrigado a tentar chegar a uma aproximação do original, mas pode tecer significados outros fundamentados teoricamente, já que os grupos produtores desapareceram ou a dinâmica cultural impossibilita o resgate do significado original. Portanto, além da documentação produzida e recuperada pela Arqueologia, este tipo de pesquisa procura municiar-se das mais diferentes formas de documentação, principalmente as de fonte histórica, antropológica e etnológica.



Figura 11. Toca do Urubu, Projeto Central, Bahia, Brasil. Foto de Joaquim Perfeito da Silva.

Com isso, a questão do espaço configura-se de nova importância, já que na carência de uma referência viva direta à Arte rupestre, o estudo de seus painéis deve ter um largo espectro de fontes de Informação. Esta posição é tomada por notar-se que nestas manifestações existe uma escolha privilegiada de nichos para a execução de determinadas figuras, em uma estruturação prévia à execução, como podem ser notadas, mais explicitamente, em algumas tradições de pinturas rupestres do Brasil<sup>16</sup>, e em alguns sítios na Europa (fig. 8 e 9).

Sob este aspecto, o estudo aproxima-se da chamada corrente estruturalista na Arqueologia, podendo-se ser a Arte rupestre como:

*"(...) uma referência a estruturas mentais parece ser suficiente para relacionar uma constituição interpretativa ao estruturalismo: assim, Hodder (1986: 34 e ss.) mistura Piaget e Chomsky com Leach e, em sua visão da fonte da Arqueologia estruturalista. (...) requerendo que o processo de interpretação seja relacionado de alguma forma aos métodos da lingüística*

<sup>16</sup> Como pode ser visto em algumas figuras encontradas no sertão da Bahia, na área do Projeto Central de coordenação da Dr<sup>a</sup> Beltrão (Beltrão & Locks, 1991), que são executados em espeleotemas.

*estrutural ou antropologia: desta forma nos remeteremos mais proximamente à perspectiva metodológica oferecida por Ferdinand Saussure e Claude Levi-Strauss, para nomear pelos mais ilustres pais da Semiologia essencialmente francofônica, em oposição a dominante semiótica anglofônica considerada abaixo.” Gardin (1992: 88).*

Tal postura coloca esta corrente, de certa maneira, como um instrumento de informação, já que:

*“(…) Alguns deles não têm outra função senão melhorar a eficiência na recuperação da informação dada em alguns setores da Arqueologia; existem testes disponíveis nesse caso, como os idealizados por cientistas da informação na últimas décadas, e dependem de nós arqueólogos, usá-los no nosso campo. (...) Se a função deles é heurística, como normalmente afirmado, o processo de avaliação consiste em verificar que o sistema semiológico usado tem sido na verdade instrumental, na descoberta de um ou mais ordens de significados nos domínios arqueológicos concernentes, e não devem ter sido descobertas em outro lugar.” Gardin (1992: 89).*



Figura 12. Conjunto de representações da Tradição Nordeste e, vários sítios, em especial da região de São Raimundo Nonato, Piauí. Desenhos em Pessis, 1989.

### Os espaços sócio da arte rupestre no Brasil

As características espaciais da Arte rupestre no Brasil assumem configurações específicas, não admitindo qualquer colocação dicotômica. Por isso, é que o modelo de Leroi-Gourhan (1983) não pode ser aplicado. A Arte rupestre no Brasil não apresenta uma diferenciação significativa, em termos de ocupação do espaço, como na Europa, onde as pinturas continuam sendo executadas, independentemente se o grupo é nômade ou sedentário. De modo geral as pinturas, ou gravuras são

executadas formando painéis fechados em si, que podem ou não manter um relação entre eles, havendo uma grande ocorrência de superposições (fig. 10 e 11). Então, justapondo-se ao problema do tipo de espaço onde a Arte rupestre é executada, no caso brasileiro, esse espaço liso assume contornos estriados, no tocante ao seu arranjo, desde de que abandone-se a perspectiva simplista e linear de formação do painel.

Além do aspecto de escolha de nichos, a própria constatação de superposições ou não de certos painéis ou figuras pode ser encarada como um jogo de reconhecimento de poder entre duas ou mais tradições, ou até mesmo dentro de uma única tradição cultural, ora reconhecendo as representações anteriores ora desconhecendo ou minimizando estes mesmos signos (fig. 11 e 12), como é discutido por Pessis (1989). Estas conjecturas, a cerca do espaço, levam a considerar uma junção dos espaços liso e estriado no Brasil, principalmente, podendo ser notado tanto em um mesmo sítio, como em um mesmo painel. Essa junção se dá na medida em que existem casos em que as figuras estão encadeada, umas às outras, mas, aos mesmo tempo, formam estruturas fechadas apresentando limites muito bem definidos.

Nesta perspectiva, é que se obtêm uma visão mais aprofundada do que seria este fenômeno, não só o aspecto descritivo, com que uma parte dos pesquisadores limita-se em seus trabalhos, na medida em que identifica-se as regras constitutivas dos painéis. Mas chegar ao entendimento destas manifestações, podendo reconstituir os modelos socioculturais que motivaram a criação desses signos. Entendendo-se que estes signos comportam-se dentro de seus contextos culturais, com as suas possíveis interpretações. Isto porque, para toda e qualquer interpretação da Arte rupestre, e dos demais elementos do registro arqueológico, deve-se integrar as informações oriundas dos painéis com aquelas oriundas das escavações ou demais elementos arqueológicos.

Embora, até o momento, a sua significação permaneça uma incógnita, por este motivo é que a aproximação do significado da Arte rupestre não pode ser evidenciado na figura em si, mas somente ao nível das relações culturais que estão intrínsecas nestas representações, e outras da mesma origem. Considerando que o significado que a Arqueologia busca ao abordar estas manifestações, é de origem secundária, em um processo identificado pela Semiótica de Peirce, chamado de Semiose Ilimitada, que forneça evidências de dinâmicas culturais, que estes grupos estabeleceram entre si, no tempo e no espaço. Já que é na materialidade da Arte rupestre que se potencializa o acesso ao conhecimento arqueológico sobre esses fenômenos, mas:

*“Essa é uma estrutura fundamental do signo puramente formal? Sem dúvida não, desde que*

aparece como conseqüência de uma origem comum, a qual será chamada de função simbólica. (...) Para Hughlings Jackson (1932), não apenas a linguagem mas também a escrita e a pantomima são representações de comportamento; eles pertencem ao mesmo fundamento, a qual permite representar através de signos e imagens. Para Head (1926), um tipo particular de comportamento existe, o qual é chamado de uma atividade de expressão simbólica e formulação, na qual um símbolo, lingüístico ou não, está presente em todo o processo entre o início e a execução de um ato; dentro dessa categoria de atividades é identificado comportamentos como linguagens e escritas diversas, assim como o cálculo, a música, planos e itinerários, projetos, dados e etc." Molino (1992: 17).

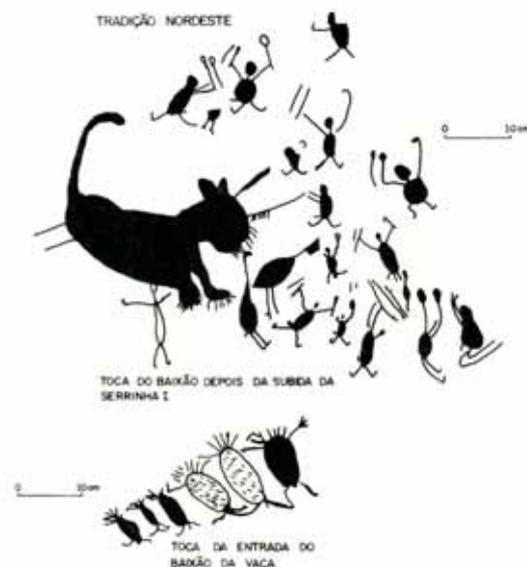


Figura 13. Conjunto de representações da Tradição Nordeste e, vários sítios, em especial da região de São Raimundo Nonato, Piauí. Desenhos em Pessis, 1989.

Mas a confirmação ou refutação dessas considerações somente serão válidas se verificadas em estudos exaustivos em casos particulares, pois até o momento não é possível nenhuma generalização ampla da Arte rupestre e suas implicações. Sendo que a aplicação dos conceitos de Liso e Estriado forneça uma contextualização para o estudo do espaço rupestre e sua análise, é juntamente com uma abordagem semiótica. Tendo em vista que esta abordagem serviria de piso teórico para a análise e interpretação da Arte rupestre e não uma aplicação direta, como foi tentado por Llamazares (1986 e 1989), mas sim como foi proposto por Prous (1988). Propiciando, assim, a criação de modelos socioculturais nas interpretações das representações da Arte rupestre.

Essa forma de se ver os arranjos dos painéis de Arte rupestre aproximam-se do que foi colocado por Taçon & Chippindale (1999) e por

Ouzman (1999), que procuram evidenciar a Arte rupestre por um prisma cognitivista. Essa forma de ver a Arte rupestre agrega ao seu estudo os aspectos internos dos painéis e das relações desses com os outros componentes do registro arqueológico. Já que, com a determinação das "regras" de execução e associação dos signos e dos registros rupestres, determinados pelos seus contornos espaciais, pode-se chegar a uma aproximação entre as construções rupestres dos espaços e aquelas identificadas nas estratigrafias. Assim, incorporando de modo mais próximo, o registro rupestre ao registro arqueológico.

### Referências bibliográficas

- Azevedo Netto, Carlos Xavier de. 1994. *As gravações do cerrado: O enfoque de seus signos*. (Dissertação de mestrado de História da Arte, área de concentração de Antropologia da Arte). Escola de Belas Artes da Universidade Federal do Rio de Janeiro, Rio de Janeiro. Inédito.
- Azevedo Netto, Carlos Xavier de, 1995. A questão da teoria semiótica na interpretação arqueológica. Em *Anais da VIIIª Reunião Científica da Sociedade de Arqueologia Brasileira*: 65-76. Porto Alegre: PUCRS / SAP / CNPq.
- Azevedo Netto, Carlos Xavier de, 1998. Classificação em Arte Rupestre - Os conceitos fundamentais. Em *Anais do 2º Seminário de Estudos da Informação da UFF e 1º Seminário da Associação Nacional de Pesquisa e Pós-graduação em Ciência da Informação/Região Sudeste*: 90-8. Niteroi: ANCIB/UFF/NEINFO.
- Barthes, Roland. 1988. *Elementos de Semiologia*. Trad. Izidoro Blikstein, 11ª edição. São Paulo: Cultrix. (*Éléments de Semiologie*. 1964. Paris: Éditions du Seuil).
- Bense, Max. 1975. *Pequena Estética - Coleção Debates*, nº 30. São Paulo: Editora Perspectiva. (*Kleine Aesthetik - Einfuehrung in probleme und resultate der informationsaesthetik*. 1968. Hamburgo: Rowohlt).
- Beltrão, M. C. M. C.; Locks, M.; Cordeiro, D. P. 1991. Proyecto Central (Bahia, Brasil): Arte Rupestre en la Depresión del São Francisco y la Chapada Diamantina de las Tierras Altas. Em *Resumos do IIIº Simpósio Internacional de Arte Rupestre*: 17-8. Santa Cruz de La Sierra: SIARB.
- Bradley, Richard. 1994. Symbols and signposts - understanding the petroglyphs of the British Isle. Em Renfrew, C.; Zubrow, E. *The Ancient Mind - Elements of cognitive archaeology - News Directions in Archaeology*: 95-106. Cambridge: University Cambridge Press.
- Cassirer, Ernest. 1977. *Antropologia Filosófica*. (2ª edição). São Paulo: Mestre Jou. (*An Essay on*

- Man. 1944. New Haven: Yale University Press).
- Coelho Netto, J. Teixeira. 1989. *Semiótica, Informação e Comunicação*. Coleção Debates, nº 168. São Paulo: Editora Perspectiva.
- Consens, Mario. 1986. *San Luis - el Arte rupestre de sus sierrars*. Tomo I. San Luis: Dirección Provincial de Cultura.
- Deleuze, Giles; Guatari, Félix. 1980. *Capitalism et Schizophrénie - Mille Plateaux*. Paris: Editions de Minuit.
- Donzelli, Telma. 1983. A lógica do espaço e do tempo no pensamento mítico de Ernest Cassirer. *Reflexão (Estética e Cultura)*, vol VIII, nº 27 (set./dez.): 47-52. Campinas: PUC/CAMP.
- Duarte, Luiz Fernando Dias. 1997. Classificação e valor na reflexão sobre identidade social. Em Cardoso, R. C. L. *A Aventura Antropológica - Teoria e pesquisa*: 69-92. (3ª edição). São Paulo: Paz e Terra.
- Foucault, Michael. 1992. *As Palavras e as Coisas - Uma Arqueologia das Ciências Humanas*. Trad. Salimas T. Muchail, 6ª edição. São Paulo: Martins Fontes. (*Les Mots et Les Choses - Une archaéologie des sciences humaines*. 1966. Paris: Editions Gallimard).
- Foucault, Michael. 1996. *A ordem do discurso*. Trad. Laura Fraga de Almeida Sampaio, 2ª edição. São Paulo: Edições Loyola. (*L'ordre du Discours*. 1971. Paris: Editions Gallimard).
- Eco, Umberto. 1980. *Tratado geral de semiótica*. Coleção Estudos, nº 37. Trad. Antônio de Pádua Danesi et al. São Paulo: Editora Perspectiva. (*A Theory of Semiotics*. 1976. Indiana: Indiana University Press).
- Fischer, John. 1987. Art Styles as Cultural Cognitive Maps, Em OTTEN, C. *Anthropolgy & Art - Reading in Cross-Cultural Aesthetic*: 141-61. Austin: University of Texas Press.
- Geertz, Clifford. 1978. *A Interpretação das Culturas*. Trad. Fanny Wrolbel. Rio de Janeiro: Zahar. (*The Interpretations of Culture*. 1973. New York: Basic Books Inc.).
- Gardin, Jean-Claude. 1992. Semiotic Trends in Archaeology. Em Gardin, J. C.; Peebles, C. S. (ed.). *Representations in Archaeology*: 87-104. Bloomington/ Indianapolis: University of Indiana.
- Habermas, J. 1973. *La Technique et La Science Comme "Ideologie"*. Paris: Gallimard.
- Leroi-Gourhan, André. 1971. *Pré-historia del Arte occidental*. Barcelona: Editora Gustavo Gili. (*Préhistoire de L'Art Occidental*. 1971. Paris: Lucien Mazenod).
- Leroi-Gourhan, André. 1983. *O gesto e a palavra 2 - memórias e ritmos. Perspectivas do Homem*, nº 18. Trad. Emanuel Coutinho. Edições 70. (*Le gest et la parole - la memorie et les rythmes*. 1965. Paris: Editions Albin Michel).
- Levi-Strauss, Claude. 1989. *O Pensamento Selvagem*. Trad. Tânia Pellegrini. Campinas: Papyrus. (*La Pensée du Sauvage*. 1962. Paris: Plon.).
- Llamazares, Ana Maria. 1986. Hacia una definición de semiosis - Reflexiones sobre su aplicabilidad para a interpretación del Arte rupestre. *Cuadernos*, 11: 1-28. Buenos Aires: Instituto Nacional de Antropología.
- Llamazares, Ana Maria. 1989. Semiotic Approach In Rock-Art Analysis. Em Hodder, Ian. *The Meaning of Things - Material culture and symbolic expression*: 242-8. London: Unwin Hman.
- Mendonça de Souza, Alfredo A. C. et al. 1979. *Projeto Bacia do Paranã - Petroglifos da Chapada dos Veadeiros - Goiás*. Rio de Janeiro: Museu Antropológico/UFGO.
- Molino, Jean. 1992. Archaeology and Symbol Systems. Em GARDIN, J. C.; PEEBLES, C. S. (ed.). *Representations in Archaeology*: 15-29. Bloomington/ Indianapolis: University of Indiana.
- Peirce, Charles S. 1977. *Semiótica - Coleção Estudos*, nº 46. Trad. J.T. Coelho Netto. São Paulo: Editora Perspectiva. (*Collected paper*, 1931: 58. Cambridge: Harvard University Press).
- Peirce, Charles S. 1985. *Semiótica e Filosofia - Textos escolhidos de Charle S. Peirce*. Trad. e seleção Octanny S. da Mota e Leonidas Hegenberg, 4ª edição. São Paulo: Cultrix.
- Pessis, Anne Marie. 1989. Apresentação gráfica e apresentação social na Tradição Nordeste de pinturas rupestres. *Clío* (Revista do curso de mestrado em História - Série Arqueologia), 5: 11-8. Recife: UFPe.
- Prous, André. 1988. Exemplos de análise rupestres punctuais. Em *Arquivos do Museu de História Natural*, vol, XII-XIII: 196-224. Belo Horizonte: UFMG.
- Prous, Andre, 1992. *Arqueologia Brasileira*. Brasília: Universidade de Brasília.
- Ouzman, Sven. 1999. Toward a mindscape of landscape: rock-art as expression of world-understanding. Em Chinppindale, C.; Taçon, S. C. (ed.). *The Archaeology of Rock-Art*: 30-41. Cambridge: Cambridge University Press.
- Refrew, Colin; Zubrow, Ezra B. W. (ed.). 1994. *The Ancient Mind - Elements of cognitive archaeology - News Directions in Archaeology*. Cambridge: University Cambridge Press.
- Ribeiro, Berta G. 1986. A Linguagem Simbólica da Cultura Material. Em Ribeiro, Darcy.

*Suma Etnológica Brasileira - Arte Índia*, nº 3: 15-27. Rio de Janeiro: FINEP/Vozes.

- Santaella, Lúcia. 1995. *A teoria geral dos signos - Semiose e autogeração*. São Paulo: Editora Ática.
- Santos, Boaventura de S. 1995. *Pelo Mão de Alice - O social e o político na pós-modernidade*. (2ª edição). São Paulo: Cortez Editora.
- Schmitz, P. I. et al. 1984. *A Arte rupestre do Centro do Brasil - Pinturas e gravuras da pré-história de Goiás e oeste da Bahia*. São Leopoldo: Unisinos.
- Taçon, Paul S. C.; Chinppindale, C. 1999. An archaeology of rock-art through informed methods and formal methods. Em Chinppindale, C.; Taçon, S. C. (ed.). *The Archaeology of Rock-Art*: 1-10. Cambridge: Cambridge University Press.
- Williams, Dennis. 1985. Pethrogliphs in Prehistory of Northern in Amazonia and Antilles. Em Wendorf; Close. 1985. *Advances in World Archaeology*, vol. 4: 335-87. New York: Academic Press.
- Ucko, Peter J.; Rosenfeld, Andrée. 1987. Critical analysis of interpretations, and conclusions and problems from palaeolithic cave art. Em Otten, Charlotte. *Anthropology & Art - Readings in Cross-Cultural Aesthetics*: 247-281. Austin: University of Texas Press.



# INVESTIGACIÓN ARQUEOLÓGICA Y USOS DEL PASADO: LAS TIERRAS BAJAS DEL ESTE DE URUGUAY

José M. López Mazz

## RESUMEN

El trabajo repasa más de 100 años de actividades arqueológicas en el sector meridional del Atlántico sudamericano. Se trata de reconocer los marcos teóricos utilizados y las interpretaciones propuestas. Especial atención recibe el uso de la información arqueológica producida, en la construcción de versiones sobre un pasado histórico común. La arqueología permite reconocer a diferentes sectores de esta sociedad latinoamericana, en la búsqueda de nuevos escenarios para una identidad americana que integre el mito del "alud europeo" con un pasado nativo de más de 10 mil años.

## ABSTRACT

This work goes over more than 100 years of archaeological activity in the southern part of Atlantic South America. The aim is to recognize the theoretical frameworks used and the interpretations proposed. The use of the archaeological record for the construction of a common historical past is specially highlighted. Archaeology allows for the self recognition of many different sectors of latin american society in their search for a new context where the american identity be able to integrate the "european wave" together with a native past of more than 10 thousand years.

## PALABRAS CLAVE

Arqueología Sudamericana. Tierras Bajas. Marcos Teóricos. Uso del Pasado.

## KEYWORDS

South American Archaeology. Low Lands. Use of de Past. Theoretical Frameworks.

## Introducción

Este trabajo pretende desarrollar una visión retrospectiva de los más de 100 años de actividad arqueológica en la cuenca de la Laguna Merín que complementa y amplía otras aproximaciones previas.

Por un lado se intenta afinar y profundizar el análisis crítico de las sucesivas contribuciones, en lo que hace a los aspectos teórico-metodológico y a las interpretaciones realizadas en cada época. Por otro lado, el trabajo busca abordar el uso de la investigación arqueológica, en la construcción de un discurso sobre el pasado de la nación y la identidad uruguaya.

En la primera parte se analiza la obra de los pioneros que reconocieron el pasado prehistórico, y realizaron las primeras caracterizaciones de sus testimonios. En la segunda parte, se trata el proceso de integración de esta prehistoria regional al panorama más amplio de la prehistoria americana. La tercera parte se centra en los últimos 15 años, durante los que se desarrolla una arqueología de Estado en la cuenca de la Laguna Merín, que derivó en la **nacionalización de la prehistoria** de las tierras bajas de esta región.

Finalmente, se aborda la situación actual, tratando de dibujar luces, sombras y potencialidades de la Arqueología de esta región, en la que trabajan un número creciente de investigadores.

## Los pioneros del siglo XIX

José Henrique Figueira (1888), desarrolló algunos trabajos de campo en los cerritos del Dpto. de Rocha, también produjo observaciones estratigráficas y arqueológicas, que discuten la función funeraria de esos túmulos:

*"Los cerritos servían, además para sepultar sus muertos, y, en este caso parece que los montículos que se escogían con este fin se destinaban para uso funerario siendo por lo tanto, verdaderos túmulos."* (Figueira, 1888: 2).

En 1885, en uno de los libros claves de la historiografía uruguaya, realiza observaciones directas sobre los túmulos prehistóricos del Este de Uruguay, inaugurando el interés por el pasado precolombino e integrándolo al pasado histórico de la joven nación. Este autor, analiza y compara los túmulos del Este y del Oeste del país, con interesantes observaciones estratigráficas y arqueológicas:

*"La capa superficial de los pocos montículos excavados hasta ahora, es de tierra dura y compacta, generalmente cubiertas de talas, coronillas y palmeras, siguiéndose luego el relleno de tierra negra en polvo, con interpolaciones de tierra roja quemada, a manera de ladrillos o adobes. Entre el relleno y la capa exterior, hay una zona que podría llamarse de esqueletos, de donde se han extraído varios, inte-*

*gramente conservados: estaban en cuclillas y tenían alrededor restos de armas y alimentos, como también fragmentos de cerámica muy primitiva” (Bauzá, 1885: 134).*

Con los trabajos de Bauzá y de Figueira, no sólo empieza la caracterización de los cerritos como hechos arqueológicos indiscutibles, sino que también, una aproximación científica a los mismos, de acuerdo a lo que era la ciencia de la época. Se destaca la influencia de Ameghino (1888) y del evolucionismo, así como de lo que estaba ocurriendo en esa época en la arqueología de los EEUU. La institución científica más antigua del país, el Museo de Historia Natural de Montevideo, será responsable de orientar los estudios sobre las poblaciones indígenas.

Cabe señalar que la contribución de estos pioneros no es únicamente la de inaugurar la observación controlada, el pensamiento lógico y el debate sobre la “prueba” en la arqueología uruguaya. En efecto, Bauzá historiador y Figueira educador, de este pequeño, joven y remoto país, serán protagonistas de un acelerado proceso de construcción de la nacionalidad, donde el tratamiento científico del pasado, es propuesto como el camino adecuado, para dar soporte empírico y capital simbólico a la identidad.

En esa época, el relato literario del **Tabaré** de Zorrilla de San Martín (1968) había sido elevado a la categoría de relato histórico, y la Leyenda Patria (1952) era leída ritualmente en la conmemoración de la Independencia. **Tabaré**, presentaba como protagonista, a un hipotético indígena de ojos azules, hijo de una cautiva y de un cacique charrúa, simbolizando la unión de lo autóctono y lo europeo.

Con un cristiano sentimiento de culpa por el exterminio temprano de esa “raza indómita”, este operativo literario segregaba y excluía el pasado americano del pasado nacional, dejando el territorio histórico libre para los descendientes de los barcos: los inmigrantes; que serán considerados como los verdaderos constructores del Estado-Nación. Sin embargo, la epopeya de los batallones indígenas charrúas y guaraníes, del independentista José Artigas, aparece como temprano modelo de coraje y fidelidad americana, y como pilares fundadores del ser uruguayo.

Justo es reconocer, que Francisco Bauzá y José H. Figueira hicieron contribuciones decisivas, aún no debidamente ponderadas por los arqueólogos contemporáneos. En efecto, la lógica del razonamiento empleado, la consideración de la prueba científica y los procedimientos técnico-metodológicos, son de indiscutible coherencia con su tiempo. No obstante, cuando no son ignorados, estos pioneros apenas son citados. Sin embargo, ellos son los verdaderos fundadores de la arqueología científica en la región. Si bien su visión del pasado estaba desprovista de profundi-

dad cronológica, ella estaba al corriente de las preocupaciones de la naciente ciencia antropológica y de las investigaciones arqueológicas en el resto de América.

## El siglo XX: La Primera Mitad

En esta época, la más intensa del alud migratorio, comienza a exteriorizarse el sentimiento de orgullo de ser **criollo**. Un conjunto de intelectuales de las clases acomodadas de esta ex-colonia española, fundarán la *Sociedad de Amigos de la Arqueología*, preocupados por el estudio científico del pasado. Estos intelectuales vinculados a la aristocracia local y a la burguesía política, buscarán construir una imagen más ajustada y ecuaníme del proceso histórico y cultural. Se trataba de corregir el sesgo exagerado de una identidad nacional, donde la inflexión universalista de los valores y la cultura criolla, no se hicieran en detrimento total, del ser vernáculo precolombino, visto como salvaje y anti-económico.

Son aspectos remarcables de este período, la búsqueda documental, de objetividad y el estudio de la cultura material, en particular de lo que empieza a considerarse como Patrimonio Nacional. Los miembros de esta Sociedad, no ignoraban que el exterminio indígena había sido la resolución de un conflicto social por el uso de la tierra, entre un sistema de ganadería extensiva de origen medieval europeo, y la economía de poblaciones esencialmente cazadoras-recolectoras nómadas, difíciles de articular a un proyecto global post-colonial. *La Sociedad de Amigos de la Arqueología*, publicará en la primera parte del siglo XX, artículos que contribuyen a modelar el perfil de los habitantes prehistóricos del Este de Uruguay, los más tempranamente desaparecidos (Demaría, 1932; Fontana Company, 1955). El trabajo de Ferrés (1927) desarrolla una lectura “compleja” de los constructores de cerritos, interpretando los conjuntos de estas estructuras, como el producto estructural-funcional de una sociedad estratificada con caciques de diferentes rangos, que residían en túmulos de diferente dimensiones.

A Benjamín Sierra y Sierra (1931) debemos la primera observación sistemática, sobre la relación entre los pueblos constructores de cerritos y los constructores de sambaquies (concheros) del Sur de Brasil. Encapsulados hasta ese entonces en una lectura nacionalista, de uno y otro fenómeno arqueológico, la relación posible entre ambas poblaciones prehistóricas, representa el primer antecedente de integrar estos territorios arqueológicos periféricos de las altas culturas precolombinas, en una visión Atlántica meridional. La prueba de lo propuesto será significativa, la distribución de estatuillas zoomorfas típicas de los sambaquies brasileiros, en zonas de concentración de

cerritos como el *valle del Balizas* y el *Arroyo Tacuarí*.

Una mención aparte precisa la reconstrucción de la Fortaleza de Santa Teresa y del Fuerte de San Miguel (vestigios arqueológicos americanos del Tratado de demarcación de límites de 1950) en lo que es, el primer gran proyecto de restauración del Patrimonio Histórico nacional. Esta restauración fue tempranamente llamada a jugar un rol en la escenografía de los paisajes criollos, en el turismo, y en la educación a propósito del pasado (Arredondo, 1955). Llevando la frontera del país hasta ese lugar remoto, el Presidente de la República, Baltasar Brum, se trasladará personalmente para la inauguración. Como parte de una estrategia disuasiva al servicio de la defensa del territorio, la restauración del Fuerte de San Miguel y de la Fortaleza de Santa Teresa, constituirá un escenario histórico y militar. El ejército siempre manifestó su extremo interés por el control de este paisaje cultural y estratégico.

## El siglo XX: Segunda Mitad

El trabajo de Antropología Física sobre cráneos de *San Luis, Las Pajas y Rincón de Ramírez* de Muñoa (1954), fue hecho a partir de los parámetros propuestos por la *Tabla Clasificatoria de los Indios* de Imbelloni (1938). En ese trabajo, Muñoa (1954: 18) coincide con Figueira (1888), en que se trata de poblaciones mestizas de "dolicocéfalos paleoamericanos y tribus pampas", tal vez descendientes de los Arachanes y relacionadas con el Sur de Brasil. La sudamericanización progresiva de la Prehistoria de la Cuenca de la Laguna Merín, será parte de un doble proceso que caracteriza los años 60 y 70 en las Américas. La actividad expansiva de la investigación sobre la Prehistoria Americana depasará las fronteras de los Estados en el marco de un renovado panorama epistemológico de la Antropología Americana.

Por un lado, la actividad de los investigadores y proyectos del Instituto Smithsonian de Washington y del Instituto Anchieta de Pesquisas de Brasil. Por otro lado, el proceso tiene protagonistas locales, el Museo de Historia Natural y el Centro de Estudios Arqueológicos, que llevaron adelante investigaciones en cerritos y en sitios costeros de esta zona. Los hijos de la tierra estarán llamados a recibir nueva consideración y un lugar protagónico en el Museo Arqueológico Nacional, proyectado por el Ministerio de Instrucción Pública (de Freitas, 1953). Este proyecto aparentemente más centrado en el "hombre americano", sería diferente del Museo de Historia Natural, preocupado por una "historia natural" de la cultura. El Museo Nacional de Antropología inaugurado en 1987, es en gran medida un eslabón más en la búsqueda de producción de un relato antropológico sobre la realidad nacional; en

él, la Arqueología del Departamento de Rocha aparece particularmente representada.

Entre las contribuciones de los años 70, puede citarse el comienzo de excavaciones arqueológicas "modernadas" (Schmitz, 1976; Baeza et al., 1974), que permitieron establecer las primeras hipótesis de secuencias, reconociendo ocupaciones acerámicas y cerámicas. Son virtud de aquellos investigadores, el reconocimiento de patrones funerarios de tipo flexionado (Naue 1969; Schmitz, 1976), en urna (Femenías et al., 1990; Schmitz 1976), y parciales (Naue, 1969, Schmitz, 1976), así como la cronología tardía de los tipos cerámicos *guaraní* y *escobado* (Schmitz, 1976). No obstante la evidencia funeraria no fue abordada profundizando su estudio y sus implicancias sociales; de aquí su minimización a carácter de enterramiento eventual en el piso de casas (Schmitz 1976).

De particular significación resultarán los primeros fechados de Carbono 14 para la región obtenidos por los investigadores brasileiros (Schmitz, 1976), así como los primeros estudios zooarqueológicos en cerritos excavados en la planicie costera del Arroyo Chuy. Se trata del primer intento de realizar una interpretación económica sobre bases confiables. Además, el análisis zooarqueológico ilustraba una sucesión de faunas, que acompañaba claramente la evolución ambiental de la zona (op. cit.).

En esta época se desarrollan investigaciones en el área, orientadas por el contador Antonio Taddei, Omar Santos en *Rivera* (1965), Baeza et al. en *Cañada de Las Pajas* (1974); Prieto et al. en *Treinta y Tres* (1970), Femenías y Bosch en *San Miguel* excavaron cerritos (comunicación personal). Taddei (1978) y Baeza et al. (1973 y 1974b), analizaron los sitios costeros de *Cabo Polonio/Balizas*, reconociendo un sustrato Paleoindio y sobre todo la influencia de Pampa-Patagonia, a través del estudio de los tipos de punta de flechas. La relación entre cerritos y sitios costeros, no será sin embargo considerada a pesar de que la distancia entre ambos tipos de sitios es exigua, y que los materiales líticos y cerámicos son muy similares.

En esta etapa, se desarrollan los primeros relevamientos regionales de cerritos (Naue, 1969; Prieto et al., 1970; Cope, 1991; Schmitz, 1976; Baeza et al., 1974; Schmitz y Baeza, 1982), reconociendo patrones de distribución y la potencialidad de su uso en estudios geomorfológicos en esta zona anegadiza directamente vinculada al Océano Atlántico. En efecto, la reconstrucción paleoambiental, la relación ambiente/sitio arqueológico, y en particular las geocronologías, habían sido ya usadas con éxito en el hemisferio Norte.

En su conjunto, los investigadores de los años 60 y 70, con nuevas aproximaciones y su preocupación técnica, así como con el análisis compara-

tivo y las tipologías de materiales (líticos, cerámicos, óseos), habían introducido esta región en el mapa americano, a través de una rutina de trabajo en consonancia con los parámetros en uso en los centros generadores de metodologías científica en Arqueología.

Desde el punto de vista teórico-metodológico esta época esta dominada por el uso de la perspectiva difusionista desarrollada por la *Escuela de Buenos Aires*, y la elaboración de secuencias histórico-culturales. La cultura que los arqueólogos buscaban tipificar, era el producto de la llegada y adición, a esta zona americana "marginal" y retrasada, de elementos técnicos y conocimientos sucesivos, provenientes de zonas nucleares habitadas por pueblos con mayor desarrollo social y cultural. Entre los rasgos culturales arqueológicos más notables: los tipos de puntas, la cerámica, la agricultura. El término "cultura" usado por los arqueólogos difusionistas de la época, aparece como una construcción un poco abstracta, realizada con un control variable y diverso por los numerosos investigadores que se reclamaban de esa orientación metodológica. El registro arqueológico estará compuesto por evidencias materiales perecederas, obtenidas con diferentes técnicas, y relevados por presencia o ausencia. Por otro lado, las categorías sociales asociadas a ese paradigma teórico, resultan igualmente esquemáticas y abstractas, y la atribución de alguna de ellas a las poblaciones prehistóricas estudiadas lleva siempre a recortar sus especificidades en el telón de fondo del estadio evolutivo en el que se encuentran.

Producto de esta época, será la visión que se tiene de los constructores de cerritos, como cazadores-pescadores arcaicos, que se adaptan a una zona marginal de dudosa significación económica. Las estructuras en tierra, serán interpretadas como "herramientas" para poder habitar en zonas inundables (Naue, 1969; Schmitz, 1976; Baeza et al, 1974). La mayor crítica a este panorama, es el de no haber considerado los procesos evolutivos particulares de carácter local, condenando esta región a un escenario fosilizado de arcaísmo cultural, habitada por bandas de cazadores-recolectores simples, que vivían de recursos limitados. El énfasis en el operativo comparativo-clasificador se hacía en detrimento de las consideraciones de tipo social, dimensión fundamental en la que ocurren los procesos de desarrollo histórico y cultural.

El impacto social que la Arqueología de esa época tendrá, es difícil de estimar con exactitud. Sobresale el progresivo sentimiento latinoamericano de los años 60 y 70, en el que la investigación arqueológica aparece como una conexión directa con esa América Latina, a la que el exterminio indígena separó tempranamente al Uruguay.

Los trabajos de síntesis bibliográfica realizados (Vidart, 1986; Pi, 1969), así como aquellas investigaciones que producían datos nuevos (Prieto et al, 1970; Baeza et al., 1973, 1974a y b), intentan sentar las bases de un relato histórico alternativo, donde queda clara la preocupación por "nuestros indígenas". Esto será sumamente importante porque tendrá efecto directo sobre los educadores, ya que hasta entonces, se uruguayizaban las sucesivas generaciones de niños con textos históricos donde el indígena era citado por su carácter indómito, sus costumbres antropofágicas o las imágenes poéticas que eran capaz de generar.

## Contextos históricos y usos del pasado

Conviene señalar, que la disciplina histórica en este país ha tenido un desarrollo en gran parte como labor de Estado, ya que los historiadores han sido en su mayoría cuadros e ideólogos de los partidos políticos, encargándose de producir un relato al servicio de un beneficio directo del aparato estatal.

Este Estado uruguayo que algunos prematuramente pretendían Estado-Nación, se funda ideológicamente sobre el proyecto colonial, donde simbólicamente se hace hincapié en el ser universalista del criollo en detrimento del ser autóctono. Hay aquí, un proyecto político y económico previo que resuelve el derecho al uso exclusivo de la tierra, y el control administrativo del Estado. En relación a las grandes metáforas del pasado indígena, la de uruguayo = charrúas, quedará definitivamente consagrada por la euforia del Campeonato Mundial de Fútbol de 1950.

La dictadura militar de 1973-1984, no se opuso al trabajo arqueológico. No obstante, trató de producir un pasado a su medida, exaltando el patriotismo y la epopeya nacional militar de la Independencia. Si bien esto no se relacionó más que tangencialmente con la arqueología (Salto Grande es el gran proyecto de la época hecho con apoyo de UNESCO), la visión de los militares sobre el criollismo, era más ecuaníme y más mestiza, que la de los propios intelectuales. La carrera universitaria de Arqueólogo en una Licenciatura de Antropología, será un producto de esta oscura época, y de la influencia directa de Antonio Tadei y del Museo Nacional de Historia Natural.

Luego de finalizada la dictadura militar, los Parques Nacionales de la Fortaleza de Santa Teresa y del Fuerte de San Miguel no serán devueltos a la órbita civil. Como lo habíamos señalado, estos monumentos son centrales en el simbolismo de la historia militar uruguayo; son también parte de la identidad territorial y del paisaje cultural del Uruguay moderno.

La repatriación de los restos óseos de cuatro indios charrúas llevados a Francia a fin del siglo

pasado, se ha transformado en una bandera privilegiada de los colectivos de descendientes de indígenas uruguayos, como parte de un proceso social y cultural post-dictatorial más amplio (Fig. 1). Las solicitudes de repatriación de ese material que forma parte del acervo del Museo del Hombre de París, se ha transformado en un expediente muy grueso en el Parlamento uruguayo, pero también en un asunto diplomático, cuando la visita del Presidente francés Jacques Chirac en 1997. En el mismo sentido, los políticos no han podido evitar la tentación de hablar del tema, haciendo gala de una retórica populista, de un nacionalismo peligroso, y del desconocimiento de la existencia de criterios científicos al respecto.



Figura 1. Monumento montevideano a los cuatro charrúas llevados a Francia.

Ligado a este tema, ha estado también la revisión histórica sobre el exterminio de los indios charrúas en el episodio conocido como *Salsipuedes*<sup>1</sup>. La revisión, también al servicio de un proceso más amplio de creencias y prácticas de estilo *new age*, ha marcado la caída libre de algunos próceres como el Gral. Fructuoso Rivera. En efecto, este General ligado al exterminio de los indios y hasta ahora icono privilegiado del nacionalismo, viene siendo objeto de un público rechazo.

En los últimos años, se han dinamizado los escenarios de actualización de la identidad nacional con la restauración de antiguas fiestas criollas. Este movimiento cultural tradicionalista, mediatizado y mercantilizado por agentes políticos locales, ha contribuido a contextualizar, y reinterpretar la información proveniente de la investigación arqueológica y antropológica. En la *Fiesta de la Patria Gaucha de Tacuarembó*, la más grande e importante del país, el bisnieto del último cacique charrúa, posa de taparrabos, al frente

de una réplica de toldería indígena (Fig. 2). De un día para el otro, este humilde funcionario del gobierno local, se transforma en un símbolo vivo del proceso de revisión y actualización histórica y cultural, que está ocurriendo con particular intensidad en el Norte del país.



Figura 2. Foto de Bernardino en la fiesta de la Patria Gaucha, Tacuarembó. Imagen tomada de la revista *TRES*.

### La Comisión de Rescate Arqueológico de la Cuenca de la Laguna Merín

En 1986, a iniciativa de algunos arqueólogos, el Ministerio de Educación y Cultura asumirá la responsabilidad de hacer frente al acelerado proceso de destrucción de los cerritos por el cultivo de arroz y las obras hidráulicas (Reta, 1986). Esto permitía al Estado uruguayo, la novedosa tarea de responder frente a las situaciones de impacto. Con recursos humanos formados en el país, los proyectos irán desde la clásica situación de rescate (Bracco y López, 1990a y 1990b), a los proyectos diseñados en torno a regiones (*San Miguel, Laguna Negra, Los Ajos, India Muerta, costa Atlántica*) o problemáticas particulares (complejidad, monumentalidad, cambio cultural). Los marcos teóricos y las estrategias metodológicas y técnicas, seguirán más de cerca la evolución de la propia disciplina en América, y en particular en Argentina. En el marco de una hegemonía norteamericana en América Latina en la época, las orientaciones privilegiarán las ópticas procesualistas, ecológicas-evolutivas y adaptacionistas (Curbelo et al., 1990; López, 1992; Bracco, 1992; López y Bracco, 1992, 1994). Pueden apreciarse también contribuciones de la teoría del forrajeo óptimo (Bracco, 1995), el análisis distribucional (Curbelo et al., 1990; López, 1995), y más recientemente una preocupación por el estudio de los paisajes arqueológicos (López, 1995, 1998, 1999; 1997; López y Gianotti, 1997; López y Pintos, 2000; Pintos, 1998).

Desde julio de 1986, comienza una intensa actividad de campo, de estudios de laboratorio y debate de interpretaciones. El número de sitios

<sup>1</sup> Con este nombre se conoce una de las últimas matanzas en masa de gran número de indígenas. La batalla y matanza de Salsipuedes ocurrió en 1831 y fue llevada adelante por el General Fructuoso Rivera.

excavados y la diversidad de éstos, aumentó vertiginosamente (Tabla 1), junto con el de fechados de Carbono 14 (Tabla 2). Esto permitió una mayor resolución sobre la construcción de unidades espacio-temporales y consiguientemente, el control de algunas hipótesis de tipo espacial (relación costa/laguna/Sierra) (López e Iriarte, 2000 y 1997). Se multiplicaron igualmente los análisis sedimentarios contribuyendo a mejorar la calidad de los estudios estratigráficos (Durán, 1989; Castiñeira y Piñeiro, 2000), permitiendo reconocer detalles de la evolución paleoambiental regional (González, 1989; Bracco, 1995), así como problemas ligados al estudio de los procesos de formación de los sitios (López, 1992, 1995a y 1995b).

Publicaciones sobre Arqueología y sobre la cuenca de la Laguna Merín (CLM).					
Congresos uruguayos de Arqueología	1977	1982	1987	1995	1997
Total de artículos	20	20	47	67	170
Artículos sobre CLM	1	2	10	9	15

Tabla 1. Publicaciones sobre Arqueología y sobre la cuenca de la Laguna Merín (CLM).

Año a año, los relevamientos intensivos en diferentes zonas permiten conocer las modalidades locales de distribución, mejorando las condiciones de estudio de los patrones de asentamiento. Por otro lado la tipología de sitios, permite también construir un modelo regional de la red de asentamientos. El *VIII Congreso Nacional de Arqueología* ocurrido en Maldonado en 1995, es el primero de la era de la Arqueología Profesional; es también el primero que se realiza luego de 15 años, y marcará un gran aumento en el número de trabajos de diferentes equipos de investigación y en la participación de estudiantes de Arqueología.

Fechados de C 14 en la cuenca de la Laguna Merín (datos acumulados).					
Año	1976	1992	1994	1995	1999
Nº fechados	4	19	27	33	56

Tabla 2. Fechados de Carbono 14 en la cuenca de la Laguna Merín (datos acumulados).

El aumento de los sitios excavados no significó un aumento proporcional de estudios de los materiales recuperados. No obstante, el aumento constante de restos humanos permitió la aplicación de diversas técnicas (NMI, ADN, Análisis isotópicos) (Sans, 1991; Bracco, 1993), a los fines de atacar temas como el de las paleodietas y las paleoconomías. Estudios de distancias entre poblaciones, mostraron la proximidad entre estas poblaciones prehistóricas y las del Sur de Brasil (Bertoni et al, 2000).

Entre los análisis de materiales sobresalen los zooarqueológicos (Pintos y Gianotti 1995), que

junto con los tecnológicos sobre materiales líticos y cerámica, han permitido inspirar algunos modelos de tipo económico. El tipo y la variabilidad de los materiales, han permitido también discutir temas vinculados a la estructura de sitio y al reconocimiento de zonas domésticas, funerarias y rituales (Curbelo et al, 1990; López, 1992; López y Gianotti, 2000). La evidencia botánica comienza a producir las primeras pruebas de agricultura (Bracco et al., 2000).

La variabilidad de estructuras en tierra mantiene el debate sobre origen y función de esta arquitectura monumental típica de la región (Figura 3). El tema de la existencia de zonas domésticas, precisa por parte de los diferentes equipos que trabajan en el área, compatibilizar los criterios empleados para identificarlas (Cabrera, 1999; López, 1999). Las hipótesis precisan mayor definición en lo que hace a las conductas humanas identificadas, y al tipo y pertinencia de la prueba arqueológica en relación a cada problema en particular al que vincula desarrollo temporal y función social.

Particular significación ha recibido el hecho de que desde el primer momento, estas sociedades prehistóricas no parecieron responder al estereotipo del cazador-recolector propuesto clásicamente. La monumentalidad y otras evidencias a nivel del registro arqueológico instalaron poco a poco el debate sobre las condiciones de emergencia de complejidad social entre estas poblaciones, siendo tal debate de plena actualidad (López y Bracco, 1994; López 1998, 1999; López y Gianotti, 1997; Pintos, 1998; Andrade y López, 1999).



Figura 3. Cerritos en la zona del río San Luis, Departamento de Rocha.

Una mención aparte merece el tema de la investigación etnohistórica, ya que ella ha sido llamada a vincular lo arqueológico con lo histórico, apoyando analógicamente la interpretación de los hallazgos, y contribuyendo a esclarecer los procesos de cambio cultural acaecidos en el área al momento de la llegada de los europeos (Cabrera, 1992). En este tema, particular relevancia adquiere la discusión sobre la identidad y protagonismo, en ese proceso de aculturación de las entidades etnohistóricas denominadas 'tapuios', 'arachanes', 'minuanes' (guenoas) (Cabrera, 1992; Basile

1991; Bracco D., 1998). Investigaciones recientes revelan con claridad un control *guenoa* (*minuan*) durante los siglos XVIII y XIX, asociado al desarrollo de una intensa actividad pastoril al interior de un territorio más o menos circunscripto (Basile, 1991; Bracco D., 1998). No obstante, la relación entre cerritos e indios guenoas (minuanes) no parece aún demostrada.

## Luces y Sombras de la Arqueología Pública

Luego de su creación en 1986, el servicio arqueológico ha sufrido todos los avatares de la sucesión de orientaciones diferentes. Muchas veces se utiliza el Patrimonio y la Arqueología para maquillar la imagen pública de los políticos. Afortunadamente, este servicio arqueológico estatal, estuvo considerado explícitamente en políticas culturales, mutando en 1997, por el interés de su labor y el ámbito ya nacional de su accionar, en la actual Comisión Nacional de Arqueología.

En este período, existió una sostenida cobertura periodística que se concentró en señalar, que las investigaciones arqueológicas mostraban como los indígenas uruguayos no eran tan atrasados culturalmente, ni tan “cabizbajos y taciturnos” como querían los textos escolares. Por el contrario, los investigadores estaban descubriendo facetas que demostraban mayor complejidad de su desarrollo social y cultural.

A esto se le sumaban varias cosas a partir de 1995. Por un lado, la cobertura televisiva que alcanzaba al país entero, ávido de productos nacionales (Canal 12, Canal 5, PROBIDES, IMAGEN). Por otro lado, el impacto en la prensa escrita, donde las propias autoridades políticas, haciendo las veces de arqueólogos, intercambiaban opiniones encontradas sobre el pasado prehistórico. Estos duelos periodísticos entre autoridades del Ministerio de Educación, mostraban el interés por el uso del pasado, evidentemente vinculado a intereses en gran parte personales, corporativos y políticos.

El Director del Museo Histórico en 1996, atacando la política del Ministerio de apoyar la investigación arqueológica, cuestionaba la complejidad cultural atribuida a los constructores de cerritos (El Observador 30/1/1996a). En esto hay dos cosas a señalar. La primera, el desconocimiento del Director del Museo, del propio acervo de la Institución, por tratarse de un historiador de partido político y no del Museo. La segunda, que atacar la interpretación de complejidad social de las poblaciones prehistóricas, buscaba oponer la legitimidad mayor del documento histórico y de la actividad histórica estatal e histórico-partidaria, al relato arqueológico. Es un muestra clara de hacer un uso particular del pasado, defendiendo un escenario del criollismo, europeí-

zado, burgués, apolíneo, capitalista y cristianizado.

El propio presidente de la República y su Ministro de Educación y Cultura, harán una defensa explícita de una política cultural donde la investigación arqueológica ocupa un lugar de privilegio, en una etapa de mejora de las condiciones de creación de conocimiento científico sobre el pasado, y de Gestión del Patrimonio Cultural (El Observador 30/1/96b). La institucionalización del *Día del Patrimonio*, agendará el pasado como tema de política educativa, dándole a la arqueología uruguaya y a la Prehistoria de las tierras bajas, un lugar de privilegio. En esta época de expansión de las investigaciones, se organiza en Montevideo el Simposio Internacional de las Tierras Bajas, donde participan especialistas americanos en arquitectura prehistórica en tierra, zonas inundables y complejidad social. (Fig. 4) Lamentablemente, luego de este punto máximo de interés científico y académico, y a continuación de un cambio de autoridades en 1998, comenzará un deterioro acelerado del servicio ministerial, donde la planificación y la incapacidad de ejecución de los programas arqueológicos aprobados, se unirán a una práctica de favoritismo, tráfico de influencias y discriminación. La falta de política cultural, hará que ninguna planificación, ningún plan de investigación y de gestión arqueológica, tenga garantía de ser aplicado de una administración a la siguiente. A falta de un consenso histórico-político sobre ese pasado, y a pesar de 15 años de experiencia, este servicio arqueológico estatal, aparece condenado al capricho del político de turno.



Figura 4. Sello emitido por la Dirección Nacional de Correos en ocasión de la celebración del Simposio Internacional de Arqueología de las Tierras Bajas.

Desde un punto de vista editorial el balance es negativo. Luego de la publicación de los trabajos del Congreso de Maldonado de 1995 y del Simposio de Quito de 1997, el resto son artículos aislados en publicaciones extranjeras. Desde 1996, la Comisión Nacional de Arqueología, está aún por publicar un libro con los trabajos del Simposio Internacional de las Tierras Bajas. El Congreso de Arqueología de Colonia de 1997, con todo un Simposio sobre la Arqueología de esta región, tampoco aún ha sido publicado. En los textos escolares no obstante, comienza a aparecer tímidamente la Prehistoria de Rocha.

Las instituciones regionales por su parte, han tenido una ambigua actitud frente a la investigación arqueológica, igualmente por la incapacidad de los políticos de ver más allá de sus intereses inmediatos, y por la falta crónica de recursos humanos locales especializados. El Museo de Rocha en nada refleja los más de cien años de Arqueología en esa región, ni el presupuesto del gobierno local jamás previó un gasto en relación a este recurso cultural no renovable, considerado Patrimonio Nacional. No obstante, la riqueza arqueológica de Rocha forma parte de la identidad regional, y es una de las razones para una actitud conservacionista del desarrollo.

En 1988, y a pedido del gobierno local, una exposición de motivos sobre el interés arqueológico del Dpto. de Rocha fue expuesto en la Comisión Parlamentaria que trataba el tema de la regulación de los humedales del Este. Posteriormente, ocurrieron proyectos internacionales sobre desarrollo sustentable y Biodiversidad (PROBIDES-ONU), con los que los investigadores han interactuado estrechamente. Una Ley de Áreas Protegidas fue elevada al Parlamento y posee actualmente media sanción. Lamentablemente, en los criterios utilizados en el establecimiento de límites, y en el diseño de los perfiles propuesto para esas Áreas, la información arqueológica no fue considerada. El lado positivo lo constituye, la intensa actividad de educación ambiental regional coordinada, lo que significa responder a una necesidad básica de las comunidades locales, camino a diversos escenarios de desarrollo social y económico. El actual proceso de construcción de las identidades uruguayas, aparece como un camino útil para profundizar la educación del ciudadano.

### Conclusiones

En los últimos quince años, la mayoría de los arqueólogos universitarios han recibido parte de su formación académica en esta región, y en este momento diversas *tesis de doctorado* se desarrollan sobre esta zona. No obstante, los servicios estatales (nacionales y regionales), a pesar de una vasta experiencia, no conforman una estructura y un servicio que asegure una continuidad en los programas científicos y educacionales.

Los equipos técnicos por su parte, no aplican aún una rutina global de gestión de esos bienes culturales (investigación, conservación, difusión, educación, mercantilización). El número de sitios excavados aumenta, no así el del estudio de los materiales extraídos, y esto en una desproporción alarmante. Esto plantea el debate sobre una investigación "blanda" que extirpe la consecución de sus objetivos científicos y que mitigue el efecto destructivo de sus operaciones de estudio. El análisis de los materiales recuperados (lítico, cerámica, óseo) tiene que ver también con su uso potencial en diversos debates en los que serían información pertinente. Los grandes temas de forma, función, complejidad social, desarrollo temporal entre otros, no parece que puedan obviar (en virtud del uso exclusivo de algunas técnicas), la aplicación de las metodologías arqueológicas tradicionales, preocupadas en estudiar la variabilidad de las evidencias y las características de las estructuras halladas. Vinculado a lo anterior, esta la necesidad de profundizar la investigación a nivel teórico-metodológico. En efecto, partiendo del principio de que los datos no hablan solos, las hipótesis relativas a comportamientos y características culturales y sociales, precisan marcos explícitos. Esto resulta particularmente necesario si, como sucede en esta región, los temas a investigar tienen que ver con: la relación hombre/ambiente, la monumentalidad, la complejidad social y el cambio cultural. Algunos temas clásicos como el del poblamiento paleoindio de la región, mantiene intacto su interés científico. Aún más, por la investigación subacuática sobre depósitos paleofaunísticos que se esta desarrollando (Mentz y Vantz, 1999).

En el horizonte inmediato, esta Arqueología de la cuenca de la Laguna Merín, caminará a varias velocidades. La investigación fundamental de temas de interés científico, deberá nuevamente adaptarse a un ritmo marcado por los necesarios estudios de impacto arqueológico. Un punto específico y extremadamente conflictivo lo representa la actividad arqueológica subacuática, a la que el Estado le debe aún un poco de atención. El modo de producción regional (cultivo de arroz, forestación, ganadería), continúa significando un nefasto agente tafonómico regional, y principal factor de destrucción de los cerritos, y de los sitios arqueológicos en general. La inexistencia de una figura que en el código penal, penalice al destructor del Patrimonio Arqueológico, es responsable de que productores agropecuarios uruguayos y extranjeros, destruyan con total impunidad decenas de cerritos de indios, debiendo los jueces finalmente archivar las causas.

Se hace urgente la necesidad de integrar el relato histórico al relato arqueológico, o al menos que ambas perspectivas no mantengan las actuales y contradictorias esferas de autonomía. En relación al uso y la construcción de relatos sobre

el pasado, la información arqueológica vinculada a los contextos históricos particulares, tiene un gran porvenir. En efecto, asociada a un proceso mayor de afirmación de las identidades y autoestimas en Latinoamérica, la investigación arqueológica esta llamada a establecer un puente y favorecer el acceso y la participación de la memoria de las minorías, al relato histórico nacional. Esto podría significar una profundización de la democracia, favoreciendo la integración definitiva del pasado indígena, pero también de amplios sectores de afroamericanos, dos aspectos que hacen a la especificidad histórico-cultural de este sector del litoral atlántico meridional sudamericano. Con un amplio espectro de desarrollos futuros, pero con más de 100 años de experiencia, la Arqueología de la cuenca de la Laguna Merín, es aún joven.

### Bibliografía

- Andrade, T.; López, J. M. 1999. Emergencia de complejidad entre cazadores-recolectores del litoral Atlántico meridional sudamericano. *Revista de Arqueología Americana*. J. Lannatta (Ed).
- Arredondo, H. 1955. Santa Teresa y San Miguel. La restauración de la fortaleza. La formación de los parques. En *Revista de la Sociedad de Amigos de la Arqueología*. Tomo XIII: 39-433. Montevideo.
- Baeza, J; Echeverry, J.; Barone, P. 1974. Arqueología del sitio Cañada de Las Pajas, Cerro Largo. *V Congreso de Arqueología*, CEA. Montevideo. s/p.
- Bauzá, F. 1895. *Historia de la dominación española en el Uruguay*. Tomo 1: 158-9. Ed. Barreiro y Ramos. Montevideo.
- Basile, I. 1991. El indio minuán en Rio Grande do Sul. En *Prehistoria do Rio Grande do Sul, UNISINOS*. Sao Leopoldo. R. S.
- Bertoni, B.; Portas, M. y Sans, M. 2000. Relaciones morfológicas de las poblaciones prehistóricas de Uruguay: Análisis de restos esqueléticos. En Durán A. y Bracco R. (eds), *Arqueología de las Tierras Bajas*. pp 367-82 Montevideo:MEC.
- Bracco, D. 1990. *Guenoas*. MEC, pp. 146. Montevideo.
- Bracco, R. 1992. Desarrollo cultural y evolución ambiental en la región Este de Uruguay. *Ed. Quinto Centenario*. UdelAR, pp. 43-73. Montevideo.
- Bracco, R. 1993. Paleodietas en la Cuenca de la Laguna Merín. Avance de Investigación. Dpto.de Arqueología. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
- Bracco, R.; Cabrera, L.; López, J. M. 2000. La Prehistoria de las Tierras Bajas de la Cuenca de la Laguna Merín. En Durán A. y Bracco R. (eds), *Arqueología de las Tierras Bajas*. pp 13-38. Montevideo:MEC.
- Bracco, R.; López, J. M. 1992a. Rescate arqueológico de la Cuenca de la Laguna Merín, etapa de prospección. *Tras Jornadas de Antropología en Uruguay*: 33-50. Montevideo: MEC.
- Bracco, R.; López, J. M. 1992b. Prospección arqueológica y análisis de foto aérea. *Tras Jornadas de Antropología en Uruguay*: 50-6. Montevideo: MEC.
- Bracco, R. y Ures, C. 1999. Ritmos y dinámicas constructivas en el sector Sur de la Cuenca de la Laguna Merín. En López, J.; Sans, M. (ed) *Arqueología y Bioantropología de las Tierras Bajas*: 5-13. Montevideo: FHCE.
- Cabrera, L. 1992. El indígena y la conquista en la cuenca de la Laguna Merín. *Ediciones del Quinto Centenario*, UdelAR, pp. 97-118. Montevideo.
- Cabrera, L. 1999. Funebria y sociedad entre los constructores de cerritos. En López, J.; Sans, M. (ed) *Arqueología y Bioantropología de las Tierras Bajas*: 63-80. Montevideo: FHCE.
- Curbelo, C.; Bracco, R.; López, J. M.; Femenías, J.; Fusco, N.; Martínez, E.; Cabrera, L. 1990. Sitio CH2D01, Área de San Miguel, Dpto. de Rocha (Uruguay). Estructura de sitio y zonas de actividad. En *Revista do CEPA*: 333-45. Santa Cruz. R.S.
- Cope, S. 1991. A ocupação pré-colonial do Sul e sudeste do Rio Grande do Sul. En *Arqueologia Prehistórica de Rio Grande do Sul*: 191-219. Porto Alegre.
- De Freitas, C. 1953. Ante el Proyecto de creación de un Museo Arqueológico. En *Revista de la Sociedad de Amigos de la Arqueología*. Tomo XII: 140-6. Montevideo.
- De María, A. 1932. Objetos óseo hallados en los cerritos del Dpto. de Rocha. En *Revista de la Sociedad de Amigos de la Arqueología*. Tomo VI: 183-90. Montevideo.
- Durán, A. 1989. Observaciones sobre los suelos del sitio arqueológico de San Miguel. Informe de trabajo, CLM/Fac. Agronomía. *Manuscrito*.
- Femenías, J.; López, J. M.; Bracco, R.; Cabrera, L., Curbelo, C.; Martínez, E.; Fusco, N. 1990. Tipos de enterramiento en estructuras monticulares en la Cuenca de la Laguna Merín. *Revista do CEPA*, vol.19: 139-55. Santa Cruz. R. S.
- Femenías, J.; Sans, M.; Portas, M. 1997. Enterramientos humanos en el montículo CH2D01, Dpto.de Rocha, Uruguay. *Anais VIII Reunião da SAB*. Tomo 1: 503-18. Porto Alegre.

- Ferrés, C. 1927. Los Terremotos de indios. En *Revista de la Sociedad de Amigos de la Arqueología*. Tomo 1: 139-49. Montevideo.
- Figueira, J. H. 1888. Informe al Museo de La Plata, que acompaña colección de material arqueológico del Este de Uruguay. *Manuscrito*.
- Fontana Company, M. 1955. Tres recuerdos de 1931. *Revista de la Sociedad de Amigos de la Arqueología*. Tomo XIII: 439-52. Montevideo.
- Imbelloni, J. 1938. Tabla Clasificatoria de los indios. *Physis*, Tomo XII. Buenos Aires.
- López, J. M. 1992. Génesis y desarrollo de los cerritos de la zona de San Miguel-Rocha. *Ed. Quinto Centenario*, UdelaR, pp. 75-96. Montevideo.
- López, J. M. 1995a. Aproximación al territorio de los pueblos constructores de cerritos En López; Curbelo (ed) *Arqueología en Uruguay*: 69-78. Montevideo: Consens.
- López, J. M. 1995b. El fósil que no guía, y la formación de los sitios costeros. En López; Curbelo (ed) *Arqueología en Uruguay*: 92-99. Montevideo: Consens.
- López, J. M. 1998. Desarrollo de la Arqueología del Paisaje en Uruguay. El caso de las Tierras Bajas de la Cuenca de la Laguna Merín. *Arqueología Espacial*, 19-20: 633-47. Teruel.
- López, J. M. 1999. La construcción de túmulos entre cazadores-colectores complejos del Este de Uruguay. *Fronteiras*: 297-310. Dourados: Univ. Federal Matto Grosso do Sul.
- López, J. M.; Bracco, R. 1992. Relación Hombre/Ambiente en la Arqueología del Este de Uruguay. En Ortiz, O.; Hammen, Th. van der (ed). *Archaeology and Environment in Latin America*: 259-82. Amsterdam: Universidad de Amsterdam.
- López, J. M.; Bracco, R. 1994. Nuevas tendencias en cazadores-recolectores de la Cuenca de la Laguna Merín. En Lanatta; Borrero (ed) *Arqueología Contemporánea*, 5: 111-33. Buenos Aires.
- López, J. M.; Castiñeira, C. 1997. Investigaciones arqueológicas en el Potrerillo de Santa Teresa. *IX Congreso Nacional de Arqueología*. Colonia.
- López, J. M.; Gianotti, C. 1997. Diseño de proyecto y primeros resultados en el Rincón de los Indios. *IX Congreso Nal. De Arqueología*. AUA. Colonia.
- López, J. M.; Gianotti, C. 2000. Construcción de espacios ceremoniales públicos entre los pobladores prehistóricos de las tierras bajas de Uruguay. *Revista de la Sociedad de Arqueología Brasileira*. (e.p.)
- López, J. M.; Iriarte, J. 1995. Archaeological research in the atlantic coast of Uruguay. *Ultramarine Newsletter*, Vol. 2, n° 3: 9-11. Amsterdam.
- López, J. M.; Iriarte, J. 2000. Relaciones Costa Atlántica-cerritos en las tierras bajas de la Laguna Merín. En Durán A. y Bracco R. (eds), *Arqueología de las Tierras Bajas*. pp 39-48. Montevideo:MEC.
- López, J. M.; Nadal, O. 1999. Análisis lítico y áreas domésticas en el Rincón de los Indios. En *Revista del Museo*. Oficina de Patrimonio de la Provincia de Buenos Aires. F. Oliva (ed). La Plata.
- López, J. M.; Pintos, S. 2000. Distribución espacial de los cerritos de la Cuenca de la Laguna Negra. En Durán A. y Bracco R. (eds), *Arqueología de las Tierras Bajas*. pp 49-58. Montevideo:MEC.
- López, J. M.; Pintos, S. 1997. El Paisaje Arqueológico de la Laguna Negra. *IX Congreso de Arqueología Uruguaya*. AUA. Colonia.
- Muñoa, J. I. 1954. Contribuciones a la Antropología Física del Uruguay. En *Anales del Museo de Historia Natural de Montevideo*. 2ª serie, vol. VI: 1-19. Montevideo.
- Mentz, P.; Vanz, A. 1999. Sobre un aponta de proyectil no litoral sul do Rio Grande do Sul. En *Rio Grande do Sul: Historia, Historiografía e memória*: 9-17. Rio Grande: Univ. Federal de Rio Grande.
- Naue, G. 1969. Sitios Arqueológicos no Municipio de Río Grande do Sul. *Pequisas*: 71-3. Porto Alegre.
- El Observador 30/1/96.(a) Correo del Lector, carta de Jose de Torres, Director del Museo Histórico Nacional. Montevideo
- El Observador 30/1/96.(b). La Historia se aprende. Reportaje a J. M. Sanguinetti. Montevideo
- Pintos, S. 1998. Actividad monumental: la construcción del paisaje entre los cazadores-recolectores de la región Este de Uruguay. En *Arqueología Espacial*, 19: 529-542. Teruel.
- Pi Hugarte, R. 1969. *El Uruguay indígena. Nuestra Tierra*. Montevideo.
- Prieto, O. 1970. Investigaciones arqueológicas en Treinta y Tres. *Nuestra Tierra*. Montevideo.
- Reta, A. 1986. Ministerio de Educación y Cultura. Resolución de creación de la Comisión de Rescate Arqueológico de la Cuenca de la Laguna Merín. N° 529-84-5725. Montevideo.
- Sans, M. 1991. Análisis de restos óseos humanos: demografía, calidad de vida y características físicas de los pobladores de la Cuenca de la Laguna Merín. *Estudios Iberoamericanos*, PUCRS, 1: 69-77. Porto Alegre.

- Santos, O. 1965. Primer mapa arqueológico de Rivera. Centro de Arqueología de Rivera. *Manuscrito*.
- Sierra y Sierra, B. 1931. Antropolitos y zoolitos indígenas. *Revista de la Sociedad de Amigos de la Arqueología*. Tomo V: 91-128. Montevideo.
- Schmitz, P. I. 1976. *Sítios de Pesca lacustre*. Instituto Anchietano de Pesquisas. UNISINOS. Sao Leopoldo. R. S.
- Schmitz, P. I.; Baeza, J. 1982. Sta. Victoria do Palmar: una tentativa de reconstrucción ambiental y sus vinculaciones con la problemática de los cerritos. *Anales del VII Congreso de Arqueología*: 31-41. Montevideo: CEA.
- Schmitz, P. I.; Naue, G.; Basile, I. 1991. Os aterros dos campos do Sul: a tradição Vieira. En *Prehistoria do Rio Grande do Sul*. Instituto Anchietano de Pesquisas. UNISINOS. Sao Leopoldo. R.S.
- Schorr, M, A. 1975. Abastecimento indigena na area alagadica lacustre de Rio Grande do Sul, Brasil. *Cadernos, Ensino Superior* 1: 1-116. Santa Ana do Livramento.
- Taddei, A. 1983. Industrias líticas del Uruguay y su relación con Pampa-Patagonia de Argentina. *Revista de Arqueología* 21: 24-31. Madrid.
- Vidart, D. 1986. *Diez mil años de Prehistoria*. Ed. A. Latina. Montevideo.
- Zorrilla, J. 1952. *La Leyenda Patria*. Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay. pp.126. Montevideo.
- S/n 1968. *Tabaré*. Colección Estrada. Montevideo.



# CAZADORES RECOLECTORES COMPLEJOS: MONUMENTALIDAD EN TIERRA EN LA CUENCA DE LA LAGUNA DE CASTILLOS. (URUGUAY)

Sebastian Pintos Blanco

## RESUMEN

El texto que se presenta se enmarca en el contexto general de lo que viene siendo el estudio de la cultura de los 'constructores de cerritos' de la región Este del Uruguay. Se exponen una serie de ideas y argumentaciones, surgidas a partir de los trabajos arqueológicos de prospección y excavación en la cuenca de la *Laguna de Castillos*. La arqueología de estos grupos cazadores recolectores exhibe marcadas diferencias con el registro 'tradicional' de estas sociedades. En relación a aspectos tales como: monumentalidad en tierra (cerritos), monumentalización de la muerte, emplazamiento de los túmulos, jerarquización de espacios, entre otras; se argumenta aquí acerca de la pertinencia de atender a la problemática del surgimiento de la complejidad social, como ámbito adecuado de interpretación.

## ABSTRACT

This text focuses on the study of the so-called "culture of the builders of small mounds" in the Eastern region of Uruguay. These groups are archaeologically studied by the author in the area of cuenca de la *Laguna de Castillos*. Their monumentality and treatment of death show marked differences with respect to the "traditional" record of hunters-gatherer societies: they construct mounds, monumentalize death and hierarchize spaces. For those reasons, it is proposed to speak about the beginning of complexity as the appropriate context of interpretation.

## PALABRAS CLAVE

Uruguay. Cerritos. Cazadores Recolectores Complejos. Monumento.

## KEYWORDS

Uruguay. "Small Mounds". Complex Hunter-gatherers. Monument.

## Presentación

En las páginas siguientes pondré por escrito algunas de las ideas que en este momento guían la investigación arqueológica en la cuenca de la *Laguna de Castillos* (Departamento de Rocha, región Este del Uruguay). Y digo ideas porque hoy no son más que eso, ideas, hipótesis de trabajo que aún están en pleno 'movimiento'. De modo que este texto, no está guiado en modo alguno por la intención de presentar una reflexión cerrada, un *estado-de-tesis* sobre la cultura de los 'constructores de cerritos'<sup>1</sup>.

Desde 1995 he tenido la oportunidad de coordinar una serie de trabajos arqueológicos en la cuenca de la Laguna de Castillos, los cuales adoptan la forma de dos proyectos uno de carácter puntual: "Arqueología en el Sitio Cráneo Marcado, cuenca de la *Laguna de Castillos*" (MEC, 1995/96) y otro de orden regional "Plan de Actividades Arqueológicas-Cuenca de la Laguna de Castillos, Rocha" (CNA-MEC<sup>2</sup>, 1997/98). Esta zona se presentaba como casi desconocida en el marco regional de la arqueología de los humedales del Este del Uruguay (Fig. 1). Las tareas de prospección, excavación y laboratorio de estos últimos cinco años han permitido generar un registro cuyas características más relevantes presentaremos en este artículo. Este registro aunado al trabajo de otros colegas en regiones vecinas (Bracco, 1993; Cabrera, 1997; López, 1994; López & Bracco, 1994) son el estímulo/base para la serie de ideas e hipótesis que hoy están guiando mi reflexión entorno a estos constructores de cerritos del Este del Uruguay.

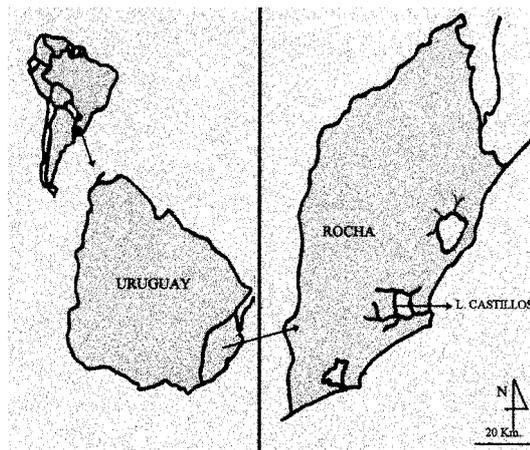


Figura 1. Mapa de ubicación general. Se detalla la región en estudio, *cuenca de la Laguna de Castillos*, Departamento de Rocha.

<sup>1</sup> En adelante usarán sin comillas los términos cerrito y túmulo indistintamente.

<sup>2</sup> MEC - Ministerio de Educación y Cultura, CNA-Comisión Nacional de Arqueología, AECI-Agencia Española de Cooperación Internacional.

Desde 1997, cuento con el privilegio de disfrutar de una Beca Mutis (AECL) para estudios de Doctorado. Entre muchas otras cosas, esto me ha permitido enriquecer mis lecturas con bibliografía y cursos poco comunes en el contexto académico del que provengo, intercambiar ideas con colegas de muy diferentes posturas teóricas y a su vez, tomar una sana distancia con la cotidianidad laboral que en países 'pobres' como Uruguay, en ocasiones, deja poco tiempo (lúcido) para cuestiones esenciales que hacen a la producción de conocimiento arqueológico. Decía entonces, que esta oportunidad ha generado (en relación con trabajos anteriores Pintos, 1995; 1997; 2000) un cambio en las premisas teóricas y los objetivos de investigación.

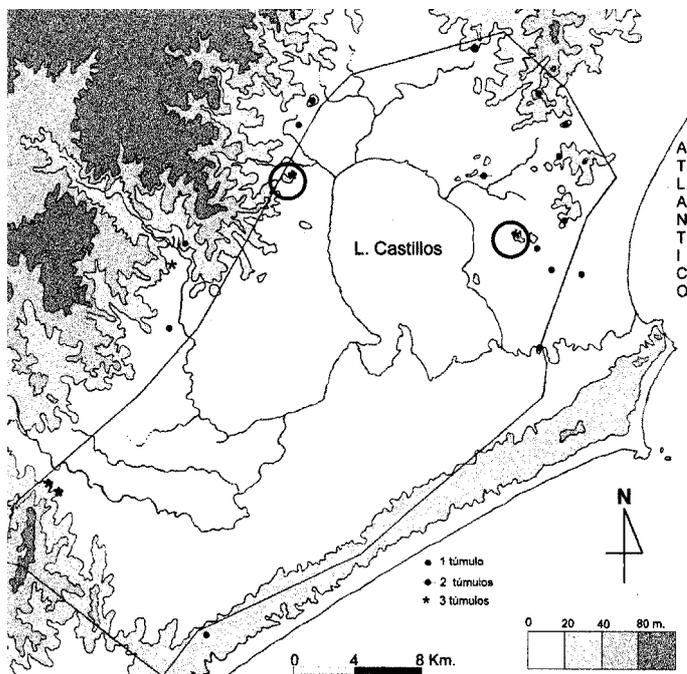


Figura 2. Mapa arqueológico de la cuenca de la *Laguna de Castillos*. Se señalizan los dos sitios excavados: *Cráneo Marcado* (izquierda) y *Guardia del Monte* (derecha).

En un intento de dejar de lado el reduccionismo y posibilismo energético (de la escuela ecológica-procesual) y el síndrome de 'la simplicidad' con que el pensamiento tradicional ha empobrecido el estudio de las sociedades cazadoras recolectoras, he querido abordar con nuevos ojos aspectos claves del registro arqueológico de esta cultura de constructores de cerritos del Uruguay, como: los trabajos en tierra y monumentalidad, enterramientos humanos, intensidad en el manejo del medio; en definitiva, he elegido aquellos aspectos del registro que se presentan como disonantes en relación a la tradicional caracterización de los grupos de caza y recolección. A partir de estos indicios, se intenta aquí reflexionar acerca del potencial de este modo de vida para generar complejidad social, es decir, meditar sobre la posibilidad de que una estructura cazadora re-

colectora no necesariamente deba estar reñida con un manejo<sup>3</sup> intensivo del medio (Fig. 3 y 4).

El presente trabajo se ha organizado en cinco bloques temáticos. Un primer bloque, a modo de presentación del tema, con las características más relevantes del registro arqueológico y de la región en estudio; incluyendo también los principales antecedentes de la investigación (bloque temático actual). Un segundo bloque temático, en el que se discutirá acerca de los cerritos como monumentos, el concepto de monumento, la morfología general de los túmulos, su técnica constructiva, haciéndose hincapié en el concepto de *proyecto o proceso monumental*. En un tercer bloque, se aborda todo lo referente al emplazamiento y visibilidad de los túmulos, insistiendo en la idea de construcción activa del paisaje, zonas de concentración de recursos, entre otros. En cuarto lugar, se buscará reactualizar el debate acerca de la estructura de sitio y de las áreas de actividad a la luz de los nuevos datos generados en la *Laguna de Castillos*. En quinto y último término, se exponen una serie de reflexiones generales en relación con todo lo planteado y como podría esto inscribirse dentro de la problemática del surgimiento de la complejidad social al interior de sociedades 'simples', como un ámbito idóneo para su interpretación.

### Algo de historia...

La Arqueología como ciencia en frecuentes ocasiones se ha visto influenciada en su proceso y objetivos de investigación por la propia espectacularidad de sus hallazgos, el estudio arqueológico de la cultura de los constructores de cerritos no ha sido ajeno a esta situación. La visibilidad de los túmulos, los enterramientos humanos y ajueres que las labores agrícolas dejaban al descubierto, alentaron ya desde finales del pasado y comienzos de este siglo a pioneros de la arqueología nacional (Bauzá, 1885; Figueira, 1892; Ferrés, 1927). Es significativo que un país que solo cuenta con un cuarto de siglo de disciplina académica (universitaria) tenga más de cien años de tradición en el estudio de esta cultura arqueológica. La historia de la investigación sobre el tema muestra (salvo excepciones) que la gran mayoría y por momentos la totalidad de las excavaciones se han concentrado sobre los propios cerritos, dedicándose muy pocos esfuerzos a la investigación de las planicies circundantes a los mismos.

Los trabajos arqueológicos que nuestro equipo inicia en la *Laguna de Castillos* son herederos de esta situación, tanto en el ámbito de la infor-

<sup>3</sup> Consciente de lo "chocante" del término, igualmente he optado por mantenerlo (definido en Pintos, 1999). Tomado de la ecología aplicada, la utilidad del concepto radica en que contempla grados diferenciales de acción humana sobre el medio.

mación disponible como en el de la experiencia metodológico-técnica. Sin pretender entrar en una exposición detallada que excedería los objetivos de este artículo, presentare las principales actividades hasta el momento realizadas en la cuenca de la *Laguna de Castillos* y los datos generados. La investigación ha pretendido escapar a las limitaciones de la arqueología de sitio, adoptando como unidad general de análisis la propia cuenca lacustre. Dado que nos enfrentábamos a una región sin sitios relevados ni estudios arqueológicos previos, por tanto, ante la falta de un adecuado soporte cronológico-cultural, se optó por trabajar a dos escalas y ritmos: a escala regional trabajos de prospección y a un nivel más puntual tareas de excavación.



Figura 3. Vista desde un túmulo (CLC 7). Se observa la planicie con una alta concentración de palmas, al fondo la laguna de Castillos.

El equipo ha dedicado (y dedica) buena parte de sus esfuerzos a tareas de prospección, localizando y catalogando hasta el momento 23 sitios (Fig. 2). En los pasados cuatro años se procedió a la excavación de dos de ellos, ambos sitios con cerritos: *Cráneo Marcado* (3050±50 BP- URU 059, carbón) y *Guardia del Monte* (4600±60-URU 205, valva) (Fig. 4 y 5). Abordándose dos de los tres monumentos presentes en cada uno de los mencionados sitios y las planicies asociadas a los mismos (trabajos que están aún en curso). En cuanto a restos humanos, se han recuperado cuatro enterramientos al interior del túmulo B del sitio *Cráneo Marcado* con sus respectivos ajuares (núcleos y lascas en cuarzo, esferoides, ocre, pipa). Para ambos yacimientos en las excavaciones de la planicie se hallaron una serie de piezas óseas humanas (fragmentos de cráneo y fémur, falange de mano), las mismas en su superficie evidenciaban huellas de origen antrópico como marcas de corte, negativo de fractura y quemado (Pintos & Bracco, 1997). En relación a la cultura material, en los propios túmulos y en las excavaciones de las planicies asociadas, se recuperaron restos de talla y artefactos líticos, cerámica, arqueofauna, así como también evidencias de maíz y calabaza (Del Puerto, 1998) asociados al enterramiento principal del túmulo B anteriormente mencionado.



Figura 4. Vista desde el cerrito principal de *Guardia del Monte*. Se observan zonas de alta concentración de recursos, planicies de bañado, palmar y pradera. En el horizonte, serranías donde también se localizaron túmulos.

A continuación se exponen una serie de argumentaciones surgidas a partir de estos trabajos. En el texto (Certezas I, II y III) he querido reflejar la dinámica y las escalas manejadas por la investigación en la cuenca de la Laguna de Castillos. Partiendo de lo particular, el cerrito como monumento (Certezas I), pasando a una escala regional (Certezas II), retornando para finalizar a una escala puntual pero de otro orden, como es el de la diferenciación de espacios al interior del yacimiento (Certezas III).

### Certezas (I): Los cerritos como monumentos

Comencemos por el comienzo, ¿qué se entiende en este trabajo por monumento? Dado el contexto cazador recolector que nos ocupa se entiende por *monumento*: el producto generado a partir de una serie de actividades y manipulaciones de materiales del medio circundante, reordenación de elementos que involucra una serie de técnicas, con el fin de obtener un artefacto visible y perdurable en el territorio del grupo.

Es el ser un artefacto (producto cultural), a lo que se suma el destaque visual (imperativo) y la perdurabilidad en el tiempo, lo que básicamente definiría a un monumento en un contexto cazador recolector (estas consideraciones contemplan los planteamientos realizados en Criado, 1993a,b). Es en estas dos últimas características (la inevitabilidad de su percepción y la perdurabilidad en el tiempo) donde radica desde un punto de vista material su diferencia para con el resto de objetos culturales. La actividad monumental no es precisamente lo que ha caracterizado a nuestra existencia como especie; la misma es un fenómeno relativamente reciente.



Figura 5. Cerrito principal *Guardia del Monte* en proceso de excavación. Se ven secuencias de sondeos realizados en las planicies inmediatas.

El monumento como construcción antrópica, lo entiendo como la reordenación de materiales naturales que generan un espacio cultural visible y permanente en el paisaje, que altera en forma definitiva el espacio preexistente y, por consiguiente, la propia experiencia humana. Esto permite suponer respecto de la sociedad que realiza estos monumentos, la existencia de un cambio en la percepción y valoración del tiempo y el espacio, por lo tanto, una nueva forma de pensarse (Criado, 1989). Como acertadamente señala Bradley (1993, 1998), subyace en la definición de monumento el ser realizado para conmemorar. Conmemorar por medio de un monumento, pienso, puede ser entendido como la materialización permanente en el presente del recuerdo de un pasado. Siguiendo a Bradley (Barrett et. al., 1991: 8) el paisaje puede ser entendido como superficie o escenario en el que las personas se movían y congregaban, y por ende, como producto de su acción, un producto culturalmente significativo de la redundancia de su ocupación.

Trasladando estas consideraciones al caso que aquí nos ocupa, podemos decir que en esencia (y esto es susceptible de controversias), un cerrito sería una construcción realizada básicamente con tierra; sedimentos removidos de las inmediaciones y depositados en sucesivas capas de acumulación que hacen que el túmulo gane altura (Bracco, 1990); una dinámica que puede involucrar lapsos de miles de años entre la primera y última capa de deposición. Esta dinámica se inició en este caso alrededor del año 4000 BP, cuando grupos cazadores recolectores comenzaron a remover porciones del suelo, generando acumulaciones de sedimento que disponían según una morfología relativamente constante<sup>4</sup> (Bracco & López

<sup>4</sup> Los cerritos relevados muestran variaciones morfológicas considerables, en las que aquí no abundaremos. Un cerrito "tipo" se presenta como una estructura de

1987, López & Pintos, 2000). Existe al parecer (como veremos en el punto siguiente) la intención de "perlar", de connotar monumentalmente un paisaje, mediante esta reordenación de sedimentos. La monumentalización como proceso que convierte al sin lugar en lugar.

A su vez, los cerritos como monumentos, presentan otras dos particularidades suficientemente interesantes como para ser aquí destacadas:

- su técnica constructiva,
- su carácter funerario.

### Los cerritos como lugar de enterramiento

Que un grupo cazador recolector entierre a sus muertos, aunque no es del todo frecuente es plausible, pero de ahí a pasar a monumentalizar la muerte, existe ya una gran diferencia. A mi juicio, es de especial relevancia que estos monumentos no sean meras acumulaciones de tierra, estos presentan en su interior restos humanos, conformando un paisaje fundamentalmente connotado por la monumentalización de la muerte. El paisaje cultural monumental pasa a ser así un paisaje de la monumentalización de la muerte (Criado, 1991).



Figura 6. Excavación en el túmulo principal del sitio *Guardia del Monte*. Se aprecia el dominio visual de las planicies circundantes.

La presencia de enterramientos humanos al interior de muchas de estas construcciones (Gianotti, 1998), nos sitúa ante la materialización de factores ideológicos novedosos en relación a la tipología socio-cultural tradicional de grupos cazadores recolectores. Su puede sugerir que el valor simbólico de un monumento diferirá dependiendo de si contiene, o no, los restos de un antepasado. En caso afirmativo, esto afectará la relación de los individuos vivos para con ese monumento. Muerto y vivos, enterrado y 'enterradores', configuraron en vida una serie de relaciones sociales (afectivas, políticas y económicas) que no pueden ser consideradas homogéneas en

planta relativamente circular de unos 30 m de diámetro y entre el 1,5 y 2 m de altura.

intensidad para el conjunto de los individuos del grupo. Aceptando esto, puede verse la monumentalización de la muerte de ciertos individuos como la consolidación histórica de un cierto orden social; una sociedad que estaría dando un rol creciente a la figura del antepasado y al sistema de linajes (en el sentido que señala Vicent, 1991, 1998). Este autor plantea que las bandas de cazadores recolectores ('parentesco clasificatorio') establecen altos niveles de reciprocidad intergrupal como mecanismo paliativo en caso de crisis, lo que implica un acceso generalizado a los recursos y los productos (Vicent 1998: 829-31). La disolución del orden de banda se daría a partir de una transformación de la estructura de parentesco, que pasaría a poder definirse como 'parentesco genealógico'. El sistema de linajes se presenta así, como marco conceptual adecuado a partir del cual interpretar los crecientes niveles de reciprocidad negativa tanto a nivel intergrupal como intragrupal. Como argumenta Dillehay (1990) la actividad monumental puede ser entendida como expresión de una red social que en lo espacial regula las relaciones regionales con los vecinos y en lo vertical (construcción del túmulo y enterramiento) vincula el presente con los antepasados, los vivos con su historia. El caso arqueológico de los constructores de cerritos, quizá sea un aporte más para debatir como este proceso de creciente insolidaridad puede tener cabida en ámbitos de caza y recolección.

**La técnica constructiva**

Un cerrito como construcción arquitectónica (como se hiciera referencia), consiste básicamente en la superposición de sucesivas capas de sedimento proveniente de los alrededores (Fig. 7). Este proceso constructivo se extiende en ocasiones por lapsos mayores a los 2500 años de ritualidad acumulativa. Durante este período distintos eventos (capas) de construcción se suceden, relacionados (no siempre) con actividades de enterramiento humano. Se podría sugerir entonces que el cerrito como construcción planificada ya contempla en su esencia la proyección temporal, es desde su concepción 'monumento-inacabado'. Pensable más como un 'proyecto monumental' que como hito o evento único. La ritualidad acumulativa de tierra vista como reafirmación cultural y grupal en el presente, el monumento como proyecto monumental vinculando generaciones, vivos y muertos, genealogía y diacronía.

En contra de este proceso o proyecto constructivo, desde una óptica adaptacionista, se podrían argumentar impedimentos de orden energético y fuerza de trabajo para explicar tal dinámica. Dejando de lado las consideraciones acerca de lo aburrida y poco vistosa que sería tal hipótesis, cabe señalar además, el enorme etnocentrismo que supone negarles (también) a estos indios la capacidad de acumular algunos miles de kilos de

tierra en varios siglos y/o milenios. No resulta disparatado pensar que la construcción no se hiciera en lapsos menores si este hubiera sido el objetivo y significación de dicho lugar y monumento para el grupo constructor.

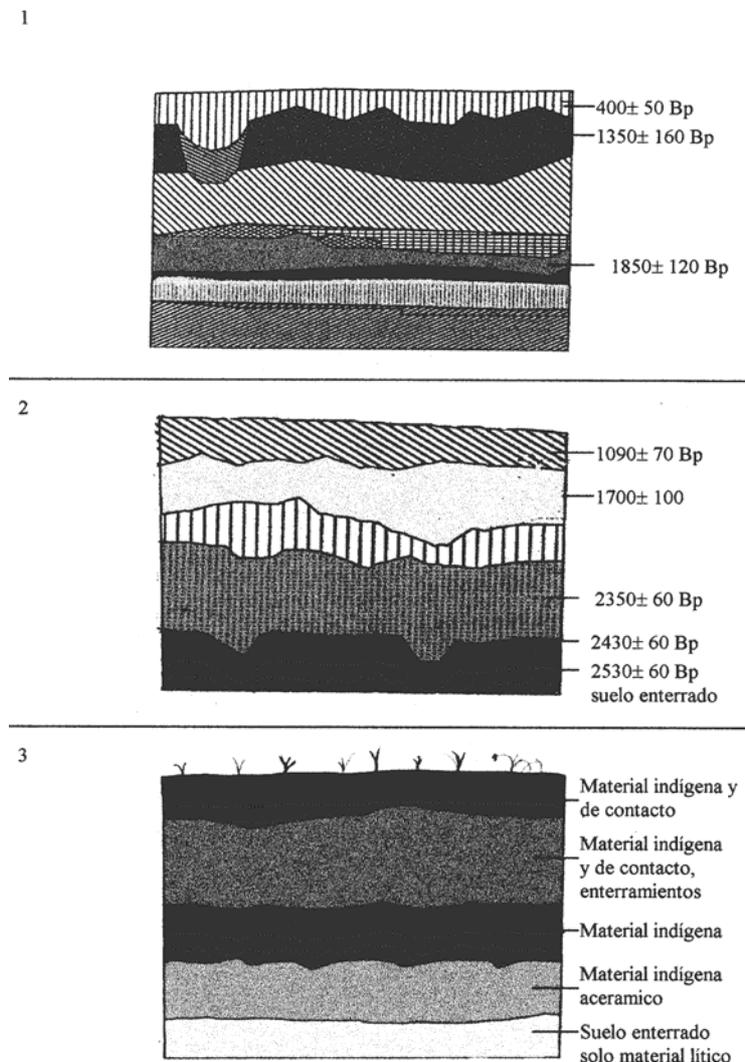


Figura 7. Estratigrafías en las que se representan las sucesivas capas de construcción para distintos cerritos y sus respectivas cronologías: 1) cerrito A de San Miguel, 2) cerrito B de San Miguel, 3) cerrito B de Cráneo Marcado (este último con cronología relativa).

Hoy en investigación antropológica, el ¿cómo lo hicieron? aparece con frecuencia como un objetivo un tanto anecdótico, frente a las potencialidades de un ¿por qué? y sus posibles correspondencias estructurales con otras esferas de la cultura. Estamos frente a un gesto cultural (acumulación de sedimento) que se presenta con una redundancia de milenios. Se eligieron zonas muy específicas del paisaje para las cuales decenas de generaciones durante decenas de siglos mantuvieron su compromiso de actividad monumental. Un gesto que aparece como un prolongado y efectivo mecanismo de negociación al interior de estas sociedades. Con esto, no quiero decir que durante 3000 años existiera la misma significación émica para con estas construcciones; mi de-

seo es, por el contrario, hacer hincapié en la idea de que lejos de ser olvidados, estos monumentos fueron tenidos en cuenta, acrecentados en tamaño, modificados en forma, enterrados sus muertos, resignificados.

## Certezas (II): Emplazamiento y visibilidad de los monumentos

Como señalé en el punto anterior, los cerritos son básicamente construcciones en tierra que en su interior, además de otros vestigios culturales (cerámica, lítico, fauna), contienen en muchos casos enterramientos humanos. La complejidad de este fenómeno puede ser captada en forma más adecuada si salimos de la escala puntual del mero túmulo aislado y pasamos a una escala regional; me remitiré para ello a la serie de observaciones de campo y a los datos generados a partir de los trabajos en la cuenca de la *Laguna de Castillos* (Pintos 1997, 1998)<sup>5</sup>.

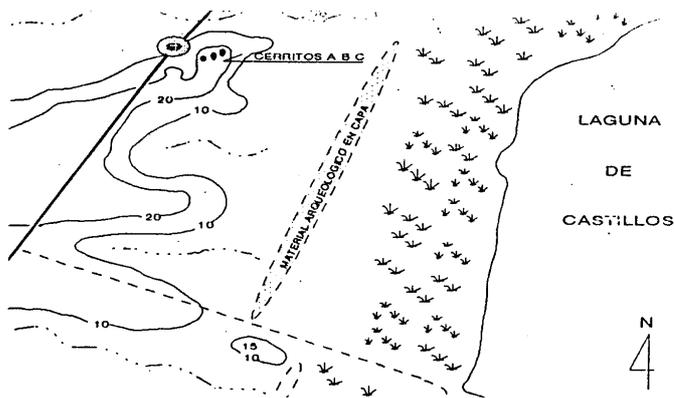


Figura 8. Dibujo en planta del sitio *Cráneo Marcado*, se señala la ubicación de los cerritos y la zona de planicie con material arqueológico.

Se puede sostener que no todos los espacios fueron igualmente valorados para el emplazamiento de los túmulos. Esta observación, parte de la simple base de que no en todos los lugares se les encuentra. El estudio de su ubicación permite ver que se priorizaron para su construcción formas de la geografía topográficamente destacadas (esto no impide que existan casos de emplazamiento en llanuras), y que fueron ubicados por lo general en verdaderos **balcones** desde los cuales se logra un dominio visual de amplias zonas de topografía más deprimida. A su vez, desde estos puntos (de emplazamiento) es posible un contacto visual con otros lugares monumentalmente connotados (Fig. 8 y 9)<sup>6</sup>. Existen entonces al me-

nos tres recurrencias en cuanto a la distribución espacial de los túmulos:

- Zona destacada topográficamente = lugar de emplazamiento de los monumentos.
- Desde el lugar de emplazamiento es posible el contacto visual con otros lugares connotados monumentalmente.
- Como resultante de las dos recurrencias anteriores, se generan cuencas de intervisibilidad, con dominio visual sobre amplias zonas que por lo general se corresponden con las mayores concentraciones de recursos (pasturas, palmares, rebaños de herbívoros).

La propia cuenca lacunar puede verse actuando como una unidad espacial cerrada de intervisibilidad. La forma natural de la cuenca y las principales geoformas contenidas en ellas parecerían actuar como unidad o plan directriz que inspiraría la semantización monumental de este paisaje (cuestión que ya ha sido señalada para zonas vecinas *vide* López & Pintos, 1997; 2000). En un paisaje extremadamente plano como el de los humedales del Este del Uruguay (con alturas medias de 50-60 m. s. n. m. y máximas de 170 m. s. n. m.) resulta significativa la recurrencia de:

*zona destacada topográficamente = lugar de emplazamiento de los monumentos.*

Este hecho toma especial relevancia si a su vez tenemos en cuenta al proyecto monumental al que hacíamos referencia en el punto anterior. Algunos cerritos en sus inicios implican una acumulación de no más de 0,4 m de altura y unos 20 m de diámetro (o incluso menos)<sup>7</sup>, imperceptibles en la lejanía, lo cual refuerza la idea de que existe ya en la propia geoforma que da lugar a su emplazamiento una significación previa al hecho monumental. Existiría un paisaje en el cual elementos naturales (lomadas, afloramientos rocosos prominentes, lagunas, etc.) serían referencias espaciales de importancia para su configuración. Es a partir de esta configuración paisajística previa, o proceso de creación ritual del espacio (en el sentido de Thornton, 1980) que debe ser contemplado el fenómeno de monumentalización que se comienza a realizar en esta zona. Es recurrente que las excavaciones en los túmulos evidencien un componente 'pre-cerrito', testimonio de actividades previas a la construcción del mismo, focalización redundante de actividades en ciertas zonas del paisaje (Fig. 10). La construcción activa del paisaje por parte de estos cazadores recolectores parece sugerir un proceso de resemantización

<sup>5</sup> Los trabajos de prospección aún continúan para zonas puntuales de la cuenca lacustre.

<sup>6</sup> Sin desconocer las enormes distancias de todo orden que separan ambos fenómenos, existen interesantes recurrencias y de hecho me inspiran en buena medida los

planteamientos realizados para el megalitismo gallego por F. Criado (1989, 1991, 1993a, b).

<sup>7</sup> Es el caso del túmulo B del sitio *Guardia del Monte*, cuya excavación evidenció una única capa de acumulación.

monumental que contempla en buena medida mapas mentales anteriores.

Por último cabe señalar otra variable que puede estar incidiendo en todo este complejo fenómeno, como es el de la "obligatoriedad" para el tránsito (por lo inundable del terreno) de muchos de los puntos connotados monumentalmente. Si se construye un monumento (de las características de un cerrito) éste es realizado entre otras cosas para ser visto, por lo cual, se optimiza esta intencionalidad si se le emplaza en los lugares de mayor visibilidad o tránsito dentro del territorio. Una estrategia de visualización que se optimiza a dos escalas, pues la presencia del monumento no sólo será permanente en la cotidianidad del propio grupo, sino que además será elemento imperativo para otros que circulen por la zona. Es decir, con la semantización de estas arterias y estos nódulos fundamentales en la estructuración del territorio, lo que parecería estar-se haciendo es potencializar una estrategia de connotación monumental de un paisaje dado. A diferencia de otros grupos cazadores recolectores, existen aquí evidencias de una estrategia cultural de utilización del espacio que, lejos de ocultarse o pasar desapercibida se anuncia e impone en el territorio, para quién quiera o no quiera verlo, para integrantes del grupo o extraños al mismo.



Figura 9. Vista general del sitio *Cráneo Marcado* con los cerritos coronando la lomada.

Ya ha sido señalado que la complejidad exhibida por estos cazadores recolectores permite pensar en una construcción activa de este paisaje cazador recolector (Pintos, 1998). Una construcción activa que, a partir de la estrategia de monumentalización en tierra, fuese reclamando puntos y líneas (Ingold, 1986; Criado, 1993a) para luego progresivamente cerrar espacios en un paisaje cada vez más dividido (siguiendo a Vicent, 1991, 1998, en un sentido amplio de lo apropiativo de un paisaje campesino). No estoy sosteniendo la existencia de verdaderas parcelas, ni tampoco la necesidad de territorios defendidos a ultranza, lo que sí parece interesante es explorar las posibles correspondencias estructurales entre los diferentes aspectos del manejo de un determinado ambiente: configuración de los recursos, patrones de asentamiento, actividad monumental y

construcción activa del paisaje, sistemas de información y procesos de territorialización, actitud para con el medio, entre otros.

### **Certezas (III): Estructura interna y áreas de actividad en yacimientos con cerritos**

La caracterización de la estructura interna y las áreas de actividad de los sitios con túmulos ha sido una cuestión de difícil resolución y hasta hoy día es un debate vigente en Uruguay. Sin querer exagerar se puede decir que, al parecer, ahí están los monumentos con algunos vestigios asociados en sus inmediaciones, pero de las 'zonas de habitación' de estos grupos muy poco se sabe. A los cerritos se los ha visto como construcciones adaptativas a ambientes inundables, incluso asignándoseles una génesis antrópica no intencional, en el entendido de que sobre ellos transcurriría buena parte de la vida de estos grupos (Naue, 1968, Schmitz, 1967, 1976).

Se ha argumentado también sobre la existencia espacialmente inmediata a los túmulos de estructuras (microrelieves) y materiales culturales que estarían correspondiendo a los vestigios de las zonas de habitación (Curbelo et al, 1990, Pintos, 2000). No pretendo aquí realizar una exposición detallada de los antecedentes y de las posibles causas que pueden haber determinado la cambiante caracterización de estos yacimientos. Pero si cabe señalar que las consideraciones acerca de la estructura y las áreas de actividad de los mismos, influirán en gran medida sobre el grado de complejidad con que se piense a estas sociedades. A la hora de hablar de jerarquización de espacios, percepción del tiempo, tratamiento de la muerte, será muy diferente si se plantea una génesis no intencional de estas estructuras o en cambio las vemos como construcciones monumentales; también cambiará nuestra visión si partimos de la base de que el propio cerrito fue una plataforma adaptativa de habitación o bien, en cambio, que el grupo vivía en las inmediaciones del mismo y por consiguiente el cerrito pasaría a ser una construcción diferenciada de las estructuras habitacionales.

El estudio arqueológico de esta cultura ha estado fuertemente sesgado por una desmedida atracción-por-el-cerrito, que ha llevado a concentrar prácticamente la totalidad de las excavaciones sobre los propios túmulos o en el mejor de los casos en la planicie inmediata a los mismos. En un aparente descuido de los rangos espaciales que la investigación de un contexto cazador recolector necesariamente debe contemplar, se generaron hipótesis y modelos que en su pobreza espacial han redundado en una espacialidad pobre.



Figura 10. Excavación I del cerrito principal de *Guardia del Monte*. Suelo (horizonte A) por debajo del primer episodio constructivo del cerrito. Se observan una serie de morteros, con su cara activa hacia abajo, varios de ellos estaban agotados.

En relación a los dos sitios que hemos excavado para la cuenca de la *Laguna de Castillos*, nos ha sido posible determinar la presencia a nivel de su estructura interna de una configuración que puede aportar nuevos ingredientes al debate sobre este tema. Son sitios (*Cráneo Marcado* y *Guardia del Monte*) que aún están en tareas de excavación y sobre los que estamos en pleno proceso de reflexión. Dada esta situación, pareció interesante enriquecer la investigación presentando a discusión académica los datos e hipótesis hasta el momento generados.

Ambos yacimientos muestran una serie de semejanzas, como el poseer tres cerritos, emplazados en lomadas que dominan buena parte de la cuenca lacustre; a su vez, entre ellos es posible establecer contacto visual (sitios *Cráneo Marcado* margen W y *Guardia del Monte* margen E de la laguna). Los trabajos de excavación sobre los túmulos (Pintos, 1997, 1998, 1999) han permitido recuperar una serie de enterramientos humanos y materiales culturales (cerámica, material lítico, arqueofauna, entre otros). La serie de sondeos realizados en las inmediaciones de los túmulos (aprox. 500 m a la redonda) para el caso de *Cráneo Marcado* aportaron una muy baja densidad de materiales, siendo esta nula para *Guardia del Monte*. En contraste con esta baja densidad de vesti-

gios, en la planicie<sup>8</sup> asociada a la lomada en que se encuentran los túmulos excavados (distante 1-1,5 Km), se localizó una concentración significativamente mayor de material cultural (cerámica, material lítico, arqueofauna, ocre, carbón, así como también piezas óseas humanas).

Los trabajos (aún primarios) en estos dos yacimientos parecerían estar sugiriendo ciertas recurrencias:

1. Los lugares topográficamente destacados son connotados monumentalmente (cerritos).
2. Al interior de algunos de estos monumentos queda claramente representada la actividad de enterramiento humano (hay túmulos que no aportaron restos humanos).
3. Aún no tenemos opinión formada acerca de la actividad/es que pudieron dar lugar a los vestigios culturales recuperados tanto en los propios túmulos y en menor densidad en sus alrededores inmediatos, pero podemos presumir que uno de los agentes principales pudieron ser las actividades rituales vinculadas a los propios monumentos<sup>9</sup>.
4. Las planicies asociadas al lugar donde se encuentran los túmulos (a 1-1,5 Km de distancia), se presentan como áreas de actividad claramente diferentes a la de los alrededores inmediatos de los mismos, tanto en aspectos monumentales, topográficos, así como en la concentración y estructuración del registro material recuperado; indicios que permiten pensar en posibles zonas de habitación<sup>10</sup>.

## Complejas certezas...

Para quienes nos enfrentamos al estudio de sociedades cazadoras recolectoras, existe un trasfondo no siempre consciente en la mente del investigador, como es el del profundo etnocentrismo que subyace a la hora de mirar al 'otro', y en este caso al otro 'salvaje'. En países como Uruguay en donde se practico un etnocidio total de las comunidades indígenas, este aspecto toma especial relevancia.

<sup>8</sup> Se ha determinado para la zona excavada entorno al 3000-4000 BP un nivel de costa de la laguna (Bossi et al., 1995), los vestigios arqueológicos fechados confirman la ocupación humana en este rango temporal.

<sup>9</sup> Existen numerosos rituales festivos asociados a túmulos funerarios descritos en la etnografía sudamericana (sur de Chile y Brasil, entre otros)

<sup>10</sup> La información disponible para estas zonas dista aún mucho de ser la adecuada.

Uno de los alicientes forjadores de nuestra identidad 'civilizada', 'cultiva', ha sido la polarización con lo no-civilizado, con lo simple, con lo salvaje (Bartra, 1996). La mentalidad moderna evolucionista se ha reservado el privilegio de la cumbre, y ha estructurado su personalidad, estableciendo todo un gradiente descendiente, del cual el estadio inferior de niñez-natural ha sido destinado a las sociedades 'pre-lógicas', 'iletradas', 'frías', 'primitivas' (entiéndase cazadoras recolectoras). Desde una perspectiva tradicional, el 'descubrimiento' de la agricultura, era fósil guía diagnóstico para trazar la gran línea divisoria de la tipología cultural. Siendo esto así, la producción de alimentos asumía el rol de rito de pasaje entre el 'otro' y el 'nosotros' (Hernando, 1999a). Esta especie de determinismo liminal llevó a que durante buena parte de la investigación antropológica, fuera prácticamente impensable la complejidad social en grupos cazadores recolectores<sup>11</sup>.

Con el discurrir de la investigación en los humedales del Este del Uruguay, un número cada vez mayor de evidencias, me han obligado a replantearme toda la serie de preconcepciones que llevaba a la hora de su estudio arqueológico. Atendiendo a las categorías de tiempo y espacio, como lineamientos básicos sobre los que una sociedad percibe y ordena su experiencia (Eliás, 1989; Hernando, 1997<sup>a</sup>; Kern, 1983), cabe presuponer diferencias para estos constructores de túmulos en relación a la clásica caracterización de los cazadores recolectores "primitivos" (Lee & DeVore, 1968). El registro arqueológico al que me refiero, exhibe marcadas distancias (en comparación con otras sociedades cazadoras recolectoras) en cuanto a la utilización del espacio (territorialidad y explotación intensiva de recursos) y percepción del tiempo (monumentalidad y tratamiento de los muertos), lo cual invita a modelizar acerca de las diferentes correspondencias estructurales dentro de esta particular configuración sociocultural compleja.

Si algo ha quedado claro luego de los aportes de estas dos últimas décadas (Arnold, 1992, 1996; Bender, 1978, 1981; Binford, 1980; Price & Brown, 1985; Testart, 1982a, b; Schnirelman, 1992, 1994; Zvelebil, 1986; entre otros), es que un gran número de sociedades cazadoras recolectoras no concuerdan con la tradicional caracterización de bandas simples (en el sentido de Lee & Devore, 1968). Este 'vacío' conceptual ha sido subsanado con la categoría de cazadores recolectores com-

plejos, quienes presentarían un manejo social más intenso en cuanto a producción de individuos, uso del espacio (sedentarismo y explotación de recursos), jerarquización y especialización social. Es en este contexto de discusión en el que se incluye este texto, que no pretende sino presentar cuestiones que pueden ser de relevancia también a la hora de interpretar el registro arqueológico.

Estos pobladores prehistóricos de los humedales del Este de Uruguay, comenzaron alrededor del 4000 BP, a realizar una verdadera *construcción activa del paisaje* (en un sentido similar al señalado por Criado, 1993b). A diferencia de otros grupos cazadores recolectores que (siguiendo a Hernando, 1999b) exhiben una percepción de la realidad ordenada preferentemente en base a referencias espaciales y con un fuerte sentido de presente y un escaso desarrollo de la linealidad temporal, para el caso que nos ocupa, el paisaje se monumentaliza mediante la erección de monumentos en tierra, cerritos que entre otras funciones tenían la de lugar de enterramiento humano. La presencia de monumentos, y en este caso, la monumentalización de la muerte de ciertos individuos, parecería indicar una percepción de la realidad diferente a la clásicamente atribuida a cazadores recolectores. La jerarquización de ciertos espacios (monumentalización) y de ciertos individuos (enterramientos y ajuares) aparecen como materialización ideológica de un estado de diferenciación y complejidad social (en el sentido señalado por Earle, 1997).

La actividad monumental además de sugerir el advenimiento de formas nuevas en cuanto a percepción del espacio (Bradley, 1993, 1998 y Criado, 1989, 1991) implica a su vez cambios en la valoración del tiempo (Bradley, 1993; Criado 1991; Hernando 1997a, b). El cerrito como hecho histórico puede ser visto como el fin de una posible sincronía, y nuestra insistencia en el concepto de proceso o proyecto constructivo en relación a estos monumentos radica en que las sucesivas capas y modificaciones a que fueron sometidos puede reflejar que, lejos de constituir hechos puntuales y únicos (olvidables) estos monumentos fueron tenidos en cuenta por sucesivas generaciones durante miles de años. Siguieron agregándoles capas y junto con ellas restos humanos, acondicionándolas, reformándolas, en fin resignificándolas socialmente. Evidencias materiales de una ideología que alude a procesos de negociación social en los que los antepasados, la historia, la profundidad temporal y el anclaje espacial del grupo, desempeñaron un rol destacado. En definitiva, parece ser que nos encontramos ante un manejo social del medio que presenta similitudes con lo que muchos autores han venido definiendo como cazadores recolectores complejos.

<sup>11</sup> Desde hace algunas décadas cada vez más autores plantean la necesidad de atender toda esta serie de sesgos ideológicos a la hora del estudio de sociedades cazadoras recolectoras (Arnold, 1993, 1996) así como también en cuanto al estudio de los inicios de la agricultura (Hernando, 1999a, b).

### Gratitudes

Este texto ha sido posible gracias al respaldo de la AECl, beca MUTIS para estudios de Doctorado. Los trabajos de campo así como de laboratorio contaron con el apoyo de la CNA-MEC. El Departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense, sus docentes y cursos han sido el marco-estímulo de reflexión para este artículo. El texto recoge a su vez las motivaciones de los colegas presentes en el Curso de Formación Anual en Arqueología del Paisaje, Santiago de Compostela (1999).

Agradecer en primer lugar a mi tutora Almudena Hernando, celebrar su permanente estímulo desde mi llegada a España, su aporte crítico a mi investigación y comentarios para con este texto. El artículo ha sido sensible también a las interesantes sugerencias de Alfredo Jimeno y Marisa Ruiz Galvez, en oportunidad de mi lectura del Trabajo de Doctorado. Por último y en primer lugar, a toda la serie de colaboradores que integran el equipo de investigación (Uruguay), 'poetas' que siguen haciendo posible la utopía de la investigación arqueológica por esas latitudes del planeta...Para con todos ellos, y los antes mencionados vayan entonces las gratitudes...

### Bibliografía

- Arnold, J. 1992. Complex hunter-gatherers-fishers of prehistoric California: chiefs, specialist and maritime adaptation of the Channel Islands. *American Antiquity*, 57: 60-84.
- Arnold, J. 1993. Labor and the rise of complex hunter-gatherer. *Journal of Anthropological Archaeology*, 12: 75-119.
- Arnold, J. 1996. The archaeology of complex hunter-gatherers. *Journal of Archaeological Method and Theory*, 3(2): 77-127.
- Bartra, R. 1996. *El salvaje en el espejo*. Barcelona: Destino.
- Barrett, J.; Bradley, R.; Geen, M. 1991. *Landscape, Monuments and Society. The prehistory of Carbon Chase*. Cambridge University Press. England.
- Bauza, F. 1885. Habitantes primitivos del Uruguay. *Historia de la dominación Española en el Uruguay*, Tomo I.
- Bender, B. (1978): Gatherer-hunter to farmer: a social perspective. *World Archaeology*, 10 (2): 204-22.
- Bender, B. 1981. Gatherer-hunter intensification. *Economic Archaeology*. (Sheridaw & Bailey eds.), International Series 96: 149-57.
- Binford, L. 1980. Willow smoke and dogs' tails: hunter gatherer settlement systems and archaeological site formation. *American Antiquity*, 45: 4-25.
- Bossi, J.; Bracco, R.; Montaña, J. (1995): *Causas geológicas del paisaje Rochense*. Probides. Uruguay.
- Bracco, R. 1990. Dataciones 14C en sitios con elevación. *Antropología* 1: 11-7.
- Bracco, R. 1993. Desarrollo cultural y evolución ambiental en la región este del Uruguay: 43-73. Uruguay: UdelAR.
- Bracco, R.; López, J. 1987. Prospección Arqueológica y Análisis de Foto Aérea. Bañado de la India muerte y Bañado de San Miguel, Dpto. de Rocha. CRALM-MEC. Uruguay.
- Bradley, R. 1993. *Altering the Earth*. Society of Antiquaries of Scotland. Monograph Series, 8. Edinburgh.
- Bradley R., 1998. *The Significance of Monuments. On the shaping of human experience in Neolithic and Bronze Age Europe*. Routledge. London.
- Cabrera, L. 1997. Funebria y sociedad entre los "constructores de cerritos" del Este uruguayo. 49º Congreso Americanista, en López y Sans (coord.) *Arqueología y Bioantropología de las tierras bajas*: 63-80. Montevideo: UdelAR.
- Criado, F. 1989. Megalitos, Espacio y Pensamiento. *Trabajos de Prehistoria*, 46: 75-98. Madrid.
- Criado, F. 1991. Tiempos Megalíticos y Espacios Modernos, *Historia y Crítica*, 1: 85-108.
- Criado, F. 1993a. Visibilidad e interpretación del registro arqueológico. *Trabajos de Prehistoria*, 50: 39-36. Madrid.
- Criado, F. 1993b. Límites y posibilidades de la Arqueología del Paisaje. *SPAL*, 2: 9-55. Sevilla.
- Curbelo, C.; Cabrera, L.; Fusco, N.; Martínez, E.; Bracco, R.; Femenías, J.; López, J. 1990. "Sitio CH2D01, Area de San Miguel, Dpto de Rocha, R. O. U. del Uruguay. Estructura de sitio y zonas de actividad. CRALM. MEC. Uruguay.
- Del Puerto, L. 1998. Silicofitolitos: su aplicación para la reconstrucción de los sistemas prehistóricos de subsistencia Cráneo Marcado-Laguna de Castillos: un caso de estudio". *Trabajo de Técnicas. FHCE, UdelAR*. Montevideo.
- Dillehay, T. 1990. Mapuche ceremonial landscape, social recruitment and resource rights. *World Archaeology*, 22 (2): 223-41.
- Earle, T. 1997. *How Chiefs Come to Power. The Political Economy in Prehistory*. Stanford University Press. California.
- Elias, N. 1989. *Sobre el Tiempo*. Fondo de Cultura Económica. España.

- Ferrés, C. 1927. Los terremotos de los indios. *Rev. de la Soc. de Amigos de la Arqueología*, 1: 139-49. Montevideo.
- Figueira, J. 1892. Los primitivos habitantes del Uruguay. *Exposición Histórico Americana de Madrid*. Memoria. Uruguay, pp. 121-221.
- Gamble, C. 1986. The mesolithic sandwich: ecological approaches and the archaeological record of the early postglacial. Zvevibel, M. (ed.), *Hunters in transition*. Cambridge University Press, Cambridge
- Gianotti, C. 1998. Ritual funerario y prácticas mortuorias en las Tierras Bajas. *Monografía, FHCE, UdelaR*, Montevideo.
- Hayden, B. 1981. Research and development in the stone age: Technological transitions among hunter-gatherers. *Current Anthropology*, 22: 519-48.
- Hernando, A. 1997a. Sobre la Prehistoria y sus Habitantes: Mitos, Metáforas y miedos. *Complutum*, 8: 247-60. Madrid.
- Hernando, A. 1997b. La identidad Q'eqchi. Percepción de la realidad y autoconciencia de un grupo de agricultores de roza de Guatemala. *Revista Española de Antropología Americana*, 27: 199-220.
- Hernando, A. 1999a. *Los primeros agricultores de la Península Ibérica. Una Historiografía crítica del Neolítico*. Síntesis. Madrid. (e.p.)
- Hernando, A. 1999b. El Neolítico como clave de la identidad moderna: la difícil interpretación de los cambios y los desarrollos regionales. 2º Congres del Neolitic a la Peninsula Ibérica, abril 1999, Valencia. (e.p.)
- Ingold. T. 1986. *The appropriation of Nature. Essays on Human Ecology and Social Relations*. Manchester Univ. Press. Cambridge.
- Kern, S. 1983. *The Culture of Time and Space 1880-1918*. Harvard University Press. Cambridge, Massachusetts.
- Lee, R.; Devore, I. (eds.) 1968. *Man the Hunter*. Chicago: Aldine.
- López, J. 1994. Cabo Polonio: sitio arqueológico del litoral Atlántico uruguayo. Anais da 7º Reunion Científica da SABB. *Revista de Arqueología*. Brasil.
- López, J.; Bracco, R. 1994. Cazadores - recolectores de la Cuenca de la Laguna Merín: aproximaciones teóricas y modelos arqueológicos. *Arqueología de Cazadores - Recolectores*. Límites, casos y aperturas. *Arqueología Contemporánea*. Edición Especial: 51-64.
- López, J.; Pintos, S. 1997. Paisaje Arqueológico de la Cuenca de la Laguna Negra, Dpto. de Rocha, R.O.U. *Actas del IX Congreso Nacional de Arqueología*. Uruguay. (e. p.)
- López, J.; Pintos, S. 2000. Distribución espacial de estructuras monticulares en la Cuenca de la Laguna Negra. En Durán A. y Bracco R. (eds), *Arqueología de las Tierras Bajas*. pp 49-58. Montevideo: MEC
- Naue, G. 1968. Dados sobre o estudo dos Cerritos na área Meridional da lagoa dos patos, Rio Grande, R. S". *Inst. Anchietao de Pesquisas*. Sao Leopoldo.
- Pintos, S. 1995. Manejo prehistórico de recursos faunísticos en los Humedales del Este. *Monografía de Grado. FHCE, UdelaR*, Montevideo. (inédito)
- Pintos, S. 1997. Arqueología en el Sitio Cráneo Mercado-Laguna de Castillos Dpto. de Rocha (R.O.U). *Actas del IX Congreso Nacional de Arqueología*. Uruguay. (e. p.)
- Pintos, S. 1998. Actividad Monumental: la construcción del Paisaje entre los cazadores recolectores de la región Este del Uruguay. *Arqueología Espacial*, 19-20: 529-42. Teruel.
- Pintos, S. 1999. Cazadores recolectores complejos, la experiencia humana enriquecida. Constructores de cerritos del Este del Uruguay. Trabajo de Investigación, Curso de Doctorado, Dpto. de Prehistoria. UCM.
- Pintos, S.; Bracco R. 1997. Modalidades de enterramiento y huellas de origen antrópico en especímenes oseos humanos. Tierras Bajas del Este del Uruguay (R. O. U.). En López Mazz J.; Sans M., 1999: *Arqueología y Bioantropología de las tierras bajas*: 81-106. Montevideo: FHCE, UdelaR.
- Pintos, S. 2000. Economía Húmeda del Este del país: su manejo de recursos faunísticos. En Durán A. y Bracco R. (eds), *Arqueología de las Tierras Bajas*. pp 249-70. Montevideo:MEC.
- Price, T.; Brown, J. (eds.), 1985. *Prehistoric Hunter-Gathers. The Emergence of Cultural Complexity*. Academic Press, Inc. London.
- Schmitz, P. 1967. Arqueología no Rio Grande do Sul. *Pesquisas, Antropología* 16, San Leopoldo.
- Schmitz, P. 1976. Sitios de pesca lacustre em Rio Grande, R. S., Brasil. *Tese de livre docencia*. Pontificia universidade Católica do Rio Grande do Sul. Brasil.
- Schnirelman, V. 1992. Complex hunter-gatherers: exception or common phenomenon?. *Dialectical Anthropology*, 17: 183-96.
- Schnirelman, V. 1994. Farming or fishing? On the unevenness of socio-economic development in Neolithic times. 6º *Coloquio Hispano-Ruso de Historia*: 39-54. Madrid: Fundación Cultural Banesto.
- Testart, A. 1982a. The significance of food storage among hunter-gatherers: Residence patterns, population densities, and social

- inequalities. *Current Anthropology*, 23: 523-537.
- Testart, A. 1982b. *Les Chasseurs-Cueilleurs ou L'origine des inégalités*. Société D'Ethnographie. Paris.
- Thorton, R. 1980. *Space, Time, and Culture among the Iraqw of Tanzania*. Studies in Anthropology. Academic Press. Berkeley.
- Vicent, J. 1991. El Neolítico. Transformaciones sociales y económicas. *Boletín de Antropología Americana*, Diciembre. México.
- Vicent, J. 1998. La prehistoria del modo tributario de producción. *HISPANIA LVIII*, 3, 200: 823-39.
- Yesner, D. 1980. Maritime hunter-gatherers: Ecology and prehistory. *Current Anthropology*, 21: 727-50.
- Zvelebil, M. (ed.) 1986. *Hunter in Transition. Mesolithic Societies of Temperate Eurasia and their transition to Farming*. Cambridge.

## MONUMENTALIDAD, CEREMONIALISMO Y CONTINUIDAD RITUAL

Camila Gianotti García

### RESUMEN

En este trabajo reflexionamos en torno a la continuidad de una tradición ritual asociada a la construcción y mantenimiento de túmulos entre los cazadores recolectores complejos de las tierras bajas uruguayas. La configuración de los espacios monumentales, el cerrito y la persistencia de la actividad ceremonial con ciertas pautas regulares y características similares nos permite comprender en una escala temporal de larga duración, la *continuidad ritual*, es decir las condiciones bajo las que se reprodujo una estructura ritual general. Por otro lado, el uso diferenciado de espacios monumentales, los acontecimientos funerarios concretos y sus particularidades, sumado a la variabilidad de prácticas mortuorias, son argumentos para delinear diferentes momentos en la actividad ritual. Éstos, vienen dados por ciclos de uso ceremonial de los espacios monumentales de diferente grado e intensidad; y que son consecuencia de una serie de transformaciones sociales que derivaron en la intensificación ceremonial y el surgimiento de lugares de agregación social vinculados a los espacios funerarios anteriores.

### ABSTRACT

This work tries to reflect on the continuity of a ritual tradition related to the building and maintenance of burial barrows among complex hunter-gatherer groups of the Uruguayan low lands. The long-lasting maintenance of features as the configuration of monumental spaces, the mounds (*cerritos*) and the ceremonial activity with a number of regular and similar characteristics allows for the understanding of the ritual continuity (the conditions under which a general ritual structure was reproduced) in a long term temporal scale. On the other hand, the differentiated use of monumental spaces, the specific funerary rites and the variability of mortuary practices are arguments for the distinction of different phases of ritual activity. Those phases are structured in cycles of ceremonial use of monumental spaces characterized for different degrees and intensities and are derived from a series of social transformations that gave way to the arising of places for the ritual aggregation around the former funerary spaces.

### PALABRAS CLAVE

Cerritos. Ritual. Ámbito funerario. Espacios ceremoniales. Cazadores recolectores.

### KEYWORDS

Cerritos. Ritual. Funerary context. Ceremonial spaces. Complex hunters gatherers.

Durante la segunda mitad de este siglo, la Arqueología de la Muerte ha tenido un importante crecimiento desde el punto de vista teórico y metodológico, no obstante los nuevos impulsos se han limitado al estudio de las tumbas, los elementos de ajuar, los enterramientos y al reconocimiento de la importancia de los ritos funerarios en las distintas esferas de una sociedad (economía, relaciones de producción, territorialidad,...). Por otra parte, el estudio del ámbito ritual prehistórico aparece casi siempre circunscrito a la dimensión funeraria, como resultado del análisis del contexto funerario más que del rito en sí mismo. Está claro que éste constituye una de las vías más seguras para acceder a la esfera superestructural o simbólica de una sociedad; no obstante, el comportamiento ritual no es exclusivamente funerario. Como intentaremos exponer más adelante, el comportamiento ritual está generalmente vinculado con la experiencia cotidiana, los ritos son instancias que a diferentes niveles (de género, colectivo-individual, grupos de edad, etc.) aseguran la reproducción de esquemas cognitivos y conductuales de una sociedad.

Por otra parte, la investigación arqueológica sobre el ritual, no sólo ha privilegiado el registro funerario, sino también aquel procedente de sociedades que exhiben dispositivos simbólicos elaborados, visibles y/o complejos, que permiten realizar interpretaciones contrastables sobre el fenómeno. Mientras tanto, pocos trabajos se han ocupado de definir los procedimientos para reconocer arqueológicamente los ritos, su estructura, relación y/o correspondencia con otros ámbitos de la sociedad, y los mecanismos de reproducción y continuidad de la estructura ritual en un contexto social más amplio; haciéndose aún más notorio cuando de sociedades cazadoras recolectoras se trata. Por tanto, se hace necesario impulsar nuevos estudios en los que a partir de las prácticas mortuorias se reflexione sobre las diferentes concepciones de la muerte en las sociedades prehistóricas, extendiendo además el análisis al estudio de las correspondencias entre el espacio de la muerte, el rito y la experiencia cotidiana.

### Monumentos, Muerte y Ritos entre Cazadores Recolectores Complejos

La Antropología de finales de siglo ha entendido la muerte entre cazadores recolectores como un fenómeno temido y ocultado, situado en el plano de lo silvestre y alejado del mundo de los vivos; en donde, al morir los individuos pasan a formar parte del mundo natural, manifestándose bajo formas generalmente derivadas del mundo animal y/o vegetal (Clastres, 1986). En estas sociedades, la inhibición de la muerte y la desestructuración de los cadáveres son estrategias frecuentes que alejan este acontecimiento temido fuera de la experiencia diaria; también en éstas, los ritos constituyen las instancias a través de las cuáles se

apacigua la peligrosidad de tal acontecimiento. Si bien esta observación es constatable en varias sociedades amazónicas, no sucede lo mismo en toda la sociedad cazadora recolectora. La investigación antropológica y arqueológica ha mostrado que la variabilidad y complejidad de las prácticas funerarias dentro de esta formación social es muy amplia, reconociendo otras formas de concebir y experimentar la muerte.



Figura 1. Cerrito ubicado en planicie aluvial.

Como veremos en este trabajo, el caso de los cerritos uruguayos nos introduce en una forma particular de concebir el acontecimiento funerario. Las sociedades prehistóricas del Atlántico sudamericano reprodujeron en un ciclo de larga duración, estrategias de exhibición del ser social a través de la monumentalización de la muerte, reflejando la permanencia de una tradición ritual sobre la base de la articulación con la experiencia cotidiana. Por otra parte, el surgimiento y desarrollo de esta tradición cultural, constituye un proceso que acompaña el surgimiento de un nuevo orden social y simbólico, de cambios a nivel del pensamiento humano, que descubren formas distintas de representación espacial y temporal de esta sociedad prehistórica. La muerte al igual que la sociedad, comienza a tomar distancia del orden natural y a manifestarse como un acto social, que requiere ser compartido colectivamente más allá de la unidad grupal. El cerrito aparece entonces como innovación, como recurso material representante del inicio de la domesticación de la muerte y de una nueva posición de los individuos dentro de la sociedad.

Entre cazadores recolectores, la muerte surge como ámbito sustantivo que garantiza la reproducción social y la apropiación simbólica del territorio donde se vive, a través de la colocación de los antepasados de una comunidad en ciertos lugares del espacio. El cerrito supone el surgimiento de mecanismos incipientes de control sobre los individuos del grupo. Un control que vincula pasado y presente de una comunidad, y que se hace efectivo a través del dominio del ámbito funerario. Todo esto, forma parte de un conjunto de transformaciones consonantes con el surgimiento y desarrollo de la monumentalidad como

fenómeno histórico. Un cambio que no sólo supuso transformaciones tecnoeconómicas, sino que principalmente representó la creación de un orden social distinto, y el despliegue de nuevas formas de organización y relaciones sociales (Vicent 1989). La monumentalidad prehistórica presagia la emergencia de una configuración desigual del hombre dentro de la naturaleza; al tiempo que es testimonio material de un proceso simbólico en el que la domesticación de la naturaleza y la artificialización del paisaje introducen nuevas formas de estar en el mundo y cambios en el sistema de pensamiento humano. Es en definitiva domesticación del mundo, del tiempo y del espacio (Criado Boado 1989, 1999). Es así que la monumentalidad se consolida como una estrategia social que expresa a través de diferentes ámbitos (arquitectura, mitos y ritos), una forma de representar la realidad que será siempre coherente con las formas en como se piensa a sí misma esa sociedad (Hernando 1997; Criado 1999).

#### **Apuntes para el reconocimiento arqueológico de los ritos**

La dimensión ritual, presente en todas las sociedades se experimenta a muy diferentes niveles y ámbitos dentro de los grupos. La Antropología se ha encargado de mostrar cómo el acontecimiento ritual encuentra expresión tanto en el plano individual como colectivo, y otras veces relacionándose con grupos específicos dentro de la sociedad. Por otra parte, se asocian a lugares momentos significativos dentro de la vida social, actividades y circunstancias concretas; lo cual supone que el reconocimiento arqueológico de la instancia ritual deba contemplar todos estos aspectos.



Figura 2. Cerrito emplazado en la planicie aluvial del Río San Luis.

En este trabajo nos ocuparemos de la dimensión ritual de carácter colectivo como manifestación social y, concretamente, nos centraremos en la búsqueda de los mecanismos que permitieron la reproducción del mismo durante un período de larga duración. Desde el punto de vista arqueológico, creemos que es más factible e interesante analizar esta dimensión tomándola en los niveles en que se manifiesta como acto socialmente compartido. Por ello, la construcción y uso de los espacios monumentales, sumado a la expe-

riencia funeraria de los grupos prehistóricos de las tierras bajas uruguayas, constituyen los argumentos que nos permitirán discutir la estructuración del ritual como ámbito discursivo y su reproducción durante casi cuatro milenios.

Partimos de la concepción del rito como una instancia vital, parte integrante de la experiencia cotidiana de los grupos. En este sentido, el rito es acción social, generadora de productos y efectos, materiales e inmateriales, plausibles de reconocer a través del registro arqueológico. Constituye un ámbito social y simbólico que moviliza una serie de recursos particulares, de orden espacial y temporal, compartidos por el grupo en su totalidad y que no se sitúa como esfera independientemente de la sociedad. Este hecho sitúa al registro funerario, y consecuentemente la práctica ritual, como una forma de representación no lingüística que permite explorar, entre otros aspectos, las vías a través de las cuáles la sociedad concibe la muerte y como ésta se relaciona con la experiencia cotidiana.

El rito (funerario o no), es una forma simbólica concreta que replica el patrón de racionalidad de una sociedad, y constituye a su vez (en el sentido levistrausiano) una versión específica de una estructura mayor. Esto significa que las formas como éste se organiza y representa en tiempo y espacio (códigos de organización, estructura, etc.) deberá ser compatible en algún grado, con otras formas de representación simbólica de la misma sociedad (cultura material, arte, decoración corporal, organización espacial, arquitectura, etc.) (Criado Boado, 1999).

El rito es *acción social*<sup>1</sup>, por tanto genera productos y efectos reconocibles en el registro arqueológico. *Supone actos concretos y operaciones materiales: limpieza del cadáver, excavación de la tumba y/o elevación del túmulo, transporte del difunto, preparación de comidas, lugares específicos para exponer al muerto, para sacrificar en su memoria, para inhumar, ingerir o quemar el cadáver y conservar sus restos. En definitiva necesita de actores, anunciadores, limpiadores, portadores, sepultureros, sacrificadores* (Vincent Thomas, 1995: 239). Generalmente los ritos que podemos reconocer arqueológicamente son instancias sociales, compartidas colectivamente, coinciden con hechos económicos, políticos y simbólicos regulares en tiempo y espacio.

Son *acontecimientos públicos* en los que intervienen un conjunto de comportamientos estereotipados que responden a una estructura formal que organiza la acción ritual en torno a un antes (desorden) y un después (orden), y que se reproduce invariablemente durante largos periodos de tiempo (Knight, 1981).

El ritual público tiene *carácter simbólico*. En términos de procesos cognitivos, el simbolismo ritual deriva de los mitos y por tanto de un esquema original de pensamiento. Los símbolos rituales son multivocales, predicen y actúan sobre una variedad de objetos y situaciones de la naturaleza y la cultura; ellos proveen al actor ritual de un sistema flexible de imágenes paradigmáticas que se muestran y reproducen en formas arquitectónicas, prácticas y elementos materiales e inmateriales asociados al acontecimiento ritual. Las formas del espacio ritual, las acciones y elementos materiales, son estereotipos que permiten reactualizar mitos una y otra vez, contribuyendo a la reproducción continua de una misma versión de la realidad (Knight, 1981).

En la sociedad cazadora recolectora, una de las características principales es la antropomorfización y socialización del reino natural con recursos simbólicos en el intento de describir la experiencia cotidiana. En este sentido, los símbolos utilizados para representar la realidad son parte de la misma realidad, las imágenes y productos simbólicos se manifiestan analógicamente con el mundo real (Hernando, 1997).



Figura 3. Cerrito emplazado en la cima de una colina.

El ritual público es en cierto sentido *dramático*, ocurre en escenarios diseñados para llevar a cabo acciones que traducen conceptualmente el ritual. Los *centros, límites o fronteras, los accesos especiales* y los *umbrales* forman parte de los recursos espaciales inherentes a estos escenarios y son fácilmente reconocibles en la arquitectura ceremonial. Generalmente están en consonancia con la estructura de las acciones rituales, e incluso llegando un poco más lejos podríamos afirmar que estos escenarios pueden llegar a ser simplificaciones espaciales concordantes con el microcosmos de una sociedad (Knight, 1981; Turner, 1988; Vincent Thomas, 1995).

### Monumentos y Ceremonialismo

Los espacios monumentales son en cierta medida los espacios del rito. El monumento es en sí mismo el producto de una estructura ritual general, que se replica indefinidamente en cada uno de los monumentos, e incluso varias veces en una misma construcción. No solo el evento constructivo es ocasión para el rito; el uso y mantenimiento de los espacios monumentales conllevan

<sup>1</sup> En el sentido de Criado Boado 1993

también la realización periódica de acciones rituales. Se da así una relación mutua, el rito necesita espacios de expresión y éstos últimos (espacios monumentales) reclaman el desarrollo periódico de ceremonias para su permanencia.

La monumentalidad ha sido pensada y construida para albergar generaciones de individuos; los túmulos se manifiestan como monumentos genealógicos que incorporan el pasado en el presente, otorgando solución de continuidad entre los ancestros y las sociedades que los construyen. Con los monumentos se recurre a la exhibición de la muerte y del pasado en el intento de perpetuar el vínculo entre la sociedad viva, los ancestros y la tierra, instaurando de esta forma, nociones temporales basadas en la memoria social (Bradley, 1993; 1998 Criado Boado, 1989; 1999; Dillehay, 2000; Ingold, 1986).

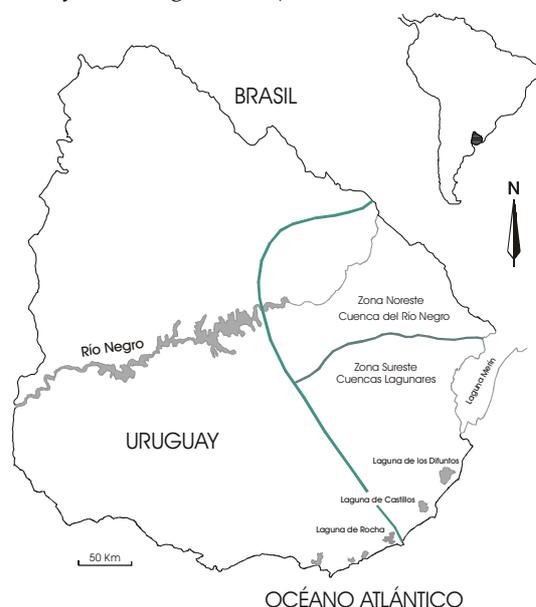


Figura 4. Área de distribución de cerritos en territorio uruguayo.

En este sentido, la arquitectura funeraria constituye la generalización de la práctica de inhumación en cementerios comunitarios; una práctica de larga duración que desemboca en la construcción, uso y mantenimiento de los mismos espacios formales por diferentes comunidades a lo largo del tiempo. En algunos contextos, este hecho refleja la intensificación de prácticas sociales comunitarias que recurren al espacio de los muertos y al pasado, transformándolos en ámbitos de interacción pública de la sociedad.

Dentro de este marco es que debemos situar la construcción de cerritos en las tierras bajas del Atlántico sudamericano. La arquitectura en tierra propia de la región comienza a manifestarse y a configurar un particular paisaje cultural desde hace al menos cuatro milenios, y solo aparecen precediendo, y coexistiendo con estas construcciones de la fachada Atlántica otro tipo de monumentos, los *sambaquies* (concheros) de la costa

brasileña (Gaspar, 1998). La vinculación entre ambos tipos de monumentos aparece documentada, entre otros aspectos, por objetos de prestigio que han sido hallados dentro de los cerritos, no obstante esta relación empieza a ser analizada en recientes estudios (Andrade y López, 1999), pareciendo probable la existencia de similitudes formales en diferentes aspectos y ámbitos de ambos grupos.

Los cerritos uruguayos constituyen junto con los sambaquies los primeros indicios materiales de la transformación efectiva del entorno natural, la disminución de una brecha entre naturaleza y cultura que refleja los primeros intentos de sobreimposición de ésta última a la primera. Es una transformación que coloca nuevas formas de concebir el tiempo, diferentes del orden social anterior.

La arquitectura ceremonial uruguayo se encuentra distribuida en una gran extensión territorial que abarca la mitad Este de Uruguay y el Sur de Brasil. La dataciones permiten situar su génesis en el entorno de 4000 AP<sup>2</sup>, y una duración que se prolonga hasta el período histórico s. XVII-s. XVIII (contacto cultural indígena-europeo). Uno de los aspectos más destacados a la hora de discutir la relación entre práctica ritual y experiencia cotidiana, es la variabilidad de formas arquitectónicas presentes dentro del *fenómeno cerrito*. Una variabilidad que es sinónimo de complejidad ceremonial y que probablemente responda a variaciones funcionales y temporales de las construcciones.

## Construcción de los espacios ceremoniales

El ceremonialismo se manifiesta, entre otros aspectos, en la ritualidad acumulativa del túmulo y en evidencias de actividades asociadas. La conjunción de ambas revierte en el establecimiento formal de espacios para el desarrollo de dichas actividades durante lapsos temporales prolongados, pudiendo ser interpretados como estas, como estrategias que garantizaron la persistencia ritual.

La complejidad arquitectónica que exhiben los espacios ceremoniales, permite definirlos como verdaderos escenarios para las representaciones rituales y la agregación comunitaria. Su construcción responde siempre a un sentido co-

<sup>2</sup> La fecha más antigua que se tiene es de 5420± 260 AP (URU 0144) pero ésta, corre con los riesgos de ser única hasta el momento, no obstante un número mayor de fechados permiten promediar y situar el origen del fenómeno en el entorno del 4000 AP (ver Bracco y Ures 2000). Cabe aclarar que los fechados obtenidos a través de diferentes técnicas para cerritos no se presentan calibrados.

mún, a una lógica compartida con otros ámbitos espaciales, y es a partir de éste que también se ordena el movimiento y comportamiento de las personas que los visitan. Se trata de recursos arquitectónicos, materiales y simbólicos vinculados a lo público, medios efectivos que al mismo tiempo asisten y reafirman las prácticas sociales implicadas.

Durante los últimos dos mil años de construcción y uso de cerritos se advierten niveles puntuales de complejización espacial, dados fundamentalmente por la *diversificación de las formas arquitectónicas*, que mediante progresivos ordenamientos condujeron a una jerarquización incipiente de los espacios ceremoniales a escala regional.

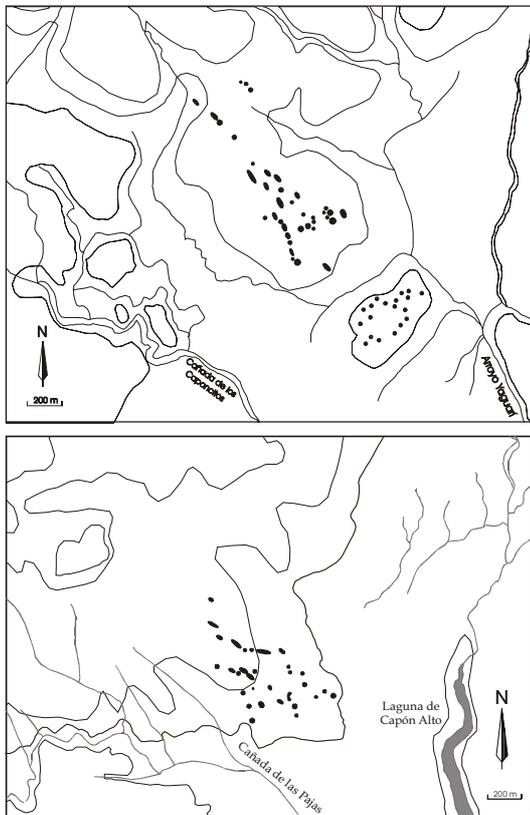


Figura 5. Distribución de cerritos en dos de los 12 conjuntos monumentales de la cuenca media del Aº Yaguarí. En ambos se exhiben regularidades de orden espacial, donde las formas monumentales crean espacios lineales (*simétricos*) y circulares (*plazas*). (ver Gianotti, 2000b).

Esta progresiva conformación del paisaje, se asiste -entre otras formas- de diferentes construcciones arquitectónicas de carácter funerario y no funerario (*terraplenes, plataformas y micro-relieves*<sup>3</sup>). Se mantienen los mismos espacios, modificán-

dolos, acondicionándolos a través de reconstrucciones que retoman las antiguas estructuras.

La diversidad de formas introduce una variable significativa abriendo el debate hacia nuevos horizontes de monumentalidad, varias de las estructuras construidas no presentan una función funeraria. Esta nueva arquitectura en tierra se integra dentro de un proceso generalizado de intensificación social, de territorialización y apropiación de la tierra, probablemente vinculado a requerimientos de integración de las comunidades y a la celebración periódica de ritos. En este sentido comienza a configurarse un horizonte monumental que habla más de la vida que de la muerte, de las actividades cotidianas y la agregación social.

Los *terraplenes*, de morfología alargada y tamaño variable, suelen distribuirse acotando espacios. Se ha constatado la reutilización de cerritos previos, en ocasiones uniéndolos y modificándolos para dar lugar a una nueva construcción (Los Indios/López, 1996; López y Gianotti, 2000). Estratigráficamente se comportan de manera similar a los cerritos, presentando unidades de acumulación aunque (los excavados) no contienen vestigios funerarios. Si bien los datos aún son escasos, basándonos en un fechado obtenido en la excavación del terraplén de Los Indios, podemos situar el momento de construcción de este tipo de arquitectura en tierra, en el entorno del 700 a.AP (López, 1996; López y Gianotti, 1997).

Los *micro-relieves* son pequeñas elevaciones del terreno, de escasa altura y forma no definida, que en conjunto con los cerritos y terraplenes, circunscriben espacios concretos. Han comenzado a excavarlos sistemáticamente en los últimos cuatro años, proporcionando datos que permiten interpretarlos como áreas de actividad doméstica en el entorno inmediato o próximo a los cerritos (Curbelo et al, 1990; López, 1996; López y Gianotti, 1997; Cabrera, 1997; Pintos, 1998, 1999). El tipo de vestigios recuperados (molinos, herramientas de fabricación de cerámica, lascado *in situ*, cerámica, y en algunos casos restos óseos de alimentación) confirman la hipótesis de que estas áreas constituyen zonas ocupadas, que pueden estar relacionadas (o no) con la celebración de ceremonias periódicas. De ser así, estaríamos frente a un tipo de forma antrópica, generada por las actividades reiteradas en un mismo espacio que, aunque en menor magnitud y con una intencionalidad dudosa, incluso si se quiere *ambigua* (*sensu* Criado, 1993), pueden estar suponiendo el origen de construcciones posteriores. Los microrelieves por tanto, son producto de la acumulación de sucesivas ocupaciones que revierten en la formación y crecimiento de depósitos favorecidos por la acción humana. El emplazamiento de éstos, nos muestra como existen pautas reconocibles que traducen la organización espacial de las actividades desarrolladas en los espacios monumentales.

<sup>3</sup> Debemos matizar la noción de 'construcción' en estos últimos, pero sobre ello volveremos más adelante.

Esto vendría a reafirmar lo que venimos planteando, la indisolubilidad entre el ámbito doméstico y funerario, y por otra parte nos advierte que estas construcciones en cierto sentido estarían visibilizando el ámbito doméstico.



Figura 6. Microrelieve excavado en el entorno de cerritos en el Rincón de Los Indios. Atrás se percibe una de las estructuras monumentales.

Las *plataformas* ampliamente documentadas en otras regiones del continente americano, aún no han sido estudiadas en profundidad en la región sudamericana. Se han registrado en los últimos años algunas construcciones de este tipo formando parte de conjuntos monumentales complejos. Caracterizadas como estructuras funerarias, poseen superficies aplanadas y mayores dimensiones en comparación con el resto de las formas monumentales.

Las grandes concentraciones monumentales son las que exhiben mayor complejidad arquitectónica y organizativa. En ellas, se manifiestan ordenamientos regulares producidos a partir de la relación entre formas; en donde la distribución y emplazamiento de cerritos, terraplenes y microrelieves definen espacios concretos dentro de los conjuntos. La regularidad se manifiesta en algunos espacios de configuración circular, *cerrados* y circunscriptos por formas arquitectónicas, que han sido reconocidos como *plazas*; mientras que otros surgen de ordenamientos alineados y consecutivos de monumentos, con orientaciones definidas que dan lugar a espacios lineales, simétricos y en ocasiones antagónicos (Gianotti, 2000a y 2000b; López y Gianotti, 2000). La configuración interna de los conjuntos nos permite aislar dos recursos espaciales básicos utilizados simultáneamente en la construcción de los mismos, pero que responden a una estructura de representación espacial mayor: la *línea* y el *círculo*. Ambos contribuyen a la separación-demarcación de áreas diferenciadas, la orientación de accesos y la circulación dentro de un mismo conjunto.

## Los cerritos

De la misma manera que se reconocen pautas espaciales en la configuración espacial de conjuntos de cerritos, nos es posible distinguir estrategias recurrentes en la construcción de un cerrito. Es posible así, estudiar el rito y la conducta ceremonial en su dimensión espacial haciendo un corte vertical y horizontal del espacio monumental y del cerrito.

En los últimos años se ha introducido el debate acerca de la estructura interna de un cerrito y su dinámica constructiva. El tema, es trascendente para evaluar la incidencia del ritual funerario en esta dinámica, pudiendo incluso afirmarse que es en gran medida uno de los condicionantes de la misma. En términos generales, la dinámica constructiva parte de la acumulación de capas antrópicas de diferente espesor, cuya composición se repite formalmente en casi todos los cerritos y formas monumentales. Estas capas, están integradas por el arreglo de sedimentos, materiales culturales diversos y enterramientos humanos.

Los **sedimentos** que componen la matriz de las capas son generalmente de distinta fracción y procedencia, siendo reconocidos en varios cerritos gestos técnicos que indican la selección y preparación del material constructivo. Generalmente se recurre a materiales que están en el entorno inmediato, aunque en ciertas ocasiones se ha constatado la presencia de componentes materiales que provienen de mayores distancias (Bracco et al, 2000; Cabrera y Marozzi, 1997; Castiñeira y Piñero, 2000; López, 1992).

Dentro del sedimento que compone la matriz, se constatan diferentes tipos de materiales resultantes de las actividades humanas ocurridas en el entorno inmediato y que dieron origen a las construcciones. Estos materiales son generalmente desechos: *líticos* (grandes piedras, desechos de talla, instrumentos, ocre), *restos de alimentación* (restos faunísticos y macrobotánicos), *restos de combustión* (carbón, tierra quemada, cenizas), *entierros de humanos y de animales*.

La forma de inclusión de los materiales y arreglos que estos exhiben, nos advierte como la basura constituyó un aspecto de cuidada atención en estas sociedades, al punto tal, que el tratamiento y circulación de desechos, se manifiesta como un aspecto fundamental de las ceremonias de construcción y mantenimiento de los cerritos. En algunos casos los restos han pasado a integrar el cerrito tras deliberada intención, por ejemplo los enterramientos y la actividad funeraria aparecen como principales actos generadores de la construcción. En otros casos, aunque también con carácter intencional, los vestigios constituyen originalmente el producto de actividades externas al cerrito (aunque relacionadas con éste) que tras

diferentes maniobras han pasado a formar parte del mismo constituyendo su matriz constructiva.

Ahora bien, la disposición y arreglo de materiales dentro del cerrito no es simplemente azarosa y éste es el aspecto que más nos interesa esclarecer. Los análisis de frecuencia y distribución vertical de cada tipo de material presente en el cerrito, muestran un modelo estratigráfico ideal para cerritos en el que se reconoce la composición basada en **capas de acumulación** antrópica. En cada una de éstas convergen gran cantidad y variedad de vestigios, lo cuál les otorga el carácter de unidad definida<sup>4</sup> (López y Castiñeira 1997; López y Gianotti 1997). Las capas de acumulación, suelen tener diferente magnitud (espesor), y se presentan superpuestas repitiendo el mismo arreglo entre los materiales, pudiendo encontrar variaciones fundamentalmente relacionadas con el tipo de material presente y su disponibilidad regional.

Esta dinámica es uno de los testimonios materiales más significativos para entender la continuidad de esta tradición cultural. Se podría sugerir que cada capa de acumulación se corresponde con un momento de uso del cerrito durante un lapso temporal determinado. Durante este tiempo pueden llegar a sucederse varios o tan solo un evento relacionado con el mantenimiento y/o reconstrucción del cementerio, que no necesariamente tiene que involucrar el enterramiento de individuos.

La regularidad constructiva expresada por la sucesión de capas de acumulación/eventos no sólo se percibe en la estratigrafía de un mismo cerrito, ésta también se replica en varios cerritos de un mismo conjunto, dando lugar a regularidades de orden espacio-temporal (sincrónica-diacrónica). El ejemplo más representativo de la idea anterior por la particularidad de los materiales constructivos elegidos, se manifiesta en el conjunto de cerritos de Puntas de San Luis. Allí se observaron los mismos gestos constructivos en 3 de los cerritos excavados al interior del conjunto. El análisis estratigráfico de estos, mostró la alternancia de unidades de acumulación (de restos antrópicos), con otras unidades compuestas por tierra quemada de termiteros intercaladas, que alcanzan un 25% del volumen total de un cerrito (Bracco et al, 2000). Estas evidencias permiten relacionar la dinámica constructiva de los cerritos con una estructura ritual arquetípica a través de la cuál se reprodujeron en tiempo y espacio, gestos similares, dando lugar a un importante conjunto monumental.

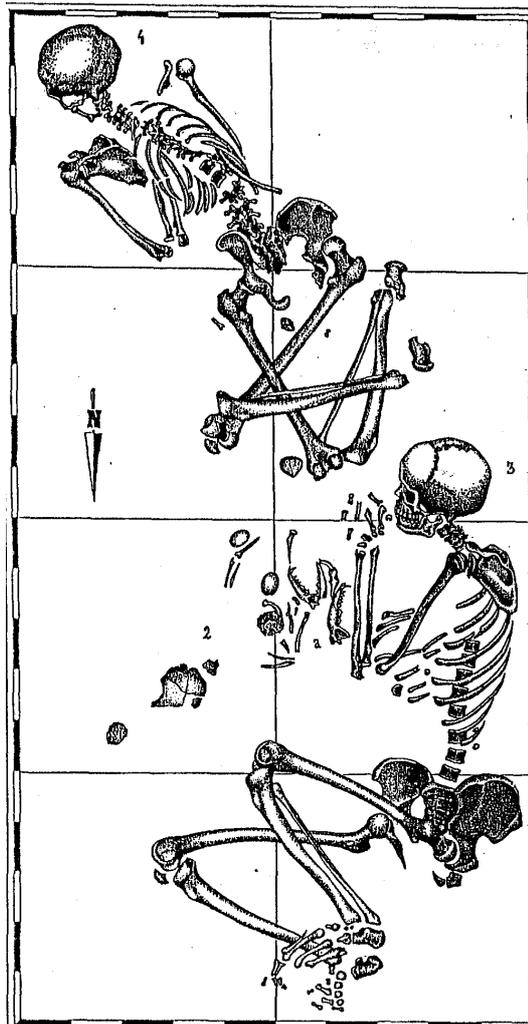


Figura 7. Enterramientos primarios del sitio CG14EO1. En el centro, restos de un enterramiento infantil con ajuar funerario compuesto de mandíbulas de zorros, nutrias y esferoide en cuarzo (Dibujo tomado de Cabrera, 2000).

### Individuos, enterramientos y prácticas mortuorias

Algunas de las principales líneas de evidencias que permiten constatar la continuidad ritual como vimos anteriormente, se corresponden con la organización de los espacios monumentales y la dinámica constructiva de los cerritos. Estos hechos, no obstante, se relacionan indiscutiblemente con el comportamiento funerario y ceremonial en general. Es así que, el registro funerario conforma una tercera línea de evidencias y testimonio fundamental a la hora de comprender los procesos que desembocaron en la permanencia de los ritos asociados a esta tradición cultural.

Si bien los enterramientos en cerritos son frecuentes, no siempre los cerritos contienen enterramientos. A pesar de que faltan estudios tafonómicos que evalúen la incidencia de procesos naturales que puedan interferir en la conservación de los restos óseos, empieza a ser evidente que algunas formas monumentales no fueron

<sup>4</sup> Para ello se ha desarrollado una metodología que recurre a los diagramas de frecuencias de cada tipo de material y que ilustra claramente estas capas de acumulación. (ver en López y Castiñeira 1997; López y Gianotti 1997)

construidas con una finalidad exclusivamente funeraria. La ausencia de enterramientos permite entender el surgimiento de una arquitectura no funeraria, aunque sí de carácter ceremonial que, junto a los cerritos, configura importantes espacios monumentales.

La variabilidad de prácticas mortuorias y modalidades de enterramiento es uno de los aspectos que caracteriza al registro funerario de los cerritos. En ellos se pueden encontrar:

**Enterramientos primarios:** inhumaciones en posición anatómica, sin evidencias de grandes manipulaciones que alteraran la integridad del cuerpo. Generalmente los cuerpos se presentan completos, articulados y en posiciones extendidas, flexionadas o fuertemente flexionadas.

**Enterramientos secundarios:** son aquellos en los cuáles el cuerpo del individuo ha sido objeto de manipulación, inmediatamente a su muerte o un tiempo después de su enterramiento, siendo frecuente encontrar en los restos óseos pruebas de la práctica realizada. El resultado final es variado, incluyendo dentro de esta modalidad, los *paquetes funerarios*, *entierros en urna* y *entierros parciales* (de piezas óseas aisladas).



Figura 8. Restos parciales de un individuo, recuperados en el cerrito I de Los indios.

Si incluimos entierros parciales y paquetes funerario, esta última modalidad es la más frecuente en los cerritos excavados. Es significativo el número de entierros parciales, caracterizados por hallazgos de restos aislados de huesos humanos que han sido incorporados a la matriz del cerrito sin arreglo espacial ninguno (Gianotti, 1998). Dentro de esta modalidad de enterramiento se ha reconocido una práctica mortuoria, que permite comprender además de la variabilidad de prácticas, la complejidad de los ritos funerarios asociados al acontecimiento mortuorio. El

descubrimiento de piezas óseas humanas que exhiben tratamientos traumáticos en las superficies óseas (huellas de corte, fractura intencional y alteraciones térmicas) permite interpretar procesos de violencia social (Gianotti, 1998, Pintos y Bracco, 1999).



Figura 9. Enterramiento secundario, Paquete funerario hallado en el cerrito CH2D01.

Tratamientos secundarios de los restos óseos son aquellos en los que los restos del difunto son manipulados, pudiendo tener o no, como destino final, el entierro de los mismos. Ahora bien, los motivos pueden ser variados y van desde una costumbre o práctica funeraria tradicional para con algunos o todos los individuos del grupo o también pueden deberse a factores circunstanciales como cuando la muerte ocurre lejos del campamento o cementerio. Por otra parte, estas evidencias pueden ser indicadoras de violencia e incluso conductas antropofágicas. En este sentido, diferentes autores han intentado definir cuáles serían las evidencias arqueológicas para el reconocimiento de conductas antropofágicas y prácticas violentas sobre restos humanos, estableciendo la representación diferencial de partes esqueléticas, presencia de daños *perimortem* en los restos óseos, como alteraciones térmicas, fracturas y marcas de corte intencionales (Turner, 1983; Christy et al., 1992; Milner, 1995). Estos autores plantean que la interpretación de tratamiento traumático en restos humanos, actos de violencia y/o conductas antropofágicas, se debe complementar con estudios bioarqueológicos y con el reconocimiento tafonómico de varios depósitos de restos esqueléticos humanos. Por otro lado, estos diferentes tipos de tratamiento secundario no son excluyentes, pudiendo ser reconocidas diferentes huellas antrópicas en cada uno de los casos (Barrientos et al, 1996; Pintos y Bracco, 1997).

Testimonio significativo de estos momentos son algunos cráneos sin cuerpo, cráneos con huellas que reflejan la extracción del cuero cabelludo (*scalping*), huesos largos fracturados y huesos quemados; evidencias parciales que sumadas a la

representación diferencial de tipos de huesos<sup>5</sup>, son indicativas del establecimiento de prácticas violentas dentro de los ritos asociados a la construcción de cerritos.



Figura 10. Huellas de corte en cráneos observadas en microscopio. En la foto superior incisiones provocadas por el raspado en la zona frontal de un cráneo humano (*scalping*). Foto inferior incisiones provocadas por cortes en el arco zigomático de otro cráneo. Ambos restos fueron hallados en cerritos del Rincón de Los Indios. (ver Gianotti, 1998).

Por otra parte, este tipo de práctica y los entierros parciales reconocidos tanto en cerritos como en hallazgos aislados fuera de ellos (Gianotti 1998; Pintos 1999, Pintos y Bracco 1999), se pueden interpretar como estrategias inhibitoras que acuden a la desestructuración y no conservación de los restos del difunto y se contraponen con cualquier intento de trascender la muerte. Se produce una aparente tensión al observar que la monumentalidad trae aparejada dos prácticas funerarias que coexisten, por un lado se monumentaliza y visibiliza la muerte, y por otro lado

se oculta desestructurando y ocultando su sujeto (el individuo). Decimos aparente porque en realidad lo que se impone y que, por otra parte, permite entender el fenómeno monumental, es la tendencia general a monumentalizar la muerte, exhibir el acontecimiento y no así el individuo. No obstante, aunque todavía faltan datos y estudios que permitan profundizar el tema, queda clara la existencia de dos prácticas contrapuestas, ambas coexistiendo en tiempo y espacio, y formando parte del rito funerario durante gran parte de la prehistoria de las tierras bajas. Las dataciones que se tienen para estos restos humanos permiten definir un momento claro de expresión de esta práctica, hasta el momento es posible encontrar entierros parciales y primarios durante casi todo el período de construcción de cerritos (Gianotti, 1998; Pintos y Bracco, 1999). Algo indiscutible es que esta práctica constituye una estrategia de ocultación de la muerte experimentada con algunos individuos y no con otros, y que en todo caso, constituye una asimetría en el tratamiento funerario, que advierte que no todos los individuos recibieron la misma atención al morir (Pintos 1999).

La modalidad de enterrar en cerritos parece haberse generalizado y alcanzado mayor complejidad hacia momentos finales, posterior al 2500 a AP (Bracco y Ures, 1999); momento en el que se produce el crecimiento y formalización de los espacios monumentales, se manifiesta la mayor variabilidad de prácticas mortuorias y la presencia de dos tipos de cerritos funerarios, unos para el enterramiento de varios individuos (*colectivos*) y otros para el enterramiento de una sola persona (*individuales*).

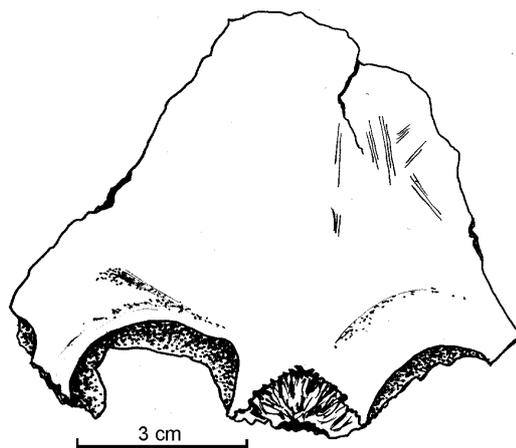


Figura 11. Fragmento de cráneo humano con las huellas de descarnado (*scalping*) ilustradas en la figura anterior.

Los cerritos utilizados para el enterramiento colectivo son aquellos que presentan una reutilización prolongada que deviene en varias reconstrucciones que lo hacen crecer en sus dimensiones; éstas se deben a entierros múltiples, generalmente en fosas, dando como resultado que la

<sup>5</sup> En la excavación I de Los Indios se recuperaron sobre todo huesos cortos y planos, como vértebras y costillas, que generalmente ante una mala conservación son las piezas óseas que primero desaparecen, mientras que los huesos largos del mismo individuo no se localizaron (Gianotti, 1998).

construcción contenga varias inhumaciones sin crecer mucho en altura. Por otra parte, los cerritos individuales se corresponden con construcciones en las que se realizó un solo enterramiento y que en ocasiones coincide con la génesis del cerrito (Gianotti, 1998).

Que sea un cerrito de enterramientos individuales, no significa que el cerrito no presente más de una inhumación. Puede darse que una misma estructura esté constituida por más de un evento constructivo, cada uno de ellos (capa constructiva) asociado a un enterramiento individual, dando como resultado la superposición de capas y enterramientos. Los enterramientos individuales y sucesivos en un mismo cerrito suelen disponerse en el centro del monumento, mientras que en los cerritos con enterramientos colectivos, las inhumaciones están distribuidas en una extensión mayor que el área central del cerrito.

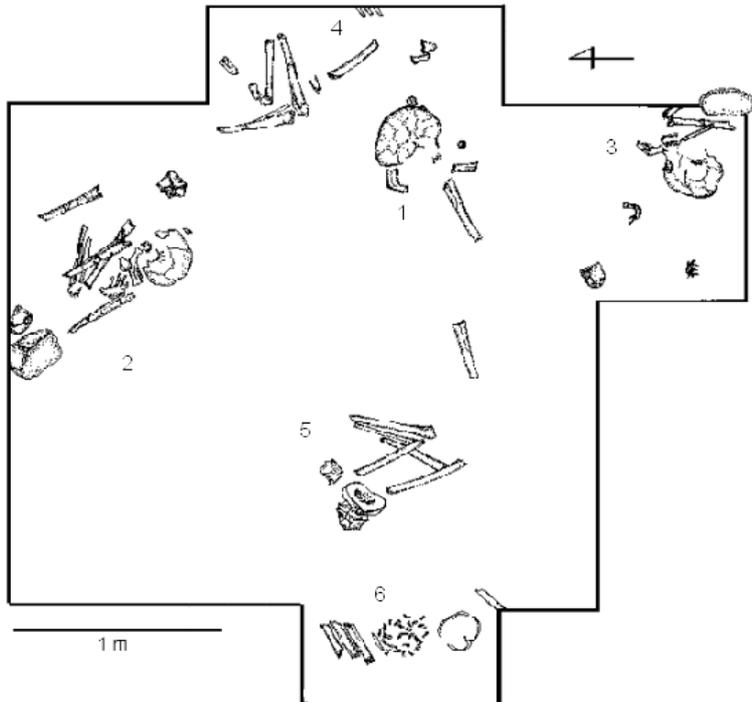


Figura 12. Cerrito colectivo en el Rincón de los Indios (exc. VI), en el se recuperaron 6 individuos inhumados bajo diferentes modalidades.

### Acompañamientos funerarios

Dentro del cerrito, el espacio de enterramiento, en ocasiones se presenta acondicionado intencionalmente con diversos materiales y es en él donde también se disponen junto a los enterramientos los elementos del ajuar. Son dos tipos de evidencias las que aparecen asociadas a los enterramientos, una constituida por aquellos elementos seleccionados y depositados intencionalmente y otra, conformada por los elementos producidos en el transcurso de las actividades ceremoniales. Son éstas últimas, las que mejor reflejan la estructura ritual. Llamaremos entonces *objetos de ajuar* a aquellos depositados intencionalmente, y *evidencias indirectas de la acción ritual* (productos

y efectos) a aquellos materiales que pasan a integrar el cerrito y que son producto del desarrollo de las ceremonias.

Los elementos materiales constitutivos del ajuar funerario en los cerritos son fundamentalmente cuarzo, fragmentos óseos y dientes de especies animales concretas (cánidos, nutria, lobo marino y tiburón), valvas de moluscos marinos, herramientas líticas y óseas. El *cuarzo* se presenta como uno de los materiales de mayor recurrencia; además de venir integrado en la matriz sedimentaria como restos de talla, aparece bajo forma de núcleos bipolares esféricos y desechos de talla *in situ* sobre algunos enterramientos (Cabrera, 1997, Gianotti, 1998; Pintos y Bracco, 1999). En lo que refiere a materiales líticos, también se han identificado algunos *instrumentos* pulidos en hueso, fragmentos de boleadoras y piedras con hoyuelos formando parte de los ajuares y de la matriz constructiva. Casi la totalidad de estas aparecen fragmentadas, siendo un dato significativo si acudimos a la etnografía comparada, y vemos que es común en varias sociedades que los útiles del difunto se destruyan para colocarlos junto a él en su tumba (Olivera, 1995).

Uno de los animales mejor representado, en los ajuares funerarios son los cánidos; de éstos se han identificado restos de diferentes especies (zorro perro-*Cerdocyom thous* y aguará guazú-*Chrysocyon brachiurus*). En casi todos los casos, el elemento que representa al animal son los dientes o hemimandíbulas, depositados sobre los enterramientos o muy próximos a él (Cabrera, 1997, Gianotti, 1998; Pintos y Bracco, 1999).

El simbolismo animal y la representación de animales concretos en el ámbito funerario (como los cánidos) cobra aún mayor relevancia si sumamos los hallazgos de tres inhumaciones de perros (*Cannis familiaris*) en contextos primarios (López y Castiñeira, 1997, Andrade y López, 1999). Más allá de las implicaciones económicas (Pintos, 2000) y la trascendencia que posee como elemento doméstico, queda expresado en el registro arqueológico funerario que este animal tiene un lugar de privilegio en el simbolismo ritual. Otras especies animales destacadas en varios ajuares funerarios, son el lobo marino y la nutria, una vez más la parte que representa el todo, son dientes y maxilares. Generalmente estos objetos aparecen acompañados de otros elementos (cuarzo, herramientas, etc.) formando un conjunto depositado encima o alrededor de enterramiento (Gianotti, 1998).

Las *valvas de molusco* marinas han sido reconocidas en algunos contextos funerarios en ocasiones distantes de la Costa Atlántica, en la Sierra de San Miguel (Femenías et al, 1990), en Laguna de Castillos (Pintos, 1998) y San Luis (Figueiras, 1892). Éstas, han sido consideradas junto a esculturas de piedra pulida (*zoolitos*) típicas de la cultura sambaquiiana, objetos exóticos que sugie-

ren la existencia de redes de intercambios (Andrade y López, 1999). Por otra parte, recientemente se ha constatado la reutilización tardía de cerritos, a partir de enterramientos que integran como elementos de ajuar objetos europeos (balas, lozas y cuentas venecianas, (Pintos, 1998; Cabrera, 1997).

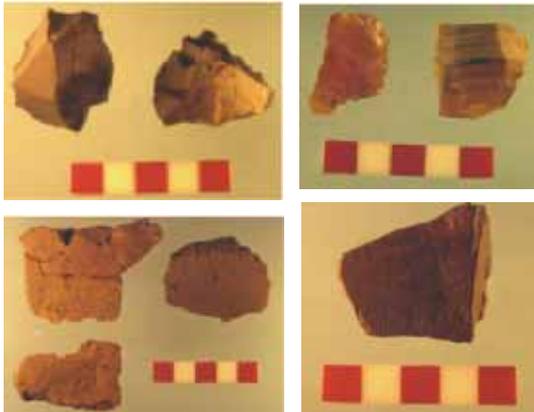


Figura 13. Tipo de materiales encontrados en cerritos. Desechos líticos (*fotos superiores*), restos cerámicos (*foto inferior izquierda*) y fragmento de ocre con trazas de utilización (*abajo derecha*).

El conjunto de objetos que acompañan las inhumaciones nos permite comprobar que el ajuar funerario está constituido de elementos tomados directamente de la naturaleza. Siguiendo a Hernando (1997) si queremos saber como una sociedad percibe la realidad, debemos comenzar por saber como la representan, desde esta perspectiva, la composición y organización del contexto funerario es uno de los ámbitos que mejor permite conocer las formas de representar simbólicamente la realidad; es en sí mismo una representación, que por otra parte, permite saber cómo se constituye el sujeto individual en la sociedad prehistórica. En el caso de la sociedad cazadora-recolectora responsable de esta tradición cultural, los símbolos utilizados para representar la realidad forman parte de la misma realidad, parten de lo natural y no exhiben reelaboraciones ni construcciones que se interpongan diferenciando el elemento simbólico y la realidad representada (Hernando, 1997).

Como mencionamos al principio, durante el evento ritual parecen haberse desplegado en forma intensa una serie de actividades que originaron numerosos desechos materiales que, aunque no depositados intencionalmente, forman parte de la matriz sedimentaria que recubre los enterramientos. Los materiales presentan las cualidades intrínsecas de evidencias domésticas y han sido caracterizados como desechos de actividad similares a los que aparecen en el entorno de los cerritos (Curbelo et al, 1990, López, 1992). Los materiales característicos son desechos de talla, instrumentos, restos de alimentación, tiestos ce-

rámicos, variedad de pigmentos, carbón, tierra quemada y grandes piedras.



Figura 14. Instrumentos óseos hallados en cerritos. (Foto de Revista de Arqueología 1996).

Si bien estos materiales aparecen en casi todo el perfil estratigráfico de un cerrito, no suelen presentar una distribución homogénea. La mayor densidad de vestigios (tierra quemada, carbón, huesos y restos macrobotánicos quemados) aparece regularmente asociada a los niveles de enterramientos; señal indiscutible de dos actividades rituales: **eventos de combustión** y **consumo de alimentos** que tuvieron lugar en forma previa y/o durante la inhumación. La presencia de estos materiales hace pensar en el desarrollo, en términos generales de una estructura ritual regular, que integra simbólicamente el producto de las actividades domésticas.



Figura 15. Detalle de ajuar funerario de un enterramiento en cerrito. Hemimandíbulas de cánido.

### Espacios para los vivos – espacios para los muertos

En los conjuntos monumentales generalmente se articulan dos tipos de espacios arqueológicos, cada uno representado por un determinado registro material; uno caracterizado por su visibilidad: **los cerritos** y otro justamente por lo contrario, la invisibilidad: **áreas de actividad**. Desde el momento en que ambos comparten espacios de un mismo *lugar* en el que las formas arquitectónicas contribuyen a la definición de los espacios invisibles, deben ser contemplados como un espacio unitario. Formas arquitectónicas de diferente orden y magnitud, se combinan entre sí generando espacios concretos de actividad; en este sentido adquieren particular significación los hallazgos producidos en los últimos años en las excavaciones realizadas en el entorno inmediato de algunos cerritos en las que se localizaron vestigios materiales cuya distribución llega a alcanzar superficies de hasta 2 hectáreas (Curbelo et al, 1990; Cabrera y Marozzi, 1997; Pintos, 1999; López y Gianotti, 2000). Los materiales no difieren significativamente (tipológica y tecnológicamente) de los hallados al interior del cerrito. Las diferencias observadas hasta el momento se establecen en relación con la distribución espacial y posición estratigráfica de los materiales (López y Gianotti, 2000).

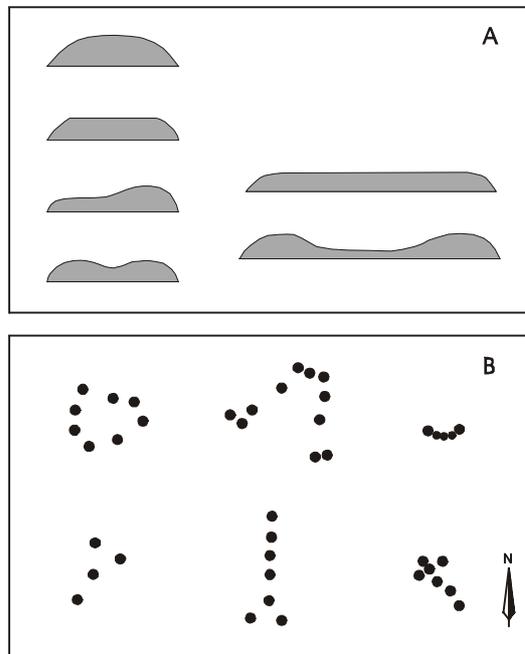


Figura 16. Diversidad arquitectónica de formas monumentales y diferentes organizaciones espaciales manifiestas en conjuntos monumentales.

La persistencia de la ocupación humana en estos contextos aparece reflejada por la presencia de acumulaciones de materiales antrópicos de diferentes épocas, semejantes a las reconocidas dentro de cerritos. Estas evidencias muestran que los espacios monumentales, han sido principal-

mente lugares de acción social, sean de carácter funerario o no, constituyen zonas de actividad humana intensiva, puntos de referencia sobre los que se constituyó un paisaje social y una tradición de larga duración.

El registro arqueológico del cerrito contempla desde su génesis y crecimiento posterior diferentes actividades domésticas. En este sentido, el registro material que compone las capas constructivas y las acumulaciones de materiales del entorno de los mismos, reflejan una conducta establecida, en la que la circulación de desechos desde fuera hacia dentro de la construcción aparece como un rasgo ritual notorio que permite definir este aspecto como parte integrante del proceso de construcción, mantenimiento y uso de los espacios ceremoniales. El hecho de que los cerritos generalmente contengan capas compuestas por desechos, advierte que vida y muerte integran un mismo ámbito y comparten un mismo espacio. Siguiendo este razonamiento, la ubicación de áreas de actividad en el entorno de los cerritos son testimonio que corroboran la indisolubilidad del ser social. Aquí el tiempo del ritual, es también tiempo secular y práctico, ambos se vinculan al calendario de las prácticas subsistenciales y al ritmo de la vida cotidiana; contribuyendo de esta forma al establecimiento y reproducción del orden social.

En resumidas cuentas, la presencia de evidencias del ámbito doméstico, invisibles pero que luego se visibilizan en las formas arquitectónicas se constituye en una estrategia ritual de gran alcance que instaura y regula el comportamiento funerario marcando puntos de continuidad a lo largo de miles de años. Como sostiene Dillehay (1991) la construcción de túmulos supone la manipulación de los muertos por parte de la comunidad viva, que recurre periódicamente al espacio destinado a los antepasados con el fin de legitimar los vínculos entre el grupo social y la tierra. “*El hombre produce la sociedad para vivir y no sólo se contenta con vivir en sociedad*” (Godelier, 1984: 18); en esta tarea, la configuración del espacio social se concreta mediante la propia vida; es la acción social y el carácter de las ocupaciones y actividades humanas de los grupos la que marca su temporalidad. Quizás no haya porque pensar que el espacio del cerrito y el espacio doméstico tengan que estar separados, sino todo lo contrario, quizás puedan ser el mismo, al menos en cierta parte del año y en determinado momento de la prehistoria (Criado et al, 2000).

### Intensificación ceremonial

La *diversificación constructiva* y, la *complejidad arquitectónica y organizativa* de los espacios monumentales, introduce un nuevo carácter más allá de la función funeraria reconocida para estas estructuras. El uso y mantenimiento periódico de los espacios monumentales y la construcción de nuevos monumentos no funerarios es reflejo de

un momento en el que la sociedad invierte trabajo social en el orden público y comunitario. El arreglo espacial producido por la agregación y asociación reiterada de monumentos de diferente orden, y el surgimiento de espacios concretos dentro de los conjuntos monumentales, es testimonio del afianzamiento de procesos de *intensificación social* que implicaron ritmos de agregación social periódicos, llegando a involucrar probablemente mayor número de personas en las celebraciones.

Este proceso de transformaciones es también visible en otros ámbitos, coincide a grandes rasgos con una mayor variabilidad de prácticas funerarias; territorialidad en aumento, especialización en el manejo de diferentes recursos, diversificación de la dieta que derivó en nuevas formas de procesar los alimentos, el paso de la tecnología conservadora hacia una más expeditiva en la industria lítica, y la restricción en el uso a materias primas locales, tanto en la cerámica como en al industria lítica.

Parte de este momento se refleja en la *jerarquización* de lugares y espacios. A escala regional es posible definir **regiones monumentales** constituidas por conjuntos de cerritos de diferente orden. La organización de éstas, integra centros ceremoniales de mayores dimensiones y complejidad, y distribuciones periféricas de conjuntos de menor rango en los que se incluyen la ubicación de estructuras aisladas o parejas de cerritos en las cimas de colinas (López y Castiñeira, 1997; Gianotti 2000ayb; López y Pintos, 2000).

Esta transformación arquitectónica y organizativa tiene lugar a partir del 2000 AP, en los momentos finales del período de construcción de cerritos. Este momento parece reflejar un proceso complementario de **integración-diferenciación** social, con cambios en las relaciones intra e intergrupales que señalan el crecimiento de los grupos y la constitución de comunidades seguramente cimentadas en el parentesco. Esta división emergente de unidades sociales se manifiesta en el orden espacial y por tanto en la construcción social del paisaje a través la jerarquización y transformación de los espacios funerarios en *espacios públicos* de agregación (Gianotti, 2000b).

La transformación operada se podría caracterizar a través de la sucesión, de paisajes funerarios a paisajes holísticos (sensu Dillehay, 1996), signo de un período de ceremonialismo intenso, en el cual se suman y superponen a los anteriores ritos funerarios, la celebración frecuente de ceremonias de intensificación en donde las diferentes unidades sociales se reúnen y mediante el trabajo comunitario y la construcción de obras públicas canalizan y amortiguan esas nacientes diferencias.

### La sociedad ante el individuo.

La intensificación ceremonial participa del proceso de transformaciones, como un mecanismo desplegado por el grupo en el intento de mantener unido su ser, y reproducir así el esquema indiviso en el que el poder no encuentra caminos independientes sobre los que establecerse. De todas maneras esto no inhibe la existencia de algún tipo de liderazgo relacionado con los grupos y que suponga la presencia de jefe comunales cuyos poderes se funda en el parentesco y está basado más en el prestigio que en la acumulación de bienes y dominación de individuos. De todas formas, las evidencias arqueológicas presentan un panorama que coloca a estos grupos, a medio camino entre una sociedad de tipo igualitaria y una sociedad dividida.

Creemos que en la sociedad que nos ocupa, la desigualdad social y el poder institucionalizado no llegó a establecerse; las evidencias apuntan hacia una desigualdad emergente, probablemente vinculada a la consolidación de grupos de descendencia liderados por un jefe de linaje cuyo poder no pasa por la apropiación de riquezas, ni la acumulación de bienes, sino que estaría más en consonancia con el prestigio y honor derivado de la posesión de saberes y el reconocimiento de su prestigio en algún ancestro lejano (ver Clastres, 1981; 1986). Por otra parte la utilización recurrente de los mismos lugares, el crecimiento de los centros ceremoniales y la complejidad arquitectónica alcanzada, señala la constitución de un paisaje social en el cual la inversión de esfuerzos considerables en la realización de estructuras permanentes y la construcción de espacios públicos, parece destinado a la consolidación de la comunidad como unidad social y no de individuos.

### Génesis y continuidad de una tradición

Los espacios monumentales de las tierras bajas uruguayas constituyen lugares significativos, utilizados de una u otra forma en los casi 5000 años de prehistoria monumental. En esto nos basamos para establecer la continuidad; una continuidad que por otra parte seguramente está llena de rupturas, pero que por otra sobre ellas destaca una conducta ritual de larga duración, transmitida en la construcción y mantenimiento ininterrumpido de los espacios ceremoniales y la constitución de éstos como *lugares* de la acción social.

Acudimos a un acontecimiento de socialización creciente de la muerte, en donde los inicios aparecen subrayados por ritos funerarios, y sus máximos representantes serían el cerrito y los enterramientos. En cuanto a la construcción del Paisaje se refiere, la lógica a través de la cuál este énfasis en la dimensión funeraria es reasimilado y manifiesto a mayor escala por la intensificación social, se explica entre otros aspectos, por el sur-

gimimiento de la arquitectura ceremonial no funeraria. Parece haberse producido una acomodación-sustitución de ritos funerarios hacia ritos de intensificación. Dentro de esta perspectiva, los *no-lugares* de antiguos cazadores se sustituyen por *lugares* de la nueva comunidad. La ritualidad iniciada en la funebria se traslada hacia la vida cotidiana y las ceremonias pasan a constituir instancias donde se refuerzan los lazos comunitarios.

Por otro lado, los casi cinco milenios de continuidad en la construcción y uso de cerritos entre estos cazadores recolectores, nos sugiere la fundación y transferencia de una estructura ritual sobre bases definidas que redundaron en la perduración formal del mismo. Este proceso de estructuración-reproducción del rito como ámbito discursivo es complementariamente diacrónico y sincrónico. El tiempo del rito ha operado dentro de un esquema temporal más amplio, es a la vez, tiempo secular y práctico, y debe ser reconocido como mecanismo social de representación de la realidad. Si bien el rito ha sido cambiante en aspectos intrínsecos, podríamos decir que no lo ha sido en su estructura formal, es decir, aquella que lo vincula reiteradamente, y durante casi cinco milenios, a los espacios monumentales. Es la recurrente utilización de los mismos lugares de enterramiento durante largos períodos lo que nos permite establecer la continuidad ritual<sup>6</sup>.

La permanencia del rito se traduce en el uso frecuente de los cerritos, y deviene en la transformación de éstos en espacios monumentales públicos; las formas arquitectónicas adquieren complejidad, aparecen otro tipo de monumentos no necesariamente funerarios y la organización del espacio traduce patrones claros que reflejan la institucionalización de ceremonias. Durante esta transformación el cerrito pasa a constituirse de punto aislado y significado por el recuerdo de los ancestros que él se encuentran descansando, a cementerio de una comunidad, área formal a la que se acude periódicamente, se reconstruye y se mantiene en señal de apropiación. Este hecho es significativo a la luz de la organización social de las comunidades, señala el umbral de un orden segmentario en el que la comunidad legitima la apropiación colectiva de la tierra y sus recursos, cuya expresión es la demarcación y circunscripción territorial a partir de estos espacios monumentales.

<sup>6</sup> Si será fuerte y establecida esta tradición que las ceremonias rituales (en este caso funerarias) asociadas a túmulos aún persisten en época de contacto cultural y al parecer desarrolladas por grupos étnicos que no se les conoce la construcción de túmulos (Cabrera y Marozzi, 1997). La reutilización de monumentos por parte de grupos guaraníes no es más que el reflejo de la apropiación de una forma simbólica concreta con la consecuente expresión de una nueva versión.

## Bibliografía

- Andrade, T.; López, J. M. 1999. Emergencia de complejidad entre cazadores-recolectores del litoral Atlántico meridional sudamericano. *Revista de Arqueología Americana*. Buenos Aires. (en prensa).
- Barrientos, G.; Carlotto, A.; Pan, F. 1996. Metodología de análisis de entierros humanos secundarios. El caso del sitio Laguna de los Chilenos 1, Región Pampeana. *En IV Congreso de la Asociación Latinoamericana de Antropología Biológica*. Argentina (en prensa).
- Bradley, R. 1993. *Altering the Earth. The origins of monuments in Britain and continental Europe*. Society of Antiquaries of Scotland Monograph series n° 8. Edinburgh: Society of Antiquaries of Scotland.
- Bradley, R. 1998. Ruined buildings, ruined stones: enclosures, toms and natural places in the Neolithic of south-west England. *World Archaeology* Vol. 30 (1): 13-22. Londres.
- Bracco, R.; Montaña, J.; Nadal, O.; Gancio, F. 2000. Técnicas de construcción y estructuras monticulares: termiteros y cerritos; de lo analógico a lo estructural. En Durán, A.; Bracco R. *Arqueología de las Tierras Bajas*: 285-300, Montevideo: MEC.
- Bracco, R.; Ures, C. 1999. Ritmos y Dinámica Constructiva de las Estructuras Monticulares. Sector Sur de la Cuenca de Laguna Merín. En López, J. M.; Sans M. (eds). *Arqueología y Bioantropología de las tierras bajas*: 13-33,. Montevideo: Udelar.
- Cabrera, L. 1997. Las áreas domésticas de los "constructores de cerritos": El sitio CG14EO1. *En IX Congreso Nacional de Arqueología Uruguay, Colonia del Sacramento*. (en prensa)
- Cabrera, L. 1999. Funebria y Sociedad entre los "Constructores de Cerritos" del Este Uruguayo. En López, J. M y Sans M. (ed). *Arqueología y Bioantropología de las tierras bajas*: 63-80,. Montevideo: Udelar.
- Castiñeira, C.; Piñeiro G. 2000. Análisis estadístico textural para el estudio de las columnas estratigráficas de las excavaciones I y II del Bañado de Los Indios. En Durán, A.; Bracco R. *Arqueología de las Tierras Bajas*: 466-78, Montevideo: MEC
- Christy, G.; Turner, II.; Turner, J. 1992. The first claim for cannibalism in the southwest: Walter Hough's 1901 discovery at Canyon Butte ruin 3; Northeastern Arizona. *American Antiquity*, 57 (4): 661-82. Washington.
- Clastres, P. 1981. *Investigaciones en Antropología Política*. Barcelona: Gedisa.
- Clastres, P. 1986. *Crónica de los indios Guayaquis*. 251 pág, Barcelona: Editorial Alta Fulla.

- Criado Boado, F. 1989. Megalitos, Espacio y Pensamiento. *Trabajos de Prehistoria*, 46: 75-98. Madrid.
- Criado Boado, F. 1993. Límites y posibilidades de la Arqueología del Paisaje. *Spal*, 2: 9-55. Sevilla.
- Criado Boado, F. 1999. Del terreno al espacio. Planteamientos y Perspectivas para la Arqueología del Paisaje. CAPA, 6. (Criterios y Convenciones en Arqueología del Paisaje). Santiago de Compostela: Grupo de Investigación en Arqueología del Paisaje.
- Criado, F.; Gianotti, C.; Villoch V. 2000. Los túmulos como asentamientos. En *Actas do 3º Congresso de Arqueologia Peninsular*. Vol III, Porto: ADECAP.
- Curbelo, C.; Bracco, R.; Cabrera, L.; López, J.; Femenías, J.; Fusco, N.; Martínez, E. 1990. Estructura de sitio y zonas de actividad. Anais da V Reunião Científica da Sociedade de Arqueologia Brasileira, *Revista do Cepa*, 17: 333-45. São Paulo
- Dillehay T. 1991. Mounds of Social Death: Araucanian Funerary Rites and Political Succession. En Dillehay, T. (ed). *Tombs for the Living: Andean Mortuary Practices*: 288-97. Washington: Dumbarton Oaks Research Library and Collection.
- Dillehay T. 2000. Paisaje Cultural y Público. El monumentalismo holístico y circunscripto de las comunidades araucanas. En Durán, A.; Bracco, R. *Arqueología de las Tierras Bajas*: 449-65. Montevideo: MEC.
- Femenías, J.; López, J.; Bracco, R.; Cabrera, L.; Curbelo, C.; Fusco, N.; Martínez, E. 1990. Tipos de Enterramiento en estructuras monticulares "cerritos", en la región de la cuenca de la Laguna Merín. (R.O.U). En *Revista do Cepa*, 17 (20): 345-56. Santa Cruz.
- Figueira, J. H. 1892. Los Primitivos Habitantes del Uruguay. En *El Uruguay En la exposición Histórico-Americana de Madrid*: 161-66. Montevideo: Imprenta Artística de Dornaleche y Reyes.
- Gaspar, M.; Dulce, 1998. Considerations of the sambaquis of the Brazilian coast. *Antiquity* 72: 592-615. Cambridge.
- Gianotti, C. 1998. *Ritual Funerario en las Tierras Bajas de Uruguay*. (Tesis de Licenciatura). Dpto. de Arqueología Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. UdelaR., Montevideo (Uruguay).
- Gianotti, C. 2000a. Paisajes Monumentales en la región meridional sudamericana. *Gallaecia* 19: 43-72. Santiago de Compostela.
- Gianotti, C. 2000b. *Paisajes Monumentales Sudamericanos. Construcción Social del Paisaje en la cuenca del Aº Yaguarí*. (Trabajo de Investigación de Tercer Ciclo). Laboratorio de Arqueología e Formas Culturais-Dpto. de Historia I, Universidade de Santiago de Compostela, Galicia (España).
- Godelier, M. 1984: *Lo ideal y lo material*. Madrid: Taurus,
- Guerra, A. 1996. Cerritos de Indios en Uruguay. Exponente arqueológico de la población indígena prehispánica. *Revista de Arqueología*, 188: 42-9. Madrid.
- Hernando, A. 1997. Sobre la Prehistoria y sus habitantes: mitos, metáforas y miedos. *Complutum*, 8: 247-60. Madrid.
- Knight, V. 1981. *Mississippian Ritual*. (Dissertation for the degree of Doctor of Philosophy). University of Florida (EEUU).
- Lévi Strauss, C. 1964. *El Pensamiento Salvaje*. México: Fondo de Cultura Económica.
- López Mazz, J. 1992. Aproximación a la génesis y desarrollo de los cerritos en la zona de San Miguel. En *Ediciones del Quinto Centenario*: 76-96. Montevideo: UdelarR.
- López Mazz, J. 1994. Aproximación al territorio de los constructores de cerritos. En Consens, M.; López Mazz, J.; Curbelo, C. (ed). *Arqueología en el Uruguay*: 65-78. Montevideo: SURCOS S.R.L.
- López Mazz, J. 1994-1995. Uso y Organización del espacio en las Tierras Bajas de la Cuenca de la Laguna Merín. *Revista de Arqueología*, 8: 181-203. São Paulo.
- López Mazz, J. 2000. Trabajos en Tierra y Complejidad Cultural en las Tierras Bajas del Rincón de Los Indios. En Durán, A.; Bracco, R. *Arqueología de las Tierras Bajas*: 271-84. Montevideo: MEC.
- López, J. M.; Bracco, R. 1992. Relación Hombre-Medio Ambiente en las poblaciones prehistóricas del Este del Uruguay. En O. Ortiz Troncoso; P. Van Der Hammen (ed). *Archaeology and Environment in Latin America*: Páxinas. Amsterdam: Universiteit van Amsterdam.
- López, J. M.; Bracco, R. 1994. Cazadores-Recolectores de la Cuenca de la Laguna Merín: Aproximaciones teóricas y modelos arqueológicos. En Lanata, J. L.; Borrero L. A. (ed). *Arqueología Contemporánea*, 5: 51-64. Buenos Aires.
- López, J.; Iriarte, J. 2000. Relaciones Costa-Tierra Bajas entre los constructores de túmulos de la cuenca de la Laguna Merín. En Durán, A.; Bracco, R. *Arqueología de las Tierras Bajas*: 39-48. Montevideo: MEC.
- López, J. M.; Pintos, S. 2000. Distribución de estructuras en tierra en la Cuenca de la Laguna Negra. En Durán, A.; Bracco, R. *Arqueo-*

- logía de las Tierras Bajas. 49-58. Montevideo: MEC.
- López, J. M.; Pintos, S. 1997. Paisaje Arqueológico de la Laguna Negra, Dpto. de Rocha. (R.O.U.). IX Congreso Nacional de Arqueología Uruguay, Colonia del Sacramento. (en prensa)
- López, J. M.; Gianotti, C. 1997. Diseño de Investigación y Primeros Resultados de las investigaciones arqueológicas en el Rincón de los Indios. En IX Congreso Nacional de Arqueología Uruguay, Colonia del Sacramento. (en prensa)
- López, J. M.; Gianotti, C. 2000. Construcción de espacios ceremoniales públicos entre los pobladores prehistóricos de las tierras bajas de Uruguay. El estudio de la organización espacial en la localidad arqueológica Rincón de Los Indios. *Revista de la Sociedad de Arqueología Brasileira*. São Paulo. (en prensa).
- López, J. M.; Castiñeira, C. 1997. Estructura de sitio y patrón de asentamiento en la Laguna Negra, Dpto. de Rocha. IX Congreso Nacional de Arqueología Uruguay, Colonia del Sacramento, (en prensa).
- Milner, G. 1995. An Osteological Perspective on Prehistoric Warfare. En Anderson, L. (ed). *Regional Approaches to Mortuary Analysis: 221-45*. New York: Plenum Press.
- Olivera, D. L. 1995. *Práticas Funerarias das Populações Pré-Coloniais e suas Evidências Arqueológicas*. (Tesis para obtención del título de Mestre em Arqueología). Pontificia Universidade Católica do Rio Grande do Sul. Rio Grande do Sul (Brasil).
- Pintos, S. 2000. Economía Húmeda del Este del Uruguay: El manejo de recursos faunísticos. En Durán, A.; Bracco, R. *Arqueología de las Tierras Bajas: 249-70*. Montevideo: MEC
- Pintos, S. 1998. Actividad Monumental: la construcción del Paisaje entre los cazadores recolectores de la región Este del Uruguay. *Arqueología Espacial*, 19-20: 529-42. Teruel.
- Pintos, S. 1999. Túmulos, Caciques y otras historias. Cazadores recolectores complejos en la cuenca de la Laguna de Castillos, Uruguay. *Complutum*, 10: 213-28. Madrid.
- Pintos, S.; Bracco, R. 1999. Modalidades de enterramiento y huellas de origen antrópico en especímenes óseos humanos. En López, J. M.; Sans, M. (ed). *Arqueología y Bioantropología de las tierras bajas: 81-106*. Montevideo: UdelaR.
- Turner, C. 1983. Taphonomic Reconstructions of human violence and cannibalism based on mass burials in the American Southwest. En Le Moine, G.; Mac Eachern, A. (ed). *Carnivores, Human Scavengers and Predators: A question of Bone Taphonomy: 219-40*. Canadá.
- Turner, V. W. 1983. *El proceso ritual: estructura y anti-estructura*. Madrid: Taurus.
- Vicent, J. M. 1995. Problemas teóricos de la Arqueología de la Muerte: Una Introducción. En Fábregas Valcarce, R.; Pérez Losada, F.; Fernández Ibañez, C. (ed). *Arqueología da morte na Península Ibérica desde as Orixes ata o medievo: 13-31*. Biblioteca Arqueohistórica Limiá. Serie Cursos y Congresos 3. Xinzo de Limia: Concello de Xinzo de Limia.
- Vincent Thomas L. 1995. Lo Sagrado y la Muerte. En *Tratado de Antropología de lo Sagrado*, Tomo I: Los Orígenes del Homo Religiosus: 215-62. Madrid: Trotta.

## ASENTAMIENTOS, PETROGLIFOS Y PAISAJES PREHISPÁNICOS EN EL VALLE DE ILLAPEL (CHILE)

Andrés Troncoso Meléndez

*“La Mente deja penetrar la luz; luego la oscuridad; ambas interactúan; de ese modo se genera el tiempo. Al final la Mente concede la victoria a la luz; el tiempo cesa y la mente culmina” (Sivainvi, Philip K. Dick).*

### RESUMEN

En el presente trabajo se adelanta un modelo relativo a las tecnologías de construcción social del espacio durante la prehistoria del valle de Illapel, IV región, Chile. Tomando como unidad de análisis el asentamiento, se discute las diversas formas que ha tenido el paisaje en su historia humana, para, posteriormente, centrarse en el rol de una específica estación de arte rupestre en la organización y semantización del espacio. En este último punto se elabora una interpretación que toma como herramienta analítica el concepto de heterotopía propuesto por Michel Foucault.

### ABSTRACT

The archaeological investigation realized in the Illapel valley, IV region, Chile, centred in the study of archaeological sites from the viewpoint of settlement, have permitted made a first approach to the social building of space. In this paper, we discuss both the different configuration of prehispanic landscapes in Illapel valley as the relationship between an exclusive rock art settlement and the organization and semantization of prehistoric space. In this point, we have used the Foucaultian concept of heterotopy as interpretative tool.

### PALABRAS CLAVE

Construcción social del espacio. Paisaje. Illapel. Asentamiento. Arte rupestre. Petroglifos. Heterotopía.

### KEYWORDS

Social building of space. Landscape. Illapel. Settlement. Rock art. Petroglyphs. Heterotopy.

### El escenario natural

El valle del río *Illapel* se encuentra ubicado en el límite sureste del Norte Chico semiárido de Chile, correspondiendo a una zona de transición geográfica y climática entre la aridez absoluta del Norte Grande y el clima mediterráneo de la región de Santiago (Fig. 1).

Este es un valle transversal de orientación E-W caracterizado por presentar un relieve montañoso irregular, en el cual la Cordillera de Los Andes y de la Costa forman un solo bloque articulado. De entre sus unidades morfoestructurales es posible destacar el sector de media montaña, consistente en un conjunto de cadenas desordenadas en disposición individual que conforman cumbres de entre 1.000 y 3.000 m de altitud (Paskoff 1993); el área de alta montaña caracterizada por un relieve juvenil y un ancho promedio de 20 a 45 km y el valle transversal con condiciones aptas para el asentamiento humano y la agricultura<sup>1</sup>.

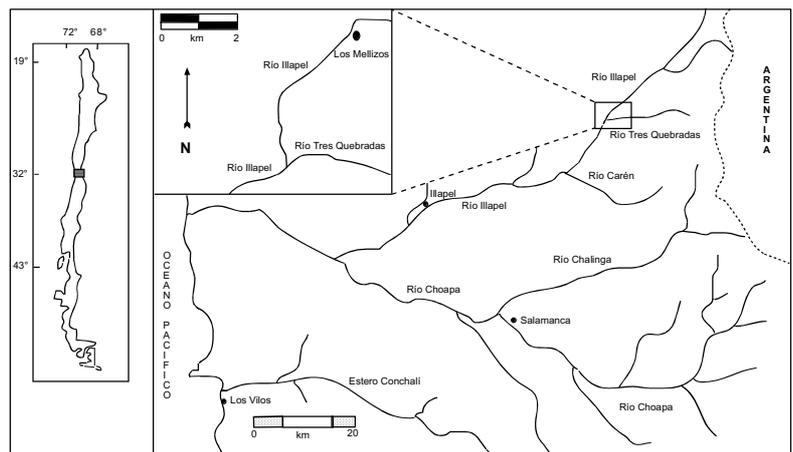


Figura 1. Mapa del área del estudio.

El *Illapel* es un valle ancho y profundo, con un notorio ensanche en su curso medio-inferior. Su modelado responde principalmente a *“la presencia de conos de deyección construidos por las quebradas afluentes que en ciertos casos han actuado como barreras en el valle principal”* (Paskoff 1993: 6).

La conjunción de las mencionadas características y unidades morfoestructurales originan un espacio heterogéneo con diversidad de entornos y sectores que permiten una ocupación y utilización diferencial del valle por parte de las poblaciones humanas (Fig. 2).

Hidrológicamente, el río *Illapel* posee un desarrollo de 82 km y una extensión de 2.100 m<sup>2</sup>. Es

<sup>1</sup> Por ser esta la zona más angosta de Chile, con tan sólo una extensión de 90 km E-W, los más altos cerros andinos se encuentran en territorio argentino, generándose pasos cordilleranos que se sitúan entre 3.700 y 4.700 m de altitud (Paskoff 1993).

considerado un río andino caracterizado por un "escurrimiento permanente aunque de gran variabilidad anual y cíclica" (Niemeyer y Cereceda 1984: 17). En cuanto río andino, su nacimiento se encuentra en la alta cordillera andina, producto de la confluencia de un conjunto de pequeños esteros y, si bien durante su recorrido recibe alimentación de múltiples quebradas intermitentes, sus principales afluentes corresponden a los ríos Tres Quebradas y Carén, localizados en el curso superior y medio del valle respectivamente.



Figura 2. Vista del curso superior del Valle del Río Illapel.

El clima semidesértico presente en el área, ocasionando temporadas estivales regidas por una escasa presencia de agua y pastizales, ha producido desde tempranas épocas prehispánicas el movimiento de animales y poblaciones humanas hacia los valles interandinos de San Juan, localizados en Argentina (Gambier 1976, 1993). Estos corresponden a valles localizados entre los 2.600 m y 3.800 m de altitud con un clima óptimo para la vida durante el verano. Las lluvias son excepcionales. Registran temperaturas de hasta 26°C de media máxima y las mínimas descienden hasta 14°C (Gambier 1976: 519).

En estos parajes la cubierta vegetal durante el verano se encuentra asegurada producto de ser valles de abundante precipitación sólida invernal, por lo que la superficie del suelo acumula varios metros de nieve durante tal época,

*"A la llegada del verano esta nieve se licúa y el agua se desplaza hacia los cauces naturales excepto la que ha sido absorbida por los suelos que está en proporción con la nieve precipitada y la pendiente de los terrenos. Concomitante con este proceso las semillas de los pastos enterradas durante el proceso anterior germinan y desarrollan pasturas cuya duración y vitalidad está en dependencia de la cantidad de nieve caída y de la humedad acumulada en el sitio. De este modo se generan las veranadas con*

*pasturas que varían en cantidad y calidad de los diferentes valles interandinos con las precipitaciones y el relieve"* (Gambier 1993: 13).

Estas pasturas constituyen verdaderas reservas de forraje para los animales domésticos, los cuales son llevados por los actuales pastores a la zona durante la época estival, paliando de esta forma, la escasez de pastos en el valle de Illapel durante el verano. Las favorables condiciones de los suelos también permite la realización de una agricultura a pequeña escala (Gambier 1976).

## La Arqueología del Valle de Illapel

Las investigaciones arqueológicas realizadas en el valle de Illapel desde 1995 a la fecha, enmarcadas en el contexto de los proyectos FONDECYT N° 1950012 y 1980248, han permitido elaborar una secuencia cronológica-cultural para las poblaciones prehispánicas del área, generando, a su vez, una batería de datos que entregan un valioso aporte para el conocimiento de los grupos indígenas locales (Becker et al. 1997, González 1997, Rodríguez et al. 1997a, 1997b, Troncoso 1998a, 1998b, 1998c, Troncoso y Rodríguez 1997), paliando la situación de desinformación previamente existente.

En tal sentido, el conjunto de trabajos allí realizados, que abarcan desde una intensiva y extensiva prospección del área hasta la excavación sistemática de más de una veintena de sitios arqueológicos de todos los períodos culturales, junto con aportar en los tópicos ya descritos, han permitido realizar un primer acercamiento al estudio del proceso de construcción social del espacio, centrándonos específicamente en el estudio de las tecnologías de construcción del paisaje<sup>2</sup> (Troncoso 1998a, 1998c).

Con el objetivo de contextualizar el tema de estudio, en el presente apartado entregaremos una sucinta síntesis sobre la prehistoria del área definiendo para cada momento las características que adopta el proceso de construcción social del espacio. En este punto es importante señalar que el modelo a presentar es de carácter más bien general y no se encuentra siquiera medianamente definido para gran parte de la prehistoria local, por lo que es más bien el producto de una primera aproximación a la Arqueología del Paisaje de

<sup>2</sup> Por tecnologías de construcción social del espacio adaptamos la noción de Foucault (1990), entendiéndola como los dispositivos, tanto de tipo material como ideacional, utilizado por las poblaciones prehispánicas para la generación de un paisaje. Obviamente, tales dispositivos son corcondantes con una determinada racionalidad cultural y expresiones de una específica forma de estar-en-el-mundo.

la región, aproximación que esperamos complementar y afinar con nuevos y mejores estudios.

Metodológicamente, todo el análisis espacial se ha realizado a partir de la definición de la categoría de asentamiento como unidad mínima de estudio<sup>3</sup>. El estudio del arte rupestre local ha seguido semejante lógica, sin que de momento se hayan realizado investigaciones específicas sobre la decoración interna de los paneles. La potencialidad de este enfoque metodológico se fundamenta en concebir al arte rupestre como una expresión material que adquiere parte de su eficacia simbólica y significado a partir de su disposición diferencial en un espacio substantivo, respondiendo el emplazamiento del petroglifo a una específica forma de ocupación y conceptualización del espacio y la naturaleza circundante.

### Período Paleolindio (11.000 a. C.? - 8.000 a. C.)

Corresponde a las primeras poblaciones humanas asentadas en la zona durante épocas pleistocénicas. La nula presencia de evidencia en el área de estudio impide generar cualquier tipo de hipótesis de trabajo relativa a las tecnologías de construcción social del espacio.

### Período Arcaico (8.000 a. C.- 0)

Se encuentra definido por el registro de poblaciones cazadoras-recolectoras post-pleistocénicas con un alto grado de movilidad estacional entre diferentes pisos altitudinales que cubren desde la costa Pacífica hasta los valles interandinos de San Juan. Durante este período se observa un importante flujo de procesos relacionados con la maritimización, un hipotético inicio de domesticación de plantas y, posiblemente, de animales por parte de estos grupos.

Las evidencias arqueológicas manejadas para este período sugieren una escasa presencia de asentamientos humanos al interior del valle de *Illapel*, situación contrastante con la realidad existente en la aldea costa de *Los Vilos* y los valles interandinos de San Juan, donde se ha identificado una importante y constante ocupación por grupos Arcaicos (Jackson 1997, Jackson et al. 1995, 1997-1998; Gambier 1969, 1976, 1993). Tal realidad permite sugerir que el valle de *Illapel* habría sido solamente un lugar de tránsito dentro de los circuitos de movilidad estacional que unen costa y cordillera, correspondiendo los sitios aquí registrados básicamente a pequeños campamentos de paso<sup>4</sup>, generándose, por tanto, un paisaje

definido a partir de puntos y líneas de movimientos, tal como ha sido sugerido por Ingold (1987), para grupos cazadores recolectores basados en un sistema de apropiación del espacio no-territorial.

No obstante, es posible pensar que durante este tiempo se comienzan a substantivizar determinados espacios relacionados con la movilidad de las poblaciones; sin embargo, la actitud pasiva hacia la naturaleza no habrían traducido tal semantización a la creación de un monumento artificial que perdurase en el tiempo.

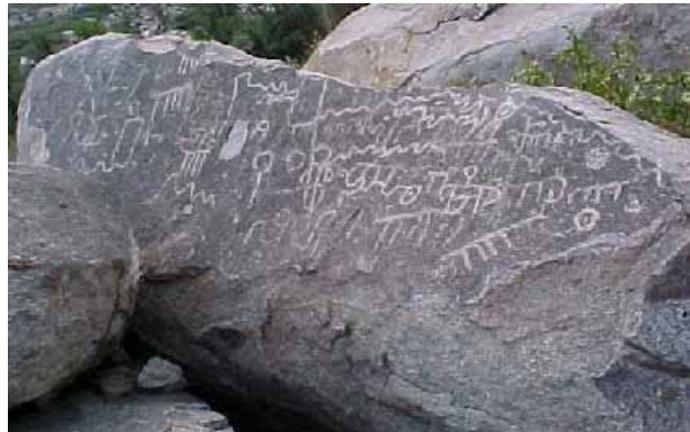


Figura 3. Panel de arte rupestre del sitio Los Mellizos con motivos del período Alfarero Temprano.

La escasa evidencia existente nos frena al intentar realizar cualquier aseveración relativa a la forma en que la concepción de paisaje fue modificada durante este extenso período cultural, germinando en sus momentos finales alguna nueva forma de pensamiento más cercana a la situación existente en el siguiente período.

### Período Alfarero Temprano (0 - 900 d. C.)

El Período Alfarero Temprano marca un importante quiebre en el desarrollo prehispánico del área. La aparición de cerámica, un sistema económico relacionado con una horticultura a pequeña escala y aprovechamiento del Guanaco (*Lama guanicoe*) y la posible existencia de asentamientos nucleados sugieren una nueva forma fenoménica de existencia, completamente diferente de lo existente hasta ese momento y que define la generación de un espacio marcado por la actividad cultural y su inscripción diferencial en el entorno.

Tal vez el rasgo más importante de este nuevo sistema de pensamiento se basa en la construcción y articulación de un espacio a partir de la

<sup>3</sup> Por asentamiento adoptamos la definición acuñada por Chang (1983).

<sup>4</sup> Los contactos con la costa se encuentran registrados por los hallazgos de restos malacológicos del Pacífico

tanto en la cordillera de Illapel (Castillo 1991) como en los contextos fúnebres y habitacionales trabajados en el área transandina (Gambier 1969, 1976, 1993).

abstracta inscripción monumental de los petroglifos, los cuales se dispersan por los diferentes sectores ocupados por estas poblaciones creando un espacio marcado por la lógica simbólica y monumentalizadora de la cultura (Fig. 3).



Figura 4. Panel del sitio Los Mellizos con figuras humanas.

El entender la aparición del arte rupestre como producto de una nueva forma de estar-en-el-mundo, implica la existencia de nuevas maneras de conceptualizar el espacio, el tiempo y nuevas formas de relaciones sociales. En tal sentido, la ampliación de las redes sociales durante este período de la historia local conllevó un cambio en las formas de relaciones sociales, donde la interacción cara a cara se vio despotenciada por un aumento poblacional<sup>5</sup> y por la ampliación en el uso del espacio local. Se comenzaron a ocupar múltiples espacios anteriormente no utilizados. La aparición del arte rupestre, puede por tanto, ser entendida, entre muchas otras cosas, como la plasmación de una nueva forma de pensamiento que materializa un mecanismo en el espacio que facilita la comunicación y el intercambio de información entre los diferentes grupos habitantes del sector<sup>6</sup>, información codificada y expuesta en

<sup>5</sup> Este aumento poblacional es observable en la mayor cantidad de cementerios y sitios habitacionales de esta época por sobre aquellos de tiempos Arcaicos.

<sup>6</sup> En forma acertada, Ingold (1987) ha sugerido que las conductas territoriales requieren de formas de comunicación que permitan la interacción entre grupos que no poseen sistemas de interacción cara a cara. Asimismo, Gamble (1998) ha llamado a esto la liberación de la proximidad, generada a partir de la ampliación de los espacios, tal como se observa en nuestro caso de estudio.

el espacio a través de su exhibición a partir del panel de arte rupestre<sup>7</sup>.

Se contraponen esta monumentalidad de lo abstracto con la escasa visibilidad de lo cotidiano expresado en la vivienda, el asentamiento, su sinónimo por antonomasia. De hecho, las prospecciones y excavaciones sistemáticas efectuadas hasta el momento señalan una baja presencia de sitios de esta época, encontrándose de preferencia ocupaciones poco potentes, aunque algunos asentamientos importantes han sido registrados. Por ejemplo, el sitio *Loma Las Pircas* consistente en un yacimiento con estructuras circulares y un claro reflejo de la acción cotidiana en el espacio, se encuentra emplazado en un cono de deyección de difícil acceso y visibilización, más aún, si bien su naturaleza es de carácter monumental, su capacidad de ser visualizado se basa en una estrategia de ocultación de la acción social, concordante con la evidencia disponible para los otros sitios habitacionales.

La ampliación del espacio inferida para esta época y la existencia de un sistema económico de tipo hortícola, permiten sugerir la presencia de un sistema de organización espacial de tipo territorial que contribuye a la vertebración y construcción del primer paisaje agrícola en el valle de *Illapel*.

### Período Intermedio Tardío (900 d. C. - 1500 d. C.)

Representado en el área por la *Cultura Diaguita Chilena*, corresponde al momento donde mejor se ha explorado el proceso de construcción social del espacio (Troncoso 1998a, 1998c). Durante este tiempo es posible pensar que las tecnologías de construcción del paisaje basan su función en la creación de una geografía de lugares que estructuran la alteración efectiva del entorno por parte de los grupos locales a partir de la exhibición de la cultura material humana, expresada, básicamente, en la disposición diferencial de los asentamientos a lo largo del espacio.

En tal sentido, a partir de su distribución espacial, las agrupaciones de asentamientos discriminadas para la zona, no solamente definen las formas de utilización del espacio, sino que también, se transforman en un recurso material para la construcción de lugares, unidad mínima de

<sup>7</sup> Concordante con lo anterior, Goody (1985) ha demostrado como los cambios en los sistemas de comunicación producen importantes modificaciones en los sistemas de pensamiento de las poblaciones humanas. De ahí se observa como la monumentalización del espacio responde a un cambio de mentalidad observado en diferentes esferas sociales de los grupos del Período Alfarero Temprano.

cuya articulación se genera y vertebra el paisaje<sup>8</sup> (Tilley 1994). A través de éstos, y su expresión visual representada en la estructura habitacional, se produce y reproduce un espacio cultural, de carácter significativo y relacionado con la cotidianeidad de la acción social.

A lo largo de su distribución espacial, generan un entramado marcado por la presencia de la cultura material definidora de áreas culturales, en contraposición a sectores donde se encuentra ausente la visibilización de la acción humana en términos concretos, construyendo un valle marcado por principios de presencia: ausencia o semejanza: diferencia, encargados de jerarquizar y elaborar un paisaje.

De la misma forma, en este proceso de ordenamiento del espacio, producido a partir de la disposición de las agrupaciones de asentamiento, se desprende una importante diferenciación entre curso medio-inferior y curso superior. Mientras en el primer caso, el uso del espacio se caracteriza por un fuerte uso de las terrazas fluviales y una escasa presencia de sitios arqueológicos en las quebradas interiores, en el curso superior del valle hay un bajo uso de las terrazas y un notorio asentamiento en quebradas interiores. Esta diferencia se ve acentuada en el curso superior por la asociación existente entre campamentos de tareas localizados en quebradas y petroglifos (Fig. 5), donde se ha pensado que el arte rupestre está jugando un decisivo rol en la definición de esta zona por parte de los grupos *Diaguita* (Troncoso 1998b), marcando áreas relacionadas más con la construcción de un espacio, la culturización de un territorio, que con la generación de un lugar para la cotidianeidad.

Por tanto, el elemento básico de este proceso correspondió a la construcción diferencial del espacio, por medio del cual el valle es disgregado por los grupos *Diaguita* generando distintas maneras de abordarlo a partir de esta categorización inicial, originando paisajes disímiles en cuanto a la presencia y relaciones de sus unidades constituyentes, unidades tanto de carácter natural como cultural.

Por otro lado, y con respecto a las estrategias de visibilidad (Criado 1993), la acción destructiva de las actividades agrícolas desarrolladas en el valle de *Illapel*, desde hace unos cuantos siglos a la fecha, han producido una total desaparición de cualquier evidencia relativa a la presencia de estructuras construidas por sus antiguos habitantes. Sin embargo, algunos avances son posibles de realizar a partir de la conjugación de los datos manejados.

En tal sentido, hemos definido las estrategias de visibilización *Diaguita* a partir de la combinación de una fuerte tendencia a la exhibición y una escasa elaboración de monumentos ambiguos. El primer caso estaría siendo representado por las estructuras habitacionales, mientras que el segundo correspondería a los petroglifos.

Las investigaciones realizadas hasta la actualidad en sectores mayormente no disturbados, como conos de deyección y quebradas interiores, sugiere la ausencia de estructuras notables con una alta perduración en el tiempo. Más bien, ellas corresponderían a construcciones de corta vida, probablemente, incluso de menor duración que el ciclo vital humano.

A través de tales estrategias, la acción social, y sus productos, se proyectan espacial y visualmente en el paisaje. No obstante, tal proyección se restringe a un determinado y acotado segmento temporal, sin intenciones de poseer una amplia extensión cronológica que permita su continuación indefinida en el espacio.



Figura 5. Petroglifo de la quebrada de Las Burras asociado a sitio de la Cultura *Diaguita*.

Por otro lado, y considerando las características espaciales de la dispersión de los asentamiento y la presencia de un sistema económico, al menos, de tipo hortícola, es posible pensar que durante este momento de la prehistoria del valle de *Illapel*, las estrategias de apropiación del espacio se basaron en el desarrollo de una reclamación efectiva de los derechos sobre la tierra por parte de las poblaciones *Diaguita*. El hecho que, por un lado, los sistemas de asentamiento se encuentren definiendo áreas de ocupación humana, dispersándose los sitios por amplias extensiones de terreno, y que, por otro, la economía indígena tenga parte de sus fundamentos en las prácticas hortícolas, permiten suponer que la partición del territorio de acuerdo a criterios organizativos y/o económicos sea factible, originando en el valle un espacio cerrado, es decir, un territorio. Sin em-

<sup>8</sup> "Geographical experiences being in places, reaches out to others through spaces, and creates landscapes or regions for human existence" (Tilley 1994: 15).

bargo, este territorio no debe ser conceptualizado en términos capitalistas, sino que por el contrario, responde a una lógica cultural diferente a la nuestra, donde si bien la tierra se transforma en un instrumento de producción importante, “la unidad económica no es la parcela o predio sino la familia, cuyos miembros participan en los procesos agrícolas que se dan en las unidades de producción” (Hernández 1993-1994: 186).

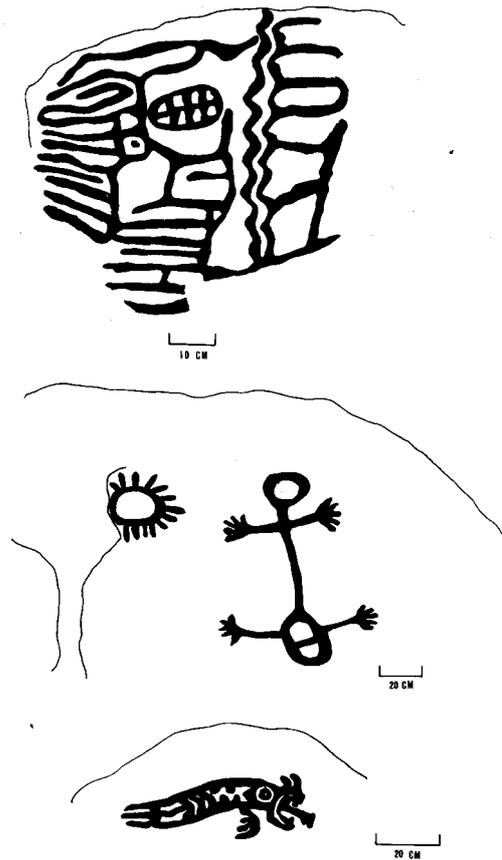


Figura 6. Petroglifos del sitio *Los Mellizos*.

En tal sentido, por tanto, la generación de un paisaje se basó en un concepto territorial cerrado donde, si bien puede no haberse llegado a desarrollar una concepción de tenencia de tierra, la base se encontraría en una conducta territorial desdoblada en un sistema de comunicación que permitiese un correcto desenvolvimiento del sistema, rol que podrían haber asumido los asentamientos en cuanto unidades demarcadoras de espacio.

La alteración del entorno, entonces, se hizo efectiva desde el mismo momento en que se comenzó a practicar una economía de carácter agrícola, caracterizada por la creación de un quiebre del espacio natural al desconectar las diversas unidades constituyentes por medio de la limpieza y alteración de un terreno (Ingold 1987). Tal producto de la acción social, tendría su contraparte en los resultados de la actividad cotidiana, marcada por una fuerte estrategia de exhibición.

Sin embargo, y aunque la alteración de la naturaleza se hace efectiva, ésta no adquiere un carácter destructor, sino más bien, se encuentra regida por una mentalidad que, si bien altera el entorno, mantiene en funcionamiento el orden impuesto por la naturaleza, generando transformaciones que, al parecer, no conllevan un quiebre rotundo en las relaciones sociales establecidas entre los hombres y la naturaleza.

## Arte Rupestre del Valle de Illapel

El arte rupestre, en su variedad de petroglifo, es sin lugar a dudas una de las evidencias arqueológicas más frecuente en el valle de *Illapel*, registrándose de momento más de una cincuenta de sitios de arte rupestre, consistente generalmente en uno o un par de paneles de grabados sin una directa asociación con otro tipo de restos prehistóricos.



Figura 7. Detalle de figura zoomorfa del sitio *Los Mellizos*.

Los estudios realizados sobre el arte rupestre local (Ballereau y Niemeyer 1998; Castillo 1991, Toro 1996, Valdivieso 1985) han señalado la existencia de dos estilos artísticos. Predomina el estilo *Limarí*, caracterizado en el área de estudio por la presencia de máscaras, rectángulos con lados curvos, ocasionalmente rellenos con campos ajedrezados; camélidos en diferentes escenas, círculos aglutinados a manera de nidos y diversos tipos de figuras humanas (Ballereau y Niemeyer, 1998, Castillo 1985, 1991, Mostny y Niemeyer 1983). A partir de ciertos atributos decorativos y asociación espacial con asentamientos habitacionales, Castillo (1985) ha postulado la filiación cultural de este estilo de arte rupestre al Período Alfarero Temprano<sup>9</sup>. El segundo, el estilo *Aconagua*, presente en el río *Illapel* a partir del hallazgo de figuras antropomorfas fitomorfizadas y *signos*

<sup>9</sup> Es importante señalar que estos estudios se han realizado en áreas foráneas al valle de *Illapel* y se basan en un catastro regional del arte rupestre realizado por Castillo (1985).

escudos<sup>10</sup>, ha sido asociado con el Período Intermedio Tardío (Mostny y Niemeyer 1983).

Desde nuestra perspectiva, creemos importante comenzar a reformular la asociación cronológica del estilo *Limarí*. De hecho, es sintomático que en su definición, Castillo (1985, 1991), menciona que para el valle de *Illapel* gran parte de los petroglifos de este estilo rupestre se asocian espacialmente con sitios de la Cultura *Diaguita*, situación que hemos confirmado en nuestro caso a partir de los trabajos de prospección y excavación realizados. De hecho, en una primera aproximación a la cronología del arte rupestre, y sin negar que gran parte de los petroglifos del área corresponden a tiempos Alfareros Tempranos, es posible plantear que, junto con los mencionados **signos escudos** y figuras antropomorfas fitomorfizadas, existan iconos como los camélidos y círculos simples, o con punto concéntrico, que formen parte del bagaje cultural de ambas poblaciones, mientras que figuras como grecas y escalerados, formen más bien parte del acervo iconográfico exclusivo de la Cultura *Diaguita*, dada su presencia también en las estructuras decorativas de la cerámica.

Como ya fue señalado, gran parte de los sitios de arte rupestre del valle de *Illapel* corresponden a uno o un par de paneles de petroglifos aislados. Sin embargo, a medida que se avanza hacia el curso superior, la concentración de éstos aumenta, alcanzándose estaciones donde se han ubicado hasta una veintena de paneles, pero que en términos generales, constituyen una baja porción del total del universo local.

## El sitio de Los Mellizos: Hacia una interpretación de un monumento espacial

Una situación completamente diferente se observa en el sitio *Los Mellizos*, estación de arte rupestre prehispánica donde en una extensión aproximada de terreno de 500x300 m se han registrado 97 paneles de arte rupestre, 96 de los cuales corresponden a petroglifos y uno a la única pictografía registrada en el valle hasta el momento (Toro 1996).

Espacialmente, el sitio se encuentra localizado en el curso superior del río *Illapel*, próximo a la confluencia de los ríos *Illapel* y *Tres Quebradas*

(Fig. 1). Su emplazamiento es en un pequeño cono de deyección de difícil acceso, existente al sur del cauce del río *Illapel* y opuesto a la ruta de tránsito humano, en un área estratégica para el movimiento en cuanto que en este punto convergen a lo menos diez pasos cordilleranos que llevan hacia los mencionados valles interandinos de San Juan (Castillo 1991, Gambier 1976, 1986) (Fig. 8).



Figura 8. Emplazamiento del sitio de Los Mellizos y vista de la precordillera andina.

Iconográficamente, los estudios preliminares realizados por Toro (1996) señalan una importante representación de figuras humanas y zoomorfas, destacando entre estas últimas un notorio registro de camélidos, específicamente Guanacos (*Lama guanicoe*) (Fig. 4, 11 y 7). Complementan el contexto, una serie de figuras geométricas, tales como líneas y círculos, sean estos últimos círculos simples, con apéndices o aglutinados a manera de nidos y un reducido número de **signos escudos** (Fig. 3, 6 y 9).

Los datos recuperados a partir de la caracterización inicial de los motivos rupestres, sumado a las recolecciones de material cerámico realizadas en el sitio, sugieren la presencia de dos ocupaciones humanas en el lugar. La primera, y de mayor presencia, se remonta al Período Alfarero Temprano, evidenciado tanto por los restos cerámicos con decoración incisa, clásica de este tiempo, como por el registro de abundantes motivos del Estilo *Limarí*. Una segunda ocupación se remontaría al Período Intermedio Tardío, donde junto con restos alfareros engobados rojos se observan un reducido número de **signos escudos**, propios de esta época.

Al comparar el sitio de *Los Mellizos* con el universo de estaciones de arte rupestre registradas en el valle de *Illapel*, se observa que ésta es sin dudas el sitio de mayor relevancia al interior de la localidad. El significativo número de paneles de arte rupestre, la presencia de motivos únicos y de los referentes más complejos registrados hasta

<sup>10</sup> El signo escudo "corresponde en su forma más simple a un trapecio, a una elipse o a un trazado subrectangular, en el cual se han marcado dos diagonales. El diseño interior suele hacerse más complejo, con la introducción de puntos o pequeños círculos entre los sectores separados por las diagonales. En otras ocasiones dos de estos segmentos opuestos por el vértice se hacen de cuerpo lleno, o un signo escudo va dentro de otro más grande" (Mostny y Niemeyer 1983: 66).

ahora en el valle, aíslan y diferencian a éste del resto de los yacimientos con arte rupestre de todo el valle de *Illapel*.



Figura 9. Conjunto de soportes con grabados del sitio Los Mellizos.

Considerando los antecedentes previamente entregados creemos posible esbozar una interpretación del sitio a partir del concepto de heterotopía, definido por Foucault (1986), como un no-lugar, un asentamiento que a pesar de tener un emplazamiento definido y en relación con otros asentamientos, se diferencia y distancia, convirtiéndose en un lugar absolutamente distinto a todos los otros, generando una ruptura en el espacio y la vida ordinaria.

Arqueológicamente, creemos posible observar la presencia de heterotopías a partir de una mirada contextual que tenga como supuestos básicos: la existencia de este tipo de lugares (asentamientos) en todas las culturas y tiempos, hecho ya señalado por Foucault (1986), y que, en cuanto la construcción social de la realidad debe ser coherente con un determinado aparato material que haga efectiva tal forma de saber-poder, la cultura material se transforma en un artefacto manipulable que permite a partir de su disposición diferencial la demarcación y construcción de espacios-otros que generan una forma específica de experimentar el mundo<sup>11</sup>.

<sup>11</sup> "El modo de producción o las relaciones que los individuos adquieren en el proceso de producción y reproducción de su vida material, constituye la estructura secreta de toda sociedad pero no la agota, pues en su dinámica se debe establecer un diálogo permanente con el imaginario práctico que la representa, la distorsiona e incluso niega en períodos de crisis social. Este diálogo se desarrolla en el cotidiano del acontecimiento, allí donde se despliegan los actos y los discursos, los objetos y las instalaciones, allí donde la realidad es creada no sólo para conservarla o glorificarla, sino también para transformarla" (Gallardo 1998: 40.)

En nuestro caso, el carácter heterotópico de *Los Mellizos* se define tanto por su cultura material como por su ubicación espacial. En el primer caso, el abundante número de paneles existentes y su riqueza iconográfica diferencian y alejan a este lugar de todo lo conocido para el valle. En el caso de la variable espacial, la ubicación del sitio próximo a la confluencia de los ríos *Illapel* y *Tres Quebradas* sugiere una intención de demarcación de tal lugar, correspondiente a un área de gran importancia para las poblaciones prehispánicas del área, pues, por un lado, el sector de la confluencia de los ríos *Illapel* y *Tres Quebradas* corresponde al último lugar del valle donde éste se encuentra como tal. A partir de la mencionada confluencia, el *Illapel* se transforma en una pequeña quebrada cordillerana no apta para el asentamiento permanente. Mientras que por otro lado, desde este mismo punto surge una decena de rutas naturales que permiten el tránsito de las poblaciones humanas hacia los mencionados valles interandinos de San Juan (Castillo 1991).

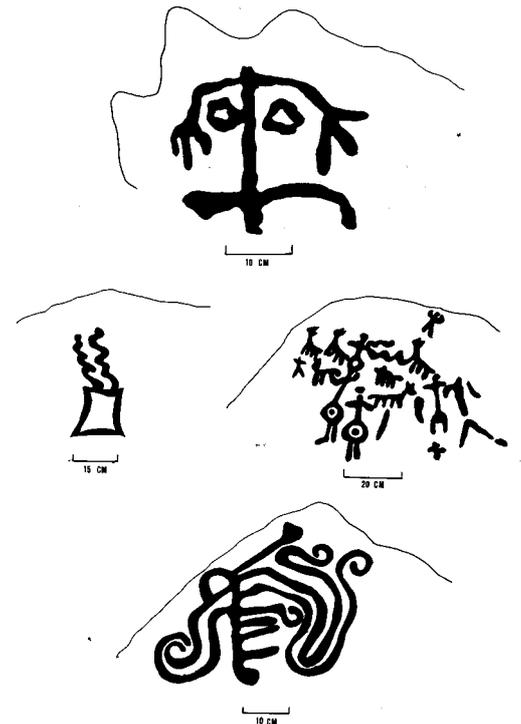


Figura 10. Petroglifos del sitio *Los Mellizos*.

De esta forma, a través de una inscripción monumental, *Los Mellizos* está marcando un área específica del valle, definiendo un umbral que organiza el espacio aprovechando un abrupto cambio en la morfología del entorno local y que estructura el valle a partir de una dicotomía básica entre valle: precordillera, dicotomía que, en última instancia, hace referencia a una oposición aún más elemental entre asentamiento permanente: asentamiento estacional, a la vez que define un lugar estratégico para la movilidad humana hacia tierras altas.

A través de las mencionadas características, los Mellizos cumple dos de los rasgos de las heterotopías consistentes en yuxtaponer en un solo lugar diversos espacios (valle: precordillera), así como en funcionar a manera de instancia organizadora y constructora del espacio, creando lugares otros que demarcan un espacio real. De hecho, su asociación espacial con una importante montaña aledaña, permite que este lugar sea fácilmente reconocible desde sectores muy lejanos, conformándose en un hito demarcador de este espacio finito y específico.

Un último rasgo constitutivo de las heterotopías espaciales, y también presentes en el sitio, hace referencia al problema de la accesibilidad. Foucault (1986) ha señalado que todo acceso a emplazamientos heterotópicos es restringido y selectivo, situación que volvemos a encontrar en nuestro caso. La ubicación de *Los Mellizos* en el pequeño cono de deyección le entrega un aislamiento físico del resto del espacio, dado por el curso del río *Illapel*, haciéndolo, incluso, inaccesible en épocas durante las cuales el caudal del mencionado río es demasiado alto. En tal sentido, este no-lugar desdobra su significación a partir de, por un lado, corresponder a un sector claramente observable desde la ruta de movimiento, pero, cuyo acceso se encuentra delimitado en determinadas épocas del año por la acción de un elemento natural, como lo es el río *Illapel*.

*Los Mellizos*, por tanto, se encuentra jugando un importante papel en el proceso de construcción social del espacio durante el período Alfareo Temprano en el valle de *Illapel*. Su localización definidora para la creación de un paisaje y el importante capital simbólico que debió manejar este sitio, dado por su naturaleza particular interpretada a partir del concepto de heterotopía, transformaron a este asentamiento en un lugar esencial del paisaje local. En este punto, es posible pensar que el amplio capital simbólico e importante rol jugado por este espacio en la organización del paisaje local se remonte al Período Arcaico, momento en que los constantes traslados hacia la vertiente oriental de la Cordillera de Los Andes hubiese producido la semantización de tan importante lugar, sin que este proceso hubiese implicado una materialización espacial de tal concepto, situación coherente con la racionalidad pasiva de tales poblaciones.

El carácter heterotópico de esta estación de arte rupestre se expresa entonces en los tres niveles esperables para un sitio rupestre: primero, a nivel espacial, dado por una ubicación en un lugar de características muy singulares, tal como es el área donde finaliza el valle y comienza la precordillera; segundo, a nivel de los paneles, pues éste es el sitio con mayor número de paneles registrados en el valle, sin que exista nada siquiera parcialmente parecido (en contraposición a los 97 paneles de este sitio, las otras estaciones abun-

dantes en paneles no superan la treintena de éstos) y tercero, a nivel de los referentes, ya que a pesar de compartir un conjunto de motivos rupestres con otras estaciones, el sitio *Los Mellizos* presenta una serie de referentes únicos a todo el valle; situación que se une a la presencia de motivos extremadamente complejos en su diseño y elaboración (p. ej.: Fig. 7 y 10).



Figura 11. Grabados antropomorfos del sitio Los Mellizos.

Este carácter heterotópico del sitio de *Los Mellizos* se acentúa aún más al considerar su papel como referente espacial para la construcción y dicotomización del espacio del valle. Leach (1978 [1976]) considera que la construcción social del espacio necesita en todas las culturas un límite que demarque áreas y sectores, límites que deben ser materialmente reconocibles para que sean simbólicamente eficaces. Aquellos puntos espaciales que demarcan el quiebre entre dos espacios substantivos, como es en este caso entre valle y precordillera, se transforman por sus propias cualidades en espacios sagrados, espacios sagrados que fundan su capital simbólico en su ubicación en un espacio liminal que no es más que la entrada y salida entre dos mundos, o en sus palabras, "este mundo y el otro mundo se conciben aquí como espacios topográficos distintos, separados por una forma liminal que participa de la cualidad de ambos" (Leach 1978 [1976]: 112), y, que en definitiva, no son más que heterotopías.

Sin adentrarnos en la idea de este mundo y otro mundo propuesta por el autor, es completamente concebible que el sitio de *Los Mellizos* no sólo sea un espacio heterotópico, sino que también es un punto topográfico, fácilmente visible desde la distancia, que adquiere su ritualidad a partir de su presencia material como lugar tangible que marca los límites de un espacio cultural, dividiendo el paisaje del área en una serie de posibles opuestos binarios de teórica importancia para la vida de estas poblaciones: asentamiento permanente-asentamiento semipermanente, se-

dentarismo-nomadismo, agricultura-recolección, valle-precordillera; todas dicotomías que no hacen más que referenciar a la principal dicotomía subyacente bajo todas estas oposiciones, espacio doméstico-espacio salvaje (Fig. 13). Las implicancias de esta última dicotomía son extremadamente significativas, pues es a partir de esta oposición básica a los grupos con una economía agrícola que pensamos se define su acercamiento a la naturaleza y culturización del espacio.

Es entonces Los Mellizos un espacio-otro, un lugar liminal, que a partir de su posicionamiento y materialidad construye una geografía cultural, organizando un mundo físico, adquiriendo en este evento una sacralidad tal que lo hace constituirse en uno de los principales puntos culturales del paisaje del Período Alfarero Temprano en el valle de Illapel.

La reocupación de este monumento durante tiempos Alfareros Tardíos refrendaría lo anterior, por cuanto y a pesar de encontrarnos frente a dos formas diferentes de estar-en-el-mundo, este espacio mantendría su valor simbólico y ritualidad, existiendo un reconocimiento consciente del importante capital simbólico manejado por este sitio, dado tanto por su privilegiada ubicación espacial como por el importante número de grabados rupestres de épocas anteriores.



Figura 12. Detalle del emplazamiento del sitio Los Mellizos, en primer término grabados antropomorfos.

Asimismo, el proceso de reutilización del espacio se enmarcaría dentro de una estrategia de reocupación del sitio, probablemente relacionado con algunos aspectos ideológicos aún no desvelados por estas poblaciones<sup>12</sup>. Al respecto, existe un conjunto de evidencia antropológica y etnográfica que sugiere que la reocupación de anti-

<sup>12</sup> Este interés por tiempos pasados por parte de los grupos *Diaguita* se observa en la reutilización de adornos del Período Alfarero Temprano.

guos asentamientos de importante capital simbólico se relacionaría con un proceso de legitimación y arraigamiento de una serie de conceptos dentro de una profunda malla temporal<sup>13</sup> (Bloch 1977, Bradley 1987, 1991, Kelly y Kaplan 1990).

Siguiendo a Bloch (1977), estas reocupaciones forman parte de un sistema de comunicación ritual relacionado con la presencia del pasado en el presente, orientado a generar un modelo imaginario y estático de la sociedad, donde determinados conceptos se jerarquizan y son puestos en valor, exhibiendo en forma teatral la estructura social del grupo humano como algo estático, ajeno a la historia y al devenir del tiempo, estableciéndose una antigüedad “*en lo absoluto, puesto que se remonta a los orígenes del mundo y esta continuidad no admite, ni orientación, ni grado*” (Levi-Strauss 1994: 342).

La ritualidad de este espacio, y su materialización a partir de una estación de arte rupestre, adquiriría mayor relevancia si consideramos las características de la llamada cosmovisión andina, donde cerros y nacimientos de cursos de agua se transforman en importantes deidades naturales (p. e. Harris y Bouysse 1989, Mariscotti 1978, Reinhard 1983)<sup>14</sup>. En tal sentido, la asociación de ambos significantes con el concepto de fertilidad permitiría entrever la importancia simbólica que habría tenido este espacio dentro de una cosmovisión andina, situación que reforzaría una reocupación de un monumento pasado tan importante como el existente en el sitio *Los Mellizos*.

A partir de este nuevo proceso de inscripción material y semantización, el paisaje del curso superior del valle de *Illapel* adquiere una nueva significación que, en sus fundamentos, se enraiza y traspasa aquel entramado simbólico pretérito, quedando el monumento arqueológico como una muda evocación de un tiempo distante y paisajes diferentes, paisajes que ahora comienzan a ser nuevamente interpretados por un nuevo sistema de saber, diferente a aquel que originó tal expres-

<sup>13</sup> En Andinoamérica tal vez el caso más excepcional al respecto se da durante tiempos Incas, cuando la elite gobernante asocia sus orígenes con el imponente sitio de *Tiahuanaco* en el lago *Titicaca*, núcleo en el cual germinó y se expandió una importante cultura prehispánica durante el Período Medio.

<sup>14</sup> Aunque en otras ocasiones hemos expresado nuestra negativa a la aplicación acrítica de la metáfora andina a todas las culturas prehispánicas del área (Troncoso 1998a), no negamos la pertenencia de la Cultura *Diaguita* a este mundo, por lo que algunos conceptos generales pueden ser aplicados a manera de herramientas interpretativas que permitan una mejor comprensión del fenómeno analizado. Al respecto, los trabajos de Latham (1926, 1928), Castillo (1992) y González (1995) presentan una significativa evidencia de la presencia de elementos estructurantes andinos al interior de la cosmovisión *Diaguita*.

sión arqueológica, y a partir del cual se rescatan algunas de las significaciones del espacio pretérito, sin llegar a lograr comprender a cabalidad la lógica de aquel espacio otro y, por el contrario, originando un nuevo discurso espacial que se erige como un nuevo momento en la historia del paisaje local, rescatando parte de su riqueza pretérita, sumando parte de nuestro sistema de saber.

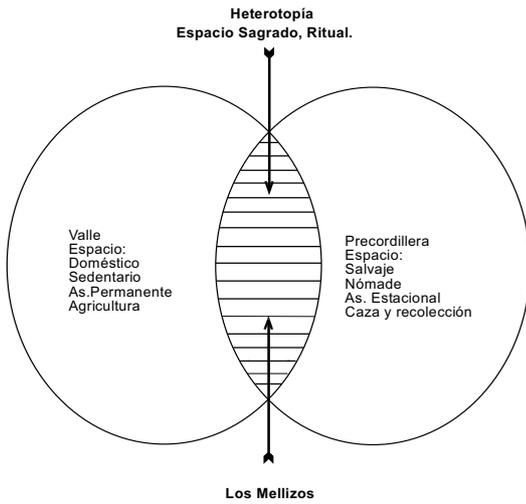


Figura 13: Diagrama interpretativo del sitio Los Mellizos.

**Agradecimientos**

A Camila Gianotti, por su invitación a formar parte de este volumen; a Lolo Santos, por sus comentarios críticos y buena disposición; a Suso Amado, por sus recomendaciones finales y la ayuda gráfica; a Francisco Gallardo, por sus recomendaciones bibliográficas para complementar la interpretación de Los Mellizos, a Daniel Pavlovic, por una nueva revisión; a Felipe Criado, por sus enseñanzas y a mis amig@s del Grupo de Investigación en Arqueología del Paisaje, por todo y aún más.

**Bibliografía**

Ballereau, D.; Niemeyer, H. 1998. Los sitios rupestres de la cuenca alta del río Illapel (Norte Chico, Chile). *Chungara* 28 (1-2): 319-52.

Becker, C.; Rodríguez, J.; González, P.; Solé, L.; Troncoso, A. 1997. Enterratorios Diaguita en la cuenca del río Illapel. En *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena*. (e. p.).

Bloch, M. 1977. The past and the present in the present. *MAN* 12 (2): 278-292.

Bradley, R. 1987. Time regained: the creation of continuity. *Journal of the British Archaeological Association* CXL: 1-17.

Bradley, R. 1991. Ritual, time and history. *World Archaeology* 23(2): 209-219.

Castillo, G. 1985. Revisión del arte rupestre Molle. En *Estudios en arte rupestre. Primeras jornadas de Arte y Arqueología*, pp: 173-194. Santiago: Museo Chileno de Arte Precolombino.

Castillo, G. 1991. *Desarrollo prehispánico en la hoya hidrográfica del río Choapa*. Ms. La Serena: Museo Arqueológico de La Serena.

Castillo, G. 1992. Evidencias sobre uso de narcóticos en el norte semiárido chileno: catastro regional. *Contribución Arqueológica* 4: 105-60.

Criado, F. 1993. Visibilidad e interpretación del registro arqueológico. *Trabajos de Prehistoria* 50: 39-56.

Chang, K. 1983. *Nuevas perspectivas en arqueología*. Madrid: Alianza, (Random House, 1967).

Foucault, M. 1986. Of other spaces. *Diacritics* 16 (1): 22-27.

Foucault, M. 1990. *Tecnologías del yo*. Barcelona: Paidós, (Amherst: University of Massachusetts Press, 1988).

Gallardo, F. 1998. Arte, arqueología social y marxismo: comentarios y perspectivas (parte I). *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 26: 37-41.

Gallardo, F. 1999. Arte, arqueología social y marxismo: comentarios y perspectivas (parte II). *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 27: 33-43.

Gambier, M. 1969. Excavaciones en los morrillos de Ansilta. Trabajos preliminares. En *Actas del V Congreso Nacional de Arqueología*, pp: 389-395.

Gambier, M. 1976. Ecología y Arqueología de los Andes centrales Argentino - Chilenos. *Publicaciones de la Universidad Nacional de San Juan* 3: 1-17.

Gambier, M. 1986. Los valles interandinos o veranadas de la alta cordillera de San Juan y sus ocupantes: los pastores chilenos. *Publicaciones de la Universidad Nacional de San Juan* 15: 1-32.

Gambier, M. 1993. *Prehistoria de San Juan*. San Juan: Editorial Fundación Universidad Nacional de San Juan.

Gamble, C. 1998. Paleolithic society and the release from proximity: a network approach to intimate relations. *World Archaeology* 29 (3): 426-49.

González, P. 1995. *Diseños cerámicos de la fase Diaguita-Inca: estructura, simbolismo, color y relaciones culturales*. Memoria para optar al título de Arqueólogo. Departamento de Antropología, Universidad de Chile. Santiago.

- González, P. 1997. Patrones decorativos de las culturas agroalfareras de la Provincia del Choapa y su relación con los desarrollos culturales de las áreas aledañas (norte chico y Chile central). En *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena* (e. p.).
- Goody, J. 1985. *La domesticación del pensamiento salvaje*. Madrid: Akal, (Cambridge University Press 1977).
- Harris, O.; Bouysse, T. 1989. Pacha, en torno al pensamiento Aymara. En X. Albo (ed.), *Raíces de América, el mundo Aymara*, pp: 217-75. Madrid: Alianza.
- Hernández, R. 1993-94. Teorías sobre el campesinado en América Latina: una evaluación crítica. *Revista Chilena de Antropología* 12: 179-200.
- Ingold, T. 1987. *The appropriation of nature: essays on human ecology and social relations*. University of Iowa Press.
- Jackson, D. 1997. Coexistencia e interacción cultural de comunidades de cazadores recolectores en el arcaico semiárido. *Valles* 3: 13-36.
- Jackson, D.; Báez, P.; Seguel, R. 1997-1998. Nuevas evidencias estratigráficas para el Complejo Huentelauquén en la Provincia del Choapa, IV región. *Revista Chilena de Antropología* 14: 145-56.
- Jackson, D.; Báez, P.; Vargas, L. 1995. Secuencia ocupacional y adaptaciones durante el arcaico en la Comuna de Los Vilos, Provincia del Choapa. En *Actas del XIII Congreso Nacional de Arqueología Chilena*, tomo I: 99-110.
- Kelly, J.; Kaplan, M. 1990. History, structure and ritual. *Annual Review of Anthropology* 19: 119-50.
- Latham, R. 1926. El culto al tigre entre los antiguos pueblos andinos. *Revista Chilena de Historia Natural* XXX: 125-136.
- Latham, R. 1928. *La alfarería indígena chilena*. Santiago: Sociedad imprenta y Litografía Universo.
- Leach, E. 1978. *Cultura y Comunicación: la lógica de la conexión de los símbolos*. Madrid: Siglo XXI Editores. (Cambridge University Press, 1976).
- Levi-Strauss, C. 1994. *El pensamiento salvaje*. México: Fondo de Cultura Económica, (París, Librairie Plon, 1962).
- Mariscotti, A. 1978 Pachamama santa tierra . *Indiana* 8 (número especial).
- Mostny, G.; Niemeyer, H. 1983. *Arte Rupestre Chileno*. Santiago: Serie El Patrimonio Cultural Chileno. Ministerio de Educación.
- Niemeyer, H.; Cereceda, P. 1984. Hidrografía. En *Geografía de Chile*, tomo I. Santiago: Instituto Geográfico Militar.
- Paskoff, R. 1993. *Geomorfología de Chile semiárido*. La Serena: Ediciones de la Universidad de La Serena.
- Reinhard, J. 1983. Las montañas sagradas, un estudio etnoarqueológico de ruinas en las altas cumbres andinas. *Cuadernos de Historia* 3: 27-62.
- Rodríguez, J.; Becker, C.; Solé, L.; González, P.; Troncoso, A. 1997. Algunas reflexiones sobre las poblaciones prehispánicas tardías del río Illapel. *Valles* N°2: 57-71.
- Rodríguez, J.; Becker, C.; González, P.; Troncoso, A.; Pavlovic, D. 1997. Ocupaciones prehispánicas en la cuenca del río Illapel. En *Actas del XIV Congreso Nacional de Arqueología Chilena* (e. p.).
- Tilley, C. 1994. A phenomenology of landscape: places, paths and monuments. Oxford: Berg.
- Toro, M. J. 1996. El arte rupestre en el valle de Illapel. En J. Rodríguez (dir.) *Proyecto Arqueológico Río Illapel*. Ms. Santiago: Comisión Nacional de Ciencia y Tecnología (CONICYT).
- Troncoso, A. 1998a. *El Período Intermedio Tardío en la cuenca del río Illapel: desarrollo y relaciones*. Memoria para optar al título profesional de Arqueólogo. Departamento de Antropología, Universidad de Chile. Santiago.
- Troncoso, A. 1998b. Arqueología del Asentamiento y la Cultura Diaguita en el valle de Illapel. *Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología* 26: 31-4.
- Troncoso, A. 1998c. Uso del espacio y estrategias de apropiación de la naturaleza durante el Período Intermedio Tardío en el valle de Illapel. En *Actas del 3er Congreso Chileno de Antropología* (e. p.).
- Troncoso, A.; Rodríguez, J. 1997. Cerámica Diaguita del río Illapel. *Noticiero Mensual del Museo Nacional de Historia Natural* 330: 3-7.
- Valdivieso, G. 1985. *Prospección arqueológica del curso medio y superior del valle del río Illapel*. Práctica Profesional. Departamento de Antropología, Universidad de Chile. Santiago.

# LA PERCEPCIÓN DEL PAISAJE Y LA REPRODUCCIÓN DE LA IDENTIDAD SOCIAL EN LA REGIÓN PAMPEANA OCCIDENTAL (ARGENTINA)

Rafael Pedro Curtoni

## RESUMEN

En este trabajo, la percepción del paisaje es analizada teniendo en cuenta dos modelos diferentes de ‘espacialización social’ en la parte oeste de la Región Pampeana de Argentina. Se propone un mecanismo cultural que explique cómo las personas perciben los lugares y el paisaje a través del tiempo para sostener el arraigo y la continuidad hacia lugares determinados. En otros casos, sentidos de desarraigo y de no pertenencia están ligados a una diferente racionalidad de acercarse y considerar el mismo paisaje. De esta forma, la percepción de lugares y paisajes puede estar algunas veces relacionada a identidades sociales específicas e intereses.

## ABSTRACT

In this paper, the perception of landscape is analysed regarding two different models of ‘social spatialisation’ in the west of the Pampean Region of Argentina. A cultural mechanism is proposed to explain how people perceive landscape and places through time in order to sustain attachments and continuity to a particular setting. In other cases, senses of detachment and unbelonging are tied to a different rationality of approaching and considering the same landscape. Thus, perception of places and landscape can sometimes be related to specific social identities and interests.

## PALABRAS CLAVE

Región Pampeana. Percepción. Arqueología del paisaje. Espacialidad social. Identidad.

## KEYWORDS

Pampean Region. Perception. Landscape Archaeology. Social spatiality. Identity.

## Introducción

En las últimas dos décadas, las investigaciones en arqueología del paisaje se han visto enriquecidas por el aporte de diferentes perspectivas teóricas, produciéndose una apertura hacia nuevos temas y problemáticas (Criado 1991, Bender 1993, Hirsch 1995). En este sentido, el concepto de percepción ha comenzado a ser utilizado y aplicado intensamente por los arqueólogos en estudios del paisaje, lo cual ha generado cierta confusión y ambigüedad (Attema 1996, Johnston 1998). Esta situación es, en parte, consecuencia de una falta de definición clara en relación a las implicancias y significado de tal concepto. De manera similar, la emergencia de problemáticas referidas a las identidades sociales y culturales en arqueología es un complejo tema que ha sido y continua siendo ampliamente trabajado y discutido (Brown-Graves 1996, Jones 1997).



Figura 1. Región pampeana de Argentina y área de estudio, provincia de La Pampa.

Sin embargo, la relación entre la percepción del paisaje y el surgimiento de identidades constituye una problemática no muy desarrollada y escasamente debatida en el campo arqueológico (Hernando Gonzalo 1999). De esta forma, en este artículo se discute de manera general el proceso por el cual la identidad social puede ser creada y relacionada a un paisaje específico. En algunos casos, la identidad origina sentimientos de pertenencia y arraigo a ciertos lugares y paisajes, en otros casos el paisaje es usado sin que se manifiesten esos sentimientos. A través de la acción social los grupos humanos delimitan y reproducen su sentido de lugar y su comprensión del mundo. De esta manera, la percepción constituye la forma esencial cognitiva y emocional de acercarse, actuar y conocer el entorno (Tuan 1977).

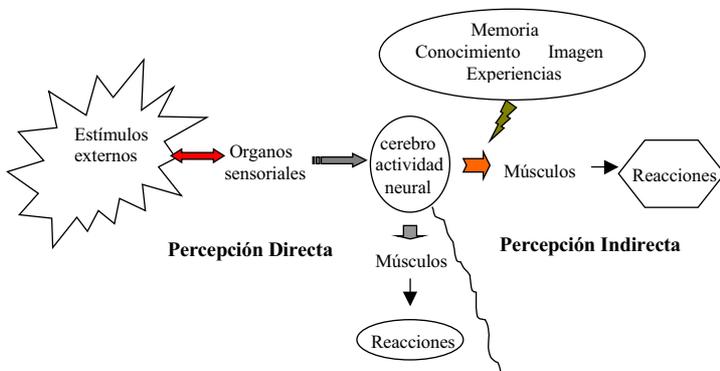


Figura 2. Esquema de los eventos incluidos en la secuencia de percepción.

Para discutir dichos aspectos, se utiliza como caso de estudio el proceso de conformación del paisaje indígena y la posterior desestructuración del mismo en la parte occidental de la región pampeana de Argentina (Fig. 1). Se analizan las dos formas de racionalidad operantes en dicho proceso, la indígena y la occidental o criolla. Además, se propone un modelo de espacialidad que interpreta el uso del espacio por los grupos indígenas, genéricamente conocidos como 'rankeles' (gente del carrizal), que habitaron dicha área desde el siglo XVIII hasta la última parte del XIX, cuando se produjo la apropiación del paisaje por los 'blancos'.

## Percepción, Identidad y Paisaje

La percepción es considerada el medio cognitivo básico de obtener información y conocimiento de lo que nos rodea. En términos generales, la percepción es la adquisición y procesamiento de información sensorial acerca del mundo, sus objetos, eventos y condiciones, para ver, oír, degustar, oler y sentir (Gibson 1977, Sekuler y Blake 1994). Esa información seleccionada es procesada por el cerebro humano produciéndose una concienciación de objetos y eventos que guían la acción de los individuos. En este sentido, la percep-

ción implica una secuencia interrelacionada, desde condiciones medioambientales y eventos externos (estímulos), a través de la traducción de esos eventos en patrones de actividad dentro del sistema nervioso del individuo que percibe (traducción sensorial), hasta la reacción y acción de la persona. De esta forma, es razonable pensar que el comportamiento humano depende en buena medida de lo que es percibido (Mace 1977). Sin embargo, las reacciones del individuo no siempre reflejan los atributos formales y físicos de los eventos, objetos y condiciones que estimularon la percepción. En consecuencia, la 'percepción directa' no es la única forma de obtener experiencia y conocimiento del mundo, sino que también los seres humanos pueden integrar información de diferentes fuentes, tales como representaciones, historias orales, relatos, etc. que constituyen diferentes formas de 'percepción indirecta' o mediatizada, en la cual se produce una doble concienciación donde *'we perceive meanings, but we may also perceive the mediating structures as such'* (Schiff 1980: 318). Por ejemplo, se es consciente de mirar una fotografía de un edificio y no el edificio en sí mismo.

La percepción indirecta conlleva la idea de 'percepción social' y la de 'percepción personal'. La primera refiere a la obtención y uso de información acerca de gente y encuentros sociales y a la formulación de opiniones acerca de ellos. Cuando la misma información es utilizada para referir a características personales es denominada percepción personal. Por lo tanto, aunque la percepción comience con las respuestas del sistema nervioso ante determinados estímulos, también el conocimiento previo del individuo tiene influencia sobre la forma de percibir (Sekuler y Blake 1994). Por ejemplo, el conocimiento actúa como un registro de datos sensitivos previos que permite la categorización de eventos y objetos percibidos. Así, el conocimiento está relacionado a la memoria y *'without the capacity to store and retrieve information, knowledge is impossible'* (Sekuler y Blake 1994: 482). Por último, en este trabajo se asume que la forma en que los individuos perciben fluctúa entre las denominadas perspectivas 'directa' e 'indirecta', en algunos casos la percepción depende de atributos físicos y es producida sin necesidad de la memoria, inferencia o conocimientos previos. En otras situaciones, las experiencias y aprendizajes anteriores pueden influenciar la percepción y la reacción del individuo (Fig. 2).

Ahora bien, el hecho de que conocimientos y experiencias previos puedan influenciar la percepción y reacción del individuo, genera y provoca un interesante alcance. Dichos conocimientos y memorias no se originaron en un vacío, sino más bien en un contexto determinado. La acumulación de ideas y saberes a través del tiempo - espacio es un proceso social y constituye lo que puede

ser denominado 'tradición cultural' (Shennan 1989, Pujadas 1993). De esta forma, la secuencia de percepción no sólo es influenciada por las condiciones medioambientales o estímulos externos, sino también por el contexto social.

La acción de percibir está relacionada con el 'estar en el mundo' y al acercamiento y experimentación del paisaje y lugares a través del uso de los órganos sensoriales y del movimiento del cuerpo (Tilley 1994). Básicamente, por medio de la acción del cuerpo y de la experimentación con el entorno, los individuos conforman y transmiten sus ideas y conceptualizaciones acerca de ellos mismos como así también acerca del paisaje en el cual habitan y de otros grupos. Es importante resaltar que la percepción no se observa por sí misma directamente, sino que lo observado son las reacciones y respuestas sensoriales originadas de ella (conductas). De esta manera, no interesa conocer *quién* percibía (en sentido individual), sino más bien intentar dilucidar las diversas condiciones y factores que estimularon la percepción y qué comportamientos y reacciones se originaron. A través de la percepción y acción el paisaje y los lugares adquieren relevancia tanto por lo que ofrecen como por los valores asociados (Tuan 1974), pudiendo referir a identidades étnicas específicas.

### El espacio indígena

La escala de análisis espacial que se trata en este trabajo, comprende una parte de la unidad geomorfológica denominada *Llanura Pampeana de Modelado Eólico Superimpuesto* y otra unidad llamada *Sistemas de Valles Transversales* (Medus et al. 1982), ambas ubicadas en la parte central de la provincia de La Pampa. El medio ambiente se caracteriza por ser un espacio ecotonal de transición entre monte de *caldén* y llanura de pampa húmeda. En esta región existen varios cuerpos lagunares distribuidos a través de diferentes valles (Fig. 3). La mayoría de estos valles eran disputados por distintos caciques para lograr el control de sus riquezas y el acceso y circulación a través de los mismos (Fig. 4). Este entorno permitió sustentar, en tiempos históricos, asentamientos con una densidad poblacional importante. Es de suponer que esta oferta de recursos no habría variado sustancialmente en tiempos prehistóricos, lo cual debe haber permitido a los grupos de cazadores-recolectores el uso diferencial del medio.

Genéricamente se ha dividido a los rankeles entre aquellos que vivían en el monte de *caldén* o *Mamul Mapu* y aquellos de las pampas, al oriente de los anteriores y en zonas abiertas (Hux 1992, Fernández Garay 1997). Es para destacar que durante los siglos XVIII y XIX coexistían en la región de estudio varios grupos o parcialidades que pueden corresponderse con diversas etnias o

sub-etnias (Stieben 1958). Por lo tanto el panorama político, económico y étnico parece ser bastante más complejo de lo supuesto hasta el momento. Se ha sugerido que esta 'escasa' comprensión de la organización socio - política pudo haber sido consecuencia de una excesiva atención puesta en el 'circuito del ganado y las relaciones comerciales' (Bechis 1989), habiendo enmascarado el análisis de las subunidades étnicas que al parecer tenían un carácter autónomo desde el punto de vista económico, político y simbólico. Por lo tanto, como resultado existe una falsa 'homogeneización' o simplificación del mundo indígena pampeano marcada en algunos textos históricos y acentuada a través del tiempo (Curtoni 1998).

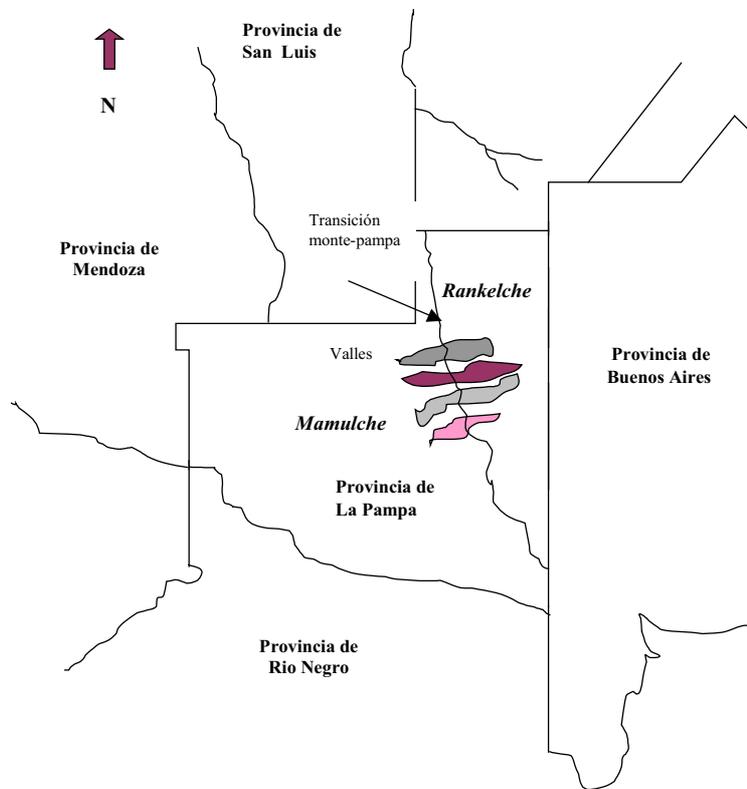


Figura 3. Localización de los valles transversales y línea de transición del monte.

El origen de los rankeles es un fenómeno complejo que estimula debate, sin embargo está genéricamente aceptado que para la provincia de La Pampa las primeras referencias históricas corresponden al siglo XVIII (Poduje et al. 1993). También hay cierto acuerdo en que los rankeles se formaron en un proceso de mezcla y reemplazo entre grupos locales anteriores e indígenas chilenos que ingresaron al territorio argentino (Poduje et al. 1993, Hux 1998). Los rankeles desarrollaron una organización social basada en diferentes linajes liderados por jefes o 'caciques', cada uno de los cuales poseía un territorio particular (Bechis 1998).

Durante generaciones los grupos indígenas alteraron el paisaje en diferentes formas, como las modificaciones físicas que originaron caminos, entierros, represas, asentamientos, jaguales y corrales, que se encuentran dispersos a través del medio ambiente. Los campamentos indígenas estaban conectados por complejos grupos de rutas y caminos conocidas como 'rastrilladas' (Fig. 5 y 6). Estas huellas fueron trazadas primero por el constante y diario uso de los grupos humanos y más tarde por el intenso tráfico de animales (Díaz Zorita s.f). El conocimiento, acceso y control de esos caminos era fundamental para permitir la movilidad y la entrada a otros territorios



Figura 4. Panorámica del Paisaje de la provincia de La Pampa.

El espacio indígena fue apropiado por la sociedad occidental en un proceso conocido como 'conquista del desierto', realizada en la última parte del siglo XIX. Durante dicho período se produjeron numerosas ofensivas armadas, por parte del ejército nacional, con el fin de obtener tierras y expulsar a los distintos grupos indígenas de sus asentamientos (Walther 1973, Mandrini y Ortellí 1992). A partir de esta 'conquista' se iniciaron las primeras poblaciones blancas, muchas de ellas relacionadas a los fuertes y fortines utilizados para el avance de fronteras. La conquista militar no sólo implicó la total desestructuración del mundo indígena, sino también la transformación física del paisaje. Diferentes formas de aproximación y percepción del mismo fueron originados por la sociedad criolla en sus intentos de posesión de los nuevos ambientes. En este sentido, las distintas jerarquizaciones y divisiones del paisaje rankelino, fueron homologadas no sólo por conceptualizaciones sino también por acciones físicas. Por ejemplo, el paisaje fue considerado un desierto y fue artificialmente dividido y estructurado.

### Identidad: entre ancestros y lugares

La identidad cultural puede manifestarse en diversas formas a través de ideas, mitos, tradicio-

nes, cultura material, uso del espacio, etc. La emergencia de la etnicidad puede ser consecuencia de la intersección de similitudes y diferencias en el *habitus* de los grupos y en las condiciones que caracterizan una situación histórica dada (Jones 1997). En este sentido, la identidad étnica está relacionada a la propia conceptualización y percepción de diferencias culturales y/o ancestros comunes, que producen la diferenciación entre grupos (Shennan 1989, Jones 1997). Esas diferencias pueden manifestarse como oposiciones referenciales a nivel social, psicológico y material, y están influenciadas por condiciones culturales particulares. De esta forma, el surgimiento de las identidades pueden constituirse en expresiones sociales dinámicas, flexibles, cambiantes y contestatarias (Pujadas 1993).

A través de la ocupación del espacio los grupos humanos perciben el entorno por sí mismo como también en referencia a otros lugares, experiencias y conocimientos anteriores (Tuan 1977). En este contexto, la percepción del paisaje puede ser considerada como los primeros pasos en los cuales los individuos comienzan a estar familiarizados y a producir sentimientos por los alrededores percibidos. Esas ideas percibidas no siempre originan sentimientos de arraigo, aceptación o pertenencia a un lugar (*topophilia* en el sentido de Tuan 1974). En algunos casos, las reacciones del que percibe pueden estar relacionadas con rechazos o aversiones (*topophobia*) hacia lugares (Tilley 1994), o con sentidos de no pertenencia ('*unbelonging*') hacia ciertos paisajes (Gunner 1996) y también con historias de desarraigo y expulsión. De esta forma, los lugares y paisajes siempre tienen significados y valores distintivos y dinámicos para la gente a través del tiempo.

El paisaje y los lugares se constituyen a partir de las percepciones de los individuos y de los grupos formados por las continuas experiencias y el 'estar en el mundo' (Ingold 1992). La repetición en el tiempo de esos hechos produce sentimientos y emociones acerca de la asociación de eventos y puntos específicos. En este sentido, los lugares actúan como aparatos mnemotécnicos en los cuales la intensidad y calidad de las experiencias son percibidas por las historias y valores asociados a ellos (Roe y Taki 1999). De esta forma, los lugares son recordados a través de la memoria y los significados son vinculados a los mismos por la acumulación de los sentimientos durante años (Ryden 1993). A través de esta continua interacción entre los grupos humanos y el entorno se producen sentimientos de pertenencia y apego hacia ciertos lugares, como también se generan ideas de posesión y necesidades de marcar y transformar el espacio (Bradley 1991, Criado 1991, Tacon et al. 1997). Este proceso de transformación de la naturaleza en paisajes culturales enriquecidos con significados simbólicos y valores sociales ha sido referido como la socialización

del paisaje (Gosden 1989, Tacon 1994). La acción de habitar y poblar lugares puede considerarse como la materialización de una identidad social que es promovida y legitimizada, entre otras cosas, por la evocación de los ancestros (Morphy 1995). A través de mitos, relatos, memorias y tradiciones orales la identidad de los ancestros es evocada localizando eventos y actividades en el paisaje, influenciando acciones tanto individuales como sociales, en las cuales *'people absorb their identity from the ancestral past and transmit that identity... into the landscape'* (Morphy 1995: 205). La relación entre los grupos humanos y el entorno es básicamente establecida a través de la ordenación diferencial del paisaje en lugares siguiendo valores sociales y por el nombramiento de sitios con sentido referencial. En este sentido, las personas son 'localizadas' en referencia a sus cotidianos lugares de hábitat e historias asociadas. Por ejemplo, en el caso de los rankeles, la denominación de las distintas sub-etnias se corresponde con los lugares que ocuparon. Así, los habitantes de los ambientes de pampas fueron referidos como 'rankulches', lo cual significa 'gente del carrizal' (**che**: gente, **rankul**: carrizal), siendo el carrizal una planta típica de zonas abiertas. Por otro lado, los 'mamulches' o 'gente del monte' (**che**: gente, **mamull**: monte), es la referencia para los habitantes del monte de caldén. De esta forma, la percepción de los grupos implica pertenencia referencial denotando características geográficas de los diferentes lugares. En otros casos, el nombramiento de lugares simultáneamente denota características topográficas y territorios de diferentes caciques. Por ejemplo, 'Naicó' implica surgente de agua y campamento del cacique Pincén; 'Curralauquen' significa laguna de piedras y campamento de Carripilum; 'Toay - hue' refiere a un área abierta y territorio de Nahuel Payún, constituyen algunos casos (APE 1997). Algunos lugares fueron percibidos como sagrados, otros como prohibidos y asociados a espíritus malignos, siendo continuamente evitados por los rankeles en sus desplazamientos. Otros lugares fueron concebidos como especiales siendo prohibidos para los hombres y ocupados exclusivamente por las mujeres (Fernández Garay 1998).

## 'Espacialización' y mapas mentales

El concepto de espacialización ('spatialisation') se refiere a la construcción del paisaje tanto al nivel de la imaginación social como de las intervenciones o modificaciones del espacio (Shields 1991). Asimismo, incluye tanto la lógica cultural de lo espacial como sus expresiones y elaboraciones en el lenguaje y las acciones. De esta forma, la 'espacialización' implica una interrelación entre connotaciones y presuposiciones sociales con las decisiones cotidianas. Es un concepto interpretativo

que relaciona percepción con comprensión, lo cual permite la socialización de las interacciones cotidianas y la creación de instituciones y formas sociales duraderas (Shields 1991: 46).

La manera en la cual la espacialización es visible, está relacionada con prácticas sociales y con características y connotaciones que los humanos asocian a determinados lugares. Esas imágenes de lugares o espacialidades abstractas, influyen en posteriores decisiones y acciones en las personas. En este contexto es relevante la continuidad de esas espacializaciones en el tiempo mediatizadas por mapas mentales y tradiciones pasadas de una generación a otra, reflejando **rutinas** espaciales y procesos de identificación entre gentes y lugares. Ese proceso de identificación es un marcador esencial de actividad cultural y *'allows the differentiation of both places from space and places from each other. The process of identification, division, and differentiation takes on social functions'* (Shields 1991: 48).



Figura 5. Panorámica de las *rastrilladas* o caminos indígenas, La Pampa.

Es posible que la escala espacial influya la forma en que los individuos perciben y contribuyen a la comprensión de las distancias y movimientos en el paisaje. De la misma forma, la percepción de lugares especiales y la atribución de significados a los mismos, puede tener consecuencias en la movilidad como también en las decisiones humanas. La ordenación espacial del paisaje puede ser considerada, en parte, como un reflejo de la interrelación entre sistemas sensoriales, estímulos y condiciones sociales. De esta manera, las manifestaciones de la espacialización en el tiempo pueden establecerse a través de la definición de modelos de territorialidad, distribución de asentamientos y jerarquizaciones espaciales. Asimismo, los modelos resultantes pueden considerarse como expresiones de ciertos patrones de racionalidad operantes en el tiempo-espacio. (Parcerou Oubiña et al. 1998, Criado 1999).

## Dinámica territorial y 'territorios temporales'

Los comportamientos sociopolíticos de los distintos grupos indígenas existentes en la región de estudio durante los siglos XVIII y XIX, se caracterizaron por su dinamismo y amplitud (Bechis 1989). Se produjeron numerosos cambios y modificaciones, relacionados algunos con situaciones geopolíticas y económicas y otros con aspectos de identificación étnica. Durante estos tiempos las diferentes parcialidades indígenas fueron alternando momentos de expansión y poderío con otros de retracción y pérdida de poder. Asimismo, se fueron agregando factores externos como las migraciones (masivas y menores) de variados orígenes que sumadas a las transformaciones internas fueron modificando la concepción y posesión de territorios. Algunos de los factores externos estaban relacionados con intereses económicos y políticos donde el comercio de ganado transcorderano fue uno de los más importantes (Mandrini 1984, Palermo 1986).



Figura 6. Panorámica de las *rastrilladas* o caminos indígenas, La Pampa.

La llegada de nuevos grupos étnicos que se constituyeron en hegemónicos como los de Cal-fucurá (venido desde Chile), marcó el comienzo de nuevas relaciones y conflictos, produciéndose reacomodamientos entre diversas parcialidades y planteándose nuevas situaciones territoriales. Además de estos factores, también están presentes en este contexto las relaciones establecidas con la sociedad blanca, caracterizándose éstas por tener diferentes niveles de interacción, ya se trate de criollos o de representantes del estado-nación. Todos estos procesos complejos y dinámicos produjeron transformaciones sociales, políticas, religiosas y territoriales. No obstante, ciertas estrategias fueron puestas en práctica para ejercer un control y efectuar una posesión eficaz de determinadas regiones. Aquí se estima que estos comportamientos deben haber producido modificaciones en el paisaje y que éstas son pasibles de ser investigadas arqueológicamente.

En un trabajo anterior (Curtoni 1998), se propuso que la territorialidad de estos grupos giraba básicamente en torno a dos dimensiones: el *territorio efectivamente ocupado* y el *territorio dominado*. Este último tiene límites más flexibles e indefinidos, está relacionado con los vaivenes del poder sociopolítico de los distintos momentos y engloba al primero. En consecuencia es un territorio altamente variable e inestable, que va sufriendo modificaciones en el tiempo. De esta manera, la delimitación de éstos dominios se torna compleja en sus partes fronterizas y como resultado existen una serie de zonas 'buffer' o de transición que fueron compartidas por diferentes etnias. En este sentido, para dar cuenta de estos continuos movimientos y de la utilización de espacios 'indefinidos' o 'buffer', resulta útil el concepto de '*territorios temporales*', implicando la posesión y uso de un espacio por breves períodos de tiempo. Estos territorios no serían exclusivos de una parcialidad y estarían 'abiertos' a cualquier grupo que lo ocupe primero (Curtoni 1998).

## Modelo de espacialidad

Se ha propuesto, por ejemplo que los ranqueles se dividían entre aquellos que vivían en el monte y aquellos que habitaban las pampas (Hux 1992, Fernández Garay 1998). Aquí no interesa discutir la amplitud de esta distribución, sino plantear que esa división entre los del 'monte' y los de las 'pampas' responde a un sistema de organización sociopolítica y territorial puesto en práctica por las diferentes etnias.

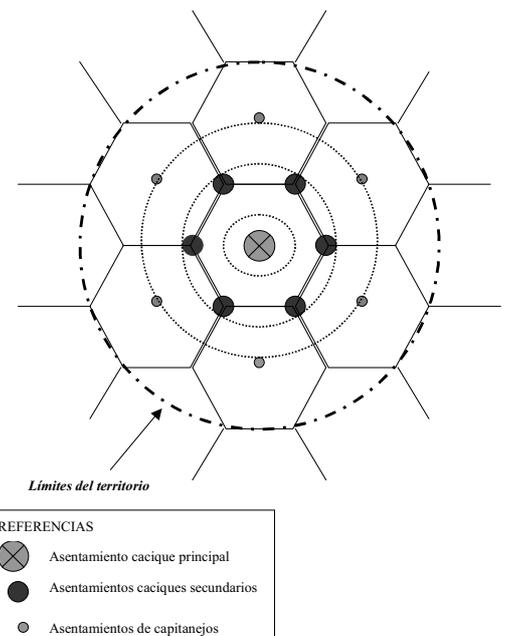


Figura 7. Modelo de espacialidad territorial de un linaje.

En este modelo se plantea que una de las estrategias de ocupación de los territorios utilizadas por las parcialidades ranquelinas, consistía

en colocar tolderías menores en la periferia de los cacicazgos más importantes. Este patrón tendría una forma circular diseñado de manera concéntrica de tal forma que en el centro se ubican los cacicatos más importantes y alrededor pequeñas tolderías a modo de 'guardias'. Estos emplazamientos estarían a cargo de capitanejos y caciques de menor jerarquía y se ubican generalmente en las cercanías de las lagunas y sobre las rastrilladas. Tenían por función, entre otras, avisar a los caciques cuando alguien ingresaba en ese 'círculo protegido' y para ello utilizaban senderos y caminos menores. De esta manera se aseguraba la protección del centro en base a un sistema de circulación de la información. El acceso y manejo de la información dependía de la buena organización del cacicazgo. Los 'datos' se centralizaban en la autoridad del cacique y cuanto mayor información se poseía, mayor era el liderazgo y poderío de la parcialidad (Bechis 1989). Para el buen cumplimiento de esta empresa y para el establecimiento de relaciones de intercambio y comunicación era necesario contar con un sistema que garantizara la movilidad. El planteo de una adecuada estructura de comunicación dependió del poder político de los cacicatos y de la decisión de manejar y controlar ciertos territorios. El aumento de los liderazgos tuvo como consecuencia que algunas parcialidades étnicas se expandieran y dominaran nuevos y amplios territorios. En este contexto, comienzan a manifestarse los límites de los dominios territoriales y las cada vez más marcadas diferenciaciones entre diversas parcialidades. Una de las principales expresiones del poderío político de esos momentos, fueron las rastrilladas y el control ejercido sobre estas y los recursos circundantes. Se sostiene que las rastrilladas fueron la expresión de un amplio sistema de control social y político de los grupos indígenas, extensiones del poder central tendientes a reafirmar y asegurar la posesión y manejo de un territorio (Curtoni 1996, 1998).

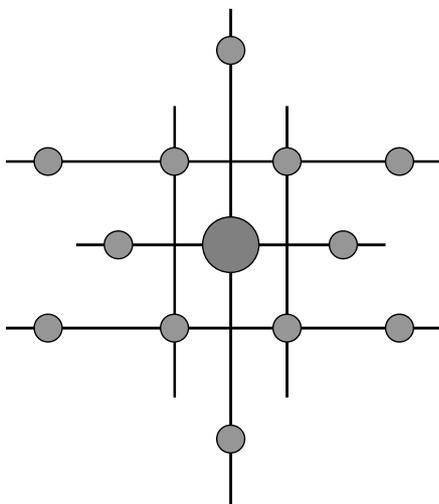


Figura 8. Modelo espacial simplificado.

De lo anterior se desprende un modelo de ocupación de amplia escala que se puede graficar de manera 'circular'. El mismo estipula distancias espaciales entre caciques principales de un rango mínimo de 50 y 70 km. Esta distancia espacial remite a una distancia social entre linajes o sub-étnias diferentes. En el centro de ese radio se ubicarían los caciques de mayor poderío con sus tolderías y diseminados de manera concéntrica (centrífuga) hacia afuera, numerosos asentamientos de caciques menores y capitanejos que pertenecen a la filiación étnica del linaje. La distancia espacial de los asentamientos con respecto al centro está en relación con una estructura jerárquica, donde los capitanejos de menor poder y prestigio se ubicarían en los círculos concéntricos periféricos, más alejados (Fig. 7 y 8).

Para la región de estudio se estipulan varios de éstos 'círculos' de ocupación que responderían a distintas parcialidades indígenas y/o linajes. Es de esperar un 'solapamiento' de los radios de dominios que corresponden a las partes periféricas o terminales de cada 'círculo'. Algunos de estos solapamientos son los territorios de dominio de los capitanejos menores, no los espacios efectivamente ocupados. En otros casos se propone que los espacios solapados por los círculos de dominio cuando éstos se interceptan, pueden constituirse en zonas 'buffer' o en 'territorios temporales' (Fig. 9).

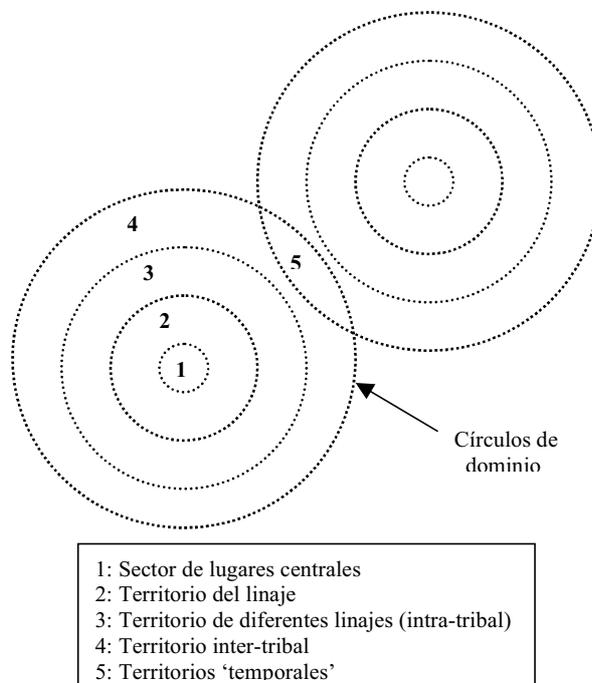


Figura 9. Modelo espacial intertribal.

Una de las expectativas que se puede generar a partir de lo anterior, es que el sistema de caminos (rastrilladas) perteneciente a un lugar central o cacique principal se va a corresponder con un esquema radial, es decir varias rastrilladas sa-

liendo desde el centro de manera concéntrica, dispersándose hacia los cuatro puntos cardinales. Esta expectativa puede testearse a partir de la combinación y reconstrucción de los mapas de los primeros agrimensores, del empleo de fotografía aérea que permita visualizar y detectar la existencia de caminos y a través de prospecciones sobre el terreno (Fig. 10). También es predecible la existencia de caminos principales y secundarios, diferenciándose por la frecuencia de uso, mantenimiento y tamaño.

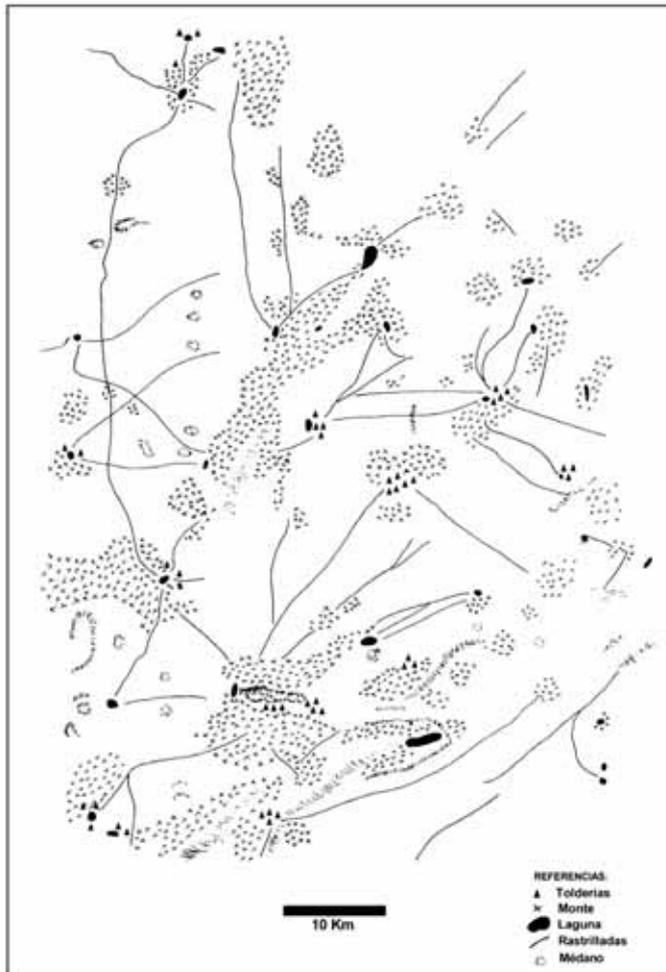


Figura 10. Reconstrucción de una parte del sistema de caminos *rastrillados* y de la espacialidad indígena.

Cuanto más alejados estén localizados los asentamientos con respecto a un cacique de poder, menor será la estructura interna del mismo. Los 'territorios dominados' pueden definirse a partir de la manifestación del sistema de asentamiento derivado del modelo de espacialidad. Asimismo, es esperable que los asentamientos centrales se caractericen por su amplitud, densidad y ubicación topográfica, que se corresponderían con los 'territorios efectivamente ocupados'. En este tipo de ambiente los lugares de ocupación deben estar en relación al monte o ceja de monte y al recurso agua. Para los 'territorios ocupados' se espera una estructuración diferencial de los

mismos entre aquellos pertenecientes a lugares centrales y aquellos pertenecientes a caciques menores y capitanejos.

Este es un modelo sencillo y basado en una escala amplia, que permite una primera aproximación regional para tener una idea de la distribución de grupos y de la ocupación diferencial del paisaje. Asimismo, el modelo representa la 'espacialización' inferida para los 'rankeles' y constituiría la expresión de una forma de pensar y relacionarse con el espacio.

## Identidad y paisaje cultural: Consideraciones finales

La continua interrelación establecida entre una estructura social, su tecnología, subsistencia, valores, ideas, creencias y el medioambiente que la rodea, conforma un paisaje socialmente percibido. Este paisaje cultural contiene diversas características, tanto físicas como ideológicas, y ciertos elementos que han modificado el entorno y por medio de los cuales un determinado grupo genera una percepción particular del espacio asumiéndolo como propio, a partir de lo cual se origina un sentido de pertenencia, una identidad (Ingold 1993, Tilley 1994, Morphy 1995). Algunos indicadores de esta continua transformación y elaboración del paisaje, lo constituyen los senderos y caminos, los sistemas de asentamiento, los campos de cultivo, las obras de irrigación, los monumentos, etc, es decir todos aquellos elementos que requieren inversión de energía humana sobre el medio, sea de manera formal o informal. También, aquellas ideas y significados otorgados a distintos lugares que se corresponden con jerarquizaciones espaciales y divisiones del paisaje (Criado 1999).

Anteriormente se mencionó que los territorios indígenas tienen un carácter dinámico pudiendo cambiar sus dimensiones y fronteras. También se planteó que algunos lugares podrían haber sido utilizados por diversos grupos siendo zonas indefinidas, y además existirían lugares comunes donde llevar a cabo parlamentos, relaciones comerciales, intercambios, encuentros y prácticas religiosas. De esta manera un 'territorio' puede incluir dos o más espacios no contiguos y diferentes, además sus fronteras son definidas por el propio grupo que usa y controla un espacio dado y por la existencia de otros grupos que manejan espacios cercanos (Curtoni 1998). Tal concepto de territorio incluye el rango de interacción entre los grupos humanos y los recursos, la escala espacial de esa interacción y el proceso histórico involucreado (Zedeño 1997).

De esta forma, la percepción cotidiana de los alrededores íntimos conjuntamente con el uso temporal de ciertos lugares, contribuye a la apropiación y conceptualización de determinados puntos del espacio. En consecuencia, la continui-

dad de esas prácticas en el tiempo genera la ordenación del paisaje y el desarrollo de una conciencia de lugares manifestada en diferentes escalas (Tuan 1977). Dicha ‘espacialización’ fue originada por las diversas acciones sobre el entorno y transmitida a través de generaciones de prácticas culturales y tradiciones, promoviendo un proceso de **preferencia histórica e incorporación habitual de lugares especiales en el paisaje** (Curtoni 1999). La distribución espacial de los asentamientos y territorios ‘rankelinos’ puede ser una función de las secuencias perceptuales y tradiciones culturales desarrolladas a través del tiempo. Los sentidos de pertenencia y las percepciones de distancias sociales originaron una forma circular de habitar, ocupar y definir el territorio del linaje. La percepción de lugares especiales contribuyó a la ‘espacialización’ del paisaje y al ordenamiento jerárquico de ciertos puntos en el espacio. Esta espacialización tiene directas implicancias no sólo en la movilidad de los grupos, sino también en la distribución de los asentamientos y en el desarrollo de los sistemas de caminos indígenas para conectar a los mismos.

En algunos casos, los rankeles evitaron ciertos lugares y en otros construyeron mapas mentales de diferentes paisajes y localidades. El patrón circular de ocupación del espacio por los rankeles es extensible tanto a los ambientes de ‘pampas’ como a los del ‘monte’. Asimismo, la identidad social fue reproducida en referencia al paisaje, donde ciertos lugares y puntos especiales fueron percibidos sosteniendo relaciones sociales, historias, memorias y oportunidades que ofrecen. De esta manera, los lugares sostienen, en parte, la identidad, ‘providing connections to a personal and collective past, offering an emotional center’ (Ryden 1993: 95). En este sentido, la percepción del paisaje mediatizada por la evocación de tradiciones pasadas y ancestros, puede ser considerada como el mecanismo cultural que influencia la emergencia de identidades en relación a lugares particulares.

En el caso de los ‘criollos’, las formas de considerar y aproximarse al paisaje reflejan sentidos de separación (*detachment*) y de no pertenencia hacia lugares. En otras palabras, en esta ‘espacialización’ se manifiesta una nueva racionalidad impuesta sobre el espacio. Este fue dividido y estructurado siguiendo un orden Occidental o Cartesiano.

Los territorios indígenas fueron artificialmente limitados por una ideología racional, a través de la cual la tierra fue dividida y marcada en Secciones de 100 km por 100 km, subdivididas en cuatro Sectores de 50 km por 50 km, a su vez formados por 25 lotes de 10 km por 10 km (Fig. 11). Estas acciones implicaron la ‘modernización’ del paisaje y como consecuencia la destrucción y ‘des-sacralización’ de lugares indígenas (Hubert 1994). Esas ideas estaban relacionadas a tenden-

cias filosóficas sostenidas en el ámbito político durante la década de 1880 a favor del progreso, civilización y evolución (Politis 1995). De esta forma, la percepción del paisaje estuvo ligada a relaciones de poder y a ideologías de dominación y expansión territorial.

Percepción indígena del paisaje	Percepción ‘Occidental’ o ‘criolla’ del paisaje
Paisaje = vida	Paisaje = físico
Sentido de lugares	Sentido de superficie
Arraigo y pertenencia	Desarraigo y no pertenencia
Memoria, sentimientos, valores	Materialidad, rasgos
Experiencia, emoción	Observación, racionalidad
Mitos, relatos, imaginación	Real, tangible, visible, limitado
Orden jerárquico de lugares	Vista homogénea
Localidad e identidad social	Vacio, sin propietarios
Tiempo/lugar social	Cronología occidental
Evocación, ancestros	Modernización, progreso
Espacialidad social	Orden Cartográfico

Tabla 1. Comparación entre percepción y conceptualización **indígena y occidental** del paisaje.

Para finalizar, es posible distinguir, en términos generales, entre las características básicas de la percepción ‘indígena’ de lugares y paisajes con las conceptualizaciones ‘Occidental’ acerca del mismo espacio (Tabla 1). De esta forma, el paisaje visto como producto de la relación dialéctica entre percepciones humanas y estímulos externos, se constituye a través de la materialización de las reacciones del que percibe y que a su vez influencian ulteriores secuencias perceptivas.

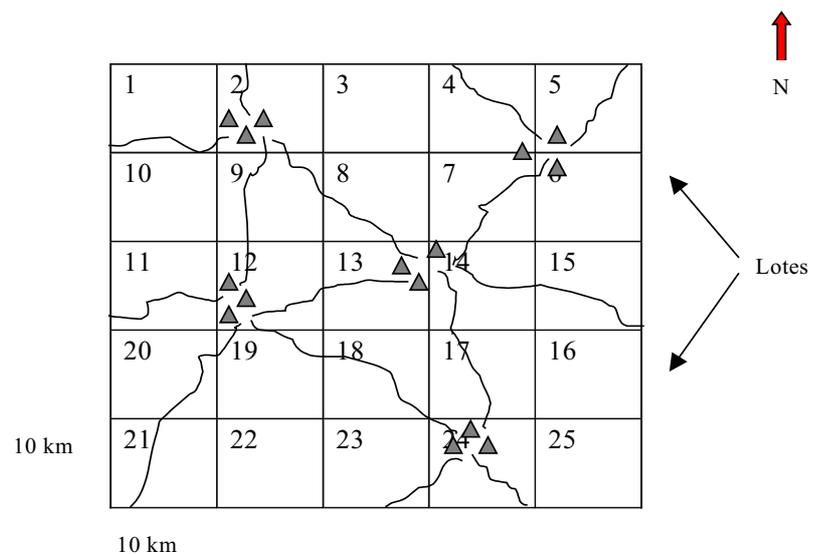


Figura 11. División Cartesiana impuesta sobre el Paisaje.

**Agradecimientos**

Cristian Kaufman, Paula Barros, Roberto Peretti, Gustavo Martínez, María Gutiérrez y Claudia Dolagaray leyeron versiones previas de este trabajo y realizaron valiosos comentarios y sugerencias. Las investigaciones se realizan con el apoyo

de la Subsecretaría de Cultura de la provincia de La Pampa y del INCUAPA. Manuel Carreras participa en la investigación de campo. Norma Medus y María Inés Poduje facilitaron datos y referencias bibliográficas. Cristian Kaufman y Sergio Magallanes colaboraron con las fotos y figuras. A todos ellos mi agradecimiento. Lo vertido en el artículo es exclusiva responsabilidad del autor.

### Bibliografía

- APE, 1997. *Pampas del Sud*. Recopilación de textos que hacen a las raíces autóctonas de la provincia de La Pampa. Santa Rosa: Subsecretaría de Cultura.
- Attema, P. 1996. Inside and outside the landscape. Perceptions of the Pontine Region in Central Italy, *Archaeological Dialogues* Vol. 3 (2): 176-95.
- Bechis, M. 1989. Los lideratos políticos del área Araucano-pampeana del siglo XIX, autoridad o poder?. *Actas I Congreso Internacional de Ethnohistoria*, Buenos Aires.
- Bechis, M. 1998. Repensando la sucesión Yanquetruz-Paine-Calban: una contribución a la destribalización de la Historia Ranquelina. En *Memorias de las Jornadas Ranquelinas*: 181-93. Provincia de La Pampa.
- Bender, B, 1993. Introduction. En Bender, B. (ed.), *Landscape politics and perspective*, 1-17. Oxford: Berg.
- Bradley, R. 1991. Ritual, time and history. *World Archaeology* 23, 2. London.
- Brown, P. G.; Jones, S.; Gamble, C. (ed.). 1996. *Cultural Identity and archaeology. The construction of European communities*. London: Routledge.
- Criado Boado, F. 1991. Construcción social del espacio y reconstrucción arqueológica del paisaje. *Boletín de Antropología Americana*, 24: 5-29.
- Criado Boado, F. 1999. Del terreno al Espacio: Planteamientos y Perspectivas para la Arqueología del Paisaje. CAPA (Criterios y convenciones en Arqueología del Paisaje), 6. Santiago de Compostela: Grupo de Investigación en Arqueología del Paisaje.
- Curtoni, R.; Lezcano, M.; Fernández, V. 1998. Prospección y rescate en el norte de La Pampa. El sitio arqueológico La Magdalena. Palimpsesto, *Revista de Arqueología*, 5: 138-50. Buenos Aires.
- Curtoni, R. 1998. Investigaciones arqueológicas en el área central de la provincia de La Pampa. La formación de los territorios indígenas. *I Congreso de Arqueología de la Región pampeana*, Venado Tuerto, Santa Fe. Ms.
- Curtoni, R. 1999. *Archaeological approach to the perception of landscape and ethnicity in the West Pampean Regio, Argentina*. (Tesis de Maestría en Arqueología). Institute of Archaeology, University College London. Inédito
- Fernández Garay, A. 1997. *Expresiones literarias Mapuches, Pampas del Sud, recopilación de textos que hacen a las raíces autóctonas de la provincia de La Pampa*. APE, 159-67.
- Fernández Garay, A. 1998. Una ceremonia tehuelche entre los rankeles. *Memorias de las Jornadas Ranquelinas*, 111-17. La Pampa: Ministerio de Cultura y Educación.
- Gibson, J. 1977. The theory of affordances. En Shaw, R.; Bransford, J. (ed.). *Perceiving, acting and knowing*: 67-82. Lawrence Erlbaum Associates.
- Gosden, C. 1989. Prehistoric social landscapes of the Arawe Islands, West New Britain Province, Papua New Guinea. *Archaeology in Oceania* 24.
- Gunner, L. 1996. Names and the land. Poetry of belonging and unbelonging, a comparative approach. En Smith, K.; Gunner, L.; Nuttall, S. (ed.). *Text, theory, space. Land, literature and history in South Africa and Australia*: 115-30. London: Routledge.
- Hernando Gonzalo, A. 1999. The perception of landscape among the Q'eqchi, a group of slash-and-burn farmers in the Alta Veracruz (Guatemala). En Ucko, P.; Layton, R. (ed.). *The archaeology and anthropology of landscape*: 254-63. London: Routledge.
- Hirsch, E. 1995. Introduction. En Hirsch, E.; O'Hanlon, M. (ed.). *The anthropology of landscape. Perspectives on place and space*: 1-30. Oxford: Clarendon Press.
- Hubert, J. 1994. Sacred beliefs and beliefs of sacredness. En Carmichael, D. L.; Hubert, J.; Reeves, B.; Schanche, A. (ed.). *Sacred Sites, Sacred Places*: 9-19. London: Routledge.
- Hux, M. 1992 (1998). Consideraciones sobre los orígenes de las tribus a la Nación Ranqueles. *Memorias de las Jornadas Ranquelinas*: 25-31. Santa Rosa, La Pampa.
- Ingold, T. 1992. Culture and the perception of the environment. En Croll; Parkin (ed.). *Bush Base: Forest Farm. Culture, environment and development*: 39-56. London: Routledge.
- Ingold, T. 1993. The temporality of the landscape, *World Archaeology* 25 (2): 152-74.
- Johnston, R. 1998. Approaches to the perception of landscape. Philosophy, theory, methodology. *Archaeological Dialogues*, 1: 54-68.
- Jones, S. 1997. *The archaeology of ethnicity. Constructing identities in the past and present*. London: Routledge.

- Mace, W. 1977. James J. Gibson's strategy for perceiving: Ask not what's inside your head, but what your head's inside of. En Shaw, R.; Bransford, J. (ed.). *Perceiving, acting and knowing*: 43-65. New York: Lawrence Erlbaum Associates.
- Mandrini, R. 1984. *Los araucanos de las pampas en el siglo XIX*, Buenos Aires: Centro Editor de America Latina.
- Mandrini, R.; Ortelli, S. 1992. *Volver al país de los araucanos*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Marini Diaz Zorita, M. s. f. *El avance de la frontera: vías de circulación, las rastrilladas*. Universidad Nacional de La Pampa, Facultad de Ciencias Humanas.
- Medus, N.; Cazenave, W.; Hernandez, R. 1982. *Geografía de La Pampa*. La Pampa: Extra.
- Morphy, H. 1995. Landscape and the reproduction of the ancestral past. En Hirsch, E.; O'Hanlon, M. (ed.). *The anthropology of landscape. Perspectives on place and space*: 184-209. Oxford: Clarendon Press.
- Palermo, M. 1986. Reflexiones sobre el llamado 'complejo ecuestre' en la Argentina. *Runa* XVI.
- Parcerio Oubiña, C.; Criado, F. and Santos, M. 1998. Rewriting landscape: incorporating sacred landscapes into cultural traditions. *World archaeology*, 30: 159-76.
- Poduje, M. I.; Fernandez Garay, A.; Crochetti, S. 1993. *Narrativa ranquel. Los cuentos del zorro*. Ministerio de Cultura y Educacion de la provincia de La Pampa.
- Politis, G. 1995. The socio-politics of the development of archaeology in Hispanic South America. En Ucko, P. (ed). *Theory in Archaeology, a world perspective*: 197-235. London: Routledge.
- Pujadas, J. J. 1993. *Etnicidad. Identidad cultural de los pueblos*. Españas: Eudema.
- Roe, D.; Taki, J. 1999. Living with stones: people and the landscape in Erromango, Vanuatu. En Ucko, P.; Layton, R. (ed.). *The archaeology and anthropology of landscape*: 411-422. London: Routledge.
- Ryden, K. 1993. *Mapping the invisible landscape. Folklore, writing, and the sense of place*. Iowa: University of Iowa Press.
- Schiff, W. 1980. *Perception: an applied approach*. New York: New York University.
- Sekuler, R.; Blake, R. 1994. *Perception*. (3ª edición). Singapore: McGraw-Hill, Inc.
- Shennan, S. 1989. Introduction. En Shennan, S. (ed.). *Archaeological approaches to cultural identity*: 1-32. London: Unwin and Hyman.
- Shields, R. 1991. *Places on the margin. Alternative geographies of modernity*. London: Routledge.
- Stieben, E. 1958. *Geografía de La Pampa*. Santa Rosa: Ed. Movero.
- Tacon, P. 1994. Socialising landscapes: the long-term implications of signs, symbols and marks on the land. *Archaeology of Oceania*, 29: 117-129.
- Tacon, P.; Fullagar, R.; Ouzman S.; Mulvaney, K. 1997. Cupule engravings from Jinnium-Granilipi (northern Australia) and beyond: exploration of a widespread and enigmatic class of rock markings, *Antiquity*, 71: 942-65.
- Tilley, C. 1994. *A Phenomenology of landscape. Places, paths and monuments*. Berg: Oxford.
- Tuan, Yi-Fu. 1974. *Topophilia: a study of environmental perception, attitudes and values*. Englewood Cliffs: Prentice Hall.
- Tuan, Yi-Fu. 1977. *Space and place. The perspective of experience*. London: Edward Arnold.
- Walther, J. 1973. *La conquista del desierto*. Buenos Aires: Eudeba.
- Zedeño, M. I. 1997. Landscapes, land use, and the history of territory formation: An example from the puebloan Southwest. *Journal of Archaeological Theory and Method*, Vol. 4 (1): 67-103.



## Títulos Publicados

- TAPA 1:** *Documentación de un Entorno Castreño: Trabajos Arqueología en el Área de Cameixa.*
- TAPA 2:** *Landscape. Archaeology, Heritage.*
- TAPA 3:** *El Archivo Digital del Registro Arqueológico.*
- TAPA 4:** *La Arqueología en la Gasificación de Galicia 2: Evaluación de Impacto Arqueológico de la Red Vigo-Porriño.*
- TAPA 5:** *La Arqueología en la Gasificación de Galicia 3: Excavación del Túmulo nº 3 del Alto de San Cosme.*
- TAPA 6:** *La Arqueología en la Gasificación de Galicia 4: Corrección de Impacto en la Red de Lugo.*
- TAPA 7:** *La Arqueología en la Gasificación de Galicia 5: Corrección de Impacto del Ramal Pontevedra-Ourense.*
- TAPA 8:** *La Arqueología en la Gasificación de Galicia 6: Estudios de Evaluación de Impacto.*
- TAPA 9:** *La Arqueología en la Gasificación de Galicia 7: Hacia una Arqueología Agraria de la Cultura Castreña.*
- TAPA 10:** *Memoria del Grupo de Investigación en Arqueología del Paisaje, 1992-1997.*
- TAPA 11:** *La Arqueología en la Gasificación de Galicia 8: Corrección de Impacto del Gasoducto de Transporte Vilalba-Valga.*
- TAPA 12:** *La Arqueología en la Gasificación de Galicia 9: Corrección de Impacto del Gasoducto de Transporte Valga-Tui.*
- TAPA 13:** *La Arqueología en la Gasificación de Galicia 10: Sondeos en el Yacimiento Romano-Medieval de As Pereiras.*
- TAPA 14:** *La Arqueología en la Gasificación de Galicia 11: Corrección de Impacto del Gasoducto de Transporte Ribadeo-Vilalba.*
- TAPA 15:** *El GPS en la Arqueología: Introducción y Ejemplos de uso.*
- TAPA 16:** *La Arqueología en la Gasificación de Galicia 12: Intervenciones en Yacimientos Prehistóricos.*
- TAPA 17:** *Introducción a la Cerámica Prehistórica y Protohistórica en Galicia.*
- TAPA 18:** *La Arqueología en la Gasificación de Galicia 13: Corrección de Impacto de las Redes de Pontevedra.*
- TAPA 19** *Paisajes Culturales Sudamericanos: De las Prácticas Sociales a las Representaciones.*

# Normas de Publicación

## Temática Tapa

Esta serie ofrece de forma sintética resultados de trabajos y proyectos arqueológicos. Su finalidad básica es divulgar de forma ágil y rápida una información que habitualmente no es accesible hasta estados avanzados de elaboración. La serie es un instrumento esencial de una filosofía de trabajo, basado en un modelo de gestión integral del Patrimonio Cultural dentro de la cual se comprende la práctica arqueológica como una unidad que se inicia en la identificación y recuperación del registro arqueológico, continúa con su valoración y estudio, ofrece soluciones a la gestión actual de los bienes que lo integran, y culmina en la rentabilización, divulgación y publicación de los resultados del trabajo.

## Admisión de Originales

- Se admitirán para su publicación los trabajos que sean presentados y aprobados por el Comité Editorial siempre que se ajusten a la temática anterior y a las normas que aquí se establecen.
- Los originales serán revisados por un grupo de evaluadores que informarán sobre la pertinencia de su publicación y recomendarán cuantas modificaciones crean convenientes para incluir el trabajo dentro de las series. En todo caso la correspondencia con los autores se realizará desde el Comité Editorial.
- Los trabajos serán remitidos a la secretaría de Capa y Tapa, y tendrán como fechas límites para su entrega el 30 de Abril y 30 de Octubre de cada año.
- A los autores se les enviará una prueba del documento para que sea revisado antes de su publicación, con la recomendación de que realice las correcciones sugeridas. Una vez sean publicados se le remitirán dos ejemplares, independientemente del número de autores firmantes.
- Los autores podrán solicitar ejemplares adicionales previo pago de los mismos.

## Normas de Formato

- Los trabajos se podrán realizar en cualquier idioma, pero siempre tendrán que llevar un resumen/abstract (max. 150 palabras) y palabras clave/keywords en inglés (max. 20 palabras). En el caso de que el trabajo estuviese en inglés, estos irán en un segundo idioma.
- Tendrán una extensión mínima de 25.000 palabras y una máxima de 40.000, ó 50 páginas a una columna con tamaño de letra 10, interlineado sencillo, incluyendo el espacio para las figuras.
- Irán precedidos de una hoja donde se indiquen: título, nombre del autor, dirección, teléfono, correo electrónico (si lo tiene), y fecha de envío del trabajo.
- Se enviarán en soporte digital, aparte de dos copias en papel.
- Se deben de enviar preferentemente en Microsoft Word y si no fuese posible en un programa compatible.
- Dado el carácter de ambas series, se recomienda emplear una parte gráfica lo más amplia posible. Se recuerda que toda la publicación será en B/N, por lo que las figuras deberán ser elaboradas en función de ello.
- Los títulos se tendrán que diferenciar fácilmente del texto y entre ellos, pudiendo ir numerados.
- Los diferentes apartados: anexos, apéndices, etc..., deberán ir precedidos de un salto de página.
- Los cuadros, mapas, gráficos, ... se presentarán preferentemente en soporte digital y, además y en cualquier caso, copia impresa en papel de calidad y numeradas al dorso.
- Se señalará a lápiz en el margen del texto el lugar sugerido para su ubicación de cada una de las figuras.
- Los pies de figura se colocarán en una hoja aparte indicando claramente a que figura pertenece.
- Las notas deberán de ir al pie, y su numeración debe ser continua.
- La bibliografía se colocará al final del documento, ordenándola alfabéticamente y adaptándose a los siguientes ejemplos:

Arias Vilas, F.; Cavada Nieto, M. 1979. Galicia bajorromana. *Gallaecia*, 3-4: 91-108. Santiago de Compostela.

Harris, E.C. 1991. *Principios de Estratigrafía Arqueológica*. Barcelona: Crítica (Ed. original inglesa de 1979).

Renfrew, C. 1986. Introduction: peer polity interaction and socio-political change. En Renfrew, C.; Cherry, J. F. (ed.). *Peer polity interaction and sociopolitical change*: 1-18. Cambridge: Cambridge University Press.



La serie TAPA ofrece los resultados de los trabajos y proyectos arqueológicos realizados por el Laboratorio de Arqueología e Formas Culturais. Su finalidad básica es divulgar una información que de otro modo no sería accesible. La serie es un instrumento esencial de una filosofía de trabajo basada en un modelo de gestión integral del Patrimonio Cultural dentro de la cual se comprende la práctica arqueológica como una unidad que se inicia en la identificación y recuperación del registro arqueológico, continúa con su valoración y estudio, ofrece soluciones a la gestión actual de los bienes que lo integran, y culmina en la rentabilización, divulgación y publicación de los resultados del trabajo.



### Próximamente

- La Cultura Material Cerámica en la Prehistoria Reciente de Galicia:  
Yacimientos al Aire Libre